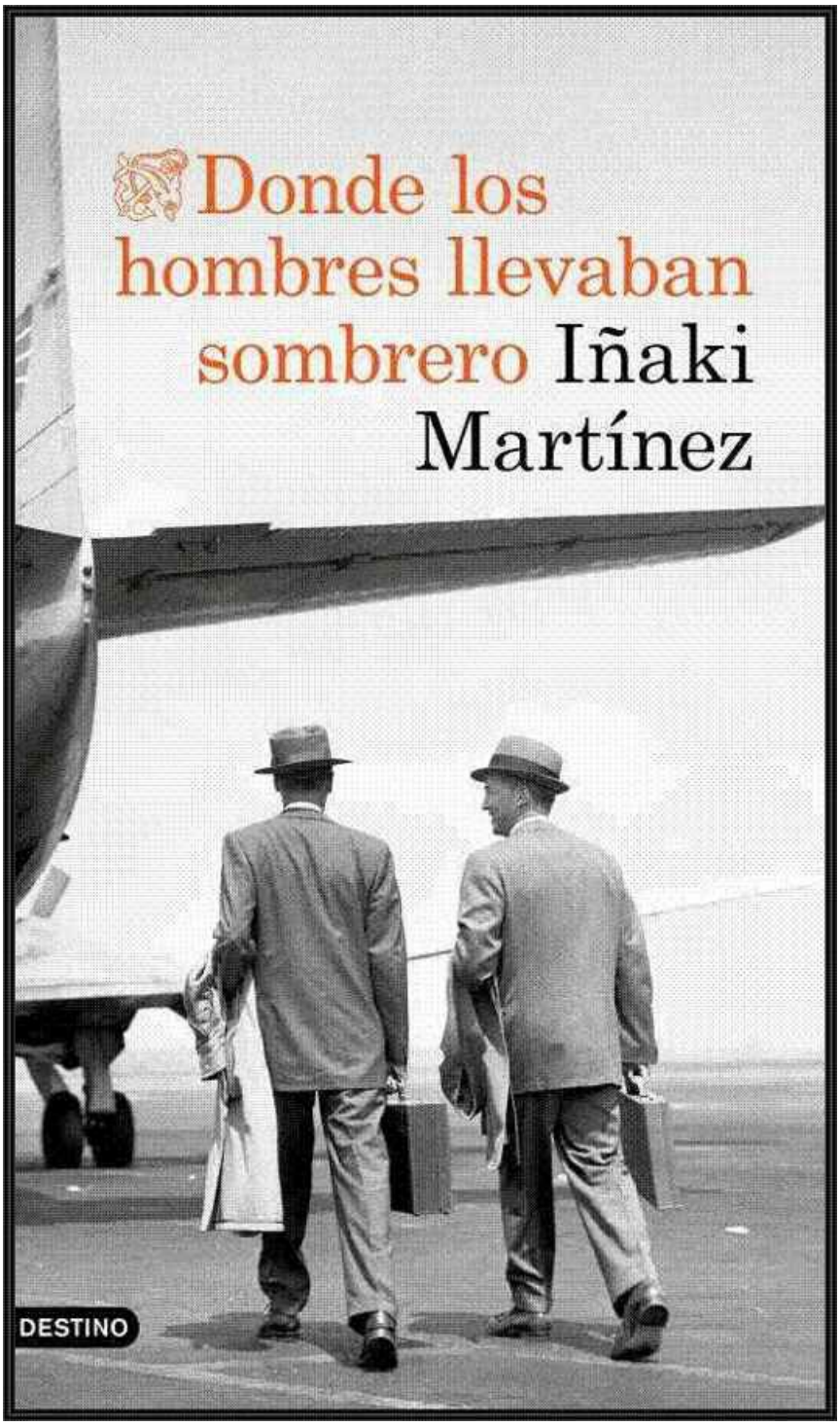
Donde los hombres llevaban sombrero

Iñaki Martínez



DESTINO



Iñaki Martínez

Donde los hombres llevaban sombrero

Siempre hay un verdugo para los verdugos.
VICTOR HUGO

Índice

Resumen.. 6
Capítulo 1. 7
Capítulo 2. 13
Capítulo 3. 18
Capítulo 4. 26
Capítulo 5. 33
Capítulo 6. 38
Capítulo 7. 46
Capítulo 8. 51
Capítulo 9. 56
Capítulo 10. 62
Capítulo 11. 67
Capítulo 12. 72
Capítulo 13. 77
Capítulo 14. 82
Capítulo 15. 87
Capítulo 16. 94
Capítulo 17. 101
Capítulo 18. 108
Capítulo 19. 114
Capítulo 20. 122
Capítulo 21. 126
Capítulo 22. 131
Capítulo 23. 136
Capítulo 24. 144
Capítulo 25. 152
Capítulo 26. 157
Capítulo 27. 164
Capítulo 28. 169
Capítulo 29. 175
Capítulo 30. 181
Capítulo 31. 184
Capítulo 32. 190
Capítulo 33. 199
Capítulo 34. 206

Capítulo 35. 211
Capítulo 36. 220
Capítulo 37. 226
Capítulo 38. 230
Capítulo 39. 239
Capítulo 40. 247
Capítulo 41. 252
Capítulo 42. 259
Capítulo 43. 264
Capítulo 44. 269
Capítulo 45. 273
Capítulo 46. 280
Capítulo 47. 288
Capítulo 48. 293
Capítulo 49. 302
Capítulo 50. 308
Capítulo 51. 313

Resumen

En La Habana de 1953, el destino cruza de nuevo las vidas de Stanley Mortimer, agente de inteligencia norteamericano en misión especial, la famosa guionista Joan Alison y el ahora profesor de francés Martín Ugarte, después de que se conocieran diez años atrás en Tánger. Los tres llegan a la isla por diferentes motivos, pero con un objetivo común: encontrar algo que llene sus vidas.

La ciudad está viviendo uno de los momentos más interesantes de su historia, con los últimos años de la dictadura de Batista y el surgimiento de los primeros movimientos revolucionarios estudiantiles. En este marco nuestros protagonistas se verán involucrados en la resolución de un secuestro sonado. Alguien pide un rescate millonario para liberar a Carolina, la joven heredera del imperio Bacardí y alumna de Martín.

Capítulo 1

Al desembarcar y escuchar las primeras palabras de los habaneros, Joan Alison advirtió que, pese a aquel acento cantarín que escuchaba por doquier, su castellano —aprendido en Tánger— aún estaba intacto. Además, en las últimas semanas lo había refrescado gracias a las clases particulares de un profesor de español que había encontrado a través de un anuncio de periódico.

El puerto de La Habana estaba atestado de viajeros y de familiares y amigos que despedían a los viajeros, de empleados que se encargaban de los trámites de aduana y de maleteros que se desplazaban de un lugar a otro, vestidos con una bata azul.

Hacía un calor intenso que solo la brisa atenuaba. Algunos vendedores ambulantes ofrecían emparedados en bandejas cubiertas por un paño blanco a los viandantes. Otros, voceaban guarapo —el popular zumo de caña de azúcar— o sodas frías de las marcas Coca-Cola, Jupiña y Materva.

Le llamó la atención un fortísimo olor a mar, a salitre, un olor que no la abandonaría durante su estancia en la ciudad.

Un Ford descapotable rojo la esperaba en el puerto. Lo había enviado el hotel Nacional, donde la productora le había reservado una suite de lujo con vistas al Morro, el faro que iluminaba la bahía de La Habana. El chófer, un hombre de mediana edad, miraba por el espejo retrovisor con cierta insistencia. Ella lo correspondía.

—*American?* —preguntó él, al fin.

—Sí —respondió Joan con una sonrisa.

—*First time in La Habana?* —dijo él.

—Puede hablarme en español.

—*Okay*, señorita. Si necesita un chófer para su estancia, cuente conmigo. Poseo licencia de la municipalidad, lo que no pueden decir muchos otros que le enseñarán un carné falsificado. No soy ningún haragán y trabajo día y noche. Y podría manejar mi máquina con los ojos cerrados —dijo. El conductor continuó hablando—: ¿Qué viene a hacer a La Habana? ¿Le espera su esposo? Si no le importuna la pregunta...

Joan no se molestó.

—A escribir. A eso vengo.

—Aquí hay mucho de lo que escribir, se lo aseguro.

—¿Sí?

—Ahí tiene a esos maleantes que botan octavillas contra nuestro presidente y escriben en las paredes. Esos estudiantes que van a la universidad a revolver a sus compañeros.

—¿Y sobre qué otra cosa se puede escribir? —preguntó Joan.

—Puede escribir sobre el presidente, es el mejor que hemos tenido en años.

—¿Y no le molesta que haya dado un golpe de estado?

El hombre adoptó un gesto de extrañeza.

—¿Molestarme? No, eso solo molesta a los comunistas. Nuestro presidente en un gran hombre... de hecho, el pueblo lo llama el Hombre. Hizo lo que tenía que hacer, cumplió con su deber.

—Entiendo. Veo que usted lo admira.

—¡Claro! Como todos los cubanos.

Con los años, Joan Alison había aprendido a desconfiar de los taxistas. Sabía que en muchas ciudades solían ser confidentes de la policía. No en vano, el permiso de actividad dependía de una autorización administrativa. Estaba segura de que ese era el caso de Evaristo, así que decidió no insistir en el asunto.

Poco después, llegaron al hotel. Un empleado subió sus tres maletas a la habitación 157 del hotel Nacional. La estancia, que era bastante amplia, tenía un salón comedor y una habitación con una cama *king size* espléndida para el amor. Y aquellos balcones le permitirían contemplar la bahía.

Joan dedicó sus primeros días en La Habana a deambular a solas por la ciudad. Se levantaba temprano, desayunaba en los jardines del hotel unas tostadas con mantequilla, una orden generosa de papaya y dos cafés cargados. Fue durante aquellos ratos, de buena mañana, cuando empezó a enamorarse del aroma del café de Cuba recién tostado. Nada más apurar el último sorbo, se ponía en marcha.

Ya entonces le llamaron la atención la belleza y la esbeltez de los cuerpos de buena parte de los habaneros. «Muy guapos», se dijo a sí misma. Adoraba contemplar sus anchas espaldas y el color dorado de su piel. Adivinaba en ellos unas piernas bien formadas y se maravillaba de sus flequillos rebeldes, que les caían sobre la frente.

Ellas, por su parte, no se quedaban atrás. Pocas veces había visto mujeres con aquellas curvas y con unos pechos tan hermosos, que a duras penas se escondían bajo aquellas camisolas de botonadura ajustada. Muchas lucían unas caderas muy pronunciadas, cabelleras largas azabaches y unos cuellos muy estilizados.

Al cabo de unos días se decidió: Era el momento de empezar a trabajar. Por ahora no necesitaría máquina de escribir. Para las primeras notas, se arreglaría con un bolígrafo y unos cuantos cuadernos. Adquirió todo lo necesario en La Moderna Poesía, la librería de la calle Obispo, y se dispuso a comenzar su trabajo. Dudó entre hacerlo en alguna de las terrazas del Prado o en la de su hotel. Finalmente, se decidió por la terraza del hotel Inglaterra, en la esquina de Prado con Neptuno.

Durante aquellos primeros días de escritura, su momento preferido era entre las cinco y las siete de la tarde. Así, mientras tomaba notas, podía contemplar a los viandantes. Ellas llevaban zapatos de tacones y vestidos cortos —hasta la rodilla— y ceñidos de cintura, lo que resaltaba sus bien formadas caderas. Para su sorpresa, en aquel frío enero de 1953, algunas mujeres llevaban una chaqueta corta de piel del mismo corte que solían lucir las de la Quinta Avenida de Nueva York. Ellos solían llevar trajes cruzados, sombrero y zapatos de punta, a menudo de dos colores. También se maravilló al toparse, en varios cafés del Prado, con orquestas formadas íntegramente por mujeres: ¡Qué era aquello! ¡Trombones, clarinetes, violines, contrabajos, timbales y güiros!

Pero pronto advirtió que lo variopinto de las escenas que contemplaba desde las terrazas del paseo del Prado le impedía concentrarse, así que varió su plan inicial y comenzó a trabajar en el hotel Nacional.

Fue allí donde, una tarde, lo vio. Joan estaba sentada ante una mesa casi oculta por una gruesa columna. Distinguió unas risas a cierta distancia, voces de jóvenes. No lo

podía creer. Uno de aquellos jóvenes era Martín Ugarte. Estaba acompañado por varios hombres de una edad similar a la suya. Los recuerdos de lo que habían vivido ambos en Tánger se removieron en su memoria.

Estaban bastante cerca, a unos diez metros, aunque la columna y dos mesas interpuestas ocupadas por otros clientes le dificultaban la visión. Él estaba sentado de perfil.

Joan dedicó unos minutos a observarlo. Había cambiado, y mucho. Fue lo primero que pensó. Recordó que en Tánger llevaba el pelo corto, como solían hacer los clérigos, pero ahora lucía una cabellera de largos cabellos ensortijados de color castaño que trataba de ordenar con una media raya. Aquel joven atractivo pero enfundado en una sotana negra y raída que había conocido en Tánger se había convertido en todo un hombre; y muy muy apuesto.

Esa tarde, Joan se había despreocupado de su aspecto, así que pensó en subir a la habitación y cambiarse. Pero ¿y si Martín y sus amigos decidían abandonar el hotel mientras tanto? No, no lo creyó posible. Acababan de llegar, aún no habían pedido las bebidas y ella no tardaría: Había tenido tiempo de conocer los vericuetos del hotel, de modo que subiría a la habitación sin atravesar el amplio pasillo que ocupaban Martín y sus amigos y regresaría enseguida.

Quince minutos después, entraba en el amplio ascensor de madera de caoba maquillada como solía hacerlo si quería sentirse deseada, vestida con una falda ceñida y una camisola clara. Llevaba unos zapatos de tacón. Bajó al *lobby* y pasó junto a la mesa del grupo de jóvenes. Irguió todo lo que pudo su cuerpo en el preciso momento en que pasaba ante ellos con la mirada fija en el horizonte. Llevaba unas gafas de sol en la mano derecha.

Al pasar junto a los jóvenes, se hizo un silencio. Ella —con un gesto estudiado— caminó con decisión: dio varios pasos a la espera de que él la llamase por su nombre. Y así sucedió, después de unos segundos que le parecieron eternos.

—¿Joan?, ¿eres tú?

Se dio la vuelta con lentitud, como buscando la voz que la había reclamado entre las tres o cuatro mesas que había dejado atrás. Vio un hombre que, en pie, la miraba.

—¡Martín! ¡Martín Ugarte! ¡No me lo puedo creer! —exclamó exagerando una expresión de asombro.

Sí, era él. Al tenerlo frente a sí, a tan escasa distancia, se le hizo un nudo en la garganta.

—Joan, ¡qué sorpresa tan grande!

Ambos se saludaron con un beso en las mejillas y un abrazo sin dejar de mirarse a los ojos. Él trató de hilvanar algunas preguntas. La emoción y la sorpresa se lo impedían. No dejaba de mirarla. En sus pupilas aún había rescoldos de su primer encuentro con el sexo junto a esa mujer que tenía a menos de un metro.

Martín la invitó a sentarse. Sus amigos lo celebraron.

—Os presento a una buena amiga, Joan Alison. Nos conocimos en Tánger, hace unos cuantos años.

A la mente de Joan acudieron también los recuerdos: el atardecer en el mirador de Pericardis, la primera noche de sexo en la casa de Madeleine Didier, los suspiros del

sacerdote durante sus noches de amor. Sonrió con toda la malicia e intención de que fue capaz. Lo miraba con una fascinación que no trataba de disimular.

Los jóvenes le preguntaron por su estancia en La Habana. Ella explicó que había recibido el encargo de escribir un guión para una película. No mencionó que era coautora del guión de la película *Casablanca,* que se había estrenado en la ciudad con el mismo éxito que en el resto del mundo. Martín Ligarte tampoco lo hizo.

La conversación discurría animada. Ella estaba exultante y cada mirada que dirigía al vasco era más intensa que la anterior. «¡Dios mío! Este hombre está guapísimo», pensaba para sí. Los amigos de Martín la invitaron a tomar un daiquiri: Matías, el barman, preparaba el mejor de la ciudad.

—¿Mejor que el del Floridita? —dijo ella.

—Mejor —respondió Thierry, que era de París y presumía de conocer la ciudad mejor que cualquiera de sus amigos.

—¿Qué hay de los mojitos de la Bodeguita del Medio? —insistió ella.

—Ambos son excelentes, aunque no le aconsejo mezclarlos —dijo Thierry, que llevaba dos años en La Habana y había fundado una academia, La Internacional, cuyo lema era «idiomas a su alcance, profesores nativos».

Joan se animó y pidió un daiquiri. Poco después de dar el primer trago, lo celebró.

—No sé si es el mejor de la ciudad, pero está riquísimo.

Al primero le siguieron un segundo y un tercero. Las horas corrieron como si fueran minutos. Los cuatro jóvenes le preguntaban a Joan por sus primeras impresiones sobre la ciudad, por el tiempo que pretendía quedarse o por si deseaba visitar ciudades del interior del país. Se había convertido en la gran protagonista de la reunión. Ella respondía con desparpajo. Martín participaba en la conversación con resolución y se reía con las ocurrencias de sus amigos. Parecían un grupo bien avenido: debían de tener una edad similar, entre los treinta y los cuarenta años.

Iban por el cuarto trago cuando un ruido de tacones llevó la mirada del grupo hacia la entrada. El presidente cubano, Fulgencio Batista, precedido por una docena de guardaespaldas, entró en el salón. Martín Ugarte y sus amigos no prestaron demasiada atención, como si estuvieran acostumbrados a contemplarlo. Ella exclamó:

—¡El presidente!

—El señor que manda en la isla —dijo Thierry.

Era la primera vez que Joan lo veía de cerca. Albert, otro miembro del grupo, intervino.

—No se extrañe, señorita Alison. El presidente viene a menudo al hotel.

Fulgencio Batista era alto, de frente amplia, y se peinaba hacia atrás. Vestía un traje oscuro cruzado y una corbata azul. Joan se fijó en su caminar decidido.

Thierry cambió el sentido de la conversación, como si no le interesase la presencia del dignatario. Empezó a tutearla.

—No puedo creer que no estés casada, Joan.

Los cuatro amigos la miraron.

—Esto me recuerda la pregunta que me hacían en Tánger a todas horas. No, no estoy casada, amigos míos —dijo mirando de reojo a Martín.

Se acercaron al grupo cuatro agentes del servicio de seguridad del presidente. Les

pidieron la documentación. Joan Alison sacó del bolso su pasaporte norteamericano. Una vez revisados los pasaportes de los cinco, los agentes continuaron su trabajo en las mesas vecinas.

Hacia las nueve de la noche, Peter, otro de los jóvenes, propuso cenar en El Mismo. Él invitaba, era la mejor manera de dar la bienvenida a Joan. Ella aceptó con una sonrisa que Martín conocía.

La especialidad del restaurante era el pato salvaje con verduras salteadas. Aquella noche, El Mismo estaba lleno. Solo gracias a la amistad de Peter con el encargado del establecimiento pudieron conseguir mesa al cabo de un buen rato. Mientras esperaban, bebieron una copa de vino tinto en la barra.

Al filo de las doce de la noche, Joan pidió que dieran por terminada la velada. Estaba cansada. Y emocionada por el encuentro con Martín. Le hubiera gustado que el vasco la acompañase hasta el umbral de la habitación. Este guardó silencio.

Los jóvenes la dejaron en la misma puerta del *lobby* y quedaron en llamarla dentro de unos días para enseñarle La Habana. Martín se despidió de ella con sendos besos en las mejillas —que le rozaron la comisura de los labios— y una frase escueta:

—Que descanses, Joan.

La norteamericana entró en la habitación, abrió uno de los balcones y sintió el abrazo de la brisa marina. La presencia de Martín la sorprendió, no solo había ganado en apostura, recordaba el rostro de un joven algo aniñado aún y, sin embargo, descubría a un hombre hermoso, de facciones bien formadas y cabellera abundante y rebelde. ¿Y qué decir de sus maneras? No quedaban rastros de aquel clérigo asustado que apenas se atrevía a sostener la mirada. Durante el encuentro, ambos se dirigieron sin disimulo miradas comprometedoras.

No solo se había encontrado con Martín Ugarte, lo que la devolvía a recuerdos emotivos, sino que había conocido a otros jóvenes que se mostraban agradables con ella. Y lo que había visto hasta ese momento de la ciudad, le gustaba. El Malecón la había impresionado. Larguísimo. Y, al fondo, el mar, plano, entre verde y azul. Jamás había visto una bahía tan hermosa. La brisa era suave y estimulante. Se veían barcos pequeños que pescaban en el horizonte.

Tuvo el presentimiento de que le aguardaban un buen número de emociones. Y ahí estaba Martín Ugarte. No conseguía quitárselo de la cabeza. Hizo memoria. Hacía once años que no se veían, desde 1942. Y estaban en 1953. Pero, si a un hombre le había sentado bien cumplir años, era a él.

Se miró en el espejo de la habitación. Era la clase de mujer que llamaba la atención y los hombres la deseaban. En Nueva York había dejado unos cuantos corazones rotos. Aquellos atractivos amigos de Martín la miraban con interés. Se acostó con el recuerdo de una velada sorprendente y espléndida.

Capítulo 2

Ugarte había llegado a La Habana hacía algún tiempo con todas sus pertenencias, que cabían en una maleta de tamaño mediano. Sus objetos más preciados eran unas cuantas fotografías: sus padres el día de su boda; él junto a sus dos hermanos, aún pequeños; su tío, el presbítero Jacinto Solaguren; Sebastiana Urquijo, la mujer que lo había criado en Tánger y otra, reciente, con sus amigos y paisanos Cruceta y Lopategui en Safí, en la puerta de la Baskonia.

Unos años atrás, en 1945, al acabar la segunda guerra mundial, Martín Ugarte se hallaba en Safí, una localidad de la costa marroquí situada en el océano Atlántico. Dirigía la contabilidad de una pequeña empresa denominada Baskonia, que habían fundado Cruceta, Jorge Lopategui —a quienes había conocido durante su estancia en Tánger— y él mismo. La Baskonia se dedicaba a la pesca de la sardina. En aquellos días, entre los exiliados republicanos que residían en Tánger no se hablaba de otra cosa que no fuera la caída de la dictadura española. Pero Martín Ugarte quería abandonar Marruecos. No lo ataba, como a sus amigos, la ilusión de ver cómo el régimen de Francisco Franco caía por exigencia de los Aliados.

Fue entonces cuando conoció a Thierry Dumay en el puerto de Safí. Pronto se hicieron amigos. Thierry, un joven francés nacido en Reims, le confesó que anhelaba viajar a América, y mencionó la ciudad de La Habana como su destino preferido. Le habían hablado de una ciudad extraordinaria y del carácter amigable de los nativos. En definitiva, antes de volver a Francia y sentar cabeza, quería conocer mundo. El francés acabó hospedándose en la sencilla casa del vasco en Safí hasta su partida. Thierry abandonó aquella localidad al cabo de tres meses. Sus ropas cupieron en una maleta mediana. Su primer destino fue Lisboa. Lo habían contratado como marinero raso en un barco de carga. Ambos amigos se despidieron.

Pasaron unos años y Martín Ugarte recibió una carta de Thierry. Este la había enviado al puerto de Safí. Por la fecha del matasellos, se dio cuenta de que había tardado casi un año en llegar a sus manos. Le decía que se encontraba en La Habana e insistía en el buen recuerdo que tenía de los tiempos pasados juntos en Marruecos y de su hospitalidad. La carta proseguía:

> He conocido en esta ciudad algunos vascos. Hasta existe un frontón de pelota vasca, el *Jai Alai.* Los cubanos lo llenan a diario, cruzan apuestas y el ambiente es festivo y extraordinario. Para ganarme la vida, he fundado una academia de idiomas, La Internacional. Damos clases de francés, inglés y alemán. Recuerdo que mencionabas a menudo tu ilusión por salir de Marruecos. ¿No será el momento de que vengas a La Habana y trabajes conmigo? Dominas el francés y hasta el árabe, de manera que no te faltará trabajo, una habitación y el abrazo de un amigo. Espero tu respuesta. Thierry.

Lo comentó con Lopategui y Cruceta. Ambos lo animaron. A pesar de todo, le costó tomar una decisión. En Safí había encontrado un trabajo, buenos amigos y la posibilidad de hacer dinero: El negocio progresaba y la sociedad Baskonia ya hacía planes de hacerse con un segundo barco. Sus paisanos le prometieron guardarle su parte para que

pudiera regresar a Safí cuando quisiese. Él seguía sin decidirse. Los años pasados en el seminario y la iglesia aún pesaban en su carácter. Pero el vizcaíno Lopategui y el guipuzcoano Cruceta conocían a su amigo e insistieron, sabían que si alguien necesitaba abandonar las fronteras físicas que le ataban a un pasado atormentado era su amigo. La carta de Thierry le había servido de acicate, así que dio su brazo a torcer.

Dos meses después desembarcaba en La Habana.

No le costó encontrar La Internacional. Estaba ubicada en una casa de dos plantas en el barrio de El Vedado, cerca de la universidad. En el jardín se izaban algunas banderas. Entró en el inmueble y una joven le sonrió. Era María Valeria, la secretaria. Aún con la maleta en la mano, Martín preguntó por Thierry. De una de las habitaciones salió una voz que el vasco reconoció al instante.

—¡No me lo puedo creer! ¿Eres tú, Martín?

Ambos se abrazaron durante unos segundos. Thierry estaba feliz por haberse reencontrado con su viejo amigo.

Ugarte dejó su maleta en el apartamento de Thierry, situado en la calle San Lázaro, cerca de la academia. Le acomodaron en una pequeña habitación con un viejo camastro. No faltaba un armario de buena madera y una mesilla de noche. Al atardecer la brisa refrescaba la estancia.

Una vez instalado el vasco, los amigos regresaron a la academia y recogieron a María Valeria, a quien el francés presentó como su novia. Era una mujer de unos veinte años, de una fisonomía isleña: morena, esbelta, de labios sensuales, cuerpo menudo y largas piernas. Destacaban en su rostro unos ojos rasgados que revelaban un cruce de razas. Esa mezcla le daba un aire un poco salvaje.

Ella y Thierry se habían conocido en plena calle. Ella caminaba con prisa y él, al poco de haber llegado a la isla, tomaba un café en una de las terrazas del Prado. María Valeria se sentó con el fin de coger fuerzas con una taza de café y sus miradas se cruzaron. ¿Qué había visto en él? Después lo contaría una y otra vez entre risas: esa especie de carita de desolación que suelen mostrar los jóvenes extranjeros al contemplar una mujer hermosa. Parecía un perrito abandonado. Poco después ya se presentaban como novios y ella empezaba a trabajar en la academia. A pesar de que él le llevaba diez años, Thierry siempre se sentía en inferioridad ante ella, como si fuera de verdad *«mon petit enfant»*. Así lo llamaba a menudo María Valeria en los trasiegos de las noches de amor. Eran las primeras palabras en francés que ella había aprendido.

La Internacional era un negocio próspero. Acudían a ella numerosos alumnos de colegios privados con el fin de mejorar sus conocimientos de inglés y, especialmente, francés. En ese tiempo, en La Habana se había puesto de moda el aprendizaje de esta lengua. Las familias acaudaladas solían viajar a París. Incluso existía una línea de barco que desembarcaba en El Havre tras un viaje que duraba un mes.

Pero Thierry tenía sobre la mesa bastantes peticiones de clases particulares de francés en las residencias de Siboney, El Vedado y Miramar que no había podido atender por falta de un profesor con suficientes conocimientos. Pensó en Martín Ugarte. Las peticionarias eran damas de mediana edad casadas con propietarios de ingenios de azúcar o de plantaciones de tabaco que no discutían el precio de las clases. En cuestión de unas pocas semanas, en la alta sociedad habanera se corrió la voz sobre las clases de

un joven de origen vasco, hermoso como un pavo real y que hablaba francés como un ángel. Las peticiones se amontonaron en la mesa de Thierry.

Con su primer salario, Martín alquiló un pequeño apartamento con vistas al Malecón, cerca de La Rampa, y compró un auto de segunda mano de la marca Rambler.

Por las mañanas acudía a la academia a primera hora, tomaba nota de su agenda y se desplazaba a las residencias con el fin de impartir las clases. A última hora de la tarde, volvía a La Internacional y, tras cerrar las puertas y dar por terminada la jornada, él, Thierry, María Valeria y otros profesores recorrían los bares y tascas de la calle Infanta con el fin de beber unas cuantas cervezas. Se les agregaban otros jóvenes, estudiantes de la Universidad Nacional o empleados de empresas extranjeras. Rara vez cenaban en sus apartamentos. Era frecuente verlos cruzando apuestas en el Jai Alai, siempre bulliciosos, en una conversación en que se mezclaban diferentes idiomas. También visitaban los hoteles de moda, *como* el Nacional, el Presidente, el Deauville, el Comodoro o el Capri. No pasaban inadvertidos. Parecía ser un grupo de jóvenes alegres, la mayoría de ellos extranjeros, a los que la suerte les sonreía.

Los sábados acudían a bailar a los clubes de Rancho Boyeros, donde permanecían hasta altas horas. Martín y sus amigos observaban absortos la manera en que los jóvenes cubanos bailaban danzón, guaracha, boleros, mambos... tocaban el suelo del zócalo con suavidad, casi ni lo hacían, y jamás perdían el ritmo. La música vivía en sus brazos, en sus hombros, en sus caderas. Raro era el cubano que perdía el compás.

En otras ocasiones, Martín se entretenía en los cines América, en Radio Centro o en Neptuno. Y en un ir y venir por el Malecón, por el que se sentía fascinado. «¡Cómo miran los cubanos a las mujeres en el Malecón!», pensaba mientras él mismo lo hacía. Una tarde, mientras regresaba a su apartamento después de haber almorzado solo en una cafetería, Martín Ugarte se encontró a Gaspar, un chico de apenas once años. Ugarte se había acostumbrado a fumar un par de cigarrillos después de las comidas. Le gustaba hacerlo mientras caminaba a paso lento por el Malecón, recibiendo la brisa a veces ardiente del mediodía. Vio a lo lejos a un muchacho flaco sentado en la barandilla. Iba vestido con una camisilla y un pantalón oscuro. Llevaba unos zapatos que a todas luces le venían grandes. De su cuello colgaba una cajita de madera de pequeño tamaño. En ella se podían ver unos cuantos cigarrillos ordenados, así como cajitas de fósforos, dulces, peines de pequeño tamaño y otros productos de los que solían venderse al detalle en las calles de La Habana.

Desde los ocho o diez metros que los separaban, advirtió que inclinaba su pequeña cabeza sobre el cuello y mantenía las manos entrelazadas encima de la cajita. Martín se acercó a él. En efecto, el niño estaba dormido. Le tocó en un hombro con el dedo. Gaspar se sobresaltó.

—Chico, ¿puedes venderme dos cigarrillos?

Aún traspuesto, el muchacho reaccionó en voz alta.

—Señor, ¿no ve que el negocio está cerrado? Vuelva más tarde.

Martín se quedó boquiabierto y no pudo evitar una carcajada.

Gaspar, sorprendido, se restregó los ojos.

—Si abro el negocio en horas de la siesta, los cigarrillos cuestan el doble.

Martín asintió con una sonrisa. Al cabo de un minuto, Ugarte fumaba uno de los

cigarrillos a su lado y le preguntaba sobre su vida.

A Gaspar le cayó bien aquel gallego. Le contó que vivía junto a su madre y sus hermanos pequeños en un solar de Cayo Hueso y que se dedicaba a vender cigarrillos y dulces desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde en las calles de La Habana. Obtenía veinte centavos de beneficio cada día que trabajaba y, con esa cantidad, a su madre le daba para alimentar a la familia y comprar ropa para todos. De su padre hacía años que no sabían nada.

En pocas semanas, Martín había pasado de las callejuelas de Safí a los espaciosos paseos cercanos al Malecón, donde las mujeres marcaban sus curvas con su vestimenta de un modo que él consideraba excitante. Al fin y al cabo, aunque tenía más de treinta y cinco años y había tenido algunas relaciones fugaces, su experiencia en el amor se limitaba a sus vivencias junto a Joan Alison. Agradeció a sus amigos Lopategui y Cruceta su insistencia en que viajara a Cuba. Ardía en deseos de recorrer la piel de una sensual mujer y embriagarse con el casi olvidado aroma de un cuerpo femenino. Suspiraba por deslizar el dedo índice por el cruce de unos pechos color canela hermosos y erguidos. Y Martín Ugarte creía haber llegado a una especie de paraíso habitado por mujeres hermosas: La Habana era un buen lugar en el que afincarse durante una buena temporada, quien sabe si para toda la vida.

Capítulo 3

—¿Cuba? Ray, seguro que tenéis gente allí, estando tan cerca...

Tánger, diciembre de 1952. Stanley Mortimer hablaba, por medio de un equipo de transmisión, con Ray Colmore, uno de sus jefes directos. Este quería que Stanley viajara a Cuba, así que insistió:

—Sí, pero los tipos de la embajada o no tienen la experiencia que tú tienes o son unos estúpidos. O una tercera posibilidad, que empezamos a contemplar: que estén comprados por la mafia para contaminar la información.

»Batista acaba de dar un golpe de estado, lo sabrás por los informes que te hacemos llegar, y la situación está revuelta. Y peligrosa para nuestros intereses. Te necesitamos. No te molestaría de no tratarse de un asunto importante. Sabes que he abortado intentos de esta oficina de sacarte de Tánger y mandarte a otra ciudad. En esta ocasión es diferente. Créeme. Toma el primer avión hacia Lisboa, pásate por Washington y hablaremos del asunto.

No podía negarse. Ray era uno de sus mejores amigos en el servicio de inteligencia y le debía más de un favor. Este quiso dejar claro que sería temporal.

—Solo serán unos meses, hasta que hagas un informe de la situación en Cuba. Puedes reclutar unos cuantos agentes que den continuidad a tu trabajo. Luego podrás volver a Tánger, tienes mi promesa.

Colmore sabía de antemano que tenía muchas posibilidades de salirse con la suya. Conocía bien a su amigo Stanley. El horizonte de una nueva aventura era un poderoso aliciente para él. De todos modos, por si acaso, el jefe Colmore aún tenía una bala en la recámara.

—Además, tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Te la contaré en Washington, cuando vengas, no antes. Solo te puedo adelantar que te gustará y mucho.

Las enigmáticas palabras de Colmore contribuyeron a convencerlo. Aunque dio unas cuantas vueltas a la sorpresa que le anunciaba Colmore, no acertó a descubrirla.

—Te sales con la tuya, Ray, puedes ir preparando esa sorpresa de que me hablas. Estaré en Washington dentro de unas semanas, tan pronto como suba a un avión que me lleve a Lisboa y pueda tomar el primer barco hacia allí.

No tardó en ilusionarse con los episodios que lo esperaban en su nueva aventura. Aquello significaba adentrarse en otro recoveco del Gran Juego, como solían denominar él y algunos colegas al trabajo de inteligencia. Así había sido desde que abandonó el hogar familiar siendo joven, desde que Joseph Parker, su preceptor en las lides de la inteligencia, le propuso quedarse a su lado. De eso hacía mucho tiempo, pero aún lo recordaba.

No conocía Cuba. Sabía poco de la isla, pero era uno de los países donde su gobierno no aceptaba *bromas.* Demasiado cerca de sus costas para aceptarlas.

Al cabo de tres semanas, ya estaba en Washington. Entró en el edificio que albergaba al servicio secreto norteamericano. Se identificó en el *lobby* y esperó. Unos minutos

después, el mismo Ray Colmore bajó a buscarlo. Se dieron un abrazo y subieron a la oficina de este. Era el 10 de enero de 1953. Stanley abrió el fuego:

—¿Tan peligroso es lo que sucede en Cuba?

—Extraño, peligroso y estúpido, al mismo tiempo. Está aquí mismo, a pocas millas de nuestras costas. Se supone que somos los primeros en enterarnos de lo que sucede. Y, en realidad, no sabemos lo que está pasando en la isla desde que Batista dio el golpe de estado hace unos meses.

—Háblame de él.

—Es un tipo hecho a sí mismo. Es el presidente pero podría haber sido jefe de una banda de asaltantes de bancos. Le obsesiona el dinero: viene de una familia pobre. Maneja bien a sus colaboradores, les tiende trampas para examinar su lealtad. Ofrece ministerios, cargos en las embajadas y agregadurías militares a simples sargentos. Todo lo estudia. También está obsesionado con nuestra amistad con su país, sabe que sin nosotros no es nadie, pero al mismo tiempo trata de engañarnos con su protección a los hermanos Lansky y a otros de la mafia. Aquí tiene tanto amigos como enemigos. A mí no me gusta, pero yo no mando mucho, ya lo sabes.

Tras sus primeras palabras, Colmore indicó a su secretaria que no los interrumpiese salvo si llamaba alguno de los jefazos de la planta superior. Sacó de un cajón una botella de *whisky*, se acercó a su baño privado y lavó dos vasos.

—Te había prometido una sorpresa.

—Me he venido preguntando durante el viaje de qué se trataría.

—Déjame hacer una llamada telefónica, prefiero que la sorpresa se presente por sí misma.

Stanley enarcó las cejas.

—Sírveme un trago mientras llega.

—Solo tardará cinco minutos, trabaja en este mismo edificio. También da clases en la Universidad de Columbia, pero viene a visitarme de vez en cuando.

La sorpresa entró sin tocar la puerta. Stanley Mortimer levantó las manos y sonrió.

—No me lo puedo creer... la sorpresa eres tú, Galíndez.

Jesús Galíndez sonreía. Ambos se dieron un fuerte abrazo. Se recordaban con cariño pese a que habían pasado bastantes años sin verse. Se habían conocido en 1936 en Madrid, con ocasión de un viaje de Stanley a fin de realizar un informe sobre la guerra que acababa de empezar. Galíndez desempeñaba un alto cargo en el gobierno vasco. Lo último que había sabido de él era que, al terminar la guerra, se había exiliado en la República Dominicana, donde impartía clases de derecho internacional en una universidad. Se dispensaron palabras de afecto y no dejaron de alabarse mutuamente el buen aspecto que tenían. Galíndez era un hombre de complexión mediana, alto y con una fisonomía atractiva.

Ray Colmore quiso centrar la reunión.

—Luego te contará Galíndez cómo ve las cosas. En esta casa se le aprecia mucho. Por cierto, aquí se le conoce como el agente Rojas.

—¿Rojas? Trataré de acostumbrarme —dijo Stanley.

—Ray, Stanley es la mejor elección que podrías haber hecho —dijo Galíndez.

El vasco se disculpó, lo esperaban en otra oficina del mismo edificio. Pero quedaron

en verse aquella misma tarde.

Ray Colmore se puso las manos detrás de la nuca.

—Empezaré: por una parte, está el gobierno, dirigido por ese tipo, Fulgencio Batista. Asegura que tiene el control del país. Para mí, es el mayor de los mentirosos. Aun así, en este edificio hay quien lo defiende. Luego están los jefes de la mafia. Los busca el FBI. Viven en La Habana y llevan sus negocios desde allí, de eso no hay duda, lo tenemos comprobado. Hemos interceptado numerosas conversaciones entre ellos y sus familiares, que viven en Chicago o en Nueva York. Casi todas las llamadas se hacen desde cabinas públicas de La Habana. No hacen mucho esfuerzo para disimular. Juraría que tienen un pacto con Batista: Él los protege y ellos le pagan comisiones millonarias, apenas una parte importante de los negocios que hacen.

Stanley Mortimer permanecía en silencio. Quería que Colmore soltase todo lo que sabía.

—Luego están los estudiantes. La población les empieza a llamar los Rebeldes. Su número crece y la simpatía de la población hacia ellos también. No sabemos cuántos son ni lo que quieren. Están desorganizados, pertenecen a varios grupos y todos nuestros intentos para contactar con ellos han fracasado. Batista asegura que son comunistas. Los periodistas de *The New York Times* y de *The Washington Post* nos dicen que son liberales hartos de la corrupción del gobierno. La situación es inestable. En definitiva, no sabemos lo que sucede en Cuba, y eso es algo que no podemos permitirnos.

Stanley tomaba notas.

—Como podrás ver, existen razones para estar desorientados —continuó Colmore.

—¿Qué otros datos tenemos?

Ray Colmore extrajo de un archivo una carpeta gruesa.

—Poca cosa. En La Habana viven bastantes españoles, exiliados de la guerra de España. Izquierdistas. Dan clases en las universidades. No creo que estén involucrados con los Rebeldes, bastante tienen con seguir soñando que vamos a retirar el apoyo a Franco.

Stanley dio su opinión de España.

—Nuestro gobierno se equivocó con la política sobre España. Tenía que haber echado a patadas a Franco cuando cayó Hitler. Como bien te habrá dicho Galíndez.

—Es posible. Pero ese asunto no es de mi competencia —replicó Colmore encogiéndose de hombros. A continuación, desparramó encima de la mesa unas fotografías. A Stanley le llamó la atención un joven de bigote escaso y ojos penetrantes.

—¿Y ese quién es?

—Se llama Fidel Castro y es abogado. Estudió con los jesuitas y parece ser uno de los líderes rebeldes.

—¿Existe contacto con él?

—Lo hemos intentado pero ha sido imposible.

—¿Detenidos, asesinados?

—Centenares. Batista no necesita muchas justificaciones para encarcelar a los disidentes. No hay jueces independientes. Se habla de que numerosos estudiantes han sido asesinados en los cuarteles del SIM, el Servicio de Inteligencia Militar. Quien entra en sus calabozos sale en pésimas condiciones o no sale vivo.

—¿Y nuestra embajada? ¿Ha preguntado?

—Ya te lo he dicho, Batista nos asegura que son comunistas —intervino Colmore.

—Los del piso de arriba, ¿apoyan a Batista?—preguntó Stanley mientras señalaba hacia el techo con el índice de la mano derecha.

—Es un cerdo y no nos gusta, al menos a la mayoría. Por ejemplo, lo que te he dicho sobre la mafia... Tenemos confirmación de sus relaciones con Vito Genovese, Albert Anastasia, Lucky Luciano y Meyer Lansky, sobre todo con este y su hermano Jacob, unos grandísimos pillos. Batista los protege. Pero tampoco nos fiamos de Fidel Castro y de sus amigos. Para eso queremos que vayas, para que nos hagas un buen informe y nos aclares la situación. A partir de ahí, lo presentaremos al gobierno. Ya sabes que nosotros solo hacemos informes. Las decisiones las toman los de arriba —dijo Colmore.

Stanley no quería perder el tiempo.

—Creo que voy entendiendo. ¿Con qué cobertura debo viajar?

Ray Colmore esperaba esa pregunta.

—Con la que quieras, puedes viajar como periodista, como viajante de una empresa. Cualquier cosa menos como funcionario del gobierno, te podrás mover mejor.

Stanley sonrió.

—Vuelven los viejos tiempos.

—Estoy seguro de que te alegras, viejo amigo. No me digas que no extrañabas la actividad, la de verdad. Como la que viviste en España... o en Tánger, durante la guerra. Los agentes como tú lo lleváis en la sangre, y tú eres uno de primera clase. ¿Quieres saber una cosa? Te envidio. Me gustaría acompañarte. Pero no puede ser, las reglas son las reglas —dijo con pena.

—Tienes razón, lo extrañaba, sobre todo trabajar en equipo. Tánger se estaba volviendo aburrida. Hablemos de otra cosa, ¿cuáles son los mayores peligros de este viaje?

—Unos cuantos. En primer lugar, los chicos de la mafia... los hermanos Lansky, en especial. No creo que les guste que un agente fisgue en sus negocios. Que no te descubran —advirtió Colmore.

Stanley intervino.

—Bueno, en Tánger también encontraba de vez en cuando a tipos como esos.

Colmore salió al paso.

—No quiero engañarte, Stanley. Los tipos con los que te habrás encontrado en Tánger son simples aficionados al lado de estos. Son gánsteres de verdad, peligrosos. Matan por matar, no se lo piensan dos veces. Llevan apretando el gatillo desde que eran muchachos de doce años. Unos desalmados.

—¿A qué clase de negocios se dedican? —preguntó Mortimer.

—¿Negocios? De todo: asesinato, juego ilegal, contrabando... sienten predilección por corromper mandos policiales de las ciudades donde operan. Nombra un negocio importante y verás que la mafia lo controla. Y en cuanto a Meyer Lansky y su hermano Jacob... esos cabrones han ordenado asesinatos, han asaltado bancos, han traficado con toda clase de sustancias, trucan las mesas de juego en los casinos y no han pagado un impuesto en su vida. Y no se han visto entre rejas ni un solo día. ¡Son malos bichos, y en Washington celebraríamos verlos muertos!

—Tengo entendido que buena parte de los miembros son italianos...

—Bueno, Meyer Lansky es judío, y también hay algún irlandés. Pero sí, casi todos son de Sicilia.

Colmore y él decidieron continuar la conversación durante la comida, en un restaurante italiano situado a cien metros de las oficinas de Inteligencia. Colmore saludó a cuatro colegas que ocupaban una mesa situada a unos metros. Continuaban hablando con confianza. Bebieron un par de copas de vino y comieron unas anchoas en aceite de oliva y pasta a la napolitana.

—¿Y los rusos? ¿Qué opinan de todo esto...?

La Unión Soviética se había convertido en el principal enemigo de Norteamérica. Stalin acababa de morir, y lo que los periodistas denominaban «guerra fría» figuraba en primera plana de los periódicos.

—No creo que estén interesados en Cuba. Saben que nuestro país no consentiría su presencia allí. No, es un país donde no meterían las narices. Y están ocupados con la sucesión de Stalin.

Mortimer estaba al tanto de esos movimientos. En Tánger solía encontrarse en las barras de los bares con marinos que habían atracado en puertos rusos.

—Ese Nikita Krushev... ¿Crees que se afianzará en el poder?

—No lo sé, esos asuntos los llevan los de Europa. Yo solo me ocupo de América Central y del Caribe. Por lo que oigo en las reuniones, es un bolchevique ortodoxo, no hay que esperar de él milagros.

Ray Colmore llamó a Jesús Galíndez. Cuando este apareció, Colmore se disculpó y los dejó a solas. Seguro que tenían muchas cosas de las que hablar.

—Dime algo, si trabajas para nosotros, ¿por qué no vienes a La Habana conmigo y lo hacemos juntos? Haríamos un buen equipo.

Galíndez se tomó unos segundos para responder.

—Es imposible. He pasado unos cuantos años en la República Dominicana de Trujillo. Y su gente me sigue los pasos. Les he denunciado en varios escritos, son basura. Si fuera a La Habana, para ellos sería sencillo acabar conmigo. Entre los agentes de Batista y Trujillo existe una comunicación permanente. Me localizarían y pondría en peligro la operación. Y, desde luego, yo no saldría con vida.

—¿Estás seguro de que te persiguen?

—Algunos de los hombres de Trujillo lo han revelado. En Nueva York estoy a salvo, no creo que se atrevan a atentar contra mí aquí.

En Cuba, no podría contar con el apoyo de su amigo, pero, sea como fuere, Stanley aguardaba con ilusión la nueva misión que se disponía a emprender.

Hay ciudades en las que, cuando un viajero de la experiencia de Stanley Mortimer llega por primera vez, advierte, de forma inmediata, que su estancia merecerá la pena. Eso es lo que sintió Stanley al desembarcar en el muelle Riviera de La Habana un día de enero de 1953 a bordo de un barco de pasajeros de nombre *Katmandú*, de bandera panameña, en que había hecho la travesía desde Miami.

Durante varios días, se dedicó a pasear observando lo que hallaba a su paso. También debía descubrir lugares propicios para los encuentros clandestinos que, a buen seguro, acabaría por tener. De ahí su interés por visitar, por ejemplo, el Museo Nacional.

Conocer un museo de La Habana no era solo una cuestión de cultura. Parker, su instructor, le había enseñado que estos espacios, habitualmente tranquilos, eran un buen lugar para concertar citas con informadores. Dos agentes que caminan por la calle en direcciones opuestas no deben detenerse para cambiar impresiones bajo ningún concepto pero ¿a quién sorprendería ver a dos caballeros dialogando frente a un lienzo del siglo XVIII? Y menos aún si acompañan su conversación con movimientos del dedo índice señalando un fragmento del cuadro. Cualquier observador los tomará por dos personas sensibles y deseosas de cultivar el espíritu. Otro de los lugares que inspeccionó para citarse con informadores fue la necrópolis de Colón. Quedó impresionado por sus dimensiones.

Por otra parte, estaba convencido de la utilidad de las amistades que se propician entre camaradas de naipes. En Tánger había adquirido el hábito de jugar a las cartas con baraja española y dominaba a la perfección el mus, el tute, la escoba, el chinchón, la brisca y el cinquillo, las siete y media y el dominó. Descubrió que este era muy popular en la isla. Así que identificó lugares donde los habaneros jugaran a cartas y los anotó.

También se dedicó a localizar los mejores restaurantes de la ciudad. Sus jefes conocían su predilección por la buena mesa y los buenos vinos, así que Washington se había comprometido a pagar sin rechistar sus facturas: le habían entregado cincuenta mil dólares en billetes de diferente denominación que él, por su parte, había consignado en la caja fuerte del hotel como precaución. De esta manera, descubrió La Torre, en el piso 32 del edificio Focsa, el más alto de la ciudad; el Centro Vasco, en El Vedado, cuya especialidad era el bacalao a la vizcaína, y El Conejito. Los tres eran acogedores y sus mesas estaban distanciadas ente sí.

Pero en esa etapa de reconocimiento existían otras obligaciones menos gratas. Sabía que no había llegado a La Habana para broncearse. Una de sus obligaciones sería descubrir un despeñadero desde el cual pudiera deshacerse de un cadáver con discreción. Stanley no estaba acostumbrado a esa clase de acciones, pero figuraban en el manual del agente y él no era de los que desatendía sus obligaciones. Un taxista le indicó el acantilado del Yumurí, cerca de Varadero, y él apuntó cómo se llegaba hasta ese lugar. Tal vez lo necesitara en alguna ocasión.

Capítulo 4

La gran noticia de la que había venido hablándose en los periódicos habaneros en los últimos días era que la genial Celia Cruz, la reina del mambo, se disponía a grabar un disco con la Sonora Matancera como acompañantes. Pero el campeonato de boxeo había conseguido desplazarla de los titulares. El *Diario de la Marina* lo destacó en su primera plana: «El campeonato del mundo del peso *welter*, que enfrentará al cubano Kid *Chocolatito* Corona con el norteamericano Frankie Kaine, se celebrará en La Habana.»

Un empresario cubano de apellido Fonseca había firmado un contrato con los representantes de ambos púgiles. Estaba relacionado con el negocio de los hoteles, pero corría el rumor de que era un hombre de paja de Meyer Lansky. Según se había anunciado, el combate se celebraría en el Palacio de los Deportes, que podía albergar a miles de personas.

Al cabo de unas horas del anuncio, no se hablaba de otra cosa en los cafés del Prado, en los restaurantes de El Vedado, en las barberías de Centro Habana o en las galleras del barrio de La Víbora. Las emisoras daban cuenta del historial de los púgiles y habían empezado a cruzarse las apuestas. El cubano, nacido en Matanzas, región de gran tradición boxística, partía con ventaja.

Los rumores hablaban de que las quinientas sillas de ring se venderían a dos mil dólares cada una. Los promotores pronosticaban un lleno absoluto. Sus previsiones indicaban que solo desde Florida llegarían cerca de dos mil personas. El evento se retransmitiría en directo por radio y televisión a numerosos países de América. Solo en derechos de retransmisión, la empresa de Fonseca habría de ingresar cerca de diez millones de dólares.

El promotor había organizado una gran fiesta en el hotel Nacional para presentar la velada deportiva. Había reservado la quinta planta. Todo aquel que era relevante en la ciudad había sido invitado. El presidente, Fulgencio Batista, había confirmado ya su asistencia. El gerente del hotel quiso homenajear a los clientes habituales y Joan Alison recibió un sobre que contenía invitaciones para ella y varios acompañantes. La invitación incluía la etiqueta: «señoras, vestido largo. Caballeros, *smoking*». Alison se las ofreció a Thierry, quien se extrañó de ser él, y no Martín Ugarte, la persona que recibiese la invitación como representante de los amigos. Aun así, aceptó en nombre de todos, incluido Martín. Iba a ser todo un acontecimiento.

Thierry había quedado con Joan en recogerla, media hora antes de la fiesta, en el *lobby* del hotel. Joan Alison estaba espléndida. Había elegido un traje en tonos azules con un buen escote que había traído de Nueva York. De su cuello colgaba un collar de perlas, el mismo que había lucido en Tánger catorce años antes, el 4 de julio de 1939, el día que se presentó en el consulado de los Estados Unidos.

Martín, Thierry, Albert y George, por su parte, habían alquilado un esmoquin en una tienda de la calle Obispo. Era la primera vez que Martín se ponía un esmoquin, pero tanto los empleados del establecimiento como sus amigos elogiaron como le quedaba. Él se miraba en el espejo una y otra vez. En verdad se veía atractivo, interesante.

Una hora antes de empezar la fiesta, los jardines del Nacional ya rebosaban. La

primera parte de la fiesta tendría lugar en esos espléndidos jardines, donde se serviría un cóctel. Después, pasarían a uno de los salones principales. Estaba previsto que en la sobremesa cantara Beny Moré. El baile empezaría con los primeros sones del mambo. Los Cadillac y los Ford entraban con lentitud en el camino de cincuenta metros que daba acceso a la puerta principal del hotel. Los fotógrafos de las principales revistas y periódicos de La Habana habían comenzado a hacer su trabajo. Las mujeres sonreían ante los fogonazos de los *flashes* y ellos encendían con parsimonia los Partagás y los Montecristo.

Los empleados, vestidos con librea y guantes blancos, abrían las puertas de los vehículos —recién abrillantados— conforme llegaban, e inclinaban la cabeza ante la dama y el caballero que descendían de ellos. Joan Alison advirtió enseguida que ni un solo empleado del Nacional era negro. Los amplísimos jardines lucían un aspecto estupendo, los pavos reales paseaban con despreocupación entre los asistentes y las mesas estaban colmadas de pirámides de frutas del país y jarrones de flores. Por todas las esquinas, camareros jóvenes, vestidos de blanco —guantes y botonadura dorada incluidos—, servían toda clase de licores. Joan y sus amigos tomaron un *whisky* antes de subir a la planta quinta.

El comienzo de la cena estaba señalado para las nueve de la noche. El salón estaba lleno, cuatrocientas personas lo abarrotaban. Dos grandes fotografías de los púgiles presidían el escenario. La cena iba a ser servida por André, el chef de moda en Nueva York, donde dirigía el Bon Appétit en plena Sexta Avenida. Las emisoras de radio informaban en directo de la llegada al hotel Nacional de los grandes empresarios del país: Los Fuentes, los Bacardí, los Cremades, los Mena, los Espinosa, los Fianti... no faltaba nadie: Los dueños de los principales ingenios azucareros, de las plantaciones de tabaco, de las hidroeléctricas y de los medios de comunicación. Nadie quería perderse aquel singular acontecimiento. Una *big band* de veinte músicos alegraba la espera con sones de chachachá y mambo.

En ese momento entró Meyer Lansky, vestido con un esmoquin blanco y zapatos negros. Lo seguían su hermano Jacob y cuatro guardaespaldas, también con esmoquin. Se hizo un silencio que duró un par de segundos, al que siguió un murmullo generalizado. Lansky y sus amigos ocuparon una mesa situada frente al escenario. A su lado, y en otra de las mesas principales, estaba sentado el barón Thyssen-Bornemisza, que llevaba algún tiempo hospedado en el hotel y a quien acompañaban varios hombres y mujeres, estas ataviadas con joyas deslumbrantes.

Un redoblar de tambores, que duró varios segundos, dio paso al presentador del acto. Este tomó la palabra y anunció: «Señoras y señores, demos la bienvenida al excelentísimo señor presidente de la República, general Fulgencio Batista.» El salón prorrumpió en un aplauso que se prolongó cerca de medio minuto. No fue unánime. Buena parte de los asistentes se contentó con dar palmas una sola vez y adoptar un cierto gesto de contrariedad. Batista y su esposa, Marta Fernández de Batista, con un vestido largo blanco y un collar de diamantes, hicieron su entrada saludando a unos y otros. Meyer Lansky aplaudía.

El espacio reservado para los periodistas y los fotógrafos se situaba en una de las esquinas, a pocos metros del escenario. Algunos tomaban notas en pequeños cuadernos.

Otros grababan sus impresiones en pequeños artefactos que colgaban de sus hombros.

Joan Alison y sus amigos ocupaban una mesa situada en una esquina. Martín estaba a su lado. Nunca había asistido a una fiesta como esa y miraba a un lado y otro, asombrado por tanto lujo y suntuosidad. El vasco recibió un codazo.

—Martín, ese de allí, del grupo de periodistas, ¿no es Stanley?

Martín dirigió la mirada al lugar que señalaba Joan. Se quedó contemplando, sorprendido, a aquel hombre.

—¿Stanley Mortimer? Pues sí, Joan, no hay ninguna duda —dijo él sin dejar de observar a su viejo amigo.

Parecía que hubieran visto una aparición.

—¿Quién es Stanley? —preguntó George.

—Un viejo amigo nuestro —explicó Joan mostrando una sonrisa que Martín compartió.

Habían transcurrido más de diez años desde la última vez que se habían visto. Erguido, de espaldas anchas, complexión mediana, sus cabellos habían encanecido, pero un mechón que le caía sobre la frente lo rejuvenecía. Sus ojos azul zafiro seguían brillando con fuerza en la distancia. Joan y Martín no le quitaban ojo.

—Está aún más interesante que en Tánger —musitó ella.

Tras el acto de presentación del combate con los púgiles, la orquesta empezó a tocar el *Mambo n.° 5* del maestro Dámaso Pérez Prado. Algunas parejas salieron a bailar. En ese momento, Batista se levantó y abandonó el salón, de nuevo entre los aplausos de los asistentes, que hicieron un amplio pasillo a su comitiva.

La fiesta continuaba. Joan Alison y Martín Ugarte decidieron acercarse a su viejo amigo Stanley. El agente norteamericano departía con un grupo de periodistas. Mientras lo hacía, Mortimer miraba a uno y otro lado del amplio salón, como era su costumbre, para tratar de no perder detalle de lo que sucedía. Uno de sus colegas, un italiano llamado Carmelo Tatiani, intervino:

—Este derroche y esta puesta en escena es un puñetazo en la mesa de Lansky y sus amigos. Todos saben que detrás de los promotores del combate están ellos, y lo que quieren es demostrar que han llegado a La Habana para quedarse, que no van a esconderse, le guste o no al gobierno.

Los periodistas celebraron la perspicacia que encerraba ese punto de vista.

Stanley Mortimer vio llegar a Joan acompañada de Martín. Con agilidad, avanzó tres o cuatro pasos con el fin de salir a su encuentro. Los tres sonreían.

—¡Stanley, qué alegría! —dijo Joan mientras se disponía a darle un beso en la mejilla.

Él los sorprendió.

—¿Stanley? Creo que se equivocan, amigos míos. Me llamo Chris Fanon y soy periodista del *Oakland Tribune* —dijo con seguridad mientras les ofrecía la mano y guiñaba un ojo.

Joan enarcó las cejas.

—¿La mano? ¿Así es como saludas a una vieja amiga?

—¿Ya no trabajas en el consulado de tu país en Tánger? —preguntó el vasco.

—Te lo contaré todo, pero no ahora —le dijo al oído.

Joan pronto adivinó que el viejo Stanley había entrado en acción, como en los

tiempos de Tánger.

—¿Dónde te hospedas? —preguntó Joan.

—En el hotel Sevilla Biltmore.

—De ti lo sabemos casi todo, querido, no lo olvides —dijo Joan con mucha gracia en el tono.

Joan guiñó el ojo a Stanley, como queriendo indicarle que, hiciera lo que hiciera en La Habana, podía contar con su complicidad. Martín, mientras tanto, lo miraba con cierto aire de confusión y no dejaba de sonreírle. Lo que menos esperaba Stanley de su misión en La Habana era encontrarse con Joan y Martín. Y juntos. ¿Qué significaba eso? Quiso salir de dudas.

—¡Qué sorpresa encontraros! Lo último que podía imaginar. ¡Y juntos!

Joan salió al paso.

—Que tu imaginación no se desboque, viejo amigo. Martín y yo acabamos de encontrarnos hace unos días.

—Me alegro de veros. Ya tendremos tiempo de charlar.

Se emocionó. Nunca se había sentido tan vivo y tan acompañado de amigos como en Tánger.

Otro periodista, con una cámara fotográfica en la mano, se les acercó. Stanley, con los reflejos en guardia, se adelantó.

—Joan, Martín, les presento a Xabier, un periodista de la ciudad. Trabaja para el *Mirror.* Estos son unos buenos amigos, los conocí en París —mintió.

—Encantado. Chris, vámonos, tenemos una entrevista —dijo el periodista.

Stanley se llevó las manos a la cabeza.

—Lo había olvidado. ¿Me llamaréis al Sevilla Biltmore un día de esta semana? —dijo mientras caminaba arrastrado por su colega.

Sus amigos asintieron. Mientras Stanley se alejaba, Joan se llevó a Martín a una esquina.

—No sé lo que está pasando, Martín, pero nuestro amigo Stanley Mortimer ya no se llama así, sino Chris Fanon, no lo olvides.

—Está estupendo, sigue siendo el mismo Stanley de siempre —respondió él.

—Tú también lo estás, te has convertido en un hombre atractivo —dijo ella mirándolo a los ojos.

—¡Anda que tú! Eres la mujer más hermosa de este salón.

—Hace diez años no decías estas cosas.

—Hace diez años pasaban muchas cosas...

Martín le dirigió una mirada traviesa, acompañada de una sonrisa abierta. Ella le correspondió.

—¡Qué extraño lo que está sucediendo! Primero apareces tú, luego Stanley... solo hace falta que por la puerta veamos entrar a Madeleine y a Jean-Paul —dijo soltando una carcajada.

—¡O al obispo Olmedo! —añadió Joan.

Martín echó una carcajada.

—¿Recuerdas aquellos tiempos, Martín?

—Claro que los recuerdo, Joan, ¡cómo no voy a hacerlo!

Ella estaba emocionada.

—Fue una época espléndida para mí, creo que en ningún lugar como en Tánger encontré a tan buenos amigos. ¡Éramos tan jóvenes!

Él adoptó un gesto de cierto asombro. Las palabras que pronunció a continuación le brotaron con espontaneidad.

—Jóvenes e inexpertos... sobre todo yo, un joven desconcertado y temeroso —se atrevió a decir.

Joan reaccionó.

—Yo tampoco era una mujer experimentada, y había sufrido mucho —se defendió.

Ella aprovechó aquellos instantes de intimidad. Tenía ganas de decírselo.

—¿Puedo contarte un secreto? Me besaste con una inocencia extraordinaria. Lo recuerdo bien. Nunca he olvidado tus besos.

Martín Ugarte se rio.

—Volvería a hacerlo —dijo él.

—¿Lo harías?

Él retrocedió. Escrutó su rostro.

—Ya hablaremos en algún momento de aquello —respondió Martín sin dejar de sonreír—. No sé si debo confiar en ti —concluyó.

Joan lo congeló con una mirada seca: ¡Acababan de reencontrarse! Pero mantuvo el tono en que hablaba, casi un murmullo, para decirle:

—¡Estamos al lado de mi habitación, *mon amour!*

—Nos están esperando —dijo él.

—Solo un beso.

Martín deseaba hacerlo. Estaba empezando a excitarse. Pero las circunstancias en que se encontraban, la compañía de los amigos... además, no estaba seguro de que ella estuviese hablando en serio.

—Te debo el beso.

Ella se conformó con aquella promesa y le ofreció un abrazo. Se rieron. Estaban alegres, las cosas habían comenzado bien entre ellos.

Por iniciativa de Martín, decidieron regresar a la mesa de Thierry y sus amigos. Estos cuchichearon entre sí. El único que sabía que el vasco había sido sacerdote años atrás era Thierry.

Cuando el grupo dio por acabada la velada, los cuatro amigos, como hacía unos días, acompañaron a Joan hasta el ascensor del hotel. Esta esperó algún tipo de señal del vasco, tal vez un guiño de ojos que indicara su deseo de acompañarla hasta la habitación, o al menos hasta la puerta. Pero estaban en grupo. Thierry se sentía incómodo y no sabía cómo reaccionar. Martín lo advirtió y fue el primero en desearle buenas noches. Los demás lo imitaron y ella se dio la vuelta con una sonrisa extraña. Una mueca de desilusión le cruzó la cara.

Mientras subía en el ascensor, Joan meditó sobre la conducta de *su curita,* como aún le gustaba llamarlo al pensar en él. No se acostumbraba a estar cerca de él y no poder arrojarse a sus brazos, como había sucedido años atrás, como aún era su deseo. Aceptaba de mala gana sus desplantes, y ya iban dos en pocos días...

Una vez en la habitación, se desnudó ante el espejo de pie. Llegó a la conclusión de

que aún conservaba una hermosura fuera de toda duda, unas facciones sin signos de declive. Sin vestirse, se asomó al balcón. La bahía se mostraba en calma; solo a lo lejos se advertían algunas siluetas. Debían de ser cargueros que se adentraban en mar abierto.

Joan se sintió sola, un sentimiento que venía siendo habitual en los últimos tiempos. Los recuerdos de los últimos años la entristecieron. Por fortuna para ella, solía tomar una pastilla que le inducía el sueño de manera inmediata. Bebió un sorbo, la tomó y se sumergió en el sueño sin dejar de pensar en Martín.

Capítulo 5

El primer Bacardí que había pisado suelo de la isla de Cuba fue el bisabuelo de Carolina, don Facundo Bacardí y Massó —nacido en Sitges, provincia de Barcelona, en 1814— cuando la isla aún pertenecía al ya menguado Imperio español. El mismo año en que Fernando VII regresaba a Madrid entre vítores después de la ocupación francesa. Bacardí y Massó se estableció en Santiago, la segunda ciudad de Cuba, una bella ciudad de estilo colonial y preciosas villas que rodeaban la plaza principal, con calles escalonadas, numerosos parques y el castillo de San Pedro de la Roca.

A mediados de siglo XIX, Bacardí tuvo la idea de experimentar en la destilación de un ron suave, diferente del licor que solo aguantaban los piratas y marineros audaces del Caribe. Facundo fundó una empresa que bautizó con su apellido. Firmaba de su puño y letra todas y cada una de las botellas que producía su pequeña fábrica y adoptó un murciélago como símbolo empresarial.

Cien años después, la cuarta generación de la familia la encarnaba Carolina Bacardí, una joven de rasgos hermosos, alta y de facciones suaves. Había sido educada en el colegio de las Ursulinas y criada en una residencia de El Vedado, en una finca de cuatro mil metros cuadrados que albergaba una casa de estilo neocolonial construida a finales de siglo XIX por un arquitecto español. Tras el fallecimiento de su padre, Carolina Bacardí pasó a dirigir la empresa, que facturaba millones de pesos. Disponía de tres directores generales de su confianza. Uno de ellos, también de origen catalán, era José Bosch, su brazo derecho. Bosch era un hombre de sesenta años, y había estado al lado de los Bacardí desde los quince. Había ocupado todas las funciones dentro de la empresa, desde almacenero a director general, pasando por obrero, jefe de bodega, primer encargado de fábrica y adjunto a la dirección. En la familia se lo conocía como Pepín.

A sus veintitrés años, Carolina era una joven aún soltera. Su prometido era Daniel Sancibrián, otro joven de la ciudad que en su día heredaría La Antártida, una importante fábrica de hielo del país, fundada cincuenta años atrás por su abuelo. Sancibrián era un hombre extrovertido y consentido en exceso por su padre, quien contemplaba a su primogénito como embebido. Carolina no tenía prisa por aceptar la petición de matrimonio de Daniel Sancibrián, que tenía veinticuatro años. Se veían dos o tres veces por semana en el Country Club o en el Miramar Yacht Club, asistían a las fiestas en las residencias de sus amigos y, entre los meses de diciembre y mayo, seguían desde un palco privado las carreras de caballos de Marianao, el único hipódromo de La Habana.

La alta sociedad habanera no paraba de hablar de la felicidad que esperaba a los dos jóvenes una vez que contrajeran matrimonio. Ella era alta y rubia como el primer Bacardí de Sitges que había llegado a la isla. Él, por su lado, era un hombre apuesto, de apellido ilustre y había estudiado negocios internacionales en Londres. Pero no solo eso: también se unirían dos familias poderosas, lo que daría inicio a una estirpe sin parangón.

Ahora bien, en los últimos tiempos, Carolina prefería dedicarse a su nueva afición, la

pintura, y visitar los estudios de pintores desconocidos de la ciudad, lo cual molestaba a Daniel. Carolina Bacardí había realizado unos estudios de un trimestre sobre arte en Nueva York. Suficiente para que se entusiasmase por la pintura. Empezó a frecuentar las galerías de La Habana y a adquirir obras de jóvenes pintores que empezaban a destacar en la Escuela de Arte San Alejandro. Empezaba a forjar una buena colección de arte contemporáneo de pintores jóvenes. Wilfredo Lam, René Portocarrero, Amelia Peláez y otros artistas solían recibirla en sus talleres.

Gracias a los artistas, Carolina conoció a bastantes escritores y poetas. Estos solían reunirse por las tardes en determinados cafés de La Habana. Algunos de ellos habían inaugurado unos años atrás una tertulia, que habían bautizado con el nombre de la Tertulia de los Nueve. Una vez, la invitaron a asistir y ella, movida por la curiosidad, aceptó. Tal vez también quisiera escapar del ambiente de los barrios altos y de los clubes de lujo, que era lo que había conocido desde su nacimiento.

La tertulia se celebraba en la cafetería El Carmelo el primer jueves de cada mes. Entre sus miembros había jóvenes como la cantante Merceditas, la única de raza negra. Otros eran abogados de una edad cercana a los cuarenta años. Dieter Albersmaier, el librero de la calle Obispo, acudía de vez en cuando. Y también algunos jóvenes de la Universidad Nacional que estudiaban Filosofía o Derecho. O Thierry Dumay, el propietario de La Internacional. El asunto que dominaba era la política nacional. No faltaba quien soltara el último rumor sobre las discusiones de palacio entre Batista y sus ministros o la frialdad con que había sido recibido el presidente en un regimiento. Eran noticias recibidas con alborozo por aquellos hombres que hacían de la conspiración pacífica contra el dictador una causa. No importaba que los rumores fueran ciertos o simples chismes. También se pasaban por debajo de la mesa el último pasquín redactado por los estudiantes de la Universidad Nacional, que daba cuenta del nombre de los jóvenes detenidos durante las últimas semanas o que en esos mismos momentos estaban siendo torturados por la policía en el siniestro cuartel del SIM. Era la primera vez que Carolina Bacardí escuchaba testimonios de esa clase. La aturdieron. No tenía idea de que sucedieran ese tipo de cosas. Su vida había transcurrido alejada de las cuestiones políticas. En su familia solo se hablaba de la ronera o de las empresas de los amigos, y daba por supuesto que los gobiernos se preocupaban por el bienestar de los ciudadanos.

Una tarde, invitaron a la tertulia a una señora cuyo hijo había sido detenido hacía unas cuantas semanas. La señora explicó que había acudido al edificio del Servicio de Información Militar. Un oficial, después de realizar algunas pesquisas por teléfono, negó que su hijo se hallara en dependencias policiales. Las horas de espera fueron interminables para ella. El cadáver del muchacho apareció poco después en el barrio de La Lisa. El médico forense informó a la familia de que la trayectoria de la bala que acabó con su vida fue de adelante hacia atrás, disparada en el rostro, a menos de un metro de distancia. Tenía el rostro desfigurado. La explicación de la policía fue que el joven se relacionaba con delincuencia común.

La madre se presentó en el SIM. Quería que le mostraran alguna prueba de aquella acusación.

—Señora, usted tiene otros hijos. Piense en ellos y no ande molestando —le

respondió el oficial que le atendió.

—¿Y cómo sabe que tengo otros hijos? —respondió la mujer con una mirada desafiante.

—¡Váyase! —gritó el policía.

—No nos vamos a quedar con los brazos cruzados. Lo enterraremos, lo lloraremos y el resto de mis hijos sabrá vengar a su hermano.

El joven se apellidaba Armuelles, estudiaba Filosofía y solo tenía diecinueve años. Era miembro de la Federación de Estudiantes Universitarios.

Desde luego, no era el primero. Desde hacía varias semanas, aparecían cuerpos de jóvenes en las afueras de la ciudad, con muestras de haber sido torturados o, como aquel, abatidos por un disparo en la cabeza. Dos jóvenes de la Politécnica habían aparecido decapitados días atrás. Sus cabezas fueron encontradas en el borde de las barandillas del puente de Almendares, por donde circulaban numerosos vehículos a primera hora de la mañana. Todos los cadáveres que amanecían en el puente de Almendares tenían huellas de haber sido torturados y señales de quemaduras de cigarrillos en el rostro.

El testimonio de la señora de Armuelles impresionó a Carolina Bacardí. Al día siguiente, se comunicó, a través de uno de los directores generales de Bacardí, con el ministro de Interior, Salcedo. Tras unos días, Salcedo ofreció su respuesta: el joven tenía relación con la delincuencia común, por lo que podría tratarse de un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Lo sentía y transmitía el pésame del gobierno.

Carolina tenía unas pocas amigas, que pertenecían a su círculo social. Amigas de la infancia, chicas de su edad, hijas de millonarios. Mujeres jóvenes, de cabelleras rubias o castañas, de tez blanca y ojos claros. Tenían la suficiente confianza como para que Carolina les hiciera llegar sus preocupaciones, así que invitó a cuatro de ellas a comer en el Yacht Club.

Sus amigas se sorprendieron por su forma de empezar la conversación. Sin rodeos, ella les preguntó la opinión que tenían del gobierno de Fulgencio Batista. Era lo que menos se esperaban.

—Carolina, ¿a qué te refieres con esas cosas? Nosotras no tenemos nada que ver con la política, eso se lo dejamos a nuestros papis —dijo, con absoluta inocencia, una de sus amigas, de apellido Mena.

Carolina les contó lo que la madre del joven Armuelles había explicado en la tertulia. No supieron qué contestar. Estaban asombradas por el hecho de que su amiga asistiese a una tertulia.

—Carolina, siento lo que le sucedió a ese joven estudiante, pero... — acertó a decir la misma chica que había hablado minutos atrás. Dejó transcurrir unos segundos— algo habrá hecho...

—Sí, para terminar de esa manera, algo habrá hecho —remató otra de las asistentes.

Carolina Bacardí había madurado. Su desconocimiento y desinterés por lo que sucedía en el país se estaba acabando para siempre. Su vida, tal y como la había entendido, estaba llegando a su fin. Y con ella, su inocencia. En las horas siguientes a la reunión con sus amigas, también se replanteó su noviazgo con Daniel Sancibrián. Lo quería, era cierto. Como se quiere a un buen amigo. Estaba acostumbrada a él, llevaban

de novios cuatro años. Así que decidió tomárselo con calma y pensar.

Por otra parte, su familia la había educado para comportarse con honestidad. Le habían inculcado el valor del trabajo y la inutilidad del lujo si no era como recompensa a un esfuerzo. Esas reflexiones la tranquilizaron.

A sus compañeros de tertulia les sorprendió que Carolina acudiera al funeral del joven Armuelles. Y se sintió orgullosa mientras encaminaba el Buick Roadmaster azul cobalto a la iglesia donde se celebraba. Asistió sola. Sin sombrero y sin ninguna clase de prenda que disimulase sus facciones. Se le pasó por la cabeza que los policías del régimen también acudirían al funeral, en secreto, con el fin de tomar fotografías de los asistentes. De esta manera, su fisonomía acabaría en los archivos secretos del régimen.

La presencia de Carolina Bacardí no pasó inadvertida. Pronto, el centenar de personas que se agolpaba en la casa Armuelles murmuraba sobre ella con admiración. Observó cómo la gente la miraba y le cedía el paso de una manera especial. Se corrió la voz de que era una Bacardí; todos los habaneros, desde el más pobre al más rico, sabían lo que ese apellido representaba.

Los padres del joven, atrapados por la tragedia, recibían las condolencias sentados en un sofá. Carolina se acercó. Les participó su pesar y estalló en sollozos al abrazarse a la madre. Esta pensó que era una compañera de la universidad.

En aquel adiós al joven Armuelles se respiraba indignación. Había una atmósfera de calma llamativa, como si los presentes fueran conscientes de que el sacrificio de Armuelles no sería en vano. Su asesinato despertaría muchas conciencias dormidas.

Carolina abandonó el lugar reconfortada. No fue el único funeral de opositores al régimen al que asistió durante aquellas semanas.

A partir del momento del asesinato del joven Armuelles, Carolina Bacardí empezó a donar cierta cantidad de dinero para ayudar a los familiares de los presos políticos. No debía dar muchas explicaciones para firmar cheques de importancia mediana. No lo comentó con su prometido. Y tampoco con ningún miembro de su familia.

Carolina Bacardí no era la única millonaria que simpatizaba con los Rebeldes, como se los conocía ya en la ciudad. Ni la única que apoyaba con dinero un movimiento que por entonces apenas empezaba. Sebastián Armada, cuya familia regentaba una plantación de tabaco en Oriente, también lo hacía, así como los Fuentes y los Redondo, propietarios de numerosos inmuebles en Centro Habana, El Vedado y Miramar.

Estas familias estaban convencidas de que los jóvenes rebeldes representaban el mejor de los nacionalismos cubanos y eran imprescindibles para expulsar del país a los miembros de la mafia italo-norteamericana, que estaba convirtiendo la ciudad en un inmenso prostíbulo propiedad de Luciano y de Lansky.

Uno de aquellos simpatizantes con la causa rebelde, Juan Arteche, un hombre cercano a los sesenta años y de semblante apacible, era conocido de la familia Bacardí. Carolina y él se encontraron en el Yacht Club. Arteche le habló a la joven con sinceridad:

—Es nauseabundo lo que sucede en esos lugares, Carolina. Jóvenes cubanas de dieciséis o dieciocho años, recién llegadas desde el interior, desnudas, se sientan encima de las piernas de los turistas norteamericanos borrachos, con los pantalones bajados hasta los tobillos. O se las obliga a desplazarse a gatas en un escenario, mientras otros

turistas les botan billetes de cinco, diez o veinte dólares. Y se las obliga a recoger los billetes con la boca. Si no lo consiguen al primer intento, pierden la recompensa y tienen que volver a la fila.

De vuelta a casa, Carolina no pudo conciliar el sueño. No podía olvidar las palabras de Arteche. Por la mañana, se despertó con una rabia en su interior como nunca había sentido.

Capítulo 6

A Stanley Mortimer Fornezza siempre le había sonreído la suerte, al menos hasta ese momento. Había cumplido cincuenta y cuatro años en La Habana y se encontraba bien de salud. Tenía la costumbre de caminar a paso rápido por el largo Malecón durante cinco kilómetros con el fin de mantenerse en forma. Lo hacía hasta el puerto de La Habana. Se quedaba horas contemplando el paisaje de los viejos cargueros desvencijados, con sus cascos pintados y repintados unas cuantas veces, sus delgadas franjas en otro color y sus elegantes siluetas. Muchos de ellos eran de cabotaje y navegarían hasta los puertos de la isla de Matanzas, Santiago, Nuevitas, Isla de Pinos o incluso hasta las Bahamas o Jamaica. Lucían orgullosos, preparados para las travesías que los esperaban. Stanley disfrutaba al oír el rugido característico del motor diésel de aquellos barcos cuando se ponían en marcha, al que seguía un traqueteo reconocible para los que suelen pasar horas en los puertos.

¡Había tantas cosas que le recordaban a Tánger! Solo faltaba el murmullo de las cantinas de la ciudad norteafricana, en que se escuchaban conversaciones en todos los idiomas de la tierra. En La Habana, por el contrario, lo habitual era oír el español y, en ocasiones, el inglés con acento norteamericano.

La obsesión de Stanley era reclutar informantes locales. Pensaba una y otra vez en cómo encontrar a un Stanley Mortimer habanero. Estaba seguro de que, en algún lugar de La Habana, habría personas importantes, conocedoras de los secretos de la ciudad y dispuestas a ayudarlo. Y a llegaría el momento y la oportunidad.

De momento, debía reclutar un pequeño ejército de taxistas. Era un truco viejo —lo recomendaban en cualquier manual de inteligencia— y seguía siendo práctico. Los taxistas viven en la calle, aparcan frente a los hoteles importantes, recogen a sus clientes en los restaurantes y los llevan a direcciones concretas. Lo único que debía hacer era dejarse llevar por su instinto y elegir a dos o tres con buen olfato.

Y así lo hizo. Una mañana, después de su caminata, vio una hilera de taxis. Los conductores fumaban cigarrillos y estaban enfrascados en una conversación sobre algo trascendente, según juzgó Stanley al observar sus gestos y sus movimientos corporales. Una orquesta de gestos que contrastaba con aquello a lo que estaba acostumbrado en Tánger, donde eran los ojos los que hablaban. Unos meses más tarde, comprendería que los cubanos son incapaces de hablar si no lo acompañan de un tono alto y un movimiento permanente.

Allí reclutó a Franklin y Beto, dos taxistas de mediana edad. Franklin tendría cerca de sesenta años y masticaba tabaco. En realidad, se llamaba Francisco, pero desde niño lo llamaban de aquella manera. Llevaba al volante cerca de treinta años. Beto tenía unos cuantos años menos y solía trabajar en el turno de noche.

Chris Fanon se presentó como quien entonces era, un periodista que necesitaba a toda costa una buena exclusiva. Un *scoop*, lo llamó. Los cubanos estaban acostumbrados a los clientes norteamericanos y adoraban hablar en español mezclando palabras en inglés. Enseñó a los taxistas fotografías de Lansky y de tres de sus guardaespaldas de mayor confianza. Bastaba cualquier dato. Fanon les introdujo a cada uno en el bolsillo

un billete de cincuenta pesos, el equivalente a lo que ganaban en una semana, les dio el teléfono del hotel donde se hospedaba y les deseó suerte.

—Así que ahora te llamas Fanon y eres periodista —le dijo Joan a Stanley.

—No lo olvides, Chris Fanon, de un periódico de tirada media de la ciudad de San Francisco. De perfil conservador.

—¿Conservador? Bueno, no lo olvidaré, descuida.

Chris Fanon se había presentado en el hotel Nacional y había pedido en recepción que lo comunicasen con la habitación de la señorita Joan Alison. Tuvo suerte. Ella estaba en el hotel tomando notas para el guión.

Alison sonrió al verlo, y él la correspondió. Ambos se abrazaron. Decidieron refugiarse en una mesa aislada de la terraza y pedir unos tragos. Stanley eligió un daiquiri y Joan un martini. Brindaron por los viejos tiempos. Se miraban a los ojos, como si aún no estuviesen seguros de haberse encontrado después de tantos años. Tardaron poco en recuperar la confianza.

—¿Qué haces aquí? Supongo que a mí me lo podrás contar.

—Antes, deja que te felicite por *Casablanca.* Vi la película en París y quedé fascinado. Cuando leí tu nombre en los créditos, me emocioné como pocas veces lo había hecho, de verdad, estuve a punto de estallar en aplausos... imagínate, en pleno cine. Estaba lleno y el público salía emocionado. Lo recuerdo bien. Luego, la vi otra vez en Tánger, acompañado de Madeleine y Lègrand. En el Roxy. Nos vestimos de gala y fuimos a verla. Como puedes imaginar, después de verla fuimos a cenar, al Sidi.

—¡Al Sidi! —exclamó ella.

—Sí, al Sidi... con lo que te gustaba. Esa noche no hicimos otra cosa que hablar de ti. Bueno, y de Martín.

—Lo de *Casablanca* en buena parte te lo debo a ti. Me introdujiste en Tánger y ahí empezó todo. Recuerdo la noche en que llegué al consulado...

Stanley la interrumpió.

—Ahora me toca a mí. Bajaste de un taxi, esplendorosa, con un collar de perlas en el cuello, por cierto, el mismo que luciste hace unos días en el hotel Nacional, fue la primera vez que escuché tu voz, dijiste: «¡Es 4 de julio!, ¿no hay una copa para una americana?»

Joan tomó el relevo.

—La fiesta acababa de terminar, el cónsul Grant y tú estabais en la puerta despidiendo a los últimos invitados. Me invitasteis a pasar y tomamos unos martinis. Me caíste bien desde el principio. Creía que esa noche te ibas a insinuar, cuando me llevaste al mirador de Pericardis y me acercaste hasta el apartamento —dijo esbozando una sonrisa traviesa.

Stanley echó una risotada, pensando para sus adentros que ya iba siendo hora de revelarle a Joan algunos secretos.

—Volviendo a la película... sé que la obra de teatro que escribiste sirvió para el guión. Bautizar como Ugarte a uno de los protagonistas, ¿qué significó?, ¿un homenaje a tu curita?

—No seas canalla.

—Me pareció un detalle hermoso, aunque no acerté a interpretarlo. Quien da vida a

Ugarte en *Casablanca* es asesinado por los hombres del capitán Renault. ¿Querías eliminarlo de tu vida de una vez por todas? A lo largo de la cena en el Sidi, ese detalle ocupó buena parte de la conversación. Madeleine te defendía, claro está. Lègrand y yo teníamos dudas.

—Sigues siendo el mismo.

—Cuéntamelo, llevo años tratando de despejar ese asunto —dijo él.

—No tuve ninguna intención de aniquilar a Martín, fue una simple casualidad, simplemente, cuando escribía la obra de teatro pensé en lo que habíamos vivido. El primer guión se titulaba *Tánger,* luego los productores cambiaron el título. Hubo suerte...

Pero Joan se moría de ganas por preguntar por los amigos que había dejado en la ciudad.

—¿Y Madeleine? ¿Y Lègrand? ¿Cómo están?

—Con buena salud y ganando dinero. Tanto Chez Madeleine como el Adieu marchan bien, y ellos siguen juntos. A su manera, pero juntos. Es verdad que la tensión en la ciudad ha aumentado a causa de las luchas de los independentistas; pero sigue siendo una ciudad entretenida. Y con un clima fascinante. Yo soy feliz y Alí crece sano y fuerte.

—Alí, tu protegido, ¡es verdad!

—Tiene veintiséis años, y habla español y francés. Le encontré trabajo en una empresa relacionada con el puerto. Dentro de un año se casará con una buena chica, tangerina y musulmana. Me visita a diario. Es como un hijo para mí. El día que muera, le dejaré lo que tenga.

—Puede que nunca sea tan feliz como lo fui en Tánger. Vivimos tantas cosas... Y extraño mucho a Madeleine. Pasé muchas noches en su bar. En Nueva York no he encontrado una amiga como ella, te lo aseguro —dijo con vehemencia Joan, que se dejaba ganar por la nostalgia a medida que recordaban los viejos tiempos.

—Y ella a ti. Me lo dice cada vez que la veo. Nos vemos cada dos semanas, los visito en una casa que han comprado en Monte Viejo con el dinero que mi gobierno les entregó por la Operación Antorcha. Solemos cenar y hablamos de ti, de Martín, del obispo Olmedo, de Cruceta...

—Cuánto me gustaría volver a Tánger —exclamó ella.

Stanley pensó que había llegado el momento de averiguar lo que sentía por Martín.

—Vi a Martín muy atractivo. ¿Cómo está? ¿Qué hace en La Habana? ¿Hay algo entre vosotros?

—No, no estamos juntos. Me lo encontré aquí hace unas semanas, me presentó a sus amigos y hemos salido en grupo algunas veces.

—Comprendo.

Stanley dejó que transcurriesen unos segundos. Alison aún no había respondido a su pregunta.

—Y sí, está diferente. Ha madurado. Ya no es aquel muchacho ingenuo que conocimos. En cuanto a lo que hace, creo que da clases particulares de francés en la academia de uno de sus amigos, un tal Thierry. Eso es lo que sé de él. Por ahora...

Él no pudo aguantarse.

—¿Te sigue gustando?

Joan Alison soltó una carcajada.

—¿Que si me sigue gustando? Me sigue enterneciendo. ¿Me estás preguntando si me lo llevaría a la cama? He pensado en él con frecuencia, solo eso —dijo sin dejar de sonreír.

Hacía años que Stanley esperaba la posibilidad de hacerle una pregunta. Y no pudo reprimirse.

—Joan, en esta hora de confesiones, ahora que han pasado unos cuantos años... ¿lo llegaste a querer? Me refiero a querer de verdad...

Joan se molestó. Hizo una mueca extraña. Sabía que sus amigos de Tánger: Stanley, Madeleine, Lègrand, habían tomado partido por Martín y estaban convencidos de que ella lo había manipulado y lo había utilizado para lograr sus fines.

—No soy tan perversa como pensáis Madeleine, Lègrand y tú —se defendió enfadada.

Él prefirió dejar ese tema.

—Ya hablaremos de ese asunto otro día, Joan. Ahora no es el momento, no quiero discutir contigo.

—Yo tampoco, estoy feliz de volver a verte —reconoció ella.

—Estamos de acuerdo. Por cierto, no te lo he dicho hasta ahora. Estás hermosísima.

Ella sabía que lo estaba. Lo escuchaba a todas horas, tanto en Nueva York como en La Habana.

—Me halagas.

—Soy sincero. Estás diferente. En Tánger eras una jovencita atractiva. Ahora, más de diez años después, eres una mujer hermosa. Cualquiera perdería la cabeza por tenerte a su lado. Desprendes un carácter especialísimo, se nota que tu vida ha transcurrido de éxito en éxito. Cuando le cuente a Madeleine cómo te he encontrado, se va a alegrar mucho.

Joan se quedó pensativa, solo fue un instante: *de éxito en éxito,* su viejo amigo estaba equivocado pero no era el momento de hablar sobre ello.

Stanley se manifestaba con sinceridad, no eran simples palabras para alegrar los oídos de su amiga. Igual que la recordaba a veces vanidosa, incluso estirada, en Tánger, en La Habana le había causado una impresión diferente. Concluyó que los años le estaban sentando bien, sus rasgos aún permanecían jóvenes e irradiaban personalidad. Esa noche lucía encantadora, sencilla y cálida a pesar del éxito de *Casablanca.* Se alegró.

Ella se sentía a gusto. Él prosiguió.

—Lo que me extraña es que no te hayan cazado. Seguro que más de uno lo ha intentado.

Sonrió de una manera enigmática.

—Nadie que me haya interesado lo suficiente.

Joan también quería saber de él.

—¿Y tú, Stanley? ¿Sigues soltero? Sabes que siempre fuiste un misterio para mí. Eras —eres— un hombre fascinante, y sabes que en Tánger, antes de que las cosas se complicasen con Martín, no me hubiese importado vivir *algo* contigo.

Joan dijo esto último mirándolo a los ojos. Con los años, había ganado seguridad, y a

su descaro innato se sumaba un conocimiento del mundo del que antes carecía. Esta vez Stanley no se le escaparía con evasivas.

—Digamos, Joan, que mis preferencias no se inclinan hacia las mujeres hermosas.

Joan tenía una mente rápida y contestó con aplomo, disimulando el desconcierto que sentía.

—Digamos, Stanley, que ya lo sospechaba...

En realidad, no era exactamente así. Era cierto que alguna vez esa idea había pasado por su cabeza de forma fugaz, pero en aquellos años ella solo era una chica ingenua de Boston que no dominaba la complejidad de las relaciones amorosas. La norteamericana recordaba que, en Tánger, Stanley siempre había demostrado su admiración por ella. Y, aunque le sorprendiera que nunca llegase a pasar de un flirteo cortés, Joan lo había achacado a algún desengaño amoroso o a la natural prudencia, dada su posición de periodista.

Le hubiese gustado mantener allí, en La Habana, más de una década después, una charla profunda con Stanley, pero comprendió que su amigo no estaba dispuesto a hablar del tema, al menos no en ese momento, de modo que trató de dar un giro a la conversación para evitar que el incómodo silencio se alargara.

—Cuéntame, me tienes intrigada, ¿qué hace Stanley Mortimer en La Habana haciéndose llamar Chris Fanon? Por cierto, ese mechón en la frente te sienta bien. Estás muy interesante.

—¿Me guardarás el secreto?

Joan volvió a sonreír.

—¿No te los he guardado antes?

—Tienes razón. Verás, mi gobierno está preocupado por lo que está pasando en Cuba. Los capos de la mafia, Batista, los Rebeldes... no sabemos lo que sucede y me han enviado para enterarme e informar.

—¿Un informe? Nadie mejor que tú para hacerlo, Stanley. Perdón, quiero decir, Fanon.

—Cuando estemos a solas prefiero que me llames Stanley, me recuerda los buenos tiempos.

—De acuerdo. Espera, ¿no hay funcionarios en la embajada para esos informes?

—Sí, los hay, y sus informes contradictorios han hecho necesaria mi presencia aquí, por lo que opinan los jefazos. Un día, reciben un informe diciendo que los capos de la mafia pregonan a los cuatro vientos que su intención es portarse como buenos chicos y que solo están en La Habana para disfrutar de las mujeres y vivir bien. Y, al día siguiente, otro en el sentido contrario, con evidencias de que siguen controlando los negocios del crimen en Chicago y en Nueva York. Y lo mismo sucede con los Rebeldes. Unos dicen que son comunistas contumaces, otros que son simples románticos hastiados de Batista. No sabemos lo que sucede. Y con Batista igual, a veces nos promete ser duros con Lansky, otras, nos niega que estén implicados en delitos en América.

Joan Alison guardó silencio durante algunos segundos. Stanley conocía esa actitud.

—Ahora es cuando me vas a proponer alguna idea brillante, lo presiento, Joan Alison.

—Así es. Podemos intercambiar ideas e información. Yo he venido a lo mismo. Una productora de Hollywood me ha pedido un guión para una película, algo parecido a *Casablanca* pero en este lugar del mundo. ¡Será como en los viejos tiempos!

—¡Qué casualidad! Ambos estamos aquí para escribir de lo mismo —dijo Stanley.

—Y de los Rebeldes, ¿qué opinas? —preguntó él.

Ella guardó silencio durante unos segundos. Hizo un análisis político de la situación en la isla, antes de emprender el viaje se había documentado, leído numerosos libros y artículos de opinión. Era una mujer metódica y cuando se comprometía con un proyecto lo hacía de verdad.

—Son jóvenes idealistas. Alguien matará a sus líderes en cualquier momento y Batista dirá que han muerto *mientras escapaban*. O los capos italianos se encargarán de ellos. Te diré una cosa: si yo fuera cubana, estaría con los estudiantes. Cualquier cosa antes que con Batista... —concluyó Joan con vehemencia y orgullo.

Stanley tomó buena nota de las palabras de su amiga. Admiraba desde los tiempos de Tánger su capacidad para adentrarse en los problemas sin asomo de timidez. En los primeros años de la década de los cincuenta esa característica era extraña en una mujer y Stanley lo apreciaba sobremanera.

—¿Estás segura? ¿Conoces suficientemente lo que está pasando? Llevas aquí unas semanas...

Joan le devolvió la pregunta.

—¿Y tú, Stanley? ¿No me digas que no tienes una opinión? Un tipo como tú, tan vivo, como se dice por aquí, no me digas que no tienes un punto de vista.

—La tengo, aunque quiero verificarla. Te diré, por ahora, que no me gusta nada lo que estoy viendo. Pero cambiemos de tema. Ya tendremos tiempo de abordar estas cuestiones tan *serias.*

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿cuándo podré ver a Martín? Tengo que explicarle lo que te he dicho. Y recordarle que cuando no estemos solos me llame Chris Fanon. No quiero encontrarme con él en un lugar público y oírle gritar «¡Stanley!» —dijo él.

—No te preocupes. Martín ya es consciente de que ahora te llamas Chris Fanon y que eres periodista. En cuanto lo vea, le contaré el resto, lo que me acabas de confesar.

Stanley y ella, ayudados por unos cuantos tragos, estuvieron juntos hasta las dos de la madrugada. Recordaron muchas de las experiencias vividas en Tánger. Hablaron del cónsul de entonces, Clifford Grant, que en esos momentos estaba destinado en Oporto y había tenido su segundo hijo; de las noches en Chez Madeleine o en el Adieu; de los cafés del bulevar Pasteur o del Zoco Chico; del episodio de la Operación Antorcha y de la participación de los agentes vascos en la operación; del secuestro temporal del obispo Olmedo en el Adieu...

Fueron unas horas emotivas para los dos. Ambos disfrutaron con aquellos recuerdos como hacía tiempo que no lo hacían. Ella entró en la habitación del hotel satisfecha por el rato que había pasado junto a él. ¡Stanley! ¡Cómo lo había extrañado durante aquellos diez años! Estaba afectada por los tragos. Se dio un baño y consiguió conciliar el sueño de inmediato.

Capítulo 7

El presidente Batista había recibido, al día siguiente del funeral del joven Armuelles, el informe sobre los asistentes a la ceremonia. Destacaba, subrayada en rojo, la asistencia de Carolina Bacardí. No podía permitir que los ricos se volviesen en su contra. Porque, en cambio, estaba seguro de que los pobres lo veneraban. Lo comprobaba cada vez que hacía un viaje al interior del país: los niños descalzos le besaban la mano, las mujeres le gritaban «¡Hermoso!». Y él repartía besos, abrazos y fajos de pesos que había sacado unas horas antes del cajón con cargo al presupuesto de Actos Propios de la Presidencia.

Batista dio unas cuantas órdenes a sus subalternos. La primera, que, de forma sigilosa, el servicio secreto siguiese los pasos de aquella mujer. Quería saberlo todo: su carácter, sus amigas de la infancia, su novio —si es que lo tenía—, sus preferencias, el capital de que disponían los Bacardí...

A continuación, reunió a sus colaboradores íntimos. Entre ellos estaban el general Tabernilla, que lo había ayudado en la asonada militar del 10 de marzo, y el coronel Orlando Piedra, jefe del Servicio de Inteligencia Militar de Batista. Llegaron a una decisión sobre Carolina Bacardí. Había que intervenir cuanto antes. Discutieron varias opciones —entre ellas, llamar a palacio a la joven Bacardí para que el presidente le reprochara su presencia en el funeral de aquel joven—. Pero, finalmente, optaron por organizar una cena en el hotel Nacional. El propio Fulgencio Batista la convocaría. Invitarían al acto a todas las familias poderosas de la República: los dueños de los bancos, de las aseguradoras, de ingenios azucareros, de las plantaciones de tabaco, de las haciendas de café... y el acto serviría para lanzar una advertencia. Según Batista, había que cortar aquella situación. ¿Cómo lo iban a respetar los *yonis* —como se conocía en Cuba a los norteamericanos— si no podía mantener a su lado a las familias poderosas?

El día señalado para la celebración de la cena llegó. Eran las ocho de la tarde. El salón principal del hotel Nacional estaba preparado. Empezaron a llegar los invitados. No faltaba nadie: los Bacardí, los Lobo, los Olavarría, los Arechavala, los Lamarque, los Gómez Mena, los Mendoza, los Falla, los Bonet, los Masferrer... y así hasta la treintena de convocados. Carolina Bacardí acudió acompañada de Pepín Bosch.

Batista llegó puntual. Iba acompañado de su edecán. Vestía de uniforme, lo que fue interpretado como un signo de que quería que quedase claro quién era el que mandaba en la isla. Saludó con cordialidad a cada uno de los invitados. Carolina Bacardí era la única mujer y el dignatario le besó la mano mientras le dirigía una sonrisa directa. Ella no se quitó los guantes y aceptó el cumplido.

La cena transcurrió entre comentarios cordiales, risas contenidas y mucha expectación. Tras los postres, el general tintineó una copa y pidió permiso para «ofrecer un pequeño discurso». Los invitados se acomodaron en las sillas, con reposabrazos de estilo francés, y la expectación aumentó. Batista se puso en pie y, de un bolsillo interior, extrajo varios papeles. Por el número de notas, los asistentes sospecharon que se trataría de un discurso importante.

—Señora de Bacardí, señores, amistades todas: algunos de ustedes se preguntarán la razón de que los haya convocado hoy en el hotel Nacional, fuera de palacio, en una ceremonia privada, sencilla y significativa. Un acto que, me gustaría, fuera el primero de una serie de encuentros periódicos entre la presidencia y ustedes, que representan el nervio industrial de la República, el cimiento de la prosperidad para todos los cubanos. En definitiva, el sostén de la patria.

»No he venido a reprocharles ninguna actitud, que quede claro. Es una cena amistosa, entre amigos que participamos de los mismos principios, los de la libertad y la democracia. Como ustedes saben, me hice cargo del gobierno en 1940, en las elecciones de turno, frente a competidores siempre difíciles y honestos, que hubieran cumplido sus deberes para con la patria igual que este que les habla.

»Cumplido ese periodo, y después de una estancia en el país vecino que me ayudó a entender cuáles habían sido mis errores, la insistencia de numerosos compatriotas me obligó a sacrificarme de nuevo durante los sucesos del día 10 de marzo, tras los cuales, el ejército y la marina me propusieron asumir esta altísima magistratura.

»Pero no he venido hoy a hablar de mí, ni de mis desventuras, y menos de mis esfuerzos. Por el contrario, he venido a alertarles de los males que amenazan a la patria. Centraré en ellos mi intervención. Por mis deberes de presidente, soy conocedor de los mismos.

Su voz retumbaba a medida que su discurso avanzaba.

—El primero de ellos, el del comunismo. Les puedo asegurar que los muchachos que inundan de pasquines la ciudad clamando contra este gobierno no son esos seres inocentes que tratan de aparentar. No son jóvenes universitarios llenos de buenas intenciones y amantes de la libertad, como alguno de ustedes, llevados por su buena fe, podrían creer.

En ese instante, Batista dirigió a Carolina Bacardí una mirada directa, que se prolongó durante un par de segundos y no pasó inadvertida a los asistentes.

—No. Estos jóvenes persiguen la destrucción de los valores de la patria, del sistema de libre empresa que existe en la República desde la independencia.

»Mis colaboradores y yo estamos seguros de ello. Tenemos pruebas, hemos interceptado actas de sus reuniones. Conocemos, en definitiva, cuáles son sus propósitos. Hemos alertado de ello a nuestros aliados principales, sobre todo al gobierno de los Estados Unidos de América. Algunos de sus miembros nos han comprendido, otros no tanto. Algunos se han comprometido a ayudarnos en esta singular batalla. De otros, sabemos que podemos contar con su hostilidad.

»Los enemigos del gobierno de Cuba son los mismos que los de la democracia. Los mismos que se refugian en las redacciones de los principales medios de comunicación de Nueva York y Washington, los mismos que alientan a los locutores de las emisoras y compañías de televisión a difamar a este gobierno y a este que les habla. Pero no son los únicos. Otros están cerca. Entre nosotros, incluso... y hay quien, sin duda de buena fe, se acerca a ellos y los cree. Quien los sostiene con dinero, incluso.

»No permitiré que los bolcheviques alcancen sus propósitos y destruyan la nación. Haré todo lo necesario para combatirlos. Incluso, con el sacrificio de mi vida si el deber lo impone. Velaré para que la imagen de nuestro apóstol, José Martí, no sea

reemplazado por un apóstata ruso. Yo soy la garantía del orden. Detrás de mí solo existe el caos.

»¡Ay de los que, por irresponsabilidad o ligereza, caigan en manos de los propagandistas del comunismo! Les advierto: esos perderán sus bienes y su honor. Y, para cuando quieran darse cuenta, ya será demasiado tarde.

»Voy concluyendo... Como decía, no vengo a amenazar a nadie. Tiendo la mano a los que desean cambiar el estado de cosas, mejorar nuestro sistema. Pero mi espada permanecerá siempre desenvainada si se trata de combatir a los traidores y desleales. «La patria es ara, no pedestal», como dijo el apóstol. La patria impone deberes, y también inteligencia. Sería una catástrofe que la barbarie rusa acabase con la cultura de nuestra república. Que ese momento no llegue, que no se diga que no se les advirtió... Muchas gracias.

El silencio se apoderó de la sala durante unos segundos. Fulgencio Batista se convirtió en una esfinge que aguardaba unos aplausos que, una vez iniciados, fueron seguidos de manera casi general por los asistentes al convite. Batista levantó la copa que le había servido uno de los camareros y propuso un brindis: «Por la patria.» Todos respondieron y alzaron sus copas: «Por la patria.»

Batista se dispuso a despedirse de sus invitados uno a uno. Empezó a recibir felicitaciones y apretones de manos. Algunos de ellos, sinceros, la mayoría de simple conveniencia. Al llegar a los representantes de la familia Bacardí, el general advirtió:

—Espero que mis palabras hayan sido entendidas, señorita Bacardí.

Carolina calló sin dejar de mirarlo a los ojos. Bosch respondió en su lugar:

—Señor presidente, la familia Bacardí cumplirá con su deber.

La respuesta de Bosch le desconcertó. Permaneció en silencio durante unos segundos sin dejar de mirar a Carolina Bacardí que le sostuvo la mirada. Al fin, abandonó el salón.

Se hizo un silencio entre los asistentes, que rompió Carlos Núñez, presidente de la banca Núñez.

—El presidente ha querido decirnos algo, desde luego, quizá cuente con datos que desconocemos.

Juan Bonet intervino:

—Señores, llamarlo presidente es claudicar ante su asonada. Bien sabemos que ese hombre dio un golpe de estado. El verdadero presidente es el doctor Prío Socarrás. ¡Seamos precisos con las palabras! —Bonet era uno de los grandes dueños de fincas de cacao. Su familia llevaba dos siglos recolectándolo en la región que rodeaba Baracoa. Prosiguió—: Batista trata de averiguar cuál es nuestra posición. Le habrá llegado la noticia de que algunos lo hemos criticado por el golpe.

Era cierto, a buena parte de los grandes empresarios de la industria, e incluso de los hacendados, les había sorprendido el golpe de estado del 10 de marzo de 1952 y lo habían denunciado, aunque siempre en privado. Ahora bien, una vez que, tras suspender las actividades del Congreso y eliminar los derechos constitucionales, advirtieron que Batista había llegado al palacio presidencial con la intención de quedarse, las opiniones entre los capitalistas se dividieron. Varios le ofrecieron su apoyo porque había suprimido el derecho a la huelga. Otros, sin embargo, expresaron su

preocupación cuando se puso de manifiesto que los italo-norteamericanos habían financiado el golpe y lo apoyaban sin límite.

Un hombre entrado en años, de pelo encanecido, intervino:

—No hay duda de que el presidente ha tomado el poder de malos modos. Las elecciones se iban a celebrar el 1 de junio y él sacó a los militares el 10 de marzo. Tampoco hay duda de que se trata de un hombre burdo y sin formación pero *¿y* si tiene razón? ¿No tendríamos que pasar por alto sus maneras, su origen, y explorar esa posibilidad? ¿Y si es cierto que los Rebeldes son comunistas?

La asamblea improvisada de empresarios lo escuchaba con atención.

—¿Y si se trata de una gran organización en lugar de unos cientos de estudiantes haraganes? ¿Y si ese Fidel Castro de quien tanto se habla es un comunista disfrazado? —finalizó.

Otro de los presentes pidió la palabra. Se trataba del dueño de la azucarera Gómez-Mena, propietario también de la manzana de Gómez, un enorme edificio de oficinas y tiendas en el centro de la ciudad. Era, además, el presidente del club de béisbol Almendares: un hombre influyente.

—Soy escéptico con lo que está pasando en la ciudad y en la isla. No me gusta la supresión del derecho de huelga. Los sindicatos están furiosos, lo sé. Quizá ahora tengamos calma pero, en el futuro, no sé... Estaría tranquilo si se devolviera el poder a los civiles. Estoy seguro de que entre los americanos y nosotros podríamos convencerlo de que regrese al cuartel Columbia. Tenemos que pensar a largo plazo.

Durante la reunión, pidieron la palabra una docena de asistentes. Pepín Bosch no intervino, y tampoco Carolina Bacardí, pese a que representaban a la marca de ron por excelencia. Unos minutos después, la reunión se daba por concluida. Los empresarios, magnates y hacendados se introdujeron en sus lujosos vehículos con una sensación nueva y extraña. Como si hubiesen asistido a un cónclave en el cual el posicionamiento de algunos y los desentendimientos de otros estuvieran creando un cambio radical en la historia de su país.

Capítulo 8

Batista se reunió con el coronel Piedra, su lugarteniente más fiel, quien esa misma mañana había solicitado al presidente una audiencia urgente: sus hombres habían descubierto la presencia de un oficial alemán en La Habana, un antiguo alto cargo del Tercer Reich.

—¿Cómo se llama?

—Helmut Kohl. Así se hace llamar en La Habana, aunque su nombre auténtico es Franz Molders. Fue *standartenführer* de las SS, un cargo similar al de coronel o capitán. Escapó de Alemania al desplomarse el gobierno nazi.

—¿Qué hace ese sujeto en Cuba?

—No lo sabemos, lo estamos investigando. Podría reunirme con él para tantearlo...

—Hágalo con discreción, coronel, los *yonis* se enojarían si se enterasen.

—Así se hará, señor presidente.

Helmut Kohl acudió a la cita con el coronel Orlando Piedra con puntualidad germana. Le resultaba extraña la convocatoria. No había visitado una dependencia oficial desde que lo hiciera, a su llegada, con el fin de legalizar su residencia y la de su esposa, una joven madrileña llamada Micaela Rubio con la que vivía en una casa alquilada en el residencial Miramar. El coronel lo saludó con cordialidad y le ofreció un café. Él aceptó. Ya sentado, Piedra tomó un expediente y lo levantó con el objetivo de que el alemán advirtiese que la carpeta llevaba su nombre.

—Kohl, quiero ir al grano. Usted no trabaja y gasta bastante dinero. Así me lo indican mis informantes. Es mi obligación enterarme de lo que sucede.

El alemán estaba sentado frente a su anfitrión. Vestía un traje oscuro y corbata gris. Un pañuelo blanco asomaba por el bolsillo de la parte superior de su chaqueta. Llevaba unos zapatos negros de la marca Florsheim. Hizo una mueca de preocupación.

—No me dedico a actividad ilegal alguna, si es lo que usted quiere saber...

Orlando Piedra sonrió.

—No he dicho eso.

Helmut Kohl había escuchado comentarios que indicaban que los jerarcas del nuevo régimen de Batista chantajeaban a los empresarios y a las personas adineradas. Sospechó que el jefe del servicio secreto lo había citado para pedirle dinero con una u otra excusa, acaso relacionada con sus papeles como residente legal. Tomó la iniciativa.

—Coronel, estoy a disposición de este país que me ha recibido y acogido. Lo escucho...

Orlando Piedra se dio cuenta del sentido que escondían sus palabras.

—Kohl, no me interprete mal...

El alemán se reacomodó en la butaca que ocupaba y sorbió de su taza de café. El coronel Orlando Piedra volvió a repasar el expediente de Kohl, esta vez con cierta parsimonia. No demostraba tener prisa alguna.

—Tengo coñac, *whisky,* ron Bacardí, ¿quiere un trago?

—No, gracias, no bebo a estas horas de la mañana.

—¿Tampoco el magnífico ron que sale de nuestras destilerías?

—Tampoco.

—Nuestro ron es agradable y sienta bien al cuerpo a cualquier hora, sobre todo cuando se está en compañía de una bella dama.

—Le aceptaré una copa, señor.

—Así me gusta, Kohl, ¿o debo llamarlo Molders?

El rostro del alemán cambió. Hizo un esfuerzo para controlar el movimiento de sus ojos.

—Coronel, no lo entiendo. ¿Puede decirme para qué me ha citado? Si puedo ayudar, solo tiene que decírmelo. Simpatizo con su gobierno y con el señor presidente —aseguró en un español bastante correcto.

—Esas palabras me llenan de satisfacción, capitán Molders.

Esta vez el semblante de Helmut Kohl lo acusó. Piedra lo miraba con fijeza, sin pestañear. El alemán reaccionó.

—¿Me ha llamado por segunda vez Molders?

Orlando Piedra siguió sonriendo y continuó leyendo.

—Así es. Franz Molders, oficial de la Gestapo. Nacido en Brandemburgo el 10 de enero de 1910. Tiene cuarenta y tres años. Un hombre joven, con toda la vida por construir o... tirarla por la borda.

Piedra disfrutaba con esa clase de conversaciones.

Kohl comprendió que se estaba jugando su futuro en Cuba. Tardó unos segundos en responder, como si buscara las palabras apropiadas. Se esforzó por encontrarlas, no quería que los nervios le fallasen justo en ese momento.

—Sí, me llamo Franz Molders, pero existe una explicación, coronel.

Orlando Piedra se levantó y empezó a caminar por su despacho con las manos atrás y sin mirarlo.

—No se la estoy pidiendo, Kohl.

Kohl, o Molders, volvió a tener la impresión de que iban a pedirle una suma cuantiosa de dinero por mantener en secreto su verdadera identidad y garantizarle protección. Estaba siendo buscado en Alemania por un tribunal. Aunque Cuba estaba alejada de los buscadores de nazis, no convenía fiarse.

Piedra no parecía tener prisa por deshacer el entuerto.

—No sé qué decir —dijo el alemán.

—Tranquilo, solo lo he convocado para pedirle ayuda —dijo Piedra, que ahora sí lo miraba a los ojos.

Kohl se tranquilizó.

—¿Ayuda?

—Sí, no me interesa lo que hizo en la guerra, ni su dinero ni cómo lo ha obtenido. Sabemos que se lo envía desde España cada mes su suegro, el notario Rubio, por medio del banco de Ultramar. Ese no es nuestro problema. Tenemos otros, pero no ese.

El visitante permanecía en silencio. Su cabeza daba muchas vueltas.

—Mire, Kohl, no me pregunte cómo conocemos su verdadera identidad, no se preocupe por eso. Esté tranquilo, para nosotros sigue siendo Helmut Kohl, un hombre de negocios con residencia legal en Cuba. Ningún problema —dijo Piedra dejando a un lado los papeles.

El alemán continuaba desconcertado.

—Queremos que nos ayude, Kohl. Ese expediente —dijo señalando al legajo que reposaba en la mesa del despacho— indica que perteneció al servicio secreto de Alemania durante la guerra. Insisto en que no debe preocuparse. Aunque Cuba declaró la guerra al Tercer Reich de forma oficial, y lo hizo siendo presidente Fulgencio Batista, eso solo es el pasado. La guerra terminó hace ocho años.

El alemán terminó por tranquilizarse. El coronel abordó el asunto.

—Estamos preocupados. Enfrentamos una oposición que se comporta de un modo peligroso. Ya no son unos simples estudiantes, como algunos cubanos creen. Y menos unos estudiantes idealistas, como divulgan buena parte de los periódicos de Nueva York y Washington. ¡Estúpidos! ¡Siempre jodiendo con la democracia y los derechos humanos! No se dan cuenta de que de eso no se come, que los Rebeldes son comunistas. Nosotros sí lo sabemos. Los hemos interrogado mil veces, hemos interceptado sus documentos. Se lo hemos dicho a los *yonis* unas cien veces pero no nos creen. Siguen obsesionados con tonterías, como la presencia de Santo Trafficante y los hermanos Lansky en La Habana. Y no se dan cuenta de lo que sucede en realidad. Kohl, queremos que nos ayude. Usted es un experto en inteligencia y lo necesitamos.

El alemán había escuchado esas últimas palabras con una satisfacción imposible de disimular. No solía sonreír a menudo. En ese momento lo hizo.

—No sabe cómo me alegran sus palabras, coronel. Estoy a su completa disposición. No sé qué decir...

—¿Nos ayudará?

—¡Claro que lo haré! Yo también estoy seguro de que son comunistas, lobos disfrazados...

—Así me gusta, amigo mío. Será un secreto. Los americanos no deben saber nada de nuestro acuerdo.

—Yo sería el único perjudicado... ¿Y cómo desea que les ayude, coronel?

—Mire, buscaremos un método sencillo. Usted y yo tendremos reuniones cada una o dos semanas. Le pondremos al tanto de nuestras investigaciones sobre los subversivos, le enseñaremos las actas de los interrogatorios... incluso podrá estar presente en alguno de ellos, si lo desea, aunque sin intervenir. Y nos dará consejos, nos enseñará estrategias, cómo enfrentar a esos canallas. Con eso será suficiente por ahora.

Kohl empezaba a tomar confianza.

—En la Gestapo estábamos seguros de que el verdadero enemigo era el bolchevismo. Ellos, los bolcheviques, no dejan de ser un movimiento alentado por los judíos. Karl Marx lo era.

—¿Lo era? No lo sabía. Con mayor motivo —dijo Piedra.

—Dos preguntas, coronel.

—Dígame.

—¿Cómo ha sabido lo de ese expediente? —dijo señalando al legajo que lo identificaba con su verdadero nombre.

—Se lo diré como muestra de amistad. Ese expediente y otros nos los han vendido nuestros colegas de España.

—Entiendo...

—Y tenía usted una segunda pregunta, Kohl.

—Sí, es verdad, ¿está el señor presidente al tanto de esta reunión?

—No le puedo responder. Todo a su momento, Kohl, no se impaciente. ¡Ah! Y pruebe nuestro ron. Y encienda un buen habano de vez en cuando.

Orlando Piedra dio por terminada la reunión. Le tendió la mano a su visitante sin dejar de sonreír. Intercambiaron unos cuantos datos. Kohl le ofreció los teléfonos de los lugares que frecuentaba, con el fin de que pudieran localizarlo a cualquier hora del día e incluso de la noche, según insistió.

Kohl abandonó el despacho.

En lugar de dirigirse a su domicilio, pensó en celebrar aquella nueva misión que le habían encomendado comiendo junto a Agatha, su amante, una mujer habanera que bailaba en el cabaré Tropicana. La llamó por teléfono y citó en el restaurante del hotel Mariscal. Quería celebrarlo con una comida a base de marisco y champán francés.

Mientras se dirigía a la cita en el Ford 1949 descapotable que acababa de comprar, se preguntó: ¿Tenía el coronel Piedra otros datos sobre él? ¿Los cargos que había desempeñado durante la guerra o los cuarteles donde había estado destinado? ¿Los bienes con que había llegado a España? ¿La procedencia de estos? Había robado la caja fuerte del cuartel de la Gestapo que había sido su último destino; contenía un buen número de pequeños diamantes, zafiros y esmeraldas. También se llevó un maletín que contenía una cantidad respetable de francos-franceses. Las joyas y el dinero habían pertenecido a una familia hebrea.

En ese momento de reflexión, le asaltó una preocupación. ¿Y si su suegro, el notario Rubio, lo había traicionado? Rubio se encargaba de administrar su dinero, no hubiera podido llevarse consigo las piedras en su huida desde Madrid a América. Hubiera sido demasiado arriesgado. Así que se ganó la confianza de un notario madrileño y se casó con su hija, Micaela, de 30 años. Así de sencillo. Cada mes, la cuenta corriente del notario transfería mil dólares a La Habana a nombre de Helmut Kohl.

Estaba inquieto. «Pero las cosas podrían estar peor», pensó. Disponía de una nueva identidad y dinero para varios años. La suerte le había sonreído, al contrario que a muchos de sus compatriotas, enfrentados a consejos de guerra en su país. Y no, el notario no lo traicionaría. No, al menos, mientras estuviese unido a su hija.

Capítulo 9

Martín Ugarte y Tatalí Sotomayor se toparon de bruces. Él caminaba en busca de una tiendecita regentada por una señora que zurcía calcetines y cosía ropa. Y ella comenzaba su trabajo, que no era otro que hacer la calle en las inmediaciones de las estrechas calles de Virtudes, Trocadero o Ánimas.

Se llamaba Olimpia. En la calle se hacía llamar Tatalí. Le gustaba ese nombre desde niña. Vivía en casa de una señora que le arrendaba una pieza y no hacía preguntas. Cada quincena, enviaba dinero a su madre con el fin de que esta y su hermano pequeño no pasasen necesidades. Cada tarde, sobre las siete, Tatalí se aseaba, cepillaba su hermosa y larga cabellera negra, se engalanaba y se perfumaba con las esencias que le había traído desde Florida algún cliente. Tenía dieciocho años y había llegado a La Habana unos meses antes. Siempre lo recordaría. Había llegado a la estación de autobuses de La Habana una mañana de calor tórrido. Procedía de Santiago, ciudad de mujeres ardientes, según se decía. Una tía abuela le había examinado el bollo y dicho: mijita, ahí tienes un tesoro, los hombres se volverán locos.

Al llegar a La Habana vio un continuo ir y venir de vehículos militares que patrullaban. Unas horas antes, Fulgencio Batista había dado un golpe de estado.

Martín dobló la esquina con esa zancada poderosa que lo caracterizaba.

—Mire usted por dónde anda, joven, casi me arrolla —dijo ella.

—Perdone, es que estoy perdido —replicó él.

—¿Por qué tan apurado?

—Busco a una señora que zurce calcetines —dijo el joven enseñando una bolsa de plástico.

—Vaya por esta misma acera, la encontrará dentro de unos metros. Es una puerta amarilla.

Martín despertó el interés de la joven. Quizá fuera por sus maneras educadas o por ese acento de gallego que tan bien sabía distinguir. O porque lo vio joven y relindo.

—Si quieres te acompaño —añadió Tatalí.

Martín no supo contestar. Estaba inmóvil, mirándola a los ojos.

—Escucha, aquí se llaman medias. ¿Es que tu esposa no te zurce las medias?

Él sonrió.

—No tengo esposa.

—Bueno, tu novia, entonces.

—Tampoco tengo.

—¿Con esa planta y sin novia? ¿No serás bajito de sal?

Él rio.

—¿Qué significa eso?

—No me hagas hablar. Cómo lo llaman en tu país, ¿yegua?

Él entendió a lo que se refería.

—No, no lo soy.

Ella empezó a interesarse.

—Ven, sígueme hasta la tienda de doña Inés.

Él le hizo caso. Caminaba a un paso de ella. No dejaba de admirar sus caderas y sus piernas, bien torneadas. Llevaba unos zapatos de tacón que la hacían muy esbelta. Pocas veces había caminado al lado de una mujer tan hermosa.

Llegaron a la tienda. Doña Inés era una mulata de mediana edad. Estaba sentada en una esquina, rodeada de medias, camisas y toda clase de prendas. Mientras cosía, cantaba boleros.

Tatalí no se conformó con señalarle la tienda.

—¿Quieres que te espere? —le dijo sonriendo.

Él reparó en su dentadura, blanquísima y perfecta. Se quedó en silencio, aunque este duró apenas unos segundos. Aquella chica era tan joven y hermosa... Él sabía que esa calle formaba parte de un barrio frecuentado por prostitutas de todas las edades. Aceptó su ofrecimiento.

—Claro que sí, luego te invito a un refresco.

Media hora después, se sentaron en un café.

Tatalí no quiso dar rodeos. Aquel joven le parecía hermoso, y le solía ir bien con los extranjeros. Sí, era gallego, de eso no tenía dudas. Acaso recién llegado. Puede que reclamado por un tío para ayudarlo en la mueblería de alguna calle de Centro Habana.

—¿A que adivino de dónde vienes?

Él se adelantó.

—No soy gallego.

—Imposible, hablas como gallego.

—Te invito a un helado de tres bolas si averiguas de dónde soy.

—No me engañes —dijo ella sin dejar de sonreír—, eres gallego y trabajas en una mueblería o en una ferretería, como todos los gallegos.

—Te equivocas.

—Qué extraño, los gallegos siempre trabajáis en esa clase de negocios. O en una panadería.

Martín no quiso aclarar su origen y cambió de conversación.

—Basta de preguntas sobre mí, ¿te llamas Tatalí?

—Me llamo Tatalí.

—¿A qué te dedicas?

Ella soltó una carcajada. De nuevo, Martín reparó en sus labios.

—¿De verdad me lo preguntas?

Martín asintió y enarcó las cejas.

—Tengo una sospecha pero no estoy seguro.

—Mira chico, no soy como doña Inés —dijo riendo.

Él continuaba mirándola.

—Gallego, no sé si me estás tomando el pelo o eres un ingenuo o demasiado listo, no sé...

—No me llames gallego, llámame Martín, así es como me llamo.

Ella se quedó pensativa.

—¿Como san Martín de Porras? Ese era un santo de por estos lados, un mulato.

—Sí, como ese.

—Martín es un nombre bonito.

—Gracias.

—Mira, gallego, perdona, Martín. Como me has dicho tu nombre, te diré a lo que me dedico.

Martín reaccionó. Le puso el dedo índice de su mano derecha en los labios.

—No me lo digas, ¿has comido?

La joven se quedó sorprendida por su gesto. Sabía que era una mujer apetecible y eso traía consigo que los que le echaban el ojo manifestasen algo más que urgencia por alcanzar el portal de la calle Virtudes donde ofrecía sus servicios.

—¿Qué hay de la comida? ¿Cuál es tu plato preferido? —insistió él.

Tatalí se quedó en silencio. Llevaba solo unos meses en la profesión y era la primera vez que un joven de buen ver y galante la invitaba a comer antes de pasar por la habitación.

—Me gusta el pollo frito con papas.

—Vayamos al Tío Fred, no está lejos y lo sirven apañado.

Ella dudó, entre sorprendida e inquieta.

—No, a ese no.

—¿No? Tienen un buen pollo.

—A ese no.

—Entonces al hotel México.

Tatalí lo miró con extrañeza. No estaba segura. Parecía que aquel hombre se estaba burlando de ella.

—¿Te burlas de mí?

Martín no lo estaba haciendo. Adoptó un gesto serio.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Es que no sabes que en esos sitios no dejan entrar a mujeres como yo?

Martín se avergonzó.

—¿En serio?

—Me botarían a patadas si intento cruzar la puerta, y no quiero pasar esa vergüenza.

Él chasqueó el pulgar y el índice de su mano derecha.

—Lo siento, no lo sabía.

Ella recobró la sonrisa.

—Bueno, te creo. Vayamos a Fausto, está cerca de acá y también tienen pollo.

La casa de comidas Fausto estaba situada en una esquina de la calle Ánimas. Era un espacio rectangular con unas cuantas mesas cubiertas por manteles de plástico. Su dueño era un hombre entrado en años de origen italiano. Él servía. Su esposa cocinaba y se la podía ver trajinando cacharros tras la cortina que separaba el comedor de la cocina. Era un establecimiento limpio y popular. Tenía una terraza con varias mesas. Sus especialidades eran la pasta y la salsa de tomate.

Tatalí saludó a un grupo de mujeres que jugaban a los dados. Eran de su profesión y la miraron con envidia. Una de ellas, una mexicana pechugona que se hacía llamar Adelita le dijo:

—¿Y quién es este papacito? Nunca lo había visto por acá.

—¡Lárgate, Adelita!

Ambos pidieron pollo frito y cerveza fría de la marca Hatuey.

Tatalí se quedó en silencio durante unos segundos. No estaba fingiendo. Aquel joven la empezaba a desconcertar. En otros casos, tenía estudiada su manera de actuar, incluso la conversación que debía mantener. Solía mostrarse simpática, solícita, sensual. A la menor oportunidad, preguntaba por sus fantasías sexuales a su acompañante. No le molestaba hacerlo: era una de las formas de dejar claro aquello a lo que en ningún caso estaba dispuesta, como que la maniatasen en la cama. Tenía un cuerpo con el que los hombres disfrutaban de una manera convencional, apenas dieciocho años y no le faltaba ningún diente, así que no veía razones para aceptar aquello que no le gustase.

Tatalí rompió su silencio. Abrió la conversación de nuevo.

—¿De qué hablamos?

Martín no supo responder. Estaba intrigado por esa joven. Quería conocer las razones que la habían llevado a ese trabajo. Pero entendió que no debía preguntarlo. Prefirió llevar la conversación a un terreno menos personal. Solo se le ocurrió preguntarle por la situación política que se vivía en La Habana. En el poco tiempo que llevaba en la ciudad, había descubierto la pasión de los habaneros de todas las edades por hablar de política.

—¿Qué opinas del presidente Batista?

Ella se revolvió.

—¿No serás uno de sus chivas?

Martín conocía el significado.

—No, te lo aseguro.

—La ciudad está llena de chivatones, yo los reconozco a la primera.

—¿Y cómo lo haces?

—Después del servicio lo sueltan, dicen que me darán un billete si les entrego nombres de algún estudiante que hable mal del presidente. Claro que por aquí solo vienen los soldados y los oficiales bajos. Los de arriba van a la Marina.

—No me has dicho lo que piensas del presidente.

A pesar de que aquel hombre le caía bien, eso era algo que ni ella ni ninguna de su profesión estaban dispuestas a descubrir a la primera. Había militares de diferentes graduaciones entre sus principales clientes. Todas sabían lo peligroso que era hablar de ese asunto en los últimos tiempos. Y Tatalí había oído hablar de chicas encarceladas durante varios días. Y solo por haberse negado a entregar información a la policía. No le convenía confiarse a ese gallego, por simpático que pareciese.

—Yo no hablo de política ni del gobierno —dijo ella con decisión.

—Entonces, ¿de qué hablamos?

—¿Por qué me has preguntado a mí por doña Inés, por la zurcidora de medias? Estoy segura de que lo llevabas preparado, me habías visto antes y me estabas siguiendo...

—Te aseguro que no. Nos hemos cruzado.

—No sé si creerte, todos los hombres sois unos jodedores, unos mentirosos, cuando estáis con chicas como nosotras.

—¿Todos?

—Sí, todos. No he conocido a uno que no lo sea. Y no lo digo yo. Lo dicen las mujeres que llevan años en esto. Ellas conocen cómo son los hombres.

Tatalí se levantó y dio varios pasos en dirección al baño. Las otras mujeres hicieron el

mismo gesto. Al cabo de unos minutos, regresaron a sus respectivas mesas. Martín permanecía en silencio.

—Perdona, chico. He visto de lejos a la Perseguidora, esos sí que joden.

—¿La Perseguidora?

—La patrulla de la policía. Pasan por aquí y, en días como el de hoy, alejados de la quincena, nos piden platica o nos llevan a la comisaría. Nos sacan a nosotras y a Fausto, seguro que le dicen que no tiene en orden la patente.

—¿A la comisaría? ¿Y por qué?

—Oye, gallego, estamos en La Habana. Acá, para el pobre, solo hay cuatro puertas abiertas: la cárcel, el hospital, la iglesia y el cementerio. ¡No lo digo yo, lo dice un bolero reconocido!

El resto de la conversación trató sobre asuntos que Martín supo poner encima de la mesa, como lo que a él le habían parecido La Habana y sus habitantes. Las otras mujeres del Fausto los miraban con cierta curiosidad y le hacían señas a Tatalí indicándole que había conseguido una buena conquista. Martín no era como esos viejos que solían ser sus clientes habituales.

Una hora después de haber llegado a Fausto, él pagó la cuenta. Tatalí estaba dispuesta a llevarlo a la habitación, incluso quería hacerlo por un precio simbólico.

—Bueno, gallego, te has comportado como un caballero. Estoy a tu disposición...

El no pronunció ni una sola palabra.

—¿No te agrado?

—¿Puede existir algún hombre al que no le gustes?

—Eres un encanto, gallego.

Esta vez, Martín no protestó por lo de gallego. Antes de levantarse de la mesa, repitió el gesto que había hecho un buen rato antes, esta vez con lentitud: levantó el dedo índice de su mano derecha y lo puso encima de los labios de Tatalí.

Capítulo 10

Stanley Mortimer llevaba varios días fijándose en el recepcionista jefe del hotel Presidente. Enseguida advirtió que sus miradas eran correspondidas. Pero ambos lo hacían con el disimulo de los hombres acostumbrados a evitar que se conozca su orientación sexual. De modo que Mortimer empezó a visitar el hotel a menudo. Lo hacía en solitario, y había adoptado la costumbre de llevar en las manos una novela. Para un hombre experimentado como él, flirtear mientras pasaba las páginas del libro era una tarea sencilla.

Frédéric Miner era un hombre de una edad a primera vista indefinible. Desde luego, no se trataba de un jovencito. Stanley dedujo que debía de andar por unos treinta y cinco años bien llevados. Lo había tenido enfrente en diversas ocasiones. Tenía un rostro de facciones regulares y un profundo hoyuelo en su mentón que lo hacía muy atractivo. Se expresaba en inglés y francés con facilidad y hablaba español con un marcado acento extranjero. También sabía que Miner vivía en un pequeño apartamento a escasos metros del hotel.

Stanley no había disfrutado de ninguna compañía del mismo sexo desde que había llegado a la ciudad. Intenciones no le habían faltado, pues desde su llegada había advertido en los habaneros una evidente pulsión sexual. Pero era de natural desconfiado, y la prevención contra los peligros de las relaciones sexuales inesperadas que había desarrollado en Tánger lo obligaba a ser precavido. Sin embargo, los deseos de un hombre en la cincuentena están vivos, por lo que, a la vista de las primeras miradas cómplices de aquel hombre que, detrás del amplio mostrador del hotel, removía papeles, pensó en explorar esa posibilidad.

No obstante, antes de iniciar un acercamiento, el celo por evitar situaciones que comprometiesen su oficio lo obligó a vigilar al atractivo empleado a través de una tercera persona. Lo hizo por medio de Juan, un vendedor de lotería ambulante al que había contratado semanas atrás con el objetivo de realizar seguimientos. Era una de las enseñanzas de Parker, su instructor. Los vendedores de lotería caminan por las calles durante muchas horas al día, se detienen en las esquinas, entran en los establecimientos, en los restaurantes y las cafeterías. ¿Quién va a sospechar de un hombre entrado en años con un buen manojo de billetes de lotería?

Juan siguió a Frédéric durante varios días. Sus conclusiones gustaron a Stanley: salía del hotel y se dirigía a su apartamento. Entraba y salía solo. No lo había visto hablar con nadie, ni hombre mi mujer.

La oportunidad de sostener una primera conversación llegó una tarde mientras Stanley estaba sentado en una butaca del *lobby* bebiendo un zumo de papaya con la consabida novela en sus manos. Advirtió que el empleado salía por la puerta principal del hotel sin el uniforme de trabajo y que, justo en el momento de atravesarla, le dirigía una mirada que sostuvo durante dos segundos. Esa mirada era una señal, y no estaba dispuesto a dejarla pasar. Stanley había abonado la cuenta al ser servido así que se levantó y lo siguió.

Frédéric caminaba a paso lento en dirección a la avenida de los Presidentes. Sabía

que Stanley lo seguía, de manera que aminoró el paso. Al cabo de unos segundos, ambos hombres se dieron un apretón de manos y se presentaron.

—Chris Fanon, encantado.

—Frédéric Miner, lo mismo.

Sus primeras palabras fueron en inglés. Stanley alabó su buena pronunciación. Frédéric dio detalles de ello.

—Gracias... Nací en Quebec, en Canadá, y viví unos años en Nueva York.

Stanley se proponía averiguar cuanto antes su edad, pues evitaba cualquier contacto con muchachos muy jóvenes.

—¡Unos años en Nueva York! Pero es usted muy joven...

—No lo crea, tengo ya treinta y seis años.

—Pues no lo parece.

—Y usted, señor Fanon, sé que es periodista.

—¿Cómo lo sabe?

Frédéric sonrió.

—Desde el mostrador del hotel Presidente es difícil no estar al tanto de lo que ocurre en la ciudad, del ir y venir de los periodistas extranjeros... —dijo con toda normalidad.

—¿Adónde se dirige? —preguntó el hombre que se había presentado como Chris Fanon.

—A mi apartamento, ¿y usted?

—En realidad, no tengo nada importante que hacer en las próximas dos horas. ¿Quiere tomar un café conmigo?

Frédéric dudó.

—No sé si me será posible, tal vez en una próxima ocasión.

La curiosidad de Stanley se despertó.

—¿Lo espera alguien?

—No, pero me gustaría descansar unas horas antes de regresar a mi próximo turno en el hotel.

—Bien, en ese caso, no le interrumpo —dijo Fanon.

Pero Frédéric Miner no quería que aquel primer encuentro acabase de aquella manera:

—¿Cuándo regresará al hotel?

—No lo sé —contestó Fanon.

—Bien, estaré atento —dijo Miner.

Se despidieron. Miner se dirigió hacia su domicilio y Stanley hacia el Malecón. Ambos daban por hecho que había sido un primer encuentro afortunado. Se habían cruzado las palabras justas, ninguna de ellas inapropiada. Y resultaba fácil concluir que se habían caído bien. Una buena manera de empezar una relación.

El segundo encuentro entre Miner y Fanon se produjo al cabo de una semana, siguiendo el mismo guión que el primero y en el mismo horario.

Miner quiso saber cuánto tiempo pensaba quedarse Fanon en la ciudad.

—No lo sé, he venido a interesarme por la situación política, y creo que solo ahora empiezo a enterarme. Estaré unos meses, tal vez un año. ¿Y usted?

—Mi contrato es por un año. Después, si mis jefes acaban satisfechos, lo

renovaremos.

Stanley no pudo evitar su profesión.

—Como le he dicho, vengo a escribir sobre política. ¿Qué opina? ¿Será cierto que los Rebeldes amenazan la estabilidad del gobierno?

Miner no estaba dispuesto a adentrarse en ese terreno con un desconocido.

—No sé —replicó—. Mis intereses se limitan a que los clientes del hotel se encuentren a gusto durante su hospedaje.

Stanley comprendió que se había precipitado. Reculó, y lo hizo con su estilo característico.

—Es verdad, no tenía por qué haberle formulado esa pregunta, discúlpeme, hace poco que nos conocemos y esa clase de conversaciones solo se dan entre personas con una mayor confianza.

Ese segundo encuentro no pasó de un intercambio de palabras y frases convencionales que no permitió un avance que rompiese el hielo y propiciase un encuentro íntimo. Estaba claro que ambos deseaban avanzar con tiento.

La soledad de Stanley en La Habana clamaba a gritos ser rota con alguna clase de desahogo. Sí, tenía buenos amigos, como Joan y Martín, pero necesitaba sexo, aunque fuera de vez en cuando. No obstante, estaba lejos de olvidar sus obligaciones como agente de inteligencia. Las reglas de Washington le indicaban que debía preguntar en el servicio por cualquiera que se cruzase en su camino.

En su informe de esa semana, pidió a Ray Colmore que averiguase cuanto pudiese sobre Frédéric Miner. Colmore sospechó que se podría tratar de un asunto personal. La petición no contenía datos que permitiesen suponer otra cosa. No se preocupó por ello, confiaba en la experiencia de su amigo Stanley. Si deseaba tener una aventura en La Habana, no sería él quien le pusiese obstáculos. La respuesta no tardó en llegar: «El señor Miner ha sido investigado y carece de antecedentes de cualquier clase.»

Con la tranquilidad que le daba aquella respuesta, Stanley propició nuevos encuentros. Comenzaron a verse el día libre que Miner tenía. El jueves, generalmente. Almorzaban juntos en algún restaurante de la parte antigua de la ciudad; tomaban café en la plaza de Armas; se sentaban en las escaleras del Capitolio sin que sus piernas se rozasen; seguían con interés, durante un rato, las discusiones de los habaneros sobre pelota y sobre los peloteros de moda en el Parque Central y acababan paseando por el Malecón. Ninguno de ellos daba el paso de sugerir un encuentro íntimo y parecía que se sentían a gusto en aquella situación. Así fueron pasando algunas semanas.

En uno de esos encuentros con Miner, Stanley quiso presentarle a unos amigos. Dejó claro que eran extranjeros y Miner aceptó. Se sintió halagado, incluso. Denotaba que aquel periodista empezaba a sentir aprecio por él.

Martín Ugarte y Frédéric Miner congeniaron desde el primer momento. Quizá fuera porque estaban a gusto conversando en un francés que ambos hablaban a la perfección, quizá porque tenían una edad parecida o porque el vasco profesaba hacia Stanley un cariño sincero. Joan, por su parte, no pudo evitar halagar la prestancia del canadiense y su buena apariencia. De modo que, a escondidas, le soltó a su amigo:

—¿Estás seguro de que no le interesan las mujeres? Mira que me parece atractivo.

Stanley rio.

Durante sus encuentros, el canadiense les daba cuenta de las situaciones estrafalarias que contemplaba desde el mostrador de la recepción del hotel Presidente. Se rieron hasta caerse al suelo cuando les contó cómo un tipo de Oregón, borracho como una cuba, había bajado al *lobby* en calzones pidiendo un revólver para ajustar cuentas con su esposa, a la que había sorprendido en la habitación con otro hombre a altas horas de la noche. Miner y sus ayudantes lo redujeron. En eso, bajó la señora vestida con una bata de noche. Él la acusó de nuevo y volvió a pedir un arma. La mujer, por toda defensa, replicó que *el otro hombre* no existía: a quien su marido se había puesto a insultar a voz en grito era a su propia figura reflejada en el espejo de un armario.

Al final de uno de aquellos encuentros, después de una cena, cuando habían pasado unos minutos de la medianoche, Fanon y Miner dirigieron sus pasos hacia el apartamento de Frédéric. Este abrió una botella de champán francés que guardaba en el refrigerador. Chris reparó en cuatro pasaportes de diferentes nacionalidades que estaban encima de una consola.

—¿Y esos pasaportes?

—Son de clientes del hotel, no he tenido tiempo de rellenar el formulario y los he traído. Lo haré mañana, al levantarme y los volveré a dejar en recepción.

No lo pudo evitar. Se dispuso a hojearlos.

—¿Puedo?

—Sí, puedes —dijo el canadiense, algo extrañado. Mientras el canadiense preparaba la cubetera él examinó el papel de los documentos, sacó de la chaqueta los anteojos de presbicia y se fijó en los sellos.

«Sí, son de curso legal», pensó para sí.

Stanley se detuvo en uno de los pasaportes, correspondía con el de un cubano, Leonardo Rojas.

—¡Qué rostro más perfecto! —exclamó.

Fue una velada sin prisas, con un preámbulo de besos y caricias. Hacía tiempo que Stanley había olvidado esas sensaciones de placer, y Frédéric las resucitó.

Empezaron a encontrarse los jueves, en la intimidad. Siempre en el apartamento del canadiense.

Capítulo 11

Carolina Bacardí no quería retrasar la decisión que había tomado. Los ratos que pasaba con su prometido se convertían en tiempos de silencios que le parecían interminables. Comparaba a su novio con sus nuevos amigos de la Tertulia de los Nueve. Estos bullían en inquietudes acerca de lo que sucedía en la sociedad, se morían por estar informados de las últimas noticias que llegaban del palacio presidencial, leían con pulsión los pasquines clandestinos que se pasaban unos a otros. Las conversaciones de Daniel Sancibrián, por el contrario, trataban sobre asuntos que solo le provocaban indiferencia: las últimas carreras de caballos y los nombres de los jinetes de moda en los hipódromos de Miami, los modelos que la empresa Ford deseaba comercializar en los meses siguientes en La Habana o la asistencia a los próximos cumpleaños que celebrarían amigos comunes, todos de apellidos célebres. El dictado de su corazón era inequívoco.

Daniel Sancibrián pedía explicaciones. Le reprochaba que desde hacía un tiempo estaba cambiada, que se mostraba esquiva, que apenas se veían dos veces a la semana, cuando hasta hacía unos meses eran cuatro. Y, por encima de todo, que rehuyera la conversación sobre la fecha de la boda. No era un asunto de pequeña importancia para él. Los Sancibrián se lo exigían. La Habana era una ciudad de cinco millones de habitantes, pero los apellidos ilustres, los *patricios*, no pasaban de unas pocas decenas. Él era el primogénito de los Sancibrián y todas las familias importantes de La Habana sabían de su noviazgo con la hija mayor de los Bacardí. No era cuestión de *suscitar rumores* inadecuados y, menos aún, de quedar en ridículo, cuestión que importaba sobremanera a la familia.

Carolina lo citó una tarde en el Yacht Club.

Daniel, que era un joven enamorado, acudió con la ilusión de que le esperaba una conversación trascendente, acaso una aceptación de la crisis que estaban viviendo. Sería un primer paso para solucionar sus desencuentros y acordar una fecha formal para el matrimonio. Se vistió con uno de sus mejores trajes, uno en tono marfil que reforzaba su bronceado, y lo acompañó de una corbata azul oscuro y un pañuelo a juego. Esperaba encontrar a Carolina con uno de los vestidos que mejor le sentaban. Eso sería una buena señal.

Al entrar en los jardines del club en su Ford descapotable rojo y verla en el porche del restaurante con pantalones, sin maquillar y con una cara de seriedad indisimulable, tuvo el presentimiento de que algo terrible iba a suceder.

Entraron en el jardín y, por indicación de ella, se sentaron en una mesa esquinera. Carolina no tardó en abordar el asunto.

—Lo nuestro se ha acabado, Daniel, lo siento.

Él puso cara de circunstancias. Se quedó sentado y sin reaccionar un buen rato, como desconcertado.

—Qué dices, mi amor, yo te quiero... —acertó a murmurar al fin.

Ella seguía seria.

—No se trata de eso. No estamos hechos el uno para el otro. Tenemos vidas

diferentes, aspiraciones diferentes. Es mejor dejarlo ahora que seguir por costumbre.

Él bajó la cabeza y se la cubrió con las manos.

Carolina permaneció imperturbable.

—Te agradezco lo que me has querido, Daniel, siempre te recordaré con aprecio. Solo que he cambiado. No soy la misma mujer que conociste.

—¿Qué quieres decir con eso de que no eres la misma? —preguntó él entre lágrimas.

Ella se mantuvo firme. Estaba decidida. No vio razón para continuar una conversación que no llegaría a ningún sitio. No quería prolongar aquello. Se levantó de la mesa, agarró su bolso y se dirigió al aparcamiento.

De camino a casa, respiró. Se había quitado un gran peso de encima: un noviazgo de cuatro años del que no había huido antes por esas convenciones sociales con que había sido educada desde la infancia. Y la primera de ellas, la necesidad de que una Bacardí se casara con un heredero de alguna familia importante, de la misma clase social. Desde niña había escuchado una y otra vez que solo así podría rendir tributo al esfuerzo de los primeros Bacardí, aquellos emigrantes catalanes que empezaron a cimentar su fortuna cien años atrás.

Esa misma tarde comunicó la ruptura a su familia, incluso a sus hermanos menores. Una de sus tías maternas la animó:

—Querida, hay que besar muchos sapos antes de conocer a un príncipe azul —le dijo.

También quiso decírselo a su director general, Pepín Bosch —el hombre de confianza de su padre—, que pilotaba la nave de los Bacardí. Semanas atrás había aprovechado una reunión de ambos en el despacho principal del edificio de los Bacardí en La Habana, de estilo *art déco*, situado entre Montserrate y San Juan de Dios.

—Doña Carolina, no deseo meterme en sus asuntos personales. Cualquier decisión que tome, para mí, será la mejor —le dijo.

—Sí, Pepín, eso ya lo sé. Dígame, ¿qué opinión tiene usted de Daniel? Conoce a su familia...

Los conocía de sobra.

—Si usted insiste, señorita, seré franco. El joven Daniel debe de ser una excelente persona, no lo dudo, conozco a sus padres y son extraordinarios.

Carolina Bacardí no le había confesado su decisión para que Bosch se refugiara en una simple formalidad. Quería zanjar el asunto de Daniel.

—Le pregunto lo que opina de él, Pepín, necesito su opinión sincera.

—Puede que el joven Sancibrián esté demasiado interesado en las máquinas y en las carreras de caballos, y no en trabajar, como corresponde a un hombre de su edad y su condición. Esa es mi opinión, dado que me la pide con insistencia —dijo Bosch.

Carolina sonrió. Las palabras de su gerente la llenaron de satisfacción.

También aprovechó el encuentro para comentar con él la reunión de unos días atrás con el presidente Batista. No lo había hecho hasta aquel momento.

—Dígame, Pepín, ¿qué le pareció?

—Ya que me lo pregunta, señorita Carolina, fue una reunión extraña. Me dio la sensación de que el presidente se dirigía en particular a alguno de los asistentes. Que quería enviar un mensaje. No sé, este hombre es tan imprevisible —alcanzó a decir.

—Imprevisible, eso es. Dígame, Pepín, ¿cuál era la opinión de mi padre sobre él? Seguro que se trataron en su época de presidente en los cuarenta.

—Se trataron y llegaron a mantener algunas reuniones. Yo estuve en alguna de ellas.

Carolina le miraba con atención.

—A su señor padre no le agradaba, lo consideraba un hombre ambicioso. Pero esa es una característica de los políticos. Ya sabe que su padre no tenía una buena opinión de ellos. Él se sentía mejor con los empresarios, incluso con los obreros y los encargados.

—¿Y usted, Pepín? ¿Qué opina de lo que pasa en el país? Supongo que estará al tanto de las revueltas de los estudiantes, de las cosas que pasan cuando los detienen.

Bosch se alarmó.

—No tengo una opinión definida, señorita Carolina. Sí, oigo cosas, y no sé si son ciertas o inventadas.

Carolina no quería desaprovechar ese momento.

—Y de la presencia en la ciudad de la mafia norteamericana, ¿cuál es su opinión, Pepín?

Pepín Bosch abrió los ojos.

—Eso sí me parece mal, señorita. De ser ciertas las cosas que se oyen, no serán buenas para el país. De ser ciertas...

—Dígame lo que se oye.

Bosch no tenía escapatoria.

—Se oye que tienen al gobierno en sus manos, que les han concedido las licencias para el juego en los casinos, los mejores hoteles... incluso, que trafican con drogas y que fomentan la prostitución entre nuestras jóvenes, eso es lo que se oye...

Carolina quiso insistir.

—¿Qué opinan los empresarios? La gente como nosotros.

Pepín Bosch alzó las manos.

—¿Qué podemos decir? Somos personas de trabajo. La mayoría de nosotros o de nuestros padres, nuestros abuelos, empezamos de la nada. Ya lo sabe usted, nos quedamos en la isla después de la independencia y tuvimos que trabajar mucho para ganar la posición que ahora ocupamos. No nos gusta la política, y tampoco los políticos, ¿Qué se puede hacer? Por otro lado, esos negocios de los hoteles, de los casinos, de los clubes... no han sido nunca negocios de familias como la suya. Nosotros siempre nos hemos relacionado con la tierra, el azúcar, el ron, el tabaco, el comercio...

—Pepín, se lo pregunto por eso. ¿Cree que esos italianos se conformarán con apoderarse de los hoteles? ¿No piensa que, si se les permite, llegarán más lejos y que empresas como la nuestra estarán en peligro?

—Eso es lo que nos preocupa, no se oye nada bueno de esa gente. Conozco alguna familia italiana. Los Santini, los de la fábrica de pasta, me dicen que sus paisanos no traerán nada bueno, que son violentos, amigos del dinero fácil, y que no son trabajadores, que prefieren asaltar un banco a fundar una empresa.

Ella no quería conformarse con medias respuestas.

—¿Y el dinero que traen? ¿Cómo lo han obtenido?

—Esas son preguntas para las que no tengo respuesta. Los hoteles que levantan cuestan mucho dinero. Las casas donde viven, los carros que manejan, los casinos... en

fin, todo.

—No creo que sea tan difícil encontrar una respuesta —dijo ella.

Él adoptó un gesto serio.

—Señorita Bacardí, si su señor padre estuviera con nosotros, le podría aconsejar con sabiduría. Yo no le llego a la suela de los zapatos. ¿Sabe?, eso es un dicho de España. Olvide esas *cosas*. Creo que se está atormentando por algo que no está en sus manos. No es extraño. Cuando uno es joven le entran dudas sobre todo lo que ve y oye. Hágame caso, quítese esas cosas de la cabeza y concéntrese en la gerencia de la fábrica. Existen muchas cuestiones que esperan ser decididas. La primera de ellas, la expansión de la marca a otros países. A México, a los Estados Unidos, Panamá. La competencia nos aprieta. No nos van mal las cosas, los resultados son buenos. Incluso, ahora que Europa mejora después de la guerra, podemos pensar en exportar nuestro ron. Piense en sus hermanos, aún son pequeños. Su responsabilidad crecerá.

—Usted es el pilar de la fábrica, Pepín. Me lo dijo mi padre antes de morir. Que respetara su opinión, que siguiera sus consejos. Él sabía que se moría.

—Hago lo que puedo. Yo me voy haciendo mayor y no estaré siempre para ayudarla. Haga como su padre, y antes su abuelo, que dejaban las cosas de la política en manos de los políticos. A veces nos gustan, otras no, pero la empresa es una cosa y la política otra. Los políticos pasan, los gobiernos empiezan y acaban. Las empresas son fundadas para permanecer, para ser recogidas y continuadas por los hijos. Por eso es tan importante formar una familia cuando se es joven.

—Sí, lo sé.

—Hágame caso. Es usted joven y hermosa. Antes me ha preguntado sobre el joven Sancibrián. Ahora le hablaré con claridad. Hacía tiempo que no la veía con ilusión, con esa ilusión que ha de tenerse a su edad. Un viejo como yo adivina las cosas. Si ya no le gusta, adelante, ya encontrará otro joven que le llame la atención. Me gustaría que fuese de una familia conocida para evitar sorpresas y para unir patrimonios. Déjese aconsejar por su corazón y dedíquese a la empresa, eso es lo primero. Es lo que le gustaría a su padre.

Esa afirmación la había escuchado una y otra vez en el interior de los muros de la mansión donde había crecido, incluso a su madre, palabras pronunciadas por esta con irritación apenas disimulada: a tu padre solo le interesa la empresa, luego vienen sus hijos, sí, y en último lugar yo, pero la empresa ante todo. Por eso es bueno que permanezcamos juntas y nos contemos las cosas, hija mía.

Capítulo 12

Thierry Dumay acudió a casa de Carolina Bacardí siguiendo el plano que le había dibujado ella. Acordaron el horario de las clases, su frecuencia y los honorarios que habría de percibir la academia. Pero le comunicó que él no podía hacerse cargo de las clases.

—No puedo, no tengo tiempo. Le mandaré a un joven que habla francés como si fuera nativo. Se llama Martín, es vasco, y también habla árabe.

—¿Árabe?

—Lo aprendió de niño en Tánger, le caerá bien, y habla francés. Ha sido profesor y sabe enseñar.

Carolina lo aceptó.

Martín Ugarte llegó a casa de Carolina en taxi. Al taxista no le costó encontrarla. En cuanto el cliente le dijo que se dirigía a casa de los Bacardí, supo adonde dirigirse.

Una verja de hierro, de tres metros de altura, giró sobre sus goznes para dar paso a Martín Ugarte. Una empleada mulata lo recibió. Era una mujer de caderas anchas. Se llamaba Ofelia, tenía sesenta años y estaba con los Bacardí desde la infancia. Ella contaba que aún su abuelo paterno había sido esclavo. Carolina la quería como a una segunda madre.

Eran las cinco de la tarde. Carolina estaba en el jardín. Leía una novela de Alejandro Dumas titulada *La reina Margot*, que había comprado unos días atrás en una librería de la calle Obispo.

Martín Ugarte se identificó y le dio la mano. Se fijó en la novela que tenía en sus manos e hizo un comentario sobre el autor.

—Este autor me ha interesado desde que era joven —dijo.

Fue una buena manera de empezar la conversación. Ambos se miraron a los ojos. A Carolina le agradó el tacto de su mano, algo en su interior se removió. Estaba nerviosa. De pronto, se le ocurrió enseñarle la biblioteca de la casa. Él aceptó. Se trataba de una estancia amplia cuyas cuatro paredes estaban revestidas de madera.

—En nuestra casa siempre se ha leído mucho. Mi madre lo hacía. No dedicamos todo el tiempo a fabricar ron —dijo con desparpajo.

Él no apartaba la mirada de las estanterías, repletas de arriba abajo de libros. Le recordó la biblioteca del seminario de Reims. Ella le enseñó la sala de billar. Después, pasaron al jardín. Era amplio y rectangular. Numerosas flores destacaban en una vegetación de arbustos y árboles autóctonos. Se advertía a simple vista que estaban bajo el cuidado de un empleado experimentado.

Carolina le habló de su interés por mejorar sus conocimientos de francés. Confirmaron lo que ella había acordado con Thierry hacía unos días. Serían tres horas a la semana, lunes, miércoles y jueves, en horarios de tarde, a las cinco. Las clases se darían en la biblioteca.

Martín creyó oportuno hacerle una prueba. Ella, que había recibido clases en su niñez, aclaró que lo tenía olvidado. Él le preguntó si hablaba otros idiomas. Ella contestó que hablaba inglés con bastante corrección. Martín le preguntó algunas cosas

más. Llevaban media hora larga en el jardín cuando Ofelia regresó y les sirvió un chocolate y unas galletas hechas en casa. Las había hecho ella misma. Carolina la cogió de la mano con cariño:

—Ofelia cocina dulces como la mejor repostera francesa.

Martín sonrió.

Carolina empezó a relajarse. Su carácter natural era la de una joven resuelta, educada, pero tímida en presencia de desconocidos. Sin embargo, aquel hombre la tranquilizaba. No sabía la razón, pero así era.

Ella se sorprendió cuando, después de haber dado cuenta del chocolate, el nuevo profesor le preguntó si no le ofrecían una copita de ron Bacardí. Ella entendió la broma y se rio. Hacía semanas que no se reía.

En algún momento de la conversación, ella le preguntó la razón de que hablase árabe. Él contestó a medias. Dijo que había vivido en el norte de África, pero no mencionó que había sido sacerdote.

Carolina lo despidió en el umbral. Ofelia, tras cerrar la puerta, le dijo:

—Ese gallego está bien lindo, señorita Carolina.

Ella soltó una carcajada.

Ya en su habitación, pensó en él. Le había gustado. Parecía un hombre educado, sereno y, sí, tenía razón Ofelia, *lindo.* Pensó en su edad. Le calculó treinta y pocos. Unos cuantos más que ella, pero, aun así... De todas maneras, Carolina desterró de su cabeza cualquier posibilidad de enamorarse de él. Era verdad, y ella lo sabía, que tenía cierta tendencia a sentirse atraída por todo aquel que apareciera en su vida sin previo aviso. Le había ocurrido varias veces a lo largo de su vida.

Carolina había heredado de su madre su buen porte, cerca de un metro setenta y cuatro descalza, y unos ojos color miel. De su padre, junto a la inteligencia y la capacidad para analizar las cosas con detenimiento, había heredado unas facciones regulares, su piel blanca, un mentón prominente y una nariz respingona que le favorecía. El resultado era de una belleza clásica. Su fisonomía le imprimía carácter. En los círculos de la alta sociedad habanera era considerada una joven atractiva. Y, además, era la heredera de una fortuna extraordinaria, la mayor de la isla.

A pesar de todos los condicionantes adversos, Martín Ugarte también se sintió atraído por su joven alumna.

No lo pudo evitar. Desde hacía cuatro años Martín era un hombre secularizado. Desde que el obispo Olmedo le notificó la sentencia, sintió que su vida había cambiado, al menos en la posibilidad de relacionarse con las mujeres.

Carolina Bacardí demostró ser una buena alumna. Sus conocimientos del idioma francés estaban bastante olvidados, como ella misma había advertido, pero no partía de cero. Avanzaba con rapidez y ambos se sentían satisfechos.

Un día, una vez terminada la clase, Carolina le preguntó a Martín:

—¡Oye, Ugarte!, ¿qué piensas del gobierno de Batista? Había adoptado la costumbre de llamarlo por el apellido. A él le hacía gracia. La expresión de Martín cambió. No se esperaba esa clase de preguntas y menos de una heredera de la casa Bacardí. Se escudó en que había llegado a la isla hacía poco tiempo. Ella insistió.

—No importa, algo pensarás del gobierno.

Estaban aún en la biblioteca. A Martín se le ocurrió que podían continuar aquella conversación dando un paseo. Ella adoptó una expresión de cierta incredulidad: su profesor particular de francés la invitaba a dar una vuelta. «¡Claro que sí!»

Martín le propuso recorrer el Malecón, uno de sus paseos favoritos. El lugar elegido por él no le convino. Al Malecón acudían, en horas de tarde, numerosos jóvenes —parejas de enamorados, en buena parte— o grupos de amigos. No lo hacían los descendientes de una familia como la suya. Para eso estaban los clubes privados. De modo que aceptó la invitación pero propuso una heladería inaugurada hacía unos meses. No quería dar la sensación de que acudía a una cita, así que ni siquiera se cambió de ropa. Tal y como estaba, con unas zapatillas y unos pantalones, salió de su casa acompañada de Ugarte. Ambos subieron al Buick de ella.

El Potín era en esos meses uno de los lugares de moda para los jóvenes habaneros de la burguesía media. Estaba situado en un lugar céntrico de la ciudad conocido como La Rampa, en El Vedado.

—Háblame de ti, Ugarte. ¿Cuándo llegaste? ¿Por qué elegiste La Habana?

Por toda respuesta, Martín dijo que le parecía un buen lugar para vivir. Fue un comentario rutinario, sin ninguna intención. Ella intervino.

—No lo creas, Ugarte. Detrás de esta fachada tan hermosa existen otras cuestiones no tan agradables. Tenemos un gobierno corrupto. La mafia norteamericana se está adueñando del país y se tortura a los jóvenes *disidentes,* que solo son estudiantes que piden reformas. Por eso te he preguntado hace un rato qué opinabas de Batista.

Martín conocía lo que sucedía en la ciudad. Su amistad con Thierry, Albert, George y María Valeria lo había puesto al día de esa situación desde los primeros días de su llegada a La Habana. Le pareció extraño que la primogénita de los Bacardí tuviera la misma opinión.

—Lo sé —respondió él.

Carolina se sorprendió.

—¿Y cómo lo sabes? Eres un recién llegado...

Martín no quería desvelar que sus amigos eran contrarios al régimen.

—Es lo que se escucha en la ciudad, al menos en los lugares que yo frecuento —afirmó.

Ella asintió.

—¡Qué pena de país! Tiene de todo. Gente preparada y trabajadora, riquezas naturales, posibilidades para crecer... En todas partes se escucha que el turismo es una industria de mucho futuro. Y todo eso, ¿para qué nos sirve? Para que unos cuantos militares sin escrúpulos se hagan amigos de los gánsteres y se repartan el país... —se lamentó ella.

Él la miró con cierta perplejidad.

—No me mires así. Sí, soy una Bacardí, una familia acomodada. Pero te puedo asegurar que no soy insensible a lo que sucede. Te diré una cosa: los cubanos somos agradecidos, patriotas, adoramos nuestro país. No concibo mi vida fuera de La Habana. Yo misma he pasado algunas temporadas en la costa Este, y siempre me moría de ganas por volver a Cuba. Es mi país y lo quiero.

Había hablado con una resolución fuera de lo común en una muchacha tan joven.

Ugarte se atrevió a preguntarle.

—Y entre vosotros, quiero decir... entre las familias de dinero, ¿esa opinión está extendida?

—No nos gusta lo que vemos alrededor de Batista. Sus relaciones con la mafia, la manera en que está resolviendo las protestas de los estudiantes... Incluso se rumorea que los *yonis* están enojados por lo que sucede.

—¿Los *yonis*?

Carolina se rio.

—Así es como los cubanos llaman a los norteamericanos en la calle.

—Es la primera vez que lo escucho.

Carolina le habló de lo sucedido con el joven Armuelles. Martín la escuchaba con atención y asentía. Para él no era una novedad. Solía escuchar esa clase de testimonios de personas de su edad en las cantinas a las que acudía, siempre en voz baja. Se decía que el gobierno había tejido una red de chivatos en todos los estamentos que informaban de cualquier conversación sospechosa.

Dos horas después de entrar en la heladería, dieron por terminada la conversación. El tiempo había pasado rápido para ambos, pero las costumbres de la ciudad aún presionaban a Carolina, y no permitían que se la viese demasiado rato junto a un joven. Y menos si empezaba a oscurecer.

Ella regresaría a su casa y él se quedaría en la calle 23, según dijo. De sus miradas se deducía que quedaba pendiente otra conversación. Se dieron la mano, ella volvió a sentir una sensación agradable al sentir su piel y le dio las gracias por su tiempo.

—No tengo mucha gente con la que hablar de estas cosas — aseguró.

Martín estaba cerca de su apartamento. Eran las ocho de la tarde y el clima cálido invitaba a dar un paseo. Lo hizo pensando en ella.

Carolina, por su parte, tenía la costumbre de pasar un rato junto a sus hermanos pequeños al terminar la tarde. Eran aún adolescentes y la adoraban. Cenó con ellos un emparedado de jamón dulce que les sirvió Ofelia, acompañado de un vaso de leche. Recordó que *La reina Margot* la estaba esperando en un capítulo interesante y regresó a la biblioteca. Le costó concentrarse. El rostro de aquel joven se resistía a abandonar sus pensamientos.

Capítulo 13

—Dígame, Kohl, ¿cómo ve usted el asunto que estuvimos hablando hace unos días?

El coronel Orlando Piedra había citado a Helmut Kohl en su despacho. Piedra lo había saludado con un afecto exagerado y le había ofrecido asiento. Kohl estaba excitado: volvía al trabajo. Fue al grano.

—Coronel, he estudiado con atención lo que sucede en Cuba desde hace unos años. He estado en la biblioteca y he leído con detenimiento los periódicos de los dos últimos años.

—¿Qué ha descubierto? Lo escucho.

—Coronel, ¿con qué grado de sinceridad quiere que le hable? —expuso Kohl.

Piedra se sorprendió. Aquello le empezaba a gustar.

—Cien sobre cien, es una conversación entre amigos.

—Muy bien, pero déjeme hablar.

El coronel Piedra aceptó. Llamó por teléfono a su secretaria:

—No me pase llamadas, salvo que sea del presidente.

Kohl llevaba un maletín del que extrajo unas cuantas notas. Le enseñó una página de tamaño mediano con una frase escrita: «La guerra empieza en los medios de comunicación.»

Piedra la leyó con desinterés. No decía nada que él no supiera. Pero, tal y como le había prometido, no lo interrumpió.

Kohl continuó.

—Le he enseñado esta frase porque he detectado que es una de las debilidades del gobierno, coronel. Están perdiendo la guerra en las emisoras, en los periódicos...

—¿Se refiere a los periodistas y escritores cubanos?

—A los cubanos no, esos no importan tanto. Le diré una cosa, en el Tercer Reich no tuvimos problemas para comprar las lealtades de la inmensa mayoría de los intelectuales alemanes y de los jueces. Nada es tan fácil. Los artistas, los escritores, los poetas, estos del mundo de la farándula y las letras, casi siempre son serviles y pobres. Si conociera el listado de los perros que trabajaron para nosotros, se asombraría. ¿Y sobornar a un tribunal completo? Nada más sencillo. No, me refiero a los corresponsales extranjeros, a los periodistas de los Estados Unidos. A los de Washington y Nueva York. Y también a los de los países importantes del continente. En Buenos Aires, en México, en Bogotá, en Caracas, los medios de comunicación hablan del gobierno como si fuesen unos bandidos, y de los Rebeldes, por el contrario, como si fueran unos idealistas románticos. ¡Así son las cosas con estos malditos liberales!

—Lo sabemos, Kohl. Mi general tiene arriba de cincuenta años, y los miembros del gabinete tienen una media de sesenta. Los Rebeldes, en cambio, tienen veinte. Despiertan simpatía entre los extranjeros, organizan colectas en Buenos Aires y en México. También en Nueva York y en San Francisco. Y obtienen fondos. Conceden entrevistas y sonríen, salen en las fotografías... De lo que dice, no hay nada que no sepamos. ¿No pretenderá palomearme? —observó con cierto malestar.

—¿Palomearlo?

—Sí, enredarme, recuerde que es usted un fugitivo de la justicia...

—No, se lo aseguro —respondió preocupado.

—¿Qué propone, Kohl? No tengo mucho tiempo...

—«Corresponsales de prensa en La Habana», ahí hay que atacar, coronel.

Piedra se puso en pie.

—La única solución es atemorizar a los periodistas extranjeros, presionarlos, asustarlos, enseñarles que el gobierno tiene colmillos de lobo. Nada impresiona tanto a un liberal como una potente demostración de fuerza. Tenemos que empezar dando un puñetazo encima de la mesa.

—¿Cómo...?

—Sí. Un arma que se dispara por accidente, un crimen pasional, una pequeña dosis de cianuro en un vaso de soda... algo de lo que no se pueda acusar al gobierno con facilidad. Una baja entre los corresponsales, dos... tres como mucho. Le aseguro que a la cuarta se pensarán lo que escriben.

Al cabo de dos semanas, un periodista del *Diario di Torino,* Carmelo Tatiani, dio cuenta de una langosta a la mantequilla en un restaurante en las afueras de la ciudad. Estaba eufórico. Los lectores lo habían elegido como el mejor corresponsal del periódico en el exterior. Después, tomó su coche para dirigirse a su apartamento. Quería dormir la siesta. Subió una pequeña cuesta de cincuenta metros y se dispuso a aparcar. El freno no respondía. Le entró un sudor frío. Pisó el pedal una vez, dos, así hasta ocho o diez. Imposible, el Rambler iba tomando mayor velocidad. Un reflejo lo llevó a dar un volantazo. Con esa maniobra pretendía arrimar el vehículo a una de las cunetas y detenerlo. No lo consiguió. El Rambler derrapó y cayó a un barranco de cincuenta metros dando dos vueltas. Tatiani murió en el acto a causa de un traumatismo craneal.

Había nacido la Operación Cisne Negro.

Los corresponsales extranjeros y otros amigos dieron el último adiós a Carmelo Tatiani. Después, los periodistas se reunieron en un hotel discreto de la ciudad. La reunión la convocó la Asociación de Corresponsales Extranjeros en Cuba, que agrupaba a una veintena de periodistas. El secretario era Philip Gross, de *The New York Times.*

Eustasio Ramírez, corresponsal del *Excélsior* de México fue el primero en intervenir.

—El vehículo de Tatiani fue manipulado, de eso no hay duda alguna. He hablado con varios mecánicos, y también con los representantes en el país de la marca Rambler. Los frenos no dejan de funcionar así como así. Esa máquina no era vieja y estaba en buen estado.

Gross asentía.

—Creo que es cierto. Hay algo extraño en este caso.

El vehículo se había incendiado al caer en el barranco hasta quedar calcinado.

—¿Quién puede tener interés en matar a Carmelo Tatiani? —dijo Olivier, el corresponsal de *Le Monde.*

Los asistentes se miraron en silencio.

—Los mismos que tienen interés en nosotros. Todos sabemos a quiénes me refiero —dijo Gross.

—No tenemos pruebas —dijo el mexicano Ramírez.

Media hora después los periodistas llegaron a dos acuerdos. El primero, expresar al

gobierno de manera oficiosa que existía el temor entre la comunidad de periodistas extranjeros de que la muerte de Tatiani hubiera sido intencionada. Y el segundo, abrir una investigación privada. Con ello pretendían advertir al gobierno. También decidieron adoptar precauciones. Los periodistas se comunicarían entre sí cuando decidiesen salir de La Habana, incluso para viajes privados.

Abandonaron la reunión preocupados, con la impresión de que el trabajo en La Habana empezaba a ser arriesgado.

Gross cenó en La Fragata con el encargado de prensa de la embajada de su país, un hombre de mediana edad llamado Fred Tyler. Le transmitió su preocupación y la de sus colegas. Algunos tenían miedo a desarrollar su trabajo. Las palabras del corresponsal Gross recordaron al funcionario un informe que habían recibido unas semanas atrás. Lo enviaba la dirección de Langley y advertía de la posibilidad de que el gobierno de Batista tomase represalias contra los periodistas que escribían en contra del gobierno. Se refería a medidas como la declaración de personas no gratas. El informe había sido redactado por el agente Rojas, que encubría al vasco Jesús Galíndez.

Lo que no sabían ni Gross ni el encargado de prensa de la embajada norteamericana era que, semanas antes, Orlando Piedra había ordenado a sus agentes que instalaran micrófonos en la parte inferior de las mesas de los reservados del restaurante La Fragata. Las conversaciones quedaban grabadas en un cuartucho situado a cincuenta metros del restaurante, en un pequeño apartamento alquilado con ese propósito. Eran transcritas y, en unas horas, estaban encima de la mesa del coronel Piedra. Este se lo hizo saber a Kohl. Cuando el alemán supo de la conversación entre Gross y Tyler, al cabo de unas horas de haberse producido, estalló de alegría.

—Coronel, nuestro plan empieza a funcionar, ¿no se da cuenta? Es el primer paso. Cuando caiga el segundo de estos bolcheviques, cundirá el pánico y pedirán a sus periódicos que les envíen el billete de regreso. Conozco a estos tipos, son unos cobardes. Hágame caso.

Ciertamente, la transcripción de la conversación entre Gross y Tyler invitaba a darle la razón: había que continuar con su plan.

Batista, que era un hombre precavido, habló con Orlando Piedra después de aquel primer *accidente.* Admiraba a los norteamericanos y, al mismo tiempo, los temía. Estaba seguro de que no les gustaría que tuviese a su servicio a un capitán de la Gestapo. Había insistido en que solo Orlando y él mismo debían estar al tanto del trabajo que realizaba el alemán. Batista miraba a través de la ventana de su despacho.

—¡Tremendo aguacero el de hoy! Orlando, ¿conoces bien a Kohl?

A Piedra le sorprendió la pregunta. Dio una respuesta ambigua.

—Apenas de hace unas semanas.

—¿No estará *fundido?*

—No lo creo, señor presidente.

—Ese alemán está entusiasmado con el trabajo que desarrolla, según me has informado.

—¿Qué clase de tipo es? Quiero decir, ¿es inteligente?

—No lo sé. Desde luego, es un hombre metódico. Y odia a los comunistas.

—Me dijiste que no está *pelao,* que tiene plata, que no necesita trabajar.

Orlando Piedra no sabía adonde quería llegar su jefe. Asintió con un movimiento de cabeza. El presidente le confió sus propósitos:

—Por el momento nos está siendo útil pero, una vez que acabe su trabajo, no debe seguir con vida. Nos comprometería. Sabe demasiado. Supongo que conoces dónde vive, sus costumbres, los lugares que frecuenta...

Piedra sonrió.

—Sí, señor presidente. También había pensado en eso y lo tengo planeado.

—Así está mejor. Mira que, si luego se enteran los *yonis*, se formará un buen despelote —concluyó el general.

Capítulo 14

Joan Alison se moría de ganas de ver a Martín Ugarte. A solas, con tiempo por delante. Y esas ganas crecieron cuando un camarero del hotel Nacional le confió que uno de sus amigos, un tal Martín, a quien conocía porque visitaba el bar del hotel junto a Thierry y el resto de su pandilla, daba clases particulares a Carolina Bacardí, una de las herederas del imperio de los Bacardí, nada menos que la primogénita. El camarero se llamaba Felipe.

Joan preguntó por Carolina. Quería conocer todos los detalles.

—¿Cómo es?

—Hermosa, joven y rica.

—¿Cómo de joven?

—Sobre los veintitrés años —le respondió el camarero.

—¿Tiene prometido?

—Sí, pero se rumorea que lo han dejado.

Joan chasqueó los dedos de la mano derecha. Era el momento de actuar. Conocía el valor de las confidencias de los camareros del Nacional. Se lo agradeció con una buena propina y le pidió dos favores.

—Amigo Felipe, consígame la dirección particular de Martín Ugarte. Y un segundo favor: no le diga a nadie que me he interesado por esa joven —le dijo mientras le metía en el bolsillo un billete de veinte pesos.

Felipe no la defraudó. Dos días después de aquello, el camarero le dijo:

—Martín Ugarte tiene alquilado un pequeño apartamento, apenas de una pieza, en San Rafael. En el tercer piso derecha del número 27.

Joan estaba segura de que esa información llegaba incompleta, pues Felipe parecía alguien muy bien informado. Le guiñó el ojo, sonrió y le prometió otro billete.

En esos momentos, el español por el que preguntaba estaba en Ripley, almorzando en solitario, añadió Felipe. La mujer le agradeció la información.

Joan pidió al conductor de un taxi que la acercase a las inmediaciones de ese establecimiento. Era una cafetería popular y tenía una terraza que daba a la calle. Era mediodía y el establecimiento estaba casi lleno. Joan comenzó a caminar con lentitud por la acera. Llevaba un bolso que le colgaba con gracia del hombro, pantalones, una blusa clara y gafas de sol. Martín Ugarte la vio y se levantó del asiento.

—Joan —gritó él.

La norteamericana giró la cabeza hacia la terraza de la cafetería y sonrió.

—Martín, ¡qué sorpresa!

Joan le preguntó si estaba esperando a alguien. Él contestó que no. A continuación, ella pidió una cerveza y una ensalada.

—Estaba dando vueltas por la ciudad, tratando de hacerme con su atmósfera —explicó ella.

Alison deseaba hacerse la encontradiza con Martín y al mismo tiempo disfrutaba con esas escenas en las que interpretaba el papel de una mujer que deambula por la ciudad. Llevaba muchos años vinculada a las gentes del teatro y del cine y sus actuaciones eran

convincentes.

Joan quiso saber de cuánto tiempo disponía.

—¿Y tú? ¿No trabajas esta tarde?

—Sí, pero tengo tiempo, mi primera clase es a las cuatro —dijo él.

Joan se alegró. Contaba con tiempo. Hablaron de banalidades como el clima de la ciudad, la comida y temas similares. Llegó el momento de los postres. Martín eligió un helado de chocolate y a Joan le pareció buena idea acompañarlo. Ambos estaban de buen humor. Joan creyó que había llegado el momento.

—Martín, hasta ahora nos hemos reído, divertido, bailado, pero tengo una conversación pendiente contigo...

—¿Te refieres a lo que pasó en Tánger?

Joan se esforzaba por hablar con delicadeza.

—Éramos muy jóvenes, Martín.

—Sí, es verdad...

Él calló. Concentró la mirada en un punto del horizonte. Sus ojos azules se entristecieron.

—A veces, miro hacia atrás y no me gusta lo que veo —dijo ella.

—¿Qué quieres decir? —dijo él, que empezaba a ponerse nervioso.

—Podía haberlo hecho de otra manera.

Los recuerdos volvieron a Martín. Habían pasado bastantes años, más de diez, pero aun así... El recuerdo del romance con ella se había hecho presente. Le hubiera gustado hacerle unas cuantas preguntas. ¿Cuántas veces había pensado en él? ¿Por qué no le había escrito ni una maldita postal? ¿Qué clase de mujer era en realidad?

De todas maneras, no estaba seguro de querer sostener esa conversación con Joan en aquellos precisos momentos, así que trató de llevarla a otros asuntos menos conflictivos.

—No te preocupes por mí, Joan. Pese a todo, logré sobrevivir.

Él le cogió la mano.

—Maduré después de conocerte. Cuéntame —dijo loan.

Martín evitó la respuesta haciendo a su vez una pregunta. Prefería refugiarse en lo más llamativo de lo que había sido su vida. Joan no quiso presionarlo. De alguna manera, se sintió aliviada. El reencuentro con Martín tantos años después había removido el lodo que reposaba en su conciencia; en algunos aspectos eran aguas profundas y no demasiado agradables. La joven Joan de Tánger actuó con egoísmo, frivolidad y a la Joan más madura de los treinta y tantos le costaba afrontarlo. Había algo de culpa y vergüenza presente en ella. La vida continuaba inexorable, si cuando se despidió de Martín en Tánger era una mujer dispuesta a devorar el mundo, ahora empezaba a pensar que el mundo podía devorarla a ella.

Martín estaba intrigado.

—¿Cómo sucedió lo de *Casablanca*? ¿Cuándo se te ocurrió escribir ese guión?

—¿*Casablanca*? Fue todo rápido. Al volver a Nueva York, estaba en la cima de la inspiración. Después de todo lo que viví en Tánger, perdón, lo que vivimos... Con el dinero que me había dado Stanley tenía para una buena temporada, no tenía problemas económicos. Alquilé un pequeño apartamento frente a Central Park y escribí mis recuerdos. No sabía qué uso iba a darles pero fluyeron. Y en pocas semanas me di

cuenta de que tenía una historia entre manos. Estaba segura. Escribía de una manera frenética. Hasta agotarme. Comía en la calle y regresaba al apartamento, echaba un rato la siesta, como en Tánger. Eso lo aprendí allí y es una costumbre que no abandonaré. Por la tarde salía a caminar. Mi cabeza continuaba en el guión, en lo que había escrito unas horas antes.

—Eres una mujer inteligente, Joan —observó Martín.

—Gracias. Por aquel entonces conocí a un productor de California. Le conté mis experiencias. Y también que las estaba escribiendo. Estos tipos son excepcionales, en una conversación de diez minutos son capaces de reconocer dónde hay un buen guión. En cuanto le hablé de Tánger, de su atmósfera, del cosmopolitismo de sus residentes, de los granujas que la visitaban una y otra vez, de los negocios que se cerraban en sus tabernas, del Adieu, de Chez Madeleine, de los nazis, de Stanley... en fin, de todo aquello que conocimos, se dio cuenta de que había algo, una obra de teatro o una película. Las ideas me salían a borbotones. Me hizo firmar un precontrato en una servilleta. ¡Imagínate! ¡En una servilleta! Dijo que eso daba suerte. Solo unas líneas, para garantizarse los derechos durante una semana, mientras negociaba el contrato definitivo. Me hizo gracia, y me cayó bien. El caso es que lo firmé y escribí un borrador para una obra de teatro titulada *Everybody Comes to Ricky.* La suerte estaba conmigo.

»Al cabo de un tiempo empezó el rodaje con Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. Fue una experiencia fascinante. Claro que no esperaba un éxito tan inmediato y espectacular. En unas pocas semanas mi vida había cambiado.

—¡Cómo me alegro! Vi la película y me emocioné.

Joan miró el reloj con disimulo. Había llegado el momento de dar por terminada la conversación. Estaba satisfecha con lo que había obtenido. Una buena conversación con Martín, una manera adecuada de restablecer la relación personal. Solo quedaba rematarla. Aun así, tuvo el deseo de volver a verlo enseguida, de invitarlo a cenar. Se contuvo y optó por una manera de despedirse convencional, menos comprometedora.

—Martín, ¿por qué no nos vemos una tarde con Stanley? Podemos pasear por la ciudad y recordar viejos tiempos.

—¡Me encantaría!

—A mí también. Yo lo organizaré.

Se despidieron. Ella regresó al hotel. La tarde era agradable, con esa brisa que suele soplar en La Habana a esas horas. Encendió un cigarrillo. Fumaba cuando se sentía ansiosa. Disfrutó de la tarde, se relajó, recordó cada una de las palabras e, incluso, de las reacciones de Martín. Había pronunciado sus palabras con miedo, temiendo incluso la reacción de un hombre que hubiera madurado después de aquel episodio: *no te preocupes, Joan, me indicaste el camino del amor y lo encontré al poco de salir de mi vida, conocí a Sofía, una española secretaria de una empresa, después a Carla, una italiana que viajó a Marruecos... esas palabras no habían salido de su boca; decidió trazar una estrategia para seducirlo de nuevo.*

Martín Ugarte, por su parte, se dirigió a la academia. Le esperaban dos horas de clases en grupo en el centro. Desde la cafetería Ripley hasta su lugar de trabajo tardaría unos veinte minutos andando a paso de seminarista, como acostumbraba.

Martín llevaba el pelo bastante más largo que en Tánger y la luz y el sol de La

Habana se lo habían aclarado. Sus ojos azules y diáfanos llamaban la atención y así se lo decían una y otra vez. Medía casi un metro ochenta, tenía las espaldas anchas y caminaba con la cabeza erguida. Además, tenía una dentadura perfecta, aún más blanca desde que estaba en La Habana y seguía los consejos de una mujer que le recomendó frotarlos con la piel interior del guineo.

Solía vestir de acuerdo a lo que observaba en otros jóvenes extranjeros —pantalones en tonos claros y camisas azules o blancas—, y había empezado a usar sombrero. Compraba en El Encanto o en algún otro almacén del paseo del Prado y se dejaba aconsejar por las empleadas. Ellas lo hacían embelesadas.

No era la primera vez que se daba cuenta de que las mujeres, atraídas por sus rasgos, lo miraban con cierta admiración. Gustaba a mujeres de todas las edades. Las mayores de cincuenta lo miraban de frente; las de cuarenta, con picardía; las que tenían entre veinte y treinta, con un interés poco disimulado. Puede que fuera su porte, sus ojos azules intensos o sus ademanes de hombre educado, pero no había establecimiento público en que entrara donde no percibiera miradas de interés.

Desde que había llegado a La Habana se había sentido un hombre diferente, libre de ataduras y de recuerdos. Ya no era sacerdote y no desaprovechaba la ocasión de pasar la noche con una mujer si se presentaba. Siempre que lo hacía se ilusionaba por unos instantes con que aquella pudiera ser la mujer a la que amaría para siempre, con la que tendría hijos, con quien envejecería. Si bien no hablaba de ello, aspiraba a casarse, formar una familia y educar a sus hijos según sus valores.

Pero, definitivamente, había cambiado. Comía y bebía lo que le ofrecían. Y, muy de cuando en cuando, se emborrachaba. Tomaba cerveza y adoraba el ron. Le gustaba la comida popular cubana, como el tasajo, la ropa vieja y los tamales de marisco en cazuela. En La Habana se había acostumbrado a tomar un café tras otro y a fumar puros. Él, que apenas había encendido unos cuantos cigarrillos en Tánger...

Pensó de nuevo en Joan. No podía dejar de recordar lo que la había admirado, deseado, amado. Y seguía admirándola. Su relato le impresionó. «¡Qué carácter! ¡Qué decisión! —pensó—. ¡Y qué suerte!» Seguía siendo la misma Joan Alison que había conocido. Sonreía mientras pensaba en ella.

Capítulo 15

Después de la muerte de Tatiani, buena parte de los corresponsales extranjeros había recibido una invitación para una jornada de caza organizada por la Federación de Caza de la República de Cuba, una asociación que gozaba de apoyo gubernamental. Los periodistas no se sorprendieron. Solían recibir invitaciones como esa.

Uno de los periodistas que había aceptado la invitación fue el argentino Ismael Forcada, corresponsal de *El Heraldo.* Al poco de empezar la jornada, Ismael había escuchado el estruendo de un disparo de escopeta. Al principio, creyó que se había tratado de una coincidencia, pero oyó un nuevo disparo muy cerca de donde estaba. Se asustó, se tiró al suelo y se cubrió tras unos matorrales. Pocos días más tarde, el argentino recibió un paquete con un mensaje: «Forcada: la próxima vez no fallaremos. Argentino estúpido, métete en tus asuntos.» Venía acompañado de un cartucho de una escopeta de caza.

El incidente llegó a los oídos de Stanley y este lo comunicó a su jefe.

—Si fuera así, si lo del periodista italiano se tratase de un asesinato y esto último de una advertencia, ¿de quién puede proceder? —preguntó Colmore.

—Del gobierno, sin duda. Solo el gobierno tiene un móvil para espantar a los periodistas. Tatiani y Forcada eran muy críticos con Batista.

—Si lo confirmamos, van a tener problemas. La opinión pública norteamericana está cansada de Batista. *The Washington Post* y *The New York Times* se encargarán de ello. Ya me imagino sus editoriales: «El gobierno de Batista encarga la eliminación de periodistas extranjeros.» Investígalo.

Stanley lo hizo. Llamó por teléfono a Philippe Knoche, el gran hermano de la logia Abd El-Azis de Tánger, un buen amigo. Knoche era una de las personas que habían estado en su despedida de Tánger unas semanas atrás.

—Philippe, necesito tu ayuda.

—Stanley, ¿necesitas algo?, ¿dinero?

—No, no se trata de eso. Quiero que me pongas en contacto con tus hermanos en La Habana, con los de alguna logia importante.

Philippe Knoche le había pedido infinidad de veces a su amigo Stanley Mortimer que aceptara entrar en la logia. Este lo rechazaba. Y le daba una razón: «En la logia se comparten los secretos, según me has dicho muchas veces. Soy demasiado individualista para eso, querido amigo.»

Knoche se puso a trabajar de forma inmediata. Llamó a París, a una logia importante. Estaba seguro de que sus hermanos de esta ciudad mantenían relaciones con los masones de Cuba.

A los pocos días, Fanon recibió una visita en el hotel donde se hospedaba. Un hombre le hizo una pregunta:

—¿Ha elegido el menú?

—Solo tomaré un té —respondió él.

Eran las palabras convenidas con Philippe. Stanley sonrió. Era el estilo de su amigo.

—Son las instrucciones recibidas desde París —dijo el hombre, que se identificó a

continuación como Dieter Albersmaier y afirmó pertenecer a la logia El Renacer de La Habana.

Decidieron dar una vuelta por la ciudad. Recorrieron unas cuantas calles de la parte antigua. El hombre poseía un notable conocimiento de la historia de la ciudad y explicaba los orígenes de cada uno de los edificios que dejaban atrás, así como de las familias que los levantaron. Saludaba a numerosos viandantes. Llegaron al establecimiento de libros antiguos La Regencia y pasaron a la trastienda.

—Amigo mío, soy el propietario de esta casa, que desde ahora es la suya. Como puede ver, es una librería, aquí puede encontrar casi todo lo que se ha editado en la isla.

Fanon contemplaba con admiración la montaña de libros y enciclopedias que lo rodeaban.

—Nos han dicho desde París que nos pongamos a su disposición. Ya sabrá que puede contar con discreción absoluta —le dijo con una amplia sonrisa.

Fanon estaba satisfecho. Dedujo que Albersmaier lo podría informar de numerosas cuestiones. Se convertiría en un excelente contacto y en un hombre imprescindible para él. En ese momento tenía prisa, quería entrar en el asunto que lo había llevado hasta él. Aun así, entendió que sería una muestra de buena educación hacer una especie de elogio de sus hermanos de Tánger.

—Tengo buenos amigos en la logia de Tánger. Gente extraordinaria —dijo a modo de introducción.

—Usted viene bien recomendado.

Había llegado el momento de descubrir algunas cartas escondidas.

—Mire, Albersmaier, no le podré ofrecer demasiadas explicaciones...

—No se preocupe por eso.

—Necesito información.

—¿Qué clase de información?

—Me gustaría hablar con alguno de los masones que trabajen en el palacio presidencial, cerca de Batista, si es que los tienen.

—¿El palacio presidencial? Eso no será fácil.

El librero se acordó de Rodrigo Andrade, un miembro de su logia que, precisamente, trabajaba como contable en el Despacho Superior del palacio presidencial, aunque no lo mencionó. Volvieron a asuntos de interés general. Solo era un primer acercamiento.

Unos días más tarde, Albersmaier planteó la solicitud de Fanon en la logia. Sus miembros, de manera unánime, decidieron ofrecerle su colaboración incondicional. No conocían sus propósitos, pero si era un hombre apadrinado por la poderosa logia de París, no podía tratarse de un cualquiera.

Poco después, Chris Fanon y Rodrigo Andrade se reunieron en un pequeño bar del barrio de pescadores. Dieter Albersmaier los presentó y abandonó el lugar. Lo había elegido Andrade. No quería que lo viesen con el misterioso norteamericano. Había estado presente en las tenidas en que se habló de él y presentía que se trataba de un asunto discreto e importante. Estaba decidido. Y la logia representaba su vida.

Chris Fanon dio un rodeo. Se interesó por el número de logias y por las características de sus miembros. Se presentó como un periodista norteamericano, sin mayor información.

—Me han dicho que trabaja en el palacio presidencial.

—En la calle Refugio.

—¿Cerca del presidente?

Andrade no quiso exagerar su papel.

—Soy contable del Despacho Superior.

Andrade quiso dejar claras las cosas de una vez.

—Puede contar conmigo, amigo Fanon.

—Iré al grano. Estoy investigando una serie de hechos que han sucedido en la ciudad, incluso un posible asesinato. Y tengo algún motivo para pensar que detrás se encuentra el gobierno. No sé de qué manera pero sí, el gobierno.

Rodrigo Andrade seguía con atención sus palabras.

—¿Los hechos que investiga son políticos? Me refiero al asesinato.

—Sí.

—¿Y le sorprende mucho? —preguntó el funcionario.

Fanon se extrañó. Aun así, permaneció callado.

—En esta ciudad se ordenan todos los meses muchos crímenes, se lo puedo asegurar. De estudiantes, sobre todo. Los cadáveres que aparecen en las cunetas no dejan rastro de sus autores y, aunque lo dejasen, no se investigaría.

—¿Está seguro de lo que dice?

Andrade movió la cabeza.

—Sí.

—¿Y por qué está tan seguro?

—Mire, yo camino por las calles. La gente habla, comenta lo que ha sucedido en las últimas horas, las noticias que llegan desde los barrios, desde la universidad. La Habana es una ciudad pequeña y todo termina por saberse. A los cubanos nos fascina hablar de estos asuntos. Pero lo hacemos con miedo.

—¿Esas mismas cosas se escuchan en el palacio?

—Solo entre algunos funcionarios.

—¿Eso quiere decir que los funcionarios están en contra del gobierno?

—Yo no he dicho eso.

—Perdone, le he entendido mal.

Andrade había empezado y no quería quedarse a medias.

—Algunos funcionarios comentan en el primer café de la mañana lo que ha sucedido en sus barrios durante la noche. Se oyen frases como: «Unos muchachos han aparecido muertos en Mantilla» o «al venir al trabajo me he encontrado con varias familias en la puerta del edificio del SIM que pedían explicaciones por la detención de sus hijos esa misma noche». Son frases, solo eso, nadie añade lo que les parece. Claro que me refiero a los funcionarios que no son políticos, a los administrativos, los limpiadores, los contables...

Fanon se quedó pensativo.

—Sigamos con lo que usted investiga —dijo Andrade.

Fanon continuó.

—Hace unos días apareció muerto un periodista italiano. Se dijo que fue un accidente, un fallo de los frenos de un vehículo que acababa de salir del taller. Sus

amigos están seguros de que los cortaron de manera intencionada. Y otro periodista, esta vez argentino, recibió una advertencia, un pequeño paquete que contenía una carta escrita en letra de imprenta y un cartucho de escopeta.

—Extraño.

—Sí, dos días antes de eso el periodista había estado en una cacería y estuvo a punto de morir, también en otro *accidente.* Dos cartuchos le rozaron la cabeza. Ha salido del país. A estas horas estará tomando un café en buenos Aires y no creo que vuelva por La Habana.

Rodrigo Andrade escuchaba las palabras de Fanon sin alterarse.

—Cosas como esas llevan el sello del coronel Piedra.

Fanon sabía a quién se refería, el coronel Orlando Piedra, director del Servicio de Información Militar, el SIM. La embajada de los Estados Unidos había elaborado un informe sobre Piedra que Stanley había leído durante su estancia en Washington. Calificaba a Piedra como un servidor de Batista sin escrúpulo alguno.

Fanon y Andrade pidieron otra tanda de cafés. Ambos estaban a gusto, se estaban cayendo bien.

—Dice que parece obra del coronel Piedra. ¿Qué me puede contar de él?

—Poco. Despacha todos los días con el presidente. Es el primero en hacerlo, antes que cualquier ministro. A veces lo veo entrar en el despacho con un buen número de expedientes o papeles. Y sale sin ellos.

—¿Usted no tendrá acceso a esos papeles?

—No, yo no entro en el despacho del presidente. Veo al coronel Piedra en los pasillos.

—Es una pena —murmuró Fanon.

Rodrigo Andrade lo sorprendió.

—Tengo un primo en el SIM. También es contable.

Fanon abrió los ojos.

—¿En el propio SIM? ¿Cree que su primo podría proporcionarnos información?

—¿De qué clase?

—No lo sé, cualquier detalle puede ser importante. En el edificio del SIM no entra cualquiera, supongo.

—Suelo hablar a menudo con mi primo, tomamos café un par de veces por semana. Pero él no accede a la planta cuarta, donde el coronel tiene su oficina. Tampoco tiene acceso al edificio que está en la parte posterior, donde están las celdas y se interroga a los detenidos. Mi primo no sale de la primera planta, de la sección de contabilidad.

—Y en contabilidad, donde trabaja él, ¿no maneja información reservada? —preguntó Fanon.

—No. El SIM tiene dos contabilidades. Una, la general, la que apunta los lápices o los cuadernos, la que se encarga de pagar los salarios de los empleados administrativos y cosas así. La otra contabilidad, la que se maneja en la cuarta planta, de esa no se tiene noticia en la primera. Es reservada.

—Entiendo —dijo Fanon.

Rodrigo Andrade iba a sorprender a su nuevo amigo con las palabras que iba a pronunciar a continuación. Le había cautivado la posibilidad de ser de utilidad a un

tipo que decía ser periodista extranjero y que indagaba en las inmundicias del régimen de su país. Sin olvidar que venía recomendado por una logia francesa. Pero por encima de ambas circunstancias le movía el odio que tenía a los lugartenientes de Batista que ocupaban el palacio desde el golpe de estado. Sí, él era un simple contable del Despacho Superior pero lo habían relegado atareas de categoría inferior, como la de acumular expedientes y depositarlos en el almacén central. Aquel hombre le estaba ofreciendo la oportunidad de devolver el golpe.

—Eso sí, a mi primo y a otros funcionarios les extraña la frecuencia con que lo visita un alemán.

—¿Al coronel Piedra?

—Sí.

—Un alemán...

—Tendrá unos cuarenta años. De esos rubios que se ven poco en La Habana. Un tipo bien parecido, de ojos azules... las muchachas del edificio están enamoradas de él, lo comentan en los cafés.

—¿Y lo visita mucho?

—Lo ha visto cinco o seis veces, y no se registra en el libro de admisión por orden directa del coronel. Entra y sube en el ascensor privado, no habla con nadie.

—¿De quién se tratará? —dijo en voz alta Fanon.

—No lo sé. Puede preguntar si lo desea.

—¿Preguntar? ¿A quién? ¿Qué quiere decir?

—El alemán vive con su esposa. No tienen hijos. Hace gimnasia todas las mañanas en el Bosque de La Habana, en la ribera del río Almendares. Corre durante una hora.

Stanley no daba crédito a lo que aquella reunión estaba dando de sí.

—¿Y usted cómo está enterado de eso, amigo Andrade?

—Una de las chicas de admisión del SIM vive en un edificio cercano al del alemán. Es una de esas que suspira por tomar un café con él. Está pendiente de su vida y lo comenta. Nuestras mujeres son chismosas, sobre todo cuando se trata de un hombre lindo, rubio y extranjero —dijo.

—Ya lo veo. ¿No sabemos cómo se llama?

—¿El alemán?

—Sí.

—No lo sabemos. Pero, si tiene interés, no tendrá dificultades para averiguarlo... con un buen billete. Así funcionan las cosas en La Habana. Pregunte a los conserjes de los edificios.

Fanon y Andrade dieron por terminada la conversación. El *periodista* le agradeció su ayuda. Andrade respondió que quedaba a su disposición. Añadió que a él tampoco le gustaba lo que estaba sucediendo en el país.

Capítulo 16

Para Chris Fanon no fue difícil averiguar quién era aquel alemán que residía en el tercer piso de la calle 21. Confirmó los datos proporcionados por Andrade gracias a Juan, el vendedor ambulante de lotería. El conserje del edificio fue comprensivo al recibir dos billetes de diez pesos. Juan le entregó a su patrón un papel con los horarios de entrada y salida del alemán: era metódico y rara vez se retrasaba. Vivía con su esposa, una mujer española, y no tenían hijos. A Chris Fanon también le resultó sencillo obtener una fotografía de él.

Unos días después, el conserje del edificio encendió un cigarrillo en el exterior del inmueble en el momento exacto en que el inquilino del tercer piso salía del portal. Frente al edificio, y desde el interior de un vehículo, Fanon obtenía fotografías con su cámara, una Nikon.

Fanon ordenó la información de que disponía. El tipo era alemán, se llamaba Helmut Kohl, aunque cabía la posibilidad de que aquella no fuera su identidad real. Había llegado el momento de dar a conocer a su jefe sus averiguaciones. Para ese momento, había enviado el rollo de fotografías a Washington para que fuera revelado. Habían transcurrido dos semanas.

—Te felicito, Stanley. Has descubierto a un nazi. No a uno que simpatiza con ellos, a uno de verdad. Ese tipo es Franz Molders, un capitán de la Gestapo que se nos escurrió después de la guerra. Lo hemos identificado sin género de dudas. Estuvo destinado en un campo de concentración. Y trabajó a las órdenes de Joseph Goebbels. No sabemos lo que hace en Cuba —le dijo Ray Colmore.

Stanley no se sorprendió demasiado.

—¿Y qué hace entrevistándose con frecuencia con el jefe de la seguridad militar de Batista? —preguntó Fanon.

—No lo sabemos y nos interesa mucho. Lo que has descubierto ha tapado la boca a unos cuantos de la casa, a esos que no te quieren. Ya sabes a quiénes me refiero —replicó Colmore.

Stanley lo sabía. Podía enumerarlos con su nombre y apellido. Colmore se refería a algunos jefes de departamento a los que no caía bien desde hacía años. Por dos razones. La primera, por su continuada negativa a abandonar Tánger cuando se lo pedían. La segunda, la más poderosa: todos sabían en la agencia que Stanley era homosexual. Reconocían que era un agente excepcional, uno de los mejores, pero no olvidaban su orientación sexual y ese asunto causaba problemas.

Su amigo Ray Colmore estaba entusiasmado.

Fanon discurrió con velocidad. Como en sus mejores tiempos. Concentrado en el asunto como hace un perro con un buen hueso. No tenía tiempo que perder. De nuevo le vino uno de sus presentimientos. ¿Y si ese alemán tenía que ver con el periodista asesinado y con la advertencia a Ismael Forcada?

Stanley había dado con lo que se pretendía desde el SIM: ahuyentar de Cuba a los periodistas críticos con el gobierno de Batista. Pensó en ello una y otra vez, y cada vez que lo hacía estaba más convencido. No era mala, la idea. Primero Tatiani, luego

Forcada. La estrategia consistía en provocar una guerra de nervios entre los corresponsales extranjeros. Unos cuantos *accidentes* y la isla quedaría despoblada de ojos indiscretos. «Una idea que no es propia del Trópico», razonó Stanley. Pero aún tenía que comprobarlo.

El estilo del Stanley Mortimer de los tiempos de Tánger era otro. Cuando tenía una estrategia en su cabeza, le gustaba relamerse en su desarrollo, hacerlo con pausa, detenerse una y otra vez en su análisis. En este caso, era diferente. Cada minuto que ese hombre estuviese en libertad un tercer periodista podía estar en peligro. Solo era una sospecha, pero...

Ray Colmore había proporcionado a Chris Fanon un amplio *dossier* sobre Meyer Lansky. Entre sus antecedentes policiales figuraban algunos actos de hostigamiento a los norteamericanos del partido nazi antes de que empezase la guerra. Lansky había nacido en Rusia, a principios del siglo XX, en el seno de una familia judía. Cuando él tenía diez años, su familia emigró a Nueva York y se instaló en el Lower East Side, en pleno Manhattan. En la adolescencia empezó a trabar relación con Charlie Luciano y Bugsy Siegel. Este, judío como él. Antes de que su país de adopción entrara en guerra, formó una banda y con ella se inició en actividades y negocios fuera de la ley. Pronto tuvo éxito.

Meyer Lansky tenía unas cuantas obsesiones. Una de ellas era la persecución de los movimientos políticos que emulaban al partido nazi de Alemania. Meyer los odiaba. Solía decir a sus amigos que de buena gana dedicaría la mitad de su fortuna a seguir los pasos a los nazis que habían buscado refugio en América del Sur. También contaba con orgullo cómo, en Nueva York, en los primeros años de la década de los treinta, hostigaba a los grupos políticos nazis norteamericanos que se hacían ver en sus calles. «Para los judíos era una manera de demostrar que no nos quedábamos sentados a recibir insultos», solía repetir.

Los Lansky no olvidaban su origen. Incluso, en los años treinta, cuando el dinero ya había dejado de ser un problema para ellos, donaron a la Haganah sumas importantes de dinero a fin de contribuir a la causa sionista.

Stanley leyó el informe una y otra vez. No tardó mucho tiempo en dar con una estratagema. No lo consultó con Washington. Los burócratas se hubieran opuesto. La puso en práctica.

Sabía cómo dar con Lansky. Para nadie era un secreto que el hotel Nacional estaba en sus manos, y que su hermano, Jacob Lansky, era el gerente en la sombra y disponía de una oficina en la planta décima. El mismo Meyer se dejaba ver por allí de cuando en cuando.

Fanon decidió visitarlo. En la recepción, preguntó sin remilgos por Jacob Lansky. Lo miraron con extrañeza. A uno de los encargados le llamó la atención su audacia, de modo que alzó un auricular. Poco después, un botones lo acompañaba hasta la planta décima, donde lo esperaban cuatro guardaespaldas que lo registraron a conciencia. Al fin, fue recibido por Jacob Lansky en una de las habitaciones de la planta con vistas a la bahía y amueblada con lujo. Al verlo, reconoció en él a esa clase de tipos capaces de disparar por la espalda con una mano mientras enciende un cigarro con la otra.

—Señor Lansky, soy un periodista americano, del *Oakland Tribune.* Me llamo Chris

Fanon. Tengo una información que puede ser de interés para el señor Lansky.

—Yo soy el señor Lansky.

Stanley no se impresionó por la respuesta.

—Me refiero a su hermano, Meyer Lansky.

Jacob se parecía a su hermano. Tenía las mismas facciones de raza meridional: nariz rotunda, rostro anguloso y huesudo, cabellera negra y ojos avispados. Estaba vestido con un traje oscuro que lo hacía parecer más delgado.

Jacob le ofreció un trago. Fanon aceptó un *whisky* escocés.

—¿Qué clase de información?

Era evidente que Jacob Lansky no iba a permitir que accediera así como así a su hermano Meyer. Fanon lo entendió.

—Soy periodista y mi obligación es averiguar hechos.

Jacob enarcó las cejas, pobladas y negras como las de su hermano. Pensó, durante un instante, que estaba ante uno de esos periodistas entrometidos que deseaban que Meyer les concediese una entrevista con el fin de responder a preguntas estúpidas como «¿Qué hace Meyer Lansky en La Habana?». «¿Es cierto que se ve a menudo con el presidente Batista?». «Dicen por ahí que el presidente recibe grandes cantidades de dólares de Meyer Lansky». Hizo un gesto de impaciencia.

—Continúe, señor Fanon, no tengo mucho tiempo.

Fanon se tomó su tiempo y saboreó el trago.

—En La Habana se oculta un oficial de la Gestapo, un tipo buscado por un tribunal en Alemania por crímenes de guerra.

Jacob Lansky lo miró con interés. Sus ojos se avivaron.

—¿Uno de la Gestapo? ¿Cómo lo sabe?

Fanon no debía ofrecer información que lo comprometiese.

—Verá, Jacob... —Por primera vez lo trató de modo familiar—, no debo revelar mis fuentes.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Sí, lo estoy.

—¿Qué sabe de nosotros, señor Fanon?

—¿De ustedes? Se refiere a...

—Sí, a mi hermano y a mí.

—No le voy a engañar, lo que todos los periodistas acreditados en La Habana conocen, que son hombres de negocios.

Jacob mudó el semblante.

—Son preguntas amistosas, se lo aseguro. ¿Quiere otro whisky?

Fanon aceptó la invitación.

—Solo sé lo que conoce todo el mundo, que tienen buenas relaciones con el presidente Batista.

—¿Eso se dice?

—Eso he escuchado.

—No crea todo lo que oye. Sabrá que somos judíos.

—Lo sé.

—¿Cómo le caen los judíos?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Me gustaría saberlo, vivimos en unos tiempos en que los judíos tenemos problemas. Ya sabe lo que ha sucedido en Europa hace poco tiempo.

Si existía una persona con un buen número de amigos hebreos, era Stanley Mortimer. Le hubiera gustado que Jacob se enterase de lo bien relacionado que estaba en Tánger con la comunidad judía. Pero eso hubiera significado hacerlo partícipe de su identidad real, de modo que prefirió callar. Optó por una respuesta convencional.

—Lo sé, y créame que lo siento.

Fanon volvió a centrar la conversación en el alemán. Sacó de la chaqueta una fotografía en la que se veía a Molders en una calle de La Habana.

—Se trata de este tipo. Y tengo su historial. El campo de concentración donde sirvió, los hechos de los que está acusado. Y hasta el lugar donde reside en La Habana. No sabemos cómo escapó de Alemania. Solo hace falta echarle el lazo y confirmar estos detalles —dijo Fanon.

Había cometido un error. Había usado el plural, «no sabemos».

—En el periódico hemos investigado. Como le decía, estamos casi seguros de que se trata del capitán Molders.

—Si eso es cierto, el privilegio de cazarlo vivo deberá tenerlo la familia Lansky. ¿Cuánto vale la información de que dispone, amigo Fanon? Supongo que lo que busca es dinero...

—Se equivoca, no vengo a pedir dinero.

—¿Entonces?

—Mire, Jacob, le propongo un plan. Deme dos de sus hombres, póngalos a mi disposición. Dos hombres y un coche. Solo pretendo hacer unas cuantas preguntas a ese tipo. Quiero interrogarlo. Una vez que haya respondido a mis preguntas, saldré del asunto y será cosa suya. Bueno, suya y de su hermano. Para mí, ese asunto habrá terminado. No será de mi interés lo que suceda a continuación.

Fanon sabía que sus sospechas sobre la implicación de Kohl en el asesinato de Carmelo Tatiani y en el episodio del argentino Forcada no estaban confirmadas. Tenía la obligación de verificarlo. Por otra parte, a su gobierno le interesaba comprobar la responsabilidad del coronel Orlando Piedra y del presidente Batista en aquellos hechos. Eso era importante para el informe que debía enviar a los jefazos de Washington. Debía terminar su trabajo. Luego, pasara lo que pasara, cedería el testigo a los Lansky.

—¿Usted quién es? No parece un simple periodista.

Chris Fanon estaba ante una situación comprometida. Debía ofrecerle una explicación convincente. Si, por algún momento, su interlocutor sospechaba que era un agente norteamericano, se vería en serios problemas. Había ensayado esa respuesta muchas veces.

Jacob Lansky siguió presionándolo antes de que respondiese.

—Señor Fanon, le voy a hacer una pregunta. Si la puede responder, hágalo. Si no puede, como si no la hubiera hecho.

Fanon escuchaba en silencio, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Hágala.

—¿Es esto una prueba? ¿A usted le paga el presidente Batista y quiere ver hasta

dónde llegamos los Lansky?

Stanley sonrió.

—Ni lo uno ni lo otro. Soy periodista y no trabajo para ningún gobierno. Suelo hacer favores a unas cuantas organizaciones europeas que andan detrás de los nazis que se han escondido en América. A veces me pagan esta clase de favores con informaciones confidenciales. Así que yo, gracias a ellos, publico reportajes que, por lo general, suelen estar bien pagados. De modo que todos quedamos contentos. Y a mí tampoco me gustan los nazis.

—Los Lansky somos hombres de honor. Si se confirma que ese tipo fue miembro de la Gestapo, quedaremos en deuda con usted.

—Tal vez en algún momento puedan devolverme el favor —dijo Stanley.

El norteamericano hizo un ademán de dar por terminada la conversación. Jacob lo interrumpió.

—Espere, no se vaya todavía, quiero enseñarle algo.

Jacob Lansky sacó de un cajón una fotografía antigua. Un grupo de personas posaba para un fotógrafo. Parecía ser una reunión familiar.

—Tenemos un buen número de cuentas pendientes que arreglar con los nazis. En el campo de concentración de Blagovshchina asesinaron a una hermana de mi madre, Federica Lansky. Tenía cincuenta años y cuatro hijos. En otro campo, a unos primos hermanos que solo tenían doce y trece años. Mire, aquí se les puede ver a todos ellos, en su pueblo, antes de ser ocupado por los nazis.

—Terrible, lo siento de verdad.

A Fanon le hubiera gustado conocer a Meyer Lansky. Escogió la prudencia. De momento, ya había llegado a su hermano Jacob. No debía mostrar prisa.

Fanon abandonó la oficina de Jacob Lansky al cabo de media hora de haber llegado. Jacob lo acompañó hasta el ascensor. Fue presentado a los guardaespaldas del pasillo como un buen amigo. Y les indicó: «Este hombre es amigo de los Lansky a partir de hoy. No olviden su cara.»

Los matones asintieron y le dieron la mano al tiempo que sonreían.

Fanon se quedó sorprendido cuando escuchó:

—Shalom, todá ve lehitraot.

Sabía su significado. Eran palabras de despedida afectuosa en hebreo. Las había escuchado en numerosas ocasiones en Tánger.

—Le agradezco su tiempo. *Shalom.*

Jacob Lansky sonrió.

—Señor Fanon, esa pieza es mía, no lo olvide.

—Lo tendré en cuenta. Ahora me despido, señor Lansky.

—Un momento, ¿cómo ha llegado al hotel?

Fanon se pensó la respuesta.

—Caminando desde el Malecón.

—Uno de mis hombres lo llevará donde guste.

Unos minutos después, un Duesenberg negro de 1934 transportaba a Chris Fanon hasta el lugar que indicó al chófer, el templete de la plaza de Armas. Stanley se acomodó en la parte trasera, palpó con la mano derecha el asiento forrado en cuero. No

faltaban las cortinillas de color negro, estaba blindado y los cristales podían aguantar una lluvia de balas de grueso calibre. Era el Duesy, su vehículo favorito, en Marruecos solo había uno, lo había importado un empresario nativo para regalárselo al sultán.

Capítulo 17

Dos días después de aquella entrevista, un Ford negro del año 1951, recién abrillantado, aparcaba a unos metros del número 17 de la calle 21. Un chófer al volante y dos hombres en la parte trasera aguardaban a que saliese un hombre rubio del portal. Eran las siete de la mañana y, como esperaban, con puntualidad de militar, un tipo rubio de complexión mediana salió dando grandes zancadas. Tomó la dirección del Malecón y empezó a mover los brazos como si quisiera calentar los músculos. No tuvo tiempo. Dos hombres fornidos le salieron al paso y, entre empujones, lo introdujeron en el vehículo, que arrancó a buena velocidad. Tras recorrer un centenar de metros, el vehículo se detuvo. Por la puerta delantera entró un hombre que ocultaba el rostro con un pañuelo. Era Chris Fanon. El coche continuó su recorrido.

—Buenos días, Molders.

El alemán no salía de su asombro.

—Se equivocan, yo no me llamo así.

Fanon echó una risotada.

—¿Lo niega? ¿Quiere que le mostremos algunas fotografías? Por ejemplo, esta.

En la fotografía se le distinguía a la perfección. Apenas había cambiado. Estaba vestido con uniforme de capitán de la Gestapo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿De la policía? Llamen al coronel Piedra, del SIM, coronel Orlando Piedra —dijo en un tono de exigencia.

Fanon sonrió. No pensaba volver la cabeza para no encontrarse con los ojos del alemán, pero no pudo aguantarse las ganas de escrutar su mirada. Aún se cubría medio rostro con el pañuelo.

—¿De modo que conoce al coronel Piedra?

Molders apreció el acento norteamericano de su interrogador. Por un instante, pensó que podía tratarse de un agente del gobierno de aquel país.

—Él hablará por mí —dijo en un tono de imposición—. Detenga el vehículo en algún lugar y llámelo, sea usted quien sea —insistió sin rebajar el tono de su voz.

Los dos tipos que escoltaban a Molders permanecían en silencio. Uno de ellos encendió un cigarro habano. Molders tosió.

Fanon decidió que había llegado el momento de empezar la función. El vehículo recorría las amplias avenidas de El Vedado y Miramar sin un rumbo determinado. Respetaba los semáforos. Corrieron las cortinillas negras de las ventanas.

—¿Dígame, qué sabe del asesinato del periodista Carmelo Tatiani?

Kohl respondió al instante.

—No sé nada.

—Entonces sabe quién es Tatiani... quiero decir, quién era.

—Yo no he dicho eso.

—Perdone, lo había entendido mal.

—¿Y de los cartuchos enviados a Ismael Forcada?

—Tampoco sé nada —contestó.

—Así que tampoco...

—No, ya se lo he dicho. ¿Quién es usted?

—Eso no importa mucho. Dígame, ¿escribió la nota de advertencia a Forcada con su propia mano?, ¿o lo hicieron el coronel Piedra o alguno de sus secuaces?

Molders mantuvo su posición.

—¿Quién es usted?

—Digamos que una persona a la que le interesa lo que hace en La Habana.

—¿Por qué no llaman al coronel Piedra? Yo mismo les puedo facilitar el teléfono.

—Esa puede ser una buena idea. Dígame, ¿por qué tiene tanta relación con Orlando Piedra?

—Negocios, solo eso.

—¿Qué clase de negocios?

Dijo lo primero que se le ocurrió.

—Negocios en España.

—¿En España? Nadie hace negocios allí, es un país pobre.

Helmut Kohl aún tenía la esperanza de que lo que estaba viviendo fuera una prueba ideada por el propio Orlando Piedra. Una manera de comprobar hasta qué punto era capaz de soportar una buena dosis de presión. Aquellos caballeros le hablaban de Tatiani y de Forcada y, que él supiese, solo Piedra y Batista sabían lo que había sucedido con ellos. Era un truco antiguo en los servicios de inteligencia. Él mismo lo había utilizado en numerosas ocasiones con algunos de sus subalternos.

—No tengo nada que explicarle a usted. Si quiere saber de mí, llame al coronel.

Fanon giró la cabeza hacia la parte posterior y lo miró. El alemán le devolvió la mirada con igual intensidad.

—Diga, ¿lo de Tatiani y Forcada se lo encargó Piedra? ¿O fue usted quien lo propuso y lo ejecutaron ellos?

Esas palabras lo inquietaron.

—No sé de lo que me habla.

—Es usted un buen profesional, lo reconozco. Lástima que tenga malas cartas, en esta ocasión. ¿Sabe quiénes son estos señores?

—No los conozco.

—Se lo diré. Trabajan para los Lansky, Jacob y Meyer Lansky.

Los tipos que lo escoltaban asintieron con una media sonrisa. La sola mención del apellido Lansky transfiguró el rostro de quien se hacía llamar Helmut Kohl. Sabía quiénes eran, sabía que residían en La Habana, que tenían tratos con el gobierno. También sabía que eran judíos. Eso cambiaba las cosas. No había nada peor para un oficial alemán del Tercer Reich que estar en manos de unos tipos judíos con cara de pocos amigos. Y aún menos con los antecedentes de los Lansky.

Fanon no le quitaba ojo. Kohl no tardó mucho en adoptar una actitud menos insolente.

—Dígame lo que quiere saber.

—Eso está mejor —dijo Fanon, que lo miraba por el espejo retrovisor—. Espero que nos cuente cosas, muchas cosas. Cuantas más cuente, su posición mejorará, pero nuestra paciencia no es infinita, sobre todo la de estos amigos que me acompañan.

—Yo solo lo comenté con el coronel, no estaba seguro de que lo llevaran a cabo —se

defendió.

Fanon sacudió la cabeza.

—¿Llevar a cabo qué?

—Lo de los periodistas.

—Siga por ese camino —le indicó Fanon.

—¿Quién es usted?

—Eso no tiene demasiada importancia, ya se lo he dicho.

Por primera vez, Molders se dio cuenta de la gravedad de la situación. En su juventud, había recibido en la Gestapo unos cuantos cursos de cómo comportarse en una situación como esa, y él mismo había adoctrinado a otros agentes para hacer frente a un interrogatorio. De eso hacía bastantes años. Y lo habían cogido desprevenido. Lo último que hubiera pensado era que podría tener problemas en La Habana, ahora que se codeaba con el je le del SIM. Los tipos que lo retenían no eran cubanos, de eso estaba seguro. Sospechaba que se trataba de norteamericanos, agentes del gobierno. Por alguna razón, eso le daba esperanzas.

Trató de recomponerse. Incluso lo acompañó con gestos de la cabeza. Recordó que era una de las consignas de la Gestapo para una situación como esa, recomponerse y negociar. Fanon conocía ese recurso, sabía que estaba a punto de desmoronarse.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo —dijo el alemán en tono conciliador.

—¿Qué clase de acuerdo, Molders? —reaccionó Fanon.

Kohl creyó estar haciéndolo bien.

—Ustedes me dicen quiénes son, para quién trabajan, y yo los ayudo. Estoy en una situación difícil, lo sé.

Fanon no quería que aquello se prolongase demasiado.

—Veamos, la situación es la siguiente: no creo que esté en condiciones de establecer las reglas de juego. Estos tipos que están sentados a su lado tienen algunas ideas sobre cómo resolver este asunto, lo hemos comentado antes de invitarlo a subir al vehículo. ¿Quiere que le diga una de ellas? Subirlo a un barco, llevarlo a unas cuantas millas de la costa y cortarle las manos con un machete para que no pueda nadar. Ya verá el tiempo que tarda en ahogarse. Yo lo quiero evitar pero, no sé, hasta el momento no nos ha dicho lo suficiente para salvar la vida. ¿No lo creen, amigos?

La pregunta iba dirigida a los dos corpulentos hombres que lo custodiaban. El que fumaba aspiró el cigarro y echó una bocanada de humo. El otro sonreía.

—Diga lo que sabe, se lo aconsejo —dijo Fanon—. Parece un hombre razonable. Diga todo lo que sabe del asesinato del periodista argentino Carmelo Tatiani.

Molders estaba resultando un tipo testarudo.

—Si me matan no sabrán nada.

—Oiga, ¿por qué clase de idiota me toma? Si lo dejo en manos de estos amigos tardaría cinco minutos en decir lo que sabe —insistió Fanon.

Molders palidecía por momentos.

—Ni se le ocurra vomitar, amigo, a estos tipos que lo escoltan no les haría ninguna gracia, adoran tener la tapicería limpia.

Las palabras de Fanon y el tono en que las pronunció hicieron su efecto.

Empezó a caer una llovizna ligera. Las escobillas del limpiaparabrisas hacían su trabajo.

—No sé mucho. Solo que lo arreglaron los del SIM.

Fanon sonrió. De nuevo volvió la cabeza atrás.

—¿Arreglar? ¿Quiere decir que cortaron los frenos del vehículo momentos antes de emprender la marcha?

—Eso creo.

—¿Dónde? ¿Fuera del taller mecánico?

—Creo que sí.

—Ya hemos mejorado. ¿Y lo de Forcada? ¿Quiénes dispararon? ¿Quiénes enviaron la nota?

—También los del SIM.

—¿Por qué lo hacían? ¿Cuál era el propósito?

—Eran periodistas que escribían en contra del gobierno. Se pretendía asustar al resto de corresponsales extranjeros.

—¿Asustarlos? ¿Para que abandonaran el país y dejaran de escribir?

—Sí.

A Fanon le faltaba coronar el interrogatorio.

—¿Quién ideó ese asunto? Oiga, eso no parece propio de la mente de un cubano. ¿Quiénes estaban al corriente de esa operación?

—Las órdenes las daba el coronel Piedra. Y creo que batista lo sabía.

—No querrá decir que usted participó en esa repugnante idea...

Molders calló.

Stanley sacó de su bolsillo una grabadora.

—Creo que lo he grabado todo, señor Molders. Para mayor seguridad, ¿quiere repetir las últimas frases, en voz alta y clara?

Fanon le puso la grabadora al lado de la boca. Molders ya estaba desmoronado. Había un atisbo de desesperación en su voz, en su mirada.

—¿Qué quiere que repita?

—No se haga el idiota. Lo que acaba de contarnos. En voz alta y vocalizando.

—Lo del italiano Tatiani y lo del argentino Forcada lo ejecutaron los del SIM para que los periodistas contrarios al gobierno abandonasen La Habana, para asustarlos. Lo ordenó el coronel Piedra y el presidente Batista lo sabía.

—¿No se le olvida algo? —dijo Fanon.

—Yo solo fui informado. La idea fue de ellos —mintió.

—No le creo, pero eso no tiene mucha importancia.

Chris Fanon ya estaba satisfecho. Pero aún tenía una pregunta.

—Oiga, Molders, ¿cuántos nazis como usted se refugian en Cuba?

El antiguo capitán de la Gestapo respondió al instante.

—No conozco a nadie. Vine solo.

—Lo creo —aseveró Fanon—. Muchas gracias, Herr Molders. Por mi parte, he acabado. Pare en cualquier lugar —indicó al chófer.

Fanon y Jacob Lansky habían llegado a un acuerdo. Una vez que el primero hubiera obtenido lo que deseaba, debía dejar al hombre secuestrado en manos de los Lansky.

Fanon bajó del vehículo. Este emprendió la marcha y se alejó a poca velocidad. Siempre con las cortinas negras corridas. Llegaron a una casa situada en una finca de Siboney.

Molders fue empujado hasta una pequeña habitación de aquella enorme casa que lo acogía. En medio de la estancia había una mesa de madera y cuatro sillas. Los hombres que lo habían llevado hasta allí apenas hablaban. Lo invitaron a sentarse.

Entró en la habitación un hombre vestido con traje y corbata. Tenía en sus manos un sobre de tamaño mediano. Tomó asiento frente a él.

—Molders, mis hombres me han contado la conversación que ha mantenido en el trayecto que le ha traído hasta este lugar. Eso puede interesar a los periodistas. Pero no a mí.

Molders se contrarió al escuchar aquellas palabras.

Su cabeza daba tantas vueltas como podía.

—Mire, le voy a enseñar unas fotografías.

El tipo las sacaba una a una y se las entregaba. Eran fotografías de una familia; se podían ver hombres ancianos, de mediana edad, jóvenes y niños en un acontecimiento familiar.

—No conozco a nadie —expresó con seguridad.

—Claro que no los conoce. Yo sí, son fotografías de parte de mi familia. ¿Sabe algo?, ninguno de ellos vive.

Franz Molders se fijó en los rasgos de la persona que dirigía el interrogatorio. Recordó lo que había aprendido en su época de joven, cuando ingresó en las escuelas de la Gestapo y lo adoctrinaron sobre cómo descubrir a un judío por sus rasgos físicos. Lo comprendió. Estaba ante un judío. Aquel tipo tendría unos cincuenta años. Tenía la nariz larga y curva. Cabellos oscuros y rizados y ojos de color café. Estaba seguro.

El hombre se mostraba tranquilo. Le ofreció un vaso de agua. Molders aceptó.

—Usted estuvo en un campo de concentración, por lo que sabemos. Pertenecía a la Gestapo.

Molders no trató de discutirlo.

—Sí, fui oficial del Tercer Reich —reconoció.

—De la Gestapo.

—Sí, de la Geheime Staatspolizei —dijo en alemán.

—Así me gusta, un hombre valiente y que no se esconde —dijo Jacob Lansky.

Al día siguiente, en la puerta principal del SIM, un vehículo se detuvo, arrojó un cuerpo y, tras ello, reanudó la marcha a bastante velocidad. El servicio de vigilancia no tuvo tiempo para reaccionar. El vehículo no tenía matrícula. El cadáver estaba con el torso desnudo. En el pecho, llevaba pintada la palabra «GESTAPO» con pintura amarilla. El mismo color que se había utilizado en el Tercer Reich para la estrella de David que debían llevar los hebreos de manera visible en la chaqueta o en una simple camisa.

Unas horas antes, Meyer y Jacob Lansky habían discutido sobre la mejor manera de deshacerse del cuerpo del alemán. Un guardaespaldas de ambos había sugerido hacerlo de un modo que conocían bien desde que merodeaban en los muelles de la costa Este. Trocearlo, introducirlo en uno de esos grandes bidones de gasolina, añadir algo de

hormigón y tirarlo en mar abierto.

Pero los Lansky recordaron que Molders tenía esposa y concluyeron que ella debía tener derecho a darle sepultura según sus creencias.

Stanley informó a su jefe sobre la aparición del cadáver. Omitió cualquier otra circunstancia. A Colmore se le pasaron unas cuantas cosas por la cabeza e hizo algunas preguntas. Stanley se mostró testarudo y evasivo. Ray sabía que cuando su agente se mostraba así resultaba difícil conseguir más información. Abrió un expediente y anotó que el cuerpo sin vida del capitán Franz Molders había aparecido muerto en una calle de La Habana y lo cerró. Uno de los *boy office* de Langley lo introdujo en un carrito de expedientes y lo trasladó tres plantas abajo a la oficina que se ocupaba del seguimiento a nazis.

Capítulo 18

Fanon se dirigía al hotel Nacional. Había quedado con su amiga Joan Alison para almorzar y no quería llegar tarde. Las cosas no habían salido mal. Por un lado, había conseguido desbaratar los planes de Piedra y de su cómplice Molders. Y bueno, en cuanto a este, estaría pudriéndose en los infiernos, que era lo que se merecía. Habría podido actuar de otra manera, ciertos protocolos del servicio para el que trabajaba hubieran aconsejado entregarlo a un tribunal alemán. Pero Stanley Mortimer era un hombre práctico, administraba sus negocios de una forma peculiar. No se lo había enseñado Joseph Parker, ni ningún otro instructor, era lo que le dictaba su conciencia. Esta y Washington se peleaban en ocasiones. Y a veces ganaba la primera. Entrecerró los ojos solo por unos momentos, estaba agotado. Necesitaba tomar unos cuantos tragos después de aquella jornada.

Mientras tanto, no lejos de La Rampa, Carolina Bacardí se disponía a celebrar su cumpleaños. Solía reunir a sus amigos en el Country Club. Ofrecía una cena seguida de baile. Pero aquel año no tenía demasiado sentido celebrarlo de la misma manera, así que había tomado la decisión de cenar con sus cuatro mejores amigas en un restaurante de Miramar. Eran chicas a las que conocía desde niña, educadas en el colegio de las Ursulinas.

Una vez acabada la cena, propuso a sus amigas acudir a bailar al hotel Sevilla Biltmore. Lo que no sabían sus amigas era que Carolina también había invitado a tomar un trago a Thierry y a sus amigos.

Thierry llegó al Biltmore con María Valeria. Luego llegaron Albert, George y Martín juntos. Carolina y sus amigas entraron unos minutos después y la joven los presentó. Se sentaron y pidieron una botella de champán. Aquella noche, el club estaba lleno. Los clientes habituales eran jóvenes de la clase alta de la ciudad y extranjeros que estaban de paso, la mayor parte como turistas.

Una orquesta de doce miembros tocaba piezas de diferentes estilos. A Thierry le apasionaba el baile y, a los primeros sones de un bolero, le pidió a su novia que salieran a la pista. Carolina y Martín permanecieron en silencio durante unos segundos hasta que ella se atrevió a pedirle que *la* invitara a bailar. Él lo hizo, no sin anticipar su escasa destreza.

—Estás muy guapa, Carolina. Así se dice en España.

Ella se sintió con fuerzas para soltarle unas palabras que rondaban por su cabeza.

—Tú también, profesor; tienes unos ojos azules preciosos.

A Martín le hacía gracia que lo llamara profesor. Sonrió. Bailaban y él se dejaba llevar. Afianzó la mano sobre su cintura. Podía notar la piel de la chica bajo el vestido de gasa. Carolina notaba el calor del cuerpo de Martín y aspiraba su perfume masculino. Cada vez se sentía más cómoda. Quería saber de su vida, pero no se atrevía a preguntárselo. Ardía en deseos de saber si había tenido novia. Y tampoco le había preguntado su edad.

Carolina estrenaba sensaciones diferentes.

En ese momento llegaron al hotel Joan Alison y Chris Fanon, quienes, tras su

almuerzo, habían decidido trasladarse allí para continuar charlando mientras tomaban una copa. No era extraño, el salón del establecimiento estaba de moda. Joan vio a Martín y su alumna en la pista de baile y su rostro se transfiguró. Su acompañante lo advirtió. Reparó en el joven vasco y en la jovencísima mujer que bailaba con él. Joan no pronunció palabra alguna y se dirigió a una de las mesas. Enseguida se ausentó con la excusa de acudir a la *toilette.*

Stanley no quería que su amiga Joan pasara un mal rato, de modo que dio normalidad a ese encuentro. Tarde o temprano habrían de verse. Notó que Martín y aquella joven se incorporaban a otro grupo de jóvenes.

En cuanto Joan regresó, Stanley intervino.

—Mira, allí está Martín, con un grupo de amigos.

—Ya lo he visto —dijo ella.

Stanley, como buen veterano, sabía cuándo una mujer había utilizado los pinceles para un acicalamiento de urgencia. Aun así, la halagó.

—Estas hermosísima, Joan, pocas veces te he visto así.

Lo estaba de verdad.

Stanley llamó al camarero y le señaló al joven vasco.

—Diga a aquel joven y a sus amigos que están invitados a un trago.

Joan sonreía turbada.

El camarero recorrió los pocos metros que los separaban. Martín alzó la cabeza. Reaccionó con una gran sonrisa. Cuchicheó algo a sus acompañantes y se levantó de su asiento. Dio unos pasos para darles la bienvenida.

Besó a Joan en la mejilla y dio un abrazo a Stanley. Expresó su alegría por haberlos encontrado, no parecía azorado.

Él los invitó a trasladarse a su mesa.

—No queremos interrumpir nada, Martín —le dijo Joan acercándose y comprobando que solo él la oía.

Martín entendió el doble sentido de su comentario. La correspondió con una frase contundente.

—No seas boba, Joan, por cierto, ¡estás guapísima!

El rostro de Joan se iluminó. Él parecía sincero y ella sintió el deseo de darle un beso en la boca.

Aceptaron la propuesta de Martín y se trasladaron a su mesa junto al resto del grupo.

Thierry, Albert y George ya conocían a Joan. Saludaron a su acompañante, quien fue presentado como el periodista norteamericano Chris Fanon. Las amigas de Carolina los saludaron. La heredera del imperio Bacardí mostraba una sonrisa abierta. Fanon, una vez conocido el motivo de aquella celebración, llamó al camarero y pidió una botella de champán.

Martín los había presentado por su nombre, aún no se había acostumbrado a hacerlo por el nombre y el apellido, como era costumbre en la ciudad cuando se trataba de familias patricias.

Llegó el momento del brindis, auspiciado por Stanley. A la hora de entrechocar las copas de cristal de Bohemia, Carolina y Joan se miraron de forma directa, sin apenas disimulo. Fue una de esas miradas que se dirigen dos mujeres cuando están pensando

en el mismo hombre.

A Carolina tampoco se le escapó que Martín reparaba una y otra vez en la recién llegada. Parecían conocerse y tenerse confianza. Joan estaba sentada a su derecha, junto a Stanley, en sendas butacas que les habían traído los camareros. Entre ambas mujeres se creó una corriente de antipatía. Por otra parte, calculó que Joan debía de tener una edad parecida a la de Martín. Quiso salir de dudas.

—¿Desde hace cuánto tiempo que os conocéis? —observó Carolina.

Había formulado la pregunta de manera genérica a los tres. Stanley se adelantó.

—Hace años, los tres somos buenos amigos.

Carolina deseaba averiguar más pero no era fácil sin demostrar demasiada curiosidad.

Las amigas de Carolina, al saber que Stanley era periodista, se interesaron por la opinión que tenía del país. Stanley tenía que responder a las amigas de Carolina. Escogió unas cuantas frases convencionales, como la belleza de la bahía, las amplias avenidas, la luz, la simpatía de sus habitantes. No eludió lisonjear a las mujeres, de cuya belleza habló de manera convincente. Evitó las cuestiones políticas.

Se hacía tarde y las amigas de Carolina indicaron que tenían que regresar a sus casas. Carolina había llegado en su vehículo y las había traído consigo, de modo que, muy a su pesar, debía marcharse también. Salieron del club. Empezaron las despedidas en plena calle mientras esperaban que el aparcacoches les acercase el hermoso Buick. Carolina rozó la mejilla de Martín, ante la mirada atenta de Joan.

Dispensó la misma despedida a Thierry, María Valeria y a sus amigos. Por último, dio la mano a Stanley y a Joan. Esta le ofreció una levísima sonrisa, a todas luces forzada.

Thierry y sus compañeros, Joan, Chris y Martín se quedaron en la acera del club. Todavía era temprano, sobre las doce de la noche. María Valeria dijo que conocía un bar que a esas horas vivía sus mejores momentos. Advirtió que no se trataba de un bar de lujo. Los siete aceptaron dirigirse hacia allí. La noche era cálida y de nubes escasas. El grupo de amigos estaba dispuesto a disfrutar de aquella visita que había propuesto María Valeria de una forma enigmática: *un lugar diferente.*

El establecimiento respondía al sonoro nombre de Estrasburgo, y estaba en la entrada de un sombrío callejón de Centro Habana, no lejos de la calle Campanario. En las inmediaciones del bar, y a oscuras, varias parejas se besaban con pasión antes de entrar a pedir un trago, o acaso después de una serie de estos.

La entrada era un pasillo que daba a una especie de salón repleto de mesas y taburetes. Había numerosas velas en diferentes esquinas, encendidas ante imágenes del universo católico. Desde san Antonio, demandado para recuperar los objetos perdidos o encontrar marido, según latitudes, hasta san Pascual Baylón, un fraile franciscano que era considerado el patrono de las cocineras.

A Stanley, a primera vista, le recordó de alguna manera la atmósfera del Adieu, y así se lo hizo notar a Martín y a Joan. Tenía ese aspecto destartalado y acogedor de los espacios a los que sus propietarios no prestan demasiada atención porque consideran que lo que valoran los clientes es el ambiente distendido. La estancia principal del Estrasburgo tenía una barra redonda, y en las paredes colgaban anclas de tamaño

mediano, ojos de buey e incluso una larga escalerilla de cubierta. Stanley supuso que el propietario debía de ser un viejo marino que había encallado en La Habana. Confió a Joan este detalle y esta asintió.

Los camareros eran jóvenes hermosos, tanto hombres como mujeres.

Como el Adieu de Tánger, estaba gobernado por una mujer. Era madura, de caderas y nalgas anchas y enormes pechos. En su rostro se advertía un cruce de razas: negra, blanca y, por sus ojos rasgados, asiática. Predominaba la raza negra. Ejercía con autoridad, enviando besos con la mano a los clientes y dando órdenes a los *waiters.*

No era un lugar para pedir champán. María Valeria propuso beber un Marquitos, un trago que definió como la especialidad de la casa.

Un camarero de rasgos turcos —como se definía en La Habana a los que provenían de cualquier país del Mediterráneo oriental— los acomodó en una esquina. Ellas se sentaron en taburetes y los varones se quedaron de pie.

El Estrasburgo estaba atestado a pesar de ser un jueves. Buena parte de los clientes eran jóvenes, vestidos con informalidad. Era fácil advertir que pertenecían a las clases medias habaneras: eran estudiantes en los últimos cursos o, incluso, profesores de universidad.

Stanley preguntó por la razón de aquel nombre, que a todas luces parecía exótico.

—Dicen que el primer propietario era de Estrasburgo —respondió María Valeria.

El trago que tanto había elogiado María Valeria respondió a las expectativas. El ron debía de ser la base. Luego supieron que se le añadía chocolate natural licuado, yema de huevo y, por último, lo espolvoreaban con canela. Y algún otro ingrediente cuyo secreto guardaban los *waiters.* Resultaba ligero de primer sorbo y emborrachaba poco a poco, sin efectos inmediatos.

Joan se moría de ganas por preguntarle por Carolina. Después del primer trago lo hizo.

—¿Quién es esa niña tan guapa que hemos dejado hace algún rato? ¿Alguna pretendienta?

Él se rio.

—¿A quién te refieres, a Carolina Bacardí?

Ella abrió los ojos. Sabía de sobra lo que representaba aquel apellido.

—¿No me digas que es de la familia Bacardí?

Martín se acercó a su oído.

—La mismísima Carolina Bacardí, la heredera del imperio, según me han dicho. Es mi alumna de francés.

Joan echó una risotada y le contestó, también al oído.

—Martín, ahí tienes despejado tu futuro, ni ella misma debe de saber el dinero que tiene.

—Tendrías que ver su casa...

Joan no se aguantó.

—¿No es muy joven para ti? —preguntó con intención.

—¿Para mí? ¿Qué quieres decir?

—¡Caramba con mi curita! Cómo has aprendido... —Volvió a reír.

Martín respondió.

—Como me vuelvas a llamar «mi curita» te arrepentirás...

—¿Me besarás como lo hiciste en Tánger por primera vez?

Joan estaba a gusto. Ella y Martín se dispensaban miradas que conforme avanzaba la noche expresaban mayor complicidad. Él se sentía excitado y a la vez cómodo. Había bebido un par de Marquitos.

—Ya no soy el mismo.

—¿Cómo eres ahora? Me gustaría saberlo...

—No sigas por ese camino, Joan.

—¿Qué me pasará? Si sigo por este camino, qué me harás... ¿me harás tuya como lo hiciste en Tánger aquella noche en casa de Madeleine?

Martín rio ante el atrevimiento de Joan.

—¿Dejarás que te diga las mismas cosas que te decía al oído en Tánger? —continuó diciendo Joan para provocarlo.

Él la miraba a los ojos sin pestañear. Ella sentía unas ganas irresistibles de darle un beso en la boca.

Las confidencias entre ambos no pasaron desapercibidas para el resto. Stanley lo celebró con la mirada. Lo que Mortimer aún no sabía era que, esa noche, en el Estrasburgo, el azar le reservaba un encuentro inesperado.

Capítulo 19

Eran cerca de las dos de la mañana y el grupo de amigos continuaba en el Estrasburgo. Joan seguía flirteando con Martín. Se divertía con sus frases de doble sentido, cargadas de recuerdos de los tiempos de Tánger. Él seguía el juego, cada vez más achispado a cuenta del alcohol. Estaba dispuesto a terminar la noche en la misma cama que la norteamericana.

La cuenta empezaba a ser elevada. Stanley se vio en el deber de pagarla. Se lo indicó a uno de los camareros que atendía entre la cincuentena de clientes que agotaban sus últimos tragos. Pagaría su jefe, Ray Colmore.

El empleado volvió al cabo de unos minutos.

—Los señores están invitados —dijo.

Stanley se sorprendió y el resto también. Miraron hacia el interior de la barra. Sandra, la camarera, continuaba charlando con algunos clientes. El camarero que les había llevado la buena noticia se acercó a Stanley.

—El dueño lo invita a un trago en su oficina, al final de ese pasillo. Solo a usted.

Stanley se dirigió a la oficina del Estrasburgo.

—¡Francesco, Francesco Cavalcanti! —exclamó al cabo de unos segundos. Lo reconoció al instante. Vinieron a su memoria las circunstancias en que se conocieron. En lo primero que pensó fue en cómo habría ido a parar a una ciudad como La Habana.

—¡Stanley Mortimer!

No se habían visto desde hacía mucho tiempo. La última vez había sido en el sur de Italia, en Sicilia, cinco o seis años antes. Por aquel entonces, Francesco Cavalcanti comerciaba con armas. Los británicos lo buscaban y habían puesto precio a su cabeza. Lo acusaban de entregar armas y pertrechos a los revolucionarios de Chipre, que bajo el liderazgo del arzobispo Makarios III, buscaban la independencia de la isla. Cavalcanti las transportaba desde un puerto del sur de Sicilia hasta Chipre en un trayecto que duraba un par de horas. Mortimer se encargó de persuadirlo para que dejara de hacerlo a cambio de una buena recompensa del gobierno británico.

Había engordado unos cuantos kilos y estaba desmejorado. Unas profundas bolsas colgaban en sus parpados inferiores y se había dejado un bigote espeso y acabado en puntas. Seguía teniendo el rostro alargado y huesudo de unos años atrás.

—¡Eres el propietario de este lugar! —dijo Stanley.

—Sí, ¿qué haces aquí con ese grupo de jóvenes, Stanley? Te ves bien, no has cambiado nada.

El norteamericano bajó el volumen y se le acercó al oído.

—Lo primero, no me llames Stanley. Me llamo Chris Fanon y estoy trabajando, investigando.

El propietario del Estrasburgo le señaló con autoridad una silla con brazos. Él se sentó en un sillón de piel.

—¿Investigando qué? —insistió Francesco.

—Ya te contaré. Dime, ¿cómo estás?

Un camarero les había traído dos copas. Stanley aún llevaba el mismo cóctel que

había bebido hasta ese momento. Francesco, por su parte, un ron con mucho hielo en vaso de tubo. Lo primero que hizo el dueño fue apartarle el vaso de las manos.

—¿Qué haces tomando ese brebaje? Si supieras cómo lo hacemos. Tiene una sustancia que provoca adicción, una hierba que nos traen del oriente del país. Nada mortal, desde luego, un truco para que los clientes beban. Te serviré un ron de mi colección particular.

Stanley aceptó. Tenía ese sabor áspero y duro característico de los rones del Caribe que no han sido bien fermentados por el destilador.

—¿Qué haces en La Habana? Y con otro nombre —insistió el dueño.

—Es una larga historia. ¿Y tú? ¿Cómo has acabado en La Habana?

Cavalcanti señaló con el índice de la mano derecha a la mujer que dirigía la barra con autoridad.

—Por culpa de aquella mujer. Ya te lo contaré.

Stanley estaba bebido pero no borracho. De hecho, apenas había sorbido unos pequeños tragos del cóctel que le habían servido unos minutos antes. Era una de sus costumbres cuando salía por la noche, sobre todo si lo hacía acompañado de amigos jóvenes.

No quiso dejar para otro momento el reproche que llevaba preparado desde que lo vio.

—Francesco, me engañaste.

Él no se sorprendió, a juzgar por la serenidad con que respondió. Alzó las manos, en un gesto que Stanley había visto en numerosas ocasiones a otros italianos. Un movimiento de manos que significaba «no tuve otro remedio».

Stanley continuó. Adoptó un gesto serio.

—Detuviste el envío de armas a los rebeldes chipriotas unos cuantos meses, luego lo reanudaste por medio de otro barco. Me enteré rápido. Me lo dijeron mis amigos ingleses en Tánger. Quedé como un estúpido.

Cavalcanti no lo negó.

—¿Qué podía hacer? Los rebeldes chipriotas insistieron tanto... Dime, ¿qué hacía Londres gobernando esa isla?

—En eso te doy la razón. Pero faltaste al compromiso que adquiriste conmigo.

—Sí, es verdad, es lo único que sentí.

—Y era la ley —observó Stanley.

Cavalcanti soltó una carcajada.

—Nunca me sorprenderé lo bastante con los americanos. ¿Qué ley? En el mar no existen leyes.

Stanley se quedó pensativo. ¡Qué torpe había sido al apelar a la ley! Sus años en los puertos de Europa y África le habían enseñado que, si existía un lugar donde ese lenguaje no tenía sentido, era en el sur de Italia.

—Por cierto, ¿los ingleses nunca te hicieron nada? ¿No tomaron represalias? Estaban enfadados —observó Stanley.

—No les di tiempo, dejé el negocio en otras manos. Fue una buena decisión. Me quedé con el dinero que me dieron los ingleses y luego vendí el asunto a unos marineros de Siracusa. Con el dinero, me fui a Nueva York. ¿Qué iba a hacer? Era una

tangenti y no podía desaprovecharla.

Stanley entendió el significado de la palabra *tangenti.* Lo había escuchado a unos cuantos italianos del sur en Tánger. Así era como denominan a un *ingreso extra.*

Cavalcanti continuó. Estaba a gusto con su relato.

—Al llegar a Nueva York tuve otro golpe de buena suerte. Tomé un taxi y... ¿a que no sabes de dónde era el conductor? Siciliano. Me llevó a su casa y me presentó a sus primos. En poco tiempo me había hecho con dinero y con amigos y puesto tierra por medio de los ingleses. Luego vine a La Habana y conocí a Sandra, nos entendimos en la cama y, ahora, aquí estamos. ¿Durante cuánto tiempo? Eso solo lo sabe Dios.

—Te libraste por poco. Sí, tuviste suerte —dijo Stanley.

—Es verdad. Reconozco que te debo un favor. He pensado muchas veces en ti —añadió Cavalcanti.

—¿Y este bar? ¿Es tuyo?

—No, solo alquilado, y los dueños quieren derribarlo para construir una casa. Es provisional en mi vida, como el resto de mis asuntos —dijo riendo.

Cavalcanti insistió en saber qué hacía Mortimer en la isla.

—¿En qué andas ahora, Stanley? Perdona, ¿cómo dijiste que te llamabas?, ¿Chris?

—Ya lo hablaremos tú y yo cualquier otro día. No es apropiado que abandone a mis amigos esta noche. Vuelvo con ellos y te visito en otro momento. ¿Cuál es la mejor hora para hacerlo?

—La última, vengo a hacer la caja y a cerrar. ¿Me guardas rencor?

—No, rencor no, pero seré precavido contigo a partir de ahora.

»Francesco, nos veremos otro día, ahora sé dónde localizarte.

—Claro, Stanley. Un consejo; no sé lo que haces en La Habana pero no confíes en nadie. Está lleno de tramposos, de asesinos que vienen desde la costa Este para gastar el dinero que han obtenido en los negocios sucios. Es una ciudad en que hay que tener mucho cuidado.

Stanley vio la oportunidad para ampliar su información.

—¿Y qué me dices de Batista?

—Batista es uno de los más grandes canallas que he conocido. Se vende a cualquiera que le ofrezca una buena cantidad de dinero. Hoy negociaría contigo y mañana te vendería.

Stanley no pudo evitar una carcajada.

—Eso es lo que hiciste conmigo.

Cavalcanti acusó el golpe.

—Eres un viejo zorro, no se te escapa nada.

—Continúa, me interesa lo que dices sobre Batista.

—Ahora le va bien con mis paisanos, pero si mañana tiene que entregarlos a los Federales, no lo dudará. Ve comunistas por todas partes y, sin embargo, en su gobierno anterior los sentó como ministros.

—¿Y los Rebeldes?

—¿Esos muchachos que aparecen muertos en las cunetas? No estoy seguro de que no sean una invención del gobierno para mantener la presencia de la policía en las calles. No tienen ninguna posibilidad de derrotar a Batista. Los conozco, vienen a mi bar a

tomar tragos y a hablar mal del gobierno. Luego se meten en la cama con la primera mujer que encuentran. Y así siempre. Son inofensivos. No harán una revolución. Los cubanos están interesados en las mujeres, en los tragos, en el juego, en las carreras de caballos, en la pelota, en las peleas de gallos... pero no en las revoluciones, créeme.

«¿En qué momento va a tratar Cavalcanti de engañarme de nuevo?», pensó para sí Stanley.

Tras dar por finalizada su conversación con Cavalcanti, Fanon regresó junto al resto de amigos. Joan y Martín sonreían burlones. Ambos se dijeron en voz baja que el viejo Stanley había entrado de nuevo en acción.

Unos minutos después de aquello decidieron dar por finalizada la fiesta. Thierry, María Valeria y sus amigos se encaminaron hacia el coche del primero. Stanley los acompañaba. Unos pasos atrás, Joan y Martín, ebrios y excitados por la manera en que se desarrollaba aquel encuentro, deshojaban la margarita sobre lo que debían de hacer y quién debía proponerlo...

Martín abrió el fuego.

—Te invito a mi apartamento. Es sencillo, nada comparable al hotel Nacional. Creo que tengo algún licor. Tomaremos la del estribo, como dicen aquí —dijo soltando una carcajada.

Los tragos le estaban sentando bien al vasco. Joan fingió que no sabía dónde vivía, pese a que, unas semanas atrás, Felipe, uno de los camareros del hotel Nacional, le había informado con sumo detalle.

—¿Vives solo? Mira que no quiero molestar a nadie.

Él se entregó.

—¿Molestarme tú?

Joan aceptó la invitación. Había triunfado. Horas atrás, había llegado al club y había visto a Martín sentado al lado de una mujer hermosa, jovencísima y heredera de una de las grandes fortunas del país. Y acababa la noche junto a ella, en sus brazos, como en Tánger.

Se dirigieron al apartamento de Martín caminando, la noche era agradable para pasear. Unas cuantas parejas de enamorados apuraban sus últimos minutos. De vez en cuando pasaba un coche, y los taxis disminuían la velocidad a la espera de algún cliente. Algunas prostitutas caminaban a la caza de un cliente de última hora. Martín le pasó el brazo por encima del hombro. Joan llevaba un vestido de tirantes y advirtió el roce de su mano, grande y fuerte, de tacto suave en los dedos. Ese tacto le recordó al joven inexperto que se había entregado a ella por primera vez unos cuantos años atrás. Mientras caminaban, sus cuerpos se rozaban con una intensidad creciente. Joan vio una de las gruesas columnas de la calle Reina. Sin darle tiempo a reaccionar, lo arrastró a los pies de una de ellas y le dio un beso largo y sensual. Los habaneros noctámbulos que contemplaron la escena sonrieron.

Martín abrió la puerta de su apartamento y le cedió el paso. Era un espacio pequeño, de unos cincuenta metros cuadrados. La salita daba a un balcón que tenía la puerta abierta. Joan se asomó y dijo; «huele a ciclón». Era una de las expresiones que había aprendido en los últimos días. Recorrió con el dedo índice de la mano derecha la reja del guardavecino, que finalizaba en una flecha. Volvió al saloncito. Martín se disculpó

por el desorden. Joan no lo apreció así. Las cosas estaban en su sitio. Las sillas alrededor de una pequeña mesa redonda y la cocina arreglada y sin vajilla pendiente de lavar.

Mientras él preparaba un café, ella se quejó del calor y se dio una ducha. El cuarto de baño estaba ordenado. Joan husmeó por si veía rastros femeninos, como un frasco para maquillaje o un pincel de ojos. No encontró nada.

Salió del baño con los músculos relajados. Llevaba puesta una camiseta que le llegaba hasta las pantorrillas.

Martín se la había dado para que pudiera cambiarse porque su ropa apestaba a tabaco.

—Cómo me gusta pasear descalza sobre esta losa tan fresca. ¿Tienes un trago por ahí? —dijo Joan al volver a la sala.

Martín se fijó en sus pies. Los tenía preciosos, bien formados; era uno de sus fetiches sexuales.

—Sí, ahí tienes una botella de ron. No tengo hielo. Sírvete tú misma. Deja que me dé un baño yo también —respondió él.

Poco después, hacían el amor con ímpetu.

Joan gozó como no lo hacía en mucho tiempo. Lo primero que recordó fue el olor característico de la piel del vasco. Agradable, fuerte, varonil. Pocas veces había sentido un aroma tan específico. Él la besaba con lentitud, buscando el placer en ella. El roce con su piel la hechizó. La música los acompañaba. Sonaba *Vereda Tropical,* un bolero de moda interpretado por Tito Gómez. Retrasaron el final tanto como pudieron. Ella suspiró exhausta. Él encendió un cigarrillo.

—¿Por qué estaba mi apellido en uno de los personajes de *Casablanca*? —Martín no pudo contenerse. Hacía años que esperaba ese momento.

—*¿Cómo* te diste cuenta? Era un personaje secundario...

—Cuando escuché que lo llamaban Ugarte casi me caigo de la butaca. Estaba en un cine, solo. Vi la película tres sesiones seguidas.

—Es una larga historia. ¿Por qué crees que sucedió? Pensaba en ti...

Martín recordaba que el personaje de apellido Ugarte es asesinado por los hombres del capitán Renault.

—Y me mataste. Cualquiera diría que querías borrarme de tu cabeza para siempre...

Ella se revolvió.

—No, cariño, cómo puedes pensar eso. El guión exigía que Ugarte muriera...

—No te creo. Y Madeleine tampoco. Cuando vio la película y escuchó mi nombre en la gran pantalla, dijo; «¡zorra!». Me lo contó Lègrand, que estaba a su lado.

—¿Eso dijo? ¡Y yo que la tenía como una de mis mejores amigas! —dijo entre risas.

La conversación había conseguido excitarla. Él le tomó los brazos y los levantó hacia atrás, con las muñecas cruzadas, como si la tuviera atada con unas cuerdas imaginarias. La colmó de besos mientras, de nuevo, la penetraba con impulsos largos y poderosos.

Joan se percató de que los años habían transformado a Martín en un amante experimentado. Ya no era aquel joven de apenas veintitrés años a quien tenía que insistirle para que se despojara de la sotana, que se atropellaba entre caricias y besos y se dejaba ir demasiado rápido. Al contrario, en cada embestida entraba en una especie de trance que ella nunca había conocido. Por un momento, pensó que estaba fingiendo

o, incluso, que se estaba riendo de ella. La persistencia de sus gestos le hizo comprender que no era así.

Estuvo a punto de preguntarle quién le había enseñado a besar y a disfrutar de aquella manera, cuántas amantes había tenido. Si habían sido francesas, españolas, norteamericanas o de qué nacionalidad. Si eran mujeres jóvenes, incluso muy jóvenes, o treintañeras. Si había estado enamorado de alguna mujer. Le enloquecía que le susurrara en la oreja palabras en francés.

El cuerpo de Martín era suave. El bronceado le sentaba bien, contrastaba con el azul de sus ojos. Ella adoraba su cabellera abundante y rizada. Su pasado de cura le llevaba a peinárselo cada mañana y lo primero que hacía ella en la intimidad era desordenárselo. No se cansaba de acariciarlo.

Esa noche con Martín le sucedió algo que no había experimentado con anterioridad. Había eyaculado y se asombró. En Nueva York había mantenido relaciones sexuales en diversas ocasiones, siempre con hombres por los que apostaba como apropiados para una relación duradera. Primero fue Adam, un periodista de la sección política del Post un poco mayor que ella, descubrió que visitaba a otra joven de forma simultánea lo que provocó que lo despidiese sin explicación alguna. Luego llegaron Paul, un músico de Broadway, Andrew, un publicista de Chicago y Vladimir, un descendiente de una familia de rusos blancos que se habían establecido en Nueva York después de pasar por París. Y algunos otros de manera esporádica. Adam, Andrew, Paul y Vladimir llegaron a perder la cabeza por ella, el ruso al comienzo de la relación y el resto al ser despachados pero con ninguno dejó de imaginar que se hallaba en los brazos de Martín Ugarte.

El sexo funcionaba con ellos, con unos más que con otros, pero no conseguía alcanzar la intimidad, complicidad y pasión que había conocido con Martín y antes con Eugene.

Los venció el sueño y durmieron unas cuantas horas, desnudos, apenas medio tapados por una sábana blanca, algo manchada por los fluidos de ambos.

Capítulo 20

Hacía una tarde espléndida. Ugarte esperó a que la clase finalizara para proponer a Carolina que dieran un paseo. Le gustaba conversar con ella y no veía ningún inconveniente en salir a tomar algo juntos.

Carolina aceptó y le pidió unos minutos para cambiarse de ropa.

Ella recordaba la noche en que lo había dejado en el club, en compañía de Thierry y sus amigos y de aquella pareja que se había presentado a última hora, la mujer norteamericana y el periodista de la misma nacionalidad. Pese a que ansiaba saber lo que había sucedido a partir del momento en que abandonaron el club, no había hecho comentario alguno.

Ya en su habitación, pensó inquieta en la inesperada propuesta de su profesor de francés: «Quiere enviarme algún mensaje. No sé, alguna confesión íntima. Debo prepararme para unas palabras como "verás, Carolina, estoy enamorado de una mujer y quería que lo supieses".»

No deseaba demostrar excesivo interés ni dar la impresión de que se acicalaba demasiado. Se cambió de camisa, se maquilló y se dio colorete. También se soltó el pelo.

Mientras bajaba las amplias escaleras de su casa de El Vedado, se detuvo en uno de los escalones: «¿Y si me dice que le gusto? ¿Cómo debo responderle?» Descartó confesarle que a ella también le gustaba, aunque fuera de manera incipiente. Si fuese el caso, respondería con una sonrisa abierta y enigmática, mirándolo a los ojos. Debía mostrarse halagada. Y dejar que las cosas siguiesen su curso.

Carolina y Martín abandonaron la residencia de los Bacardí en el coche de la primera. Estaba nerviosa y tocaba el volante con el índice de la mano izquierda. Eran las seis de la tarde, temprano para una cena. Ella propuso sentarse en una terraza de la heladería La Guarina y tomar un helado de coco *glacé*, su favorito.

El vasco estaba relajado. Carolina aparcó y caminaron en dirección a la heladería.

—Cada día que pasa me encuentro mejor en La Habana —observó él mientras recibía la brisa en la cara.

—Me alegro. Sí, me gusta mi ciudad. También me gusta Nueva York, o San Francisco. Creo que me gustaría vivir aquí para siempre. Casarme algún día, tener una familia propia, envejecer junto a mi esposo.

—Aún eres joven.

—A mi edad muchas chicas ya están casadas y algunas han tenido su primer hijo. ¿Y a ti? ¿Te gustaría tener hijos?

Martín se quedó sorprendido.

—¿Hijos? Supongo que sí. Uno o dos. Les enseñaría mi lengua, el vasco.

Llegaron al local y Carolina lo lamentó, la conversación estaba siendo interesante. Se deslizaba hacia asuntos personales, que era lo que le interesaba a ella.

—Mira, Carolina. Mi tío, Jacinto Solaguren, que era sacerdote y que fue la persona que me crió, solía decir que los vascos somos malos para estar encerrados entre cuatro paredes, que nos sentimos inclinados a las aventuras, sean de una clase u otra.

Carolina asintió.

—Yo, en cambio, soy catalana de origen. Por lo que he oído en mi casa, los catalanes somos dados a conseguir un buen patrimonio y, una vez conseguido, a mantenerlo.

Martín Ugarte se sentía a gusto con esa clase de evocaciones de su tío. Era lo único que podía recordar. De sus padres y sus hermanos solo tenía unas pocas fotografías y unos recuerdos vagos y tristes.

Estaba relajado conversando con su alumna de francés. Carolina vio la oportunidad de saber de él.

—¿Cómo es eso de que te crió un tío sacerdote?

Martín no quería tener la descortesía de interrumpir su relato. Tampoco tenía razones para ello. No había nada de lo que avergonzarse.

—Mi madre murió, mi padre se trastornó y el caserío quedó vacío. Mis dos hermanos fueron recogidos por otros parientes. A mí me reclamó un tío, este del que te estoy hablando. Vivía en Tánger, en Marruecos.

Hasta ahí llegó. No quiso añadir que él mismo había entrado en el seminario y había llegado a ordenarse como sacerdote. Estuvo a punto de hacerlo pero se contuvo.

Carolina lo escuchaba con interés. Recordó a la mujer que había conocido unos días atrás, en el Sevilla Biltmore, la noche de su cumpleaños, y al hombre que la acompañaba y que se había presentado como Chris Fanon.

—¿Tánger? ¿Allí conociste a Joan Alison y a Chris Fanon?

—Sí, allí los conocí.

Carolina no quería abandonar la conversación.

—Parecen interesantes. Cuéntame. Ella, ¿está casada? Es atractiva...

Ugarte ya no era el joven ingenuo de los tiempos de Tánger. Adivinó que el interés de Carolina tenía que ver con él.

Recordó que Joan había estado casada con un mago, Eugene Temple, según recordaba, y que este había fallecido en extrañas circunstancias. Era una buena manera de zafarse de la pregunta.

—¿Casada, Joan? Sé que lo estuvo; pero no sé cuál es su situación ahora.

Martín advirtió que el semblante de Carolina se tranquilizaba por momentos y que incluso recuperaba poco a poco la sonrisa. Aun así, ella siguió preguntado por Joan Alison.

—¿Cuántos años tiene Joan?

—No lo sé, nunca se lo he preguntado. No es una persona mayor, tampoco tiene tu edad.

Él se dio cuenta de que su acompañante solo preguntaba por Joan. No mostraba ningún interés por Chris Fanon. Cada vez conocía mejor a las mujeres.

—Me pregunto si tiene un enamorado.

Martín persistió en su silencio. Ella notó su incomodidad y cambió de tema.

—Tienes los ojos azules más bonitos que he visto nunca —se atrevió a decir.

Carolina se había reacomodado en la silla que ocupaba. Vestía una camisola de manga corta. Él también dejaba ver sus brazos, bien formados, no excesivamente velludos y bronceados. Carolina lo miró y él le sostuvo la mirada.

Martín sonrió.

—Son una herencia de los Solaguren, el apellido de la familia de mi madre. ¿Y tú?

Tampoco eres manca...

—¿Manca? ¿Qué quieres decir con eso?

—Perdona, esa es una frase de mi tierra. Mi tío las decía a menudo y yo las digo sin darme cuenta. Quiere decir que eres guapa, mucho.

Eran las siete de la tarde. Martín tenía que dar una clase a las ocho en la academia. Miró el reloj un par de veces.

—¿Estás apurado?

Martín le explicó la razón.

—Yo te llevaré en mi auto. ¿Cuándo tenemos clase? ¿El jueves? Si quieres, al acabar la clase nos tomamos un helado de nuevo y seguimos hablando.

El trayecto desde la heladería La Guarina a La Internacional duraba siete u ocho minutos. Ella condujo a poca velocidad, como si desease que el viaje se prolongara. El día era espléndido. El calor tórrido del mediodía había dado paso a una brisa agradable. El brazo izquierdo de Martín rozó el brazo derecho de Carolina. Fue un movimiento voluntario. Se quedaron así unos segundos.

Martín Ugarte bajó del coche. Se sentía atraído por aquella mujer. No sabía cómo despedirse.

—Entonces, nos vemos el jueves en tu casa. No olvides los deberes que te he puesto.

—No los olvidaré. Gracias por el helado —respondió ella.

En el regreso a su casa, Carolina reflexionó sobre aquel hombre.

Martín la fascinaba. No solo por su porte, sus facciones, sus ojos azules o su cabellera. Había algo en aquel hombre que la seducía cada vez más. Quizá fuera un cierto estilo, aquella manera pausada de hablar.

Para ella era un hombre de pocas palabras, seguro de sí mismo, con una sonrisa limpia... pensó que sería un hombre cariñoso. No contaba chistes cada media docena de frases, como estaba acostumbrado a hacer Daniel Sancibrián. Eran dos hombres diferentes. Con uno, sería como casarse con uno de sus primos, lo ya conocido. Con el otro, sabía que se adentraría en un mar de incertidumbres, y eso la excitaba.

Capítulo 21

La Liga de Cubanos Revolucionarios, la LCR, que había sido fundada por León Valente, reunió a su Comité Central. El camarada secretario general, el propio Valente, abrió la sesión y expuso durante una hora la necesidad de aumentar las actividades contra el régimen. Ya no era suficiente regar pasquines por los patios de la universidad, como venían haciendo hasta ese momento. Había llegado el momento de dar otros pasos. Los asistentes lo miraron, no sin sorpresa. ¿A qué se refería?

Valente venía preparado. Leyó con detenimiento varios textos de Trotski en los que este apelaba a la violencia revolucionaria como una de las armas para elevar la conciencia de clase y crear las «condiciones objetivas», una frase que él repetía sin cesar. Citó unos cuantos episodios de la Revolución de Octubre en que el mismo Trotski había participado en acciones armadas.

El secretario general concluyó, sin embargo, que aún no estaban preparados para ello. Entre otros motivos, aludió a la falta de dinero. Una organización que quería extenderse por todos los contornos del país necesitaba fondos, casas, miembros *liberados,* vehículos para los transportes, multicopistas, alimentos para los camaradas que se escondieran, medicinas para los que resultaran heridos. Y la Liga solo contaba con sus aportaciones, y estas empezaban a menguar.

En esa reunión estaban presentes Thierry y María Valeria. El francés pidió la palabra.

—Yo he conocido a Carolina Bacardí, una de las herederas de los Bacardí. A ella no le gusta el gobierno de Batista. Quizá pueda entregar a la Liga alguna cantidad de dinero.

León Valente quedó paralizado cuando escuchó aquel apellido.

—¡Coño!, ¿una Bacardí?

—Sí —dijo Thierry—, pero no sé mucho de ella.

El francés pronunció esas palabras en un tono de absoluta inocencia.

—Hablaremos en *petit comité, n'est-ce pas?* —dijo Valente.

Valente continuó la reunión. Al finalizarla, llamó a Thierry y a María Valeria. Les pidió que se quedasen con él un rato a solas.

—¿Qué sabes de esa mujer que has mencionado?

Thierry contestó sin pensárselo dos veces.

—Es simpática. Y a veces sale con alguno de mis amigos a tomar un café o incluso a cenar.

—Esa mujer es una heredera de una familia que explota a nuestros campesinos desde hace generaciones. Cada peso cubano que posee está manchado del sudor y de la sangre de esos campesinos.

Thierry calló. Valente quiso modificar el giro de sus palabras.

—No me refiero a ella, me refiero a lo que representa. Puede que sea una mujer simpática, agradable, incluso contraria a Batista, pero esa no es la cuestión.

—No acabo de entender, camarada secretario general.

—Ella, en su inmenso poder económico, puede ser de gran ayuda para la revolución.

—Por eso la he mencionado, quizá pueda ayudarnos con dinero —observó Thierry.

—¿Cuánto? ¿Unos miles de pesos? ¿Qué haríamos con ellos? Durarían unas semanas,

acaso dos o tres meses. Me refiero a una cantidad importante para que podamos financiar la revolución.

Thierry no acababa de comprender el alcance de sus palabras.

—¿Quieres decir pedirle mucho dinero?

Estaba claro que aquel joven francés no había entendido lo que proponía el secretario general. Era oportuno cambiar de conversación. Él seguiría rumiando lo que pasaba por su cabeza.

Thierry había abrazado la causa de la Liga con entusiasmo gracias a su novia María Valeria. Esta pertenecía a una familia sencilla de Centro Habana. Conoció a Valente, que había sido profesor de historia contemporánea en la Sorbona durante quince años, en una de las clases sobre la Revolución francesa que este impartía en la universidad. Ella había quedado hechizada ante los pormenores de la caída de Luis XVI y de su esposa, María Antonieta de Austria.

—¿Cómo respondió el camarada Thierry ante mis palabras de ayer? —le preguntó Valente a María Valeria el día siguiente a solas.

—No tuvo percepción clara de lo que querías expresar, camarada secretario general.

León Valente observó que ella lo miraba con cierta devoción.

—Sí, lo entiendo. Es tan joven... Mejor así, mis palabras no han sido improvisadas. A veces la lucha nos exige sacrificios no deseados —dijo.

—No lo he hablado con Thierry.

—Y tampoco lo hagas.

—¿Tienes algún plan definido, camarada secretario general?

—¿En cuanto a qué?

—No sé, en cuanto al dinero de Carolina Bacardí.

León Valente asumió que ella estaba de acuerdo.

Pero no estaba seguro de lo que significaban las palabras de la joven. María Valeria quiso ir más lejos.

—Creo haber entendido el sentido de tus palabras de ayer. Estaría justificado un secuestro revolucionario.

Ya no hablaban como simples camaradas, lo hacían como cómplices de una aventura que empezaba a tomar cuerpo, y ambos parecían sentirse satisfechos en esa nueva situación.

—Eres una joven sorprendente. Llegarás lejos en el partido y en la revolución, camarada.

—Estoy dispuesta, camarada.

León Valente estaba emocionado.

—Habría que planificarlo con detalle: conocer sus costumbres, las compañías que frecuenta, si maneja ella misma o lo hace con chófer.

—Creo que no, hace unos días estuvimos juntos, en un restaurante y un club, y vi que manejaba su propia máquina.

—Thierry no debe saber nada de esto. Aún no lo veo preparado. Es un joven prometedor pero le falta recorrido.

—No te preocupes, camarada. Y sí, estoy de acuerdo en eso, a Thierry la faltan algunas cosas: conciencia de clase... tal vez, haberlo pasado mal, como yo en mi infancia.

León Valente prosiguió.

—De lo que se trata es de organizar un buen plan. Retenerla durante algunas horas, quizá unos días, en un lugar seguro hasta que la familia entregue el rescate. ¿Qué representarán para ellos unos cuantos millones de pesos? Apenas unas monedas, el fruto de uno o dos cargamentos de ron, menos que la cosecha de un año de azúcar. Y, no lo olvidemos, ese dinero es la plusvalía arrebatada a los trabajadores.

—Camarada secretario general, estoy dispuesta a cualquier cosa.

—Es bueno ser consciente de que la revolución a menudo exige grandes sacrificios... el camarada Trotski lo dejó claro en varias ocasiones antes de la toma del Palacio de Invierno en 1917.

Valente hizo sus cálculos. Los Bacardí podrían pagar dos millones de dólares por la libertad de Carolina. Su fortuna patrimonial se calculaba en quinientos millones. ¿Qué representarían dos para ellos? Con ese dinero, la Liga tendría medios suficientes para dotarse de instrumentos y dar los pasos para una insurrección. Dejarían claro ante las clases populares y el campesinado que ellos serían la vanguardia que los conduciría a la victoria.

León Valente lo bautizó como Operación París.

Le había sucedido un hecho extraordinario cuando se adentraba en el ocaso, su viejo enemigo, Fulgencio Batista, dio un golpe de estado y se alzó con la presidencia en unas horas. Primero se le unió la oficialidad media, sargentos, tenientes y capitanes, después los soldados. Los altos cargos tardaron poco tiempo en averiguar de qué lado soplaba el viento.

Valente tenía 60 años, un pasado de profesor de Historia en la universidad parisina de La Sorbona durante quince años y una afiliación a la Cuarta Internacional desde su fundación.

Había conocido a León Davidovich Bronstein, León Trotski, había sido su amigo desde que se exilió en el Distrito Federal de México. Una de las personas que más dinero le había entregado para continuar su trabajo al servicio de la Revolución Permanente. No solo era el líder de los trostkistas cubanos, sino el heredero de otro Valente, propietario de varias haciendas de tabaco en el oriente del país.

Se habían conocido en París. Ante una multitud, Trotski pronunció un discurso encaramado en la parte trasera de un vagón detenido en la Gare de Lyon. Prometió el rescate de los principios revolucionarios en el país de los Soviets y tildó de traidor a Joseph Stalin. El León cubano supo que había encontrado un jefe y una causa a la que dedicar su vida.

Años más tarde, él fue uno de los que le recibió en México, en 1937, y también uno de los que le acompañaron hasta el cementerio tras su asesinato en Coyoacan, en 1940. En primera fila, con chaqueta negra y en el ojal, una estrella roja de cinco puntas, la hoz y el martillo y el número 4 —representando la Cuarta Internacional—, camisa blanca, corbatín negro y un brazalete rojo en el brazo derecho.

La Internacional se entonó en decenas de ocasiones. Los periódicos informaron al día siguiente que cerca de 300.000 personas se habían sumado al cortejo. Muchos de ellos eran mexicanos humildes, desconocían quién era León Trotsky, pero esa tristeza infinita que desfilaba por las calzadas del Distrito Federal no podía corresponder a un hombre

regular. El finado debía de ser un hombre importante en la causa de ellos, los desesperados, tan importante como muchos años antes lo habían representado Pancho Villa, Emiliano Zapata y Francisco Madero.

A partir de entonces, María Valeria empezó a preguntar a Martín Ugarte con mayor insistencia por el desarrollo de las clases particulares que impartía. Al profesor no le extrañó. No en vano era la secretaria de la academia de idiomas.

—Cuéntame, ¿cómo van las cosas con Carolina? —le preguntó un día.

Martín Ugarte fue sincero. Daba por hecho que se refería a sus aptitudes para el aprendizaje.

—Es una buena alumna, despierta y ágil. Aprende con rapidez. Yo creo que en pocos meses podrá expresarse en conversaciones sencillas. Quizá en un año.

—¿Y ella? ¿Cómo es?

—¿Carolina? Me parece una joven inteligente. Se interesa por lo que sucede a su alrededor, en la ciudad, en el país, y no oculta su antipatía por el gobierno —respondió Ugarte.

—A mí también me parece simpática. Si quieres, un día salimos a cenar los cuatro. Propónselo —sugirió María Valeria.

Ugarte aceptó la idea.

—Seguro que le parece bien. A veces me comenta que no tiene amigos fuera de su círculo, de las chicas con las que estudió.

María Valeria quería saber el alcance del interés de Martín por su alumna.

—¿Te gusta?

Martín no se lo esperaba.

—¿Si me gusta? A quién no le gustaría... Es una mujer guapa. Aunque no creo que esté interesada en un pobre profesor de francés sin patrimonio alguno —zanjó él.

Sin embargo, la pregunta de María Valeria abrió en su mente posibilidades que hasta ese momento no se había atrevido a plantearse. Casi sin darse cuenta, Carolina estaba empezando a tener una presencia destacada en su vida.

Capítulo 22

Martín Ugarte ya sabía que el noviazgo de Carolina con Daniel Sancibrián se había roto. Se lo había dicho la propia Carolina al finalizar una de las clases.

Había sucedido unas semanas atrás. Estaban en el jardín. El perfume de los frondosos jazmines que los rodeaban se mezclaba con el olor a hierba y Martín sentía un bienestar casi sensual. Carolina estaba muy hermosa pero él la notó triste, con la cabeza en otros asuntos. No solía ser su conducta habitual y se lo hizo saber. La joven vivía una época de mucha sensibilidad, y el plácido atardecer invitaba a confidencias. Le contó lo que había sucedido.

—No estoy pasando un buen momento.

—Soy especialista en ese terreno. Puedes confiar en mí —dijo Martín.

El vasco se acercó y le dio un abrazo. Ella se sorprendió y agradeció el gesto.

Carolina se despachó a gusto. Le contó a Martín que su noviazgo con Daniel había tenido más de costumbre que de otra cosa. Estaba confundida. Sabía que si se casaba con Daniel no podría dar marcha atrás. Cuba no era los Estados Unidos.

Martín Ugarte escuchó con atención sus confesiones. Asentía a sus palabras y la miraba a los ojos con profundidad. No era la primera vez que escuchaba esa clase de palabras. Recordó sus años de sacerdote, cuando al confesionario se acercaba alguna joven española o francesa con la misma clase de preocupaciones. Le preguntaban si era pecado casarse sin amor. Él daba respuestas carentes de reflexión propia, se atenía a lo que le habían enseñado en el seminario y al propio magisterio de la Iglesia. Y respondía que, en un matrimonio cristiano, el camino del amor ya lo habría de labrar y enderezar Dios con la ayuda de la oración.

Pero eran consejos de antaño.

—Haces bien, Carolina. Cásate por amor, cuando llegue el momento. No creo que debas hacerlo por otra razón. Y menos en tu caso.

Esa conversación abrió la puerta a que ella le preguntase por su vida anterior.

—¿Y tú, Martín?, ¿por qué no te has casado? ¿No has tenido novia? Es extraño. No sé, me da la impresión de que ocultas cosas.

Martín Ugarte se debatía en ese momento entre narrarle su vida o seguir reservándosela. Decidió lo primero.

—Carolina, me has hablado de tus cosas. Te voy a contar un secreto. No es algo de lo que tenga que avergonzarme. Aun así...

Carolina se mostró expectante. Continuaban en el jardín de su residencia. La empleada les había traído un chocolate y unas pastas hechas en casa. Uno de los perros jugueteaba alrededor de ellos.

—Fui sacerdote durante varios años. Me ordené en Francia y estuve en una parroquia en Fez y luego en Tánger. Luego la Santa Sede me secularizó. De eso no hace mucho tiempo.

Ella resopló.

—¿Sacerdote? Ahora entiendo muchas cosas —expresó.

Martín sonrió.

—¿Como cuáles? —preguntó.

—Tus maneras tan finas, esas manos... pocas veces he visto en un hombre unas manos tan bonitas. En lo primero que me fijo en un hombre es en las manos. Y también en los ojos. Por otra parte, tu cultura, tu manera de hablar, el hecho de que hablases francés, no sé... Sospechaba que no eras solo un profesor de idiomas.

—Eso es lo que soy ahora.

Carolina quiso seguir indagando en su vida.

—Eso quiere decir que no has tenido novia.

Él aceptó el envite.

—Eso quiere decir que jamás he estado comprometido.

—Me dejas intrigada.

Martín sonrió de nuevo.

«¡Qué hermosa sonrisa tiene este hombre!», pensó para sí Carolina, que estuvo a punto de echarse en sus brazos y darle un beso en la boca.

Martín dejó la conversación. Habían llegado demasiado lejos. Intuyó el deseo de Carolina. Era muy joven y vehemente y, para colmo, era su alumna. Además, pertenecía a una de las familias más influyentes de la isla. Pero había algo en ella que le atraía, tal vez la pasión sincera de la juventud que él también tuvo algún día, cuando empezó a enamorarse de Joan en Tánger. Se estaba internando en una laguna de hielo quebradiza y debía retroceder a la seguridad de la orilla.

María Valeria seguía provocando las conversaciones con Martín de una forma sibilina. Estas se desarrollaban en el amplio jardín de entrada a la academia. Ella y Thierry habían reformado aquella antigua casona dándole una buena mano de pintura blanca y arreglando las puertas de madera afectadas por el salitre. Se había convertido en un lugar con seis aulas —ubicadas donde habían estado las antiguas habitaciones— y un amplio salón comedor que servía para que los alumnos y los profesores compartiesen momentos de ocio alrededor de una taza de café.

—¿Y su casa? Será espectacular. ¿Cuántos sirvientes tiene? —preguntó María Valeria, en un tono despreocupado.

—A mí me abre la puerta Ofelia, siempre la misma empleada. Sé que tiene cocinera porque de vez en cuando nos trae unos emparedados. También tiene un chófer que conduce el coche de sus hermanos —dijo Martín.

—¿Y guardias de seguridad? Seguro que también tiene.

—No lo sé —dijo Martín—. A su casa se accede a través de una gran verja, de esas que se ven a menudo en las casonas de El Vedado.

—Aún tenemos pendiente la cena. Un día podemos salir a tomar una cerveza los cuatro y lo planeamos —dijo, en un tono que invitaba a dar por concluida la conversación.

—¡Claro! ¡Sería estupendo! —aceptó Ugarte.

El secretariado de la Liga se reunió de nuevo. Thierry no acudió a la cita. Tenía varias clases que se lo impedían. Tras la reunión, León Valente vio la oportunidad para cambiar impresiones con María Valeria a solas.

—¿Cómo van las cosas, camarada? —le preguntó.

Ella le explicó lo ocurrido en los últimos días.

León Valente quiso dejar claro que ese proyecto empezaba a convertirse en una de las prioridades del grupo.

—No puede ser un objetivo para dentro de un año. Las cosas en La Habana requieren más actividad cada día. El régimen de Batista agrava su represión y se necesitan medios. Camarada María Valeria, ese plan sobre Carolina Bacardí, hay que activarlo con cierta rapidez.

Ella asintió.

—Estoy de acuerdo. Ahora, ¿cómo hacerlo?

Valente carraspeó.

—Habrá que pensar en un plan concreto. ¿Frecuenta algún club? Las chicas como ella suelen hacerlo. Habría que recabar datos de su máquina: color, marca, año.

—Lo haré.

—En cuanto dispongamos de esos datos, habrá que seguirla. En pocas semanas podremos saber algunas de sus costumbres. Si hay suerte, la segunda fase de la Operación París puede empezar dentro de un mes —agregó León Valente.

María Valeria Sanjuán fue la encargada de realizar el seguimiento del objetivo.

Empezó un lunes a las diez de la mañana. A esa hora, ella, apostada a cincuenta metros de la residencia de Carolina Bacardí, la vio salir conduciendo su Buick. La reconoció al instante. Diez minutos más tarde, la rica heredera franqueaba el amplio portón del edificio Bacardí, una de las joyas de la arquitectura habanera.

Al cabo de unos días, Valente encargó a María Valeria que averiguase en los campos cercanos a La Habana la posibilidad de arrendar una pequeña finca dotada de vivienda. No necesitaba que fuese de gran tamaño. Debía buscar un lugar alejado de otras viviendas. Era indispensable que se pudiera acceder a la puerta principal desde un vehículo. Ella eligió el barrio de Guanabacoa. Era populoso y estaba bien comunicado con el centro de la ciudad. Valente le ordenó que no diese cuenta de sus averiguaciones a nadie y le dio mil pesos. ¿Cómo se justificaría ante los propietarios? Ella era una mujer joven y sus padres residían en una provincia. Quería tenerlos cerca. Ellos insistían en que su hija viviera en un barrio que aún tuviese apariencia de campo.

María Valeria encontró un matrimonio que disponía de una casa de unos sesenta metros cuadrados en un terreno bastante más grande. Aceptó sus razones sin desconfianza alguna y llegaron a un acuerdo económico. No fue necesario firmar un contrato, lo que gustó a la joven. Abonó tres meses de arrendamiento por anticipado y le entregaron las llaves.

La pequeña finca disponía de un terreno en el que en algún tiempo se habían cultivado guayabas y mamey. La casa tenía dos habitaciones, una pequeña cocina y un retrete. En el exterior había un lavadero. Su estado de conservación era aceptable, aunque las ventanas de madera estaban deterioradas. Los dueños se comprometieron a repararlas en los días siguientes.

Valente visitó la casa en compañía de la camarada María Valeria unos días más tarde. Como medida de precaución, había comprado una peluca con el propósito de disimular su fisonomía. Valente examinó la casa y le pareció adecuada para sus planes. Era el momento de pasar a la siguiente etapa. Tenía claro que María Valeria no debía implicarse a partir de ahí. Bacardí la conocía y esa circunstancia lo complicaba.

Había dos momentos delicados en un secuestro. El primero era el acto de apoderarse de la víctima; el segundo, el pago del rescate. Lo que más preocupaba al líder de la LCR era la forma y el lugar para la entrega del dinero. Lo consideraba el eslabón más delicado de la operación. Le dio muchas vueltas. Finalmente, le vino a la cabeza una idea: solicitar colaboración a camaradas de otro país. La LCR estaba integrada en la IV Internacional, de manera que podía contar con colaboradores en numerosos países. Eligió México. El Distrito Federal era una ciudad enorme y la familia Bacardí poseía fábricas en México. Por último, existía otra buena razón para elegir México: la animadversión que despertaba Batista en aquel país.

—Necesitamos vuestra ayuda, camaradas; tenemos un plan y no podremos cumplirlo solos. Si queremos derrocar a Fulgencio Batista, necesitamos ayuda.

Valente había viajado para reunirse con sus colegas mexicanos. El camarada Zacarías intervino.

—Cuenta con nosotros, camarada, salvo con plata, que no la tenemos.

—Se trata de eso.

El viejo Zacarías suspiró.

—¡Qué casualidad! Lo único de lo que carecemos. ¡A mal sitio has venido a pedir, cuate!

León Valente sonrió. Expuso su plan y los camaradas mexicanos lo entendieron a la primera.

—Así que quieres que nos encarguemos de cobrar el rescate.

—Se trata de una acción de solidaridad revolucionaria, en la mejor tradición del espíritu internacionalista que nos enseñó Trotski —apuntó Valente.

—No le veo ningún reproche. La violencia es necesaria en la lucha.

Los camaradas mexicanos pusieron sobre la mesa una petición. Una parte del rescate debía quedarse en las menguadas arcas de los trotskistas de México. No se trataba de una condición sino de un ruego.

León Valente aceptó. Acordaron que el veinticinco por ciento de la cantidad que se obtuviera quedaría en México. Solo faltaba elegir el comando que ejecutaría la operación. Pese a ello, su cabeza bullía. Presentía que algo fallaba.

Capítulo 23

Desde el episodio del alemán Kohl, el mayor de los Lansky tenía en mente recibir a Chris Fanon. Le pidió a su hermano que le enviara una nota al hotel. El texto era corto:

> Señor Fanon, mi hermano y yo tenemos pendiente invitarlo desde hace unas semanas. Lo esperamos en la suite 129 del *hotel* Nacional el jueves de esta semana a las siete de la tarde. Le estaríamos agradecidos. Con respeto, Jacob L.

Chris Fanon recibió la nota con curiosidad. Respondió de forma inmediata aceptando la invitación. Era la oportunidad que esperaba desde hacía mucho tiempo. Conocer a Meyer Lansky. Reflexionó sobre las causas de una invitación tan extraña. Lo primero que hizo fue repasar las medidas de seguridad que había adoptado en su misión en La Habana. No encontró ningún fallo. El *Oakland Tribune* existía, eso cabía esperar de la diligencia de Ray Colmore y de sus jefes de Washington. Tampoco tenía motivos para desconfiar de los pasos que había dado durante su estancia en la ciudad. No había visitado la embajada de su país, ni se había entrevistado con funcionario alguno de esta institución. Sus relaciones en la ciudad no dejaban de ser sus amigos de Tánger, así como otros periodistas. Tenía motivos para quedarse tranquilo.

La única posibilidad de que hubiese sido descubierto sería que alguien al servicio de los Lansky lo conociera de otra ciudad, de otra circunstancia, quizá de Tánger. Él llevaba años al servicio de la inteligencia de su país y no cabía descartar esa posibilidad.

Tampoco podía descartarse que se hubiese producido alguna fuga de información en la propia Central Intelligence Agency, en Washington. La Organización de Lansky llegaba lejos y era frecuente detectar infiltrados de esta en algún estamento de las jefaturas de policía de las ciudades importantes. ¿Por qué no esperarlo en el propio servicio de inteligencia?

Acudió a la cita preparado para esa eventualidad. Estaba excitado. Meyer Lansky era el número i de La Comisión en Cuba, la organización que habían creado los jefes mafiosos en la Cumbre que celebraron en 1946 en el mismo hotel Nacional. Habían estado presentes todos: Charlie *Lucky* Luciano, Frank Costello, Albert Anastasia, Vito Genovese, Santo Trafficante, Meyer y Jacob Lansky, y así hasta un centenar de jefes.

Fanon se presentó. Unos minutos más tarde, uno de los hombres de confianza de los Lansky bajaba las escaleras con una sonrisa en el rostro.

—Hágame el favor, señor Fanon.

Subieron en el ascensor y recorrieron los veinte metros que los separaban de la suite. Dos guardaespaldas fumaban en la entrada.

Lo primero que observó el periodista Fanon fue que no era sometido a cacheo. Era una buena señal.

Los dos hermanos lo esperaban situados al lado del escritorio que dominaba el despacho. Era una estancia de cincuenta metros cuadrados decorada con muebles de madera y sillones de color Salmón. El ambiente era agradable y no faltaba un enorme ramo de flores sobre una consola.

Tenía delante al hombre más poderoso de la Cosa Nostra en La Habana, al hombre que trataba de tú al presidente Fulgencio Batista. En ese momento comprendió por qué

lo apodaban el Hombrecito. Si Ray Colmore y sus jefes de Washington lo hubieran visto por una rendija, habrían quedado impresionados por lo que había conseguido.

Meyer Lansky le ofreció un trago. Fanon pidió un *whisky* y su anfitrión se permitió una broma.

¿Qué marca quiere, Fanon? Los años de la Prohibición han quedado atrás.

La cuestión podía encerrar un doble sentido, de modo que él siguió la broma.

—Por fortuna para todos —dijo sin dejar de sonreír.

Meyer se levantó para prepararle el trago. Al otro lado de la puerta había dos empleados, por lo que podía haber pedido a uno de ellos que lo hiciese; otro buen signo. Meyer estaba de espaldas a él, ante la mesa, donde reposaban una buena cantidad de botellas de diversos licores, sodas, vasos y cubiteras de hielo.

Los tres se sentaron. Fanon, en uno de los sillones. Mientras que los Lansky ocuparon cada una de las esquinas de un tresillo.

—Lo primero que debo hacer, señor Fanon, es darle las gracias por su ayuda en el desagradable asunto del nazi aquel, cómo se llamaba... —Pidió ayuda a su hermano con la mirada.

—Molders —dijo Jacob.

Fanon sonrió.

—No fue nada. Los nazis no son de mi agrado —dijo.

Meyer insistió.

—¿Estuvo en la guerra, señor Fanon?

La pregunta tenía su dificultad. Habían pasado solo ocho años desde el final de la guerra y por la edad que aparentaba debería haber estado. Por fortuna, no era un cabo que Colmore y él hubieran dejado suelto a la hora d*e fabricar* su biografía de periodista.

—No, una pequeña lesión de corazón me lo impidió.

Tuve que conformarme con seguir las crónicas desde la retaguardia.

—¿Una lesión? Nada grave espero —observó Meyer.

—No, al menos hasta este momento.

—Brindemos por ello —apuntó el pequeño de los Lansky.

—¿Así que en retaguardia? —dijo Meyer.

Fanon bebía un sorbo de vez en cuando.

—Escribí algunos reportajes para mi periódico. Estuve en Marruecos cubriendo algunos avances de nuestras tropas. Nada emocionante, desde luego.

—Oiga, me moriría si no le hago esta pregunta: ¿se llama usted Fanon? Es un apellido poco convincente. Me refiero a que todo el mundo tiene cara de apellidarse Smith pero usted no la tiene de llamarse Fanon.

Langley era cuidadoso a la hora de proporcionar identidades a los agentes. No ponía apellidos como Smith o Brown porque los consideraba demasiado comunes. Estaba seguro de que eso era un truco de Meyer Lansky para sacarle información. Decidió no abrir la boca, y levantó las manos con las palmas hacia arriba en gesto de resignación.

—Bien, pasemos a otro asunto. Sabemos que los periodistas no suelen ganar mucho dinero. Hemos averiguado que el periódico para el que escribe tiene algunas dificultades financieras. Será un placer para nosotros si nos ayuda. Lo tendremos en nómina y le deberemos no un favor sino dos.

—¿Qué desea de mí, señor Lansky?

—Que nos informe si se entera de algo que pueda ser de interés para unos hombres de negocios como nosotros. Ya sabe, los periodistas están acostumbrados a husmear, suelen enterarse de cosas interesantes.

Fanon tuvo la corazonada de que sus anfitriones no tenían ningún motivo para sospechar nada de él. Estaban tratando de beneficiarse de las circunstancias en que se habían conocido y querían tener un informante en nómina, un periodista que les contase cosas, según sus propias palabras. O bien, una segunda posibilidad, lo estaban sometiendo a una prueba.

—¿Me daría una entrevista señor Lansky? Eso sí que sería un *scoop.*

Meyer sonrió.

—No me crea tan importante. Mis negocios en Cuba son menos importantes de lo que a veces se dice al otro lado de la costa. Solo me dedico al turismo... a los hoteles y cosas así. A pesar de que se habla mucho mí en Nueva York, le recuerdo que nunca he estado en una prisión por condena firme. A veces, las leyendas son difíciles de combatir —dijo con absoluta tranquilidad.

—Sin embargo, es usted Meyer Lansky, no creo que lo hayan entrevistado nunca.

—No lo han hecho —dijo—. Deje que lo piense.

Fanon entendió que la reunión tocaba a su fin y bebió un último y largo sorbo. Se despidieron con la misma cordialidad con que se habían saludado. Jacob se ofreció para acompañarle hasta el *lobby.*

—Piense lo que le ha ofrecido mi hermano, señor Fanon. Nos interesa estar al tanto de lo que sucede en La Habana.

—Lo pensaré, amigo Jacob.

Estaban a punto de tomar el ascensor.

—Señor Fanon. Lo hemos visto en compañía de la guionista Joan Alison. ¿Son amigos?

—Sabrá que es una guionista célebre. Nos conocemos desde hace años. Coincidimos en Marruecos cuando ella era una jovencísima periodista y yo seguía las andanzas del general Patton en el desembarco de la flota aliada en el norte de África. ¿Tienen interés en ella?

Jacob Lansky no era tan diplomático como su hermano Meyer.

—¿Sabe lo que hace en La Habana?

Un ligero escalofrío recorrió la espalda de Fanon.

—Está tratando de escribir un guión para un productor de Hollywood. Es una buena amiga mía.

—Parece una chica limpia en un juego sucio —observó Jacob Lansky.

Fanon fijó esa frase en su cabeza con el fin de analizarla más tarde. Debía existir una buena razón para que uno de los Lansky la pronunciase sin una justificación aparente.

—¿Tiene interés en estar con ella? Estoy seguro de que le gustará, aún más si puede conocer también a su hermano —dijo Fanon tratando de prolongar la conversación.

—No por ahora —respondió Jacob—. Muchas gracias por su información.

Stanley salió satisfecho del hotel. Sabía quiénes eran los Lansky. Detrás de aquella apariencia amigable y de aquellas maneras educadas se ocultaban dos de los

responsables de una buena cantidad de delitos cometidos en las principales ciudades norteamericanas. Y entre ellos no faltaban múltiples asesinatos ejecutados con crueldad y vileza. El expediente que había leído Mortimer al encargarse de la misión en La Habana dejaba las cosas bien claras.

Jacob volvió a la suite 129. Su hermano Meyer había abierto las puertas que daban al balcón y permanecía absorto en la contemplación de la bahía.

—¿Qué te ha parecido ese Fanon? —dijo Jacob.

—No lo sé, parece listo. Lo lleva escrito en la cara. Me extraña que se conforme con un simple sueldo de periodista.

—¿Qué se te ocurre?

—De momento, que alguien lo siga. Día y noche. Nos hizo un favor y se lo debemos. Aun así, hay que ser precavidos.

Mientras Stanley se dirigía al Malecón repasó con detenimiento todas y cada una de las preguntas y respuestas que había intercambiado con los hermanos Lansky. No se le escapó ni una sola palabra, ni una inflexión de voz, ningún gesto. Concluyó que no había motivo alguno para sospechar que su verdadera identidad hubiera sido descubierta.

Pero Meyer Lansky lo había descentrado. Tal vez hubiera influido la abundante información que tenía sobre él. Había advertido en su rostro esa altivez que había apreciado en Tánger a otros judíos. «Razas diferentes», solía pensar para sí.

Las últimas preguntas sobre Joan Alison lo preocuparon. Había algo en la cabeza de aquellos hombres que tenía que ver con ella. ¿Qué sería? Trató de concentrarse. La vida de su amiga Joan en la ciudad no debía de despertar ninguna sospecha. Se dedicaba a documentarse para un guión, a vivir una reanudación de su romance con Martín Ugarte y a tomar tragos con él.

«Una chica limpia en un juego sucio.» No dejó de dar vueltas a esa frase. ¿Qué significaría?

Stanley estaba lejos de dar por terminada su jornada. Eran las diez de la noche y llamó a Ray Colmore. Por el tono de su voz, debía de haberlo despertado.

—¿Qué sucede, Stanley? ¿Qué hora es en La Habana?

—Aquí son las once.

—¿Qué pasa?

—Espero que estés sentado —bromeó—. He estado tomando un trago con los Lansky, por invitación de ellos, en el hotel Nacional.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Cuéntame.

—Mañana te hago un informe detallado. Era una reunión informal, eso creo.

—¿Debo preocuparme por ti? Si es así, ya sabes lo que debes hacer: salir de la ciudad cuanto antes o pedir refugio en nuestra embajada. Ellos sabrán cuidarte.

—No se trata de eso.

—Explícame para qué me llamas a estas horas.

—Se trata de Joan Alison, la guionista de *Casablanca.* Ya te dije que está en la ciudad trabajando en un guión para un productor californiano.

—Sí, me lo explicaste en uno de tus primeros informes.

—Los Lansky me han preguntado por ella de una manera extraña.

—¿Cómo de extraña?

—Mucho. Había algo raro en sus palabras. Lo intuí al momento y no suelo fallar en eso.

—¿Qué quieres que haga?

—No sé, quizá haya algo en la vida de Joan Alison que desconozca y que la relacione con los Lansky. Ten en cuenta que no la veía desde hace más de diez años.

—Lo haré, miraré en nuestros archivos y preguntaré a los polis de Nueva York de manera discreta. Creo que alguno de nuestros hombres trabaja con ellos.

—Te lo ruego, es una buena chica y somos amigos. Es impetuosa con los hombres pero eso no es pecado.

—Haré todo lo posible. Ahora, déjame dormir, viejo amigo.

—Buenas noches, Ray.

Sus músculos se relajaron. Estaba cansado. Ya no era aquel treintañero capaz de aguantar cuarenta y ocho horas seguidas sin cerrar los ojos.

A pesar de su agotamiento, se sintió en la obligación de llamar por teléfono a Joan e invitarla a un trago. No quería dejar pasar un minuto sin contarle el episodio que acababa de vivir. No tenía la intención de preocuparla, pero de ninguna manera debía pasar las palabras de Lansky por alto. Nunca había sido partidario de dejar un cabo suelto. Y menos si rondaban personajes como los hermanos Lansky.

Ella no estaba en su habitación del hotel Nacional. Insistió dos veces en el restaurante y en los jardines del establecimiento con igual resultado.

Una idea vino en ayuda de Stanley. Martín Ugarte sabría de su común amiga. Conocía la ubicación del apartamento del vasco y tomó un taxi. Tuvo suerte. El conserje de noche del edificio llamó por teléfono al apartamento de Ugarte. Este respondió.

—Martín, soy Stanley. ¿No estará Joan en tu apartamento?

Martín dudó apenas un segundo.

—Sí, aquí está. Sube.

—No, prefiero que baje ella. Dile que se tome su tiempo. La espero en la puerta.

—¿Estás seguro de que no quieres subir? Estamos tomando un café.

Stanley no lo dudó.

—Hazme caso. Dile que la espero.

Al cabo de unos minutos Joan apareció en el ascensor. Martín la acompañó hasta la puerta y luego los dejó a solas. Entendió que se trataba de un asunto que no era de su incumbencia y se retiró.

Joan estaba guapísima y así se lo dijo Stanley. Ella sonrió.

—¿Qué sucede, Stanley?

El agente le propuso caminar. La noche era agradable e invitaba a hacerlo.

—No te preocupes demasiado. Solo quiero que estés alerta por lo que te voy a contar.

—Me estás alarmando.

Él pasó su brazo derecho por el hombro de Joan.

—He tenido una reunión con los Lansky, en el hotel Nacional. Por cierto, ¿qué habitación ocupas?

—La 157.

—La reunión ha sido en la tercera planta, en la suite 129. Ya sabrás que Jacob es el gerente de facto.

—Suelo verlo en la terraza tomando un café tras otro. A su hermano Meyer también se le ve de vez en cuando. ¿Qué querían? ¿Para qué te llamaron?

—Creo que para nada grave, para darme las gracias por un asunto de hace unas semanas. Les hice un favor y ya está.

—¿Un favor a los Lansky?

—Es una historia larga, no tiene importancia. Nada que deba preocuparte.

—¿Entonces?

—Me han preguntado por ti. Te conocen. Saben que eres una periodista renombrada. Pero, no sé, ha habido algo en la forma en que lo hacían que me ha preocupado.

Stanley le contó la conversación, no omitió nada: *una chica limpia en un juego sucio...*, ¿que significaría?

—Esa clase de gente no dice nada sin una razón que lo justifique. No sé, algo se traen entre manos —añadió Stanley—. ¿Tienes idea de lo que puede ser? Me he quedado intranquilo. ¿No hay nada en tu vida que te vincule a los Lansky?, ¿o a la mafia? No sé, algún reportaje para un periódico.

Joan se quedó pensativa. Su amigo había conseguido preocuparla.

—No he escrito nada sobre ellos —aseguró Joan.

—Bueno, no nos alarmemos, sube de nuevo junto a Martín y trata de tranquilizarte. No será nada, curiosidad por parte de estos personajes al habernos visto juntos.

—Ojalá sea eso —dijo ella.

La inquietud por Joan había barrido todo rastro de cansancio en Stanley. El aire primaveral invitaba a pasear y, casi sin proponérselo, se dirigió hacia el mar. Durante el camino jugó con un sombrero que había adquirido el día anterior. Encendió un cigarrillo y contempló el océano inquieto estrellándose rebelde contra las rocas. Era una noche propicia para el amor y, por un instante, sintió una soledad profunda que destapó una certeza descarnada: vivía y moriría solo.

Pero no esa noche, resolvió. No era el momento ni el lugar para enfrentarse al fantasma de la nostalgia, de modo que lanzó el cigarrillo al suelo, dio la espalda a las agitadas aguas del mar y comenzó a buscar un bar desde el que llamar a Frédéric.

Media hora más tarde, fusionado con la oscuridad del cielo caribeño de esa noche sin luna, contempló la figura esbelta de Frédéric dirigiéndose a paso ligero hacia el punto del Malecón en que se habían citado. Su rostro estaba en penumbra y su sombrero se recortaba contra la luz amarillenta de una farola. Stanley retuvo esa imagen de su amante. Sabía que lo acompañaría allá donde estuviese.

Unos segundos después, amparados por las sombras, se fundieron en un enardecido abrazo, y Stanley se entregó a una de las noches de amor más intensas de su vida.

Capítulo 24

Joan visitó a Martín en la academia donde impartía clases de francés. Eran cerca de las siete de la tarde y él recogía sus apuntes. Ella dio una razón.

—Pasaba cerca de aquí y he decidido venir a visitarte.

Martín sonrió.

Unos minutos más tarde abandonaban La Internacional. Decidieron tomar un taxi y acercarse al paseo del Prado, que a esas horas era una zona animada.

Deambularon sin rumbo definido por los alrededores del Prado, rozándose con intención los brazos desnudos ante los escaparates y admirando las orquestas de mujeres que tocaban en los cafés al aire libre.

La tarde era agradable y soplaba una brisa ligera. Joan recordó las tardes de Tánger en que él hacía de cicerone y le explicaba con parsimonia lo que se comerciaba en los establecimientos e identificaba a numerosos propietarios por ser feligreses de su parroquia.

Caminaron por Centro Habana y entraron en uno de los numerosos billares que encontraron a su paso. Recordó que en Tánger había aprendido a manejar los tacos de la mano de su amante, el argentino Jean-Claude, y se propuso jugar con Martín una partida.

Las cantinas populares del barrio olían a colonia barata y a cigarro. No faltaba en ellas una vitrola en la que los habaneros introducían una moneda de cinco centavos para escuchar sus boleros favoritos.

Desde hacía unos días, Joan se moría de ganas de proponerle un plan. Él parecía contento. La noche que habían pasado en el apartamento de Martín le había dejado un recuerdo delicioso. Joan se animó a hacerlo.

—¿Qué te parece si nos vemos por las tardes, a la salida de la academia? Yo trabajaré en el hotel por las mañanas, escribiré, tú darás clases y al atardecer tomamos una cerveza o cenamos. Me encantaría sentarme a tu lado en las escaleras del Capitolio y fumar un cigarrillo, pasear por San Rafael mirando escaparates, quitarme los zapatos y pisar sus aceras de granito...

Él dudó.

—¿Todas las tardes?

Lo preguntó sin perder la sonrisa.

—No sé, de vez en cuando —respondió Joan—. Podemos llamar a Stanley.

Martín ya no era el joven que ella había conocido en Tánger.

—Quieres decir... ¿como si fuéramos novios...?

Joan entendió el sentido de sus palabras.

—No quiero decir eso.

—¿Entonces?

—Somos amigos, nos hemos encontrado en una ciudad extraña. Es lógico que nos veamos, que nos contemos cosas...

—Sí, es lógico —respondió Martín sin dejar de sonreír mientras trataba de desentrañar qué pasaba por la cabeza de la siempre imprevisible Joan.

—La vez anterior, en Tánger, tuvimos suerte. Recuerda que yo escribí el guión de *Casablanca* y tú saliste de la Iglesia.

Martín Ugarte no quiso recordarle lo que había sufrido con aquella relación.

—Es verdad, tuvimos suerte —él repitió sus mismas palabras con cierta lentitud, como si guardaran otro sentido.

Martín calló durante unos segundos. Ella lo miró expectante. Él estuvo a punto de responderle con otra frase: «sí, tuvimos suerte. Yo me enamoré de ti como un estúpido y tú regresaste a tu país con un simple "adiós" y una despedida: "te recordaré siempre"».

A Joan le brotaban las palabras con celeridad. Con su habitual perspicacia, entendió que había tocado un tema sensible. Prosiguió.

—En Tánger hicimos buenos amigos. Ahí están Stanley, Madeleine, Lègrand...

De nuevo, Martín Ugarte estuvo a punto de recordarle que habían pasado once años de aquello, y que ella no le había enviado ni una maldita postal. Ni a él ni a Stanley. Pero no lo hizo y siguió su juego.

Joan lo invitó a cenar en un pequeño restaurante francés que acababan de inaugurar en la calle Neptuno. Se llamaba Chez Philippe y su especialidad eran las albóndigas al vino tinto. Allí les dieron las diez de la noche. Entre los dos se habían bebido una botella de vino tinto. Martín tomó la iniciativa.

—¿Por qué no vienes a mi apartamento? Escuchamos boleros y seguimos hablando de aquellos tiempos. De Tánger, de lo felices que fuimos durante unas cuantas semanas —dijo con una media sonrisa.

—¿Solo unas cuantas semanas? Creo recordar que fueron unos meses.

—¿Sí? Mi memoria flaquea —dijo él riendo.

Joan aceptó.

Aquella clase de encuentros, siempre a petición de ella, empezaron a ser habituales. Y siempre terminaban en el apartamento del vasco, donde pasaban la noche.

Martín, al despertarse y abrir los ojos, giraba la cabeza hacia ella y la observaba durante unos segundos. No terminaba de creer que aquella mujer de la que se enamoró en Tánger hacía años yaciese junto a él.

Joan se marchaba temprano, por la mañana, después de un desayuno que Martín preparaba. A pesar de esa cotidianeidad en sus relaciones, Joan no abordó la naturaleza de la relación que estaba naciendo entre ellos. Y Martín tampoco. Parecía que ambos estaban cómodos. Paseaban por la ciudad, cenaban, se reían y terminaban en el apartamento. De vez en cuando Stanley se unía a ellos y cenaban los tres. Stanley tenía sospechas de que se estaba reproduciendo el juego de Tánger pero se abstenía de hacer preguntas que pudieran incomodarlos.

La cabeza de Martín también estaba en Carolina Bacardí. Sospechaba que empezaba a interesarse por él. Y a él también le atraía, aunque de una forma diferente a Joan. Reconocía en Carolina la misma pureza de sentimientos que él mismo tenía años atrás, en la época en que conoció a Joan. Carolina era joven e intensa y Martín comprendía de una forma un tanto difusa que debía mantener una distancia con su alumna para evitar herirla. Pero esos buenos propósitos se quedaban en un simple pensamiento, porque lo cierto es que a Martín cada vez le costaba más mantener alejada a Carolina de su mente.

La siguiente ocasión en que se vieron, Martín advirtió que ella se mostraba con

confianza, le sonreía a menudo e incluso le dirigía miradas directas y las sostenía durante unos segundos. Se encontraron en La Guarina, tomaron un helado y regresaron a casa de ella. Estaba guapísima y él se atrevió a decírselo. Carolina reaccionó con una sonrisa abierta.

—¿De verdad te lo parezco?

—¡Cómo puedes dudarlo!

Carolina volvió a sonreír.

Él seguía siendo un hombre torpe para las conversaciones íntimas. No se le ocurrió otra cosa que invitarla al cine.

—¿Quieres venir conmigo al cine Radio Centro? Dan una película francesa. Luego, si quieres, podemos ir a cenar al puerto. Es posible que nos encontremos a mis amigos y, de esa manera, los conoces.

Carolina Bacardí se sorprendió.

—¿Al cine? ¿Esta tarde? ¿Tú y yo solos?

Él empezó a sudar y sacó un pañuelo blanco con el que se secó la frente.

—Sí, ¿por qué no?

Ella aceptó. «Qué hombre tan extraño —pensó—. De la misma manera que evade una conversación íntima es capaz de invitarme al cine.» Su intuición le decía que Martín se sentía atraído por ella. Pero se trataba de gestos muy sutiles: una mirada intensa, roces *casuales...* nada significativo. No era un jovencito tímido, era un hombre maduro y su planta atractiva le facilitaba la relación con mujeres de toda clase social y edad. Entonces, ¿qué le impedía mostrarse más cercano? Carolina notaba que él se ponía nervioso ante sus avances y cerraba la puerta a su intimidad en cuanto ella trataba de abrirla. ¿Mantendría algún tipo de relación con esa amiga llamada Joan que le había presentado? ¿Le intimidaba su posición social? En cualquier caso, aprovecharía esa invitación para establecer lazos más íntimos con su profesor. No obstante, las costumbres en La Habana en ese año 1953 establecían que no estaba bien visto que una chica soltera fuese al cine en compañía de un hombre, salvo que fuese con su prometido o en compañía de un grupo de jóvenes. Y más si se trataba de una joven de su posición.

Ella solía ir al cine, pero lo hacía en compañía de su grupo de amigas del colegio. Lo primero que pensó fue que podría tener la mala fortuna de toparse con ellas, o con Daniel Sancibrián y su grupo de amigos. Estuvo a punto de rechazar la invitación. Sin embargo, no lo hizo. Cogió las llaves del Buick y, con una sonrisa, se presentó en el jardín. Martín no estaba y Ofelia le indicó que había pedido permiso para entrar en la biblioteca. Lo sorprendió hojeando un libro sobre Marco Polo.

Tal y como había sospechado Carolina, la sesión de las cinco del cine Radio Centro estaba con el aforo casi completo. Al bajar del vehículo y dejar las llaves en manos de un cuidador para que se lo aparcase, un buen número de miradas se dirigieron hacia ella. La primera de todas, la de Daniel Sancibrián que, junto a un grupo de amigos, se disponía a entrar en el cine.

Martín caminaba a su lado sin ninguna muestra de intimidad. El limitado espacio destinado a la entrada del cine propició que se saludasen. El joven Daniel dio un paso atrás, resguardado entre sus cuatro amigos, todos ellos varones. Carolina dio normalidad a aquel encuentro. Bajo la iluminación de la marquesina quiso comportarse

como si no pasara nada. Se dirigió a ellos y los saludó.

—¿Qué tal muchachos?, ¿cómo estáis?

Los cuatro jóvenes respondieron con las palabras de saludo que tenían por costumbre. Sancibrián calló. Era evidente que estaba contrariado. La tensión era máxima.

—Quiero presentaros a mi profesor de francés, Martín Ugarte —dijo ella.

Los jóvenes le dieron la mano. Incluso Sancibrián lo hizo, sin duda obligado por las circunstancias. Lo hizo de una manera altiva y distante. Engreída, incluso.

Cada grupo entró en el cine por su cuenta. Carolina se sintió satisfecha por la manera en que había resuelto aquel encontronazo. A la salida del cine, Martín renovó su invitación para dar una vuelta por el puerto. Durante la sesión de cine, su brazo había rozado más de una vez el de Carolina y ella no lo había alejado. Y sus pantorrillas se habían tocado en varias ocasiones. La película no les había interesado mucho.

Aparcaron en las inmediaciones del puerto de La Habana y se dirigieron a una cafetería.

Cenaron y, transcurrido un tiempo prudencial, llegó el momento de retirarse. Martín la acompañó hasta su coche.

Estaban en un aparcamiento de la parte antigua, al lado del teatro Tacón. Carolina buscaba las llaves en el interior de su cartera. Él se había retrasado unos metros con el fin de dar unas monedas al joven que les había cuidado el vehículo. Ambos se vieron sobresaltados por una voz que alguien daba desde la acera de enfrente.

—¡Eh! ¡Usted! ¡Mi amigo el gallego!

Martín giró la cabeza. Era Tatalí, que a unos metros lo saludaba agitando con la mano derecha una sombrilla. Él no supo responder. Carolina miraba la escena, sorprendida. Al instante supo a lo que se dedicaba ella. Se acercó a Martín. Su rostro evidenciaba contrariedad.

—Me voy —le dijo.

Él reaccionó.

—Espera... deja que te explique.

—¿Explicar qué?, no me debes ninguna explicación.

Martín estaba aturdido.

—No es mi amiga. La conozco, sí...

Carolina se fijó en la joven. Debía de tener diecisiete o dieciocho años. Llevaba un vestido rojo ceñido que resaltaba sus caderas. Y el pelo le llegaba casi hasta la cintura. Y calzaba zapatos de tacón fino. Pese a que las separaban unos cuantos metros, no tuvo ninguna duda de que se trataba de una de esas prostitutas que hacían la calle por Virtudes o Ánimas. De eso estaba segura.

Carolina hizo un esfuerzo por no perder la sonrisa.

—Bueno, Ugarte, me voy a casa. Ahora podrás atender a tu amiga.

Él seguía sin saber cómo responder. Al otro lado de la acera, Tatalí continuaba estática, mirándolos a los dos. Había dejado de agitar la sombrilla.

—Carolina, es una joven que conocí en la calle hace unas semanas —dijo él en un tono extraño.

—Sí, en la calle, de eso estoy segura. No tienes que darme ninguna explicación,

Martín.

—No, pero quería decírtelo.

Ella arrancó el coche y se dirigió a su casa. Durante el camino llegó a derramar alguna lágrima. ¡Cómo podía ser tan idiota! En ese momento le vinieron a la cabeza una serie de reflexiones que venía escuchando en su familia desde que era una niña. Frases sueltas que salían de los labios de sus tías y que tenían el propósito de que chiquillas como ella fijasen en su cabeza varias ideas que les servirían al entrar en la adolescencia: «¡Una chica de buena cuna ha de elegir un joven de una familia igual o similar para evitar sorpresas!», «¡Siempre hay que desconfiar de tanto caza dotes que abunda en La Habana. Más si son españoles, que estos las cazan al vuelo!»

Martín se acercó a Tatalí. Por su cara, esta comprendió que lo había puesto en un compromiso.

—Perdona, no quería molestar —dijo—. ¿Quién es?, ¿tu enamorada?

—No, solo es una alumna de francés. Y no es tu culpa.

—Parece fina, de la alta sociedad. Se ve a distancia.

Ambos decidieron tomar un cafecito en algún local cercano. El no se quitaba la escena de la cabeza.

«¡Qué malísima suerte!», pensó. En esos mismos momentos, Carolina estaría pensando que él era uno de esos cerdos extranjeros que frecuentaban a las chicas de la calle Virtudes.

Trató de quitarse ese pensamiento de la cabeza.

—¿Y tú cómo estás?

—Mal, amigo mío.

—¿Por qué? ¿Qué te ha sucedido?

—A mí nada, pero la Mamá Dolores anda estos días revuelta. Dice que oye al manisero tocar las maracas por estos lados día y noche.

Tatalí aludía a una célebre canción del maestro Moisés Simons. Martín puso cara de no entender nada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No lo sabes? Cuando se oye al manisero tocar las maracas es que alguien va a morirse.

El vasco echó una carcajada.

—¿Y tú crees en eso?

—Como no voy a creer, chico, está comprobado.

Volvió a reírse. Tatalí poseía la habilidad de provocar su risa.

—¿Y tus clientes?

—No me faltan. Interioranos, *yonis*, de todo. En estos días no muchos, la gente está en la fuácata.

—¿Qué es eso?

—Qué está sin un kilo.

Al principio de llegar a La Habana Martín tuvo dificultades para entender algunas frases de los cubanos en todos sus matices. Era común que introdujesen palabras, jerigonza, que solo en la boca de un cubano adquiría significado. Luego se fue acostumbrando, la riqueza de su léxico fue una de las cosas que más le enamoró de La

Habana.

—Comprendo. ¿Por qué no buscas un buen hombre y te casas?

Tatalí rio.

—¿Casarme? ¿Para qué? ¿Para que un desgraciado me llene de chiquillos y se vaya después con otra?

—No tiene que ser siempre así.

—Eso será en tu tierra, gallego. En Cuba, sí. Al menos para las chicas como yo. ¿Quieres saber lo que soy?

—¿Qué eres?

—Una hija de temporal.

Martín abrió los ojos.

—¿No sabes qué es eso? Te lo diré. El malnacido de mi padre era de México, estaba de visita en Cuba y conoció a mi madre. Templaron, quedó embarazada y ella se lo reclamó. Él le arrojó unos billetes encima de la cama y le dijo:

—En mi país tengo hijos de riego. Ese que llevas en el vientre es un hijo de temporal, no digo más.

Tatalí añadió.

—Y se largó. Ni siquiera sé su nombre. Eso sí, mi madre dice que era un moreno bien hermoso y que besaba lindo. Por eso repito lo de hija de temporal, lo decía él.

De forma repentina, Martín Ugarte pensó en la vida que le esperaba a Tatalí. En Tánger había conocido bastante a Madeleine Didier. Al frente de su establecimiento, Chez Madeleine, le había ido bien. Había ganado dinero, se había comprado una casa y tenía a su lado al marinero Lègrand. Pero también recordó a aquellas mujeres andaluzas cercanas a la vejez que no podían ni con su blusa. Desdentadas y vejadas, se veían obligadas en entregar lo que les quedaba de cuerpo por unos céntimos en las callejuelas sórdidas de Tánger. A ellas las había asistido en confesión más de una vez y todas ellas habían sido en alguna ocasión como Tatalí, jóvenes, dicharacheras, ocurrentes.

—¿Qué te gustaría hacer en la vida? —le preguntó Martín. Fueron unas palabras que le vinieron de golpe. No trataba de sonsacarle nada. Solo alejarse de aquellos recuerdos. Ella se sorprendió.

—Viajar en barco. Veo el mar todos los días, y alguna vez he ido a la playa Viriato, pero nunca me he subido ni siquiera a un bote de esos que tiene cualquiera en la bahía. Me gustaría viajar en barco, recorrer tres o cuatro países, bajar por las escalerillas como hacen las señoras, con un porteador detrás llevando las maletas. Seguro que has navegado más de una vez. ¡Qué pregunta tan estúpida! Seguro que llegaste en uno de esos enormes barcos.

Martín se moría de ganas por saber cómo había empezado en esa profesión.

—¿Quieres comer pollo frito, Tatalí?

—Ahora no puedo, tengo un cliente. Es doctor, y trabaja en el hospital Calixto García. Deja buenas propinas y no jode mucho. Ven a verme otro día, yo siempre estoy por aquí.

—Lo haré —concluyó Martín.

Martín se disponía a darle la mano.

—¿No vas a ponerme el dedo en los labios?

Él se extrañó. Sonrió como si acabara de recibir un cumplido.

—Es lo más bonito que me ha hecho un hombre —dijo ella.

—¿En serio?

—Claro, yo no digo mentiras.

Aquella noche, Alison acudió al apartamento de Ugarte. Eran las diez pasadas y Joan decidió visitarlo sin previo aviso.

Mientras se amaban, Joan se comportó de manera diferente. Besó a Martín con una avidez que no había mostrado hasta ese momento. Movía las caderas con ligereza, lo cogía de los cabellos y los apretaba con fuerza, le tomaba la mano y la dirigía hacia su vello púbico para que lo acariciase. No se cansaba de besarlo en las comisuras de los labios, le metía la lengua en la oreja y la recorría sin fin, le besaba el cuello. Él se derretía de placer. Martín temió que al chuparle el cuello con esa fuerza con que lo estaba haciendo le dejase una marca, como había sucedido una vez en Tánger hacía años. Se lo advirtió y ella aceptó, no sin refunfuñar. Sí, era lo que pretendía, quería que todos supiesen que aquel hombre tenía dueña, que no iba a permitir que nadie se apoderase de él sin luchar como una fiera. Tras terminar, a Martín le costó recuperar el resuello de tanta excitación y placer como había sentido. Ambos encendieron un cigarrillo. Pero ninguno de los dos tenía ganas de charlar.

Se durmieron abrazados.

Capítulo 25

Al día siguiente, Martín Ugarte debía presentarse en casa de los Bacardí para la clase de francés que tenía programada. Estaba en la academia haciendo tiempo para tomar un taxi. Sonó el teléfono. María Valeria recogió el mensaje. Llamaban de la casa de la familia Bacardí. Rogaban al profesor Ugarte que no se desplazase, la joven Carolina estaba indispuesta. Ella avisaría para reanudar las clases cuando se encontrase mejor.

Él le dio vueltas. Quería remendar el roto y no sabía cómo hacerlo. No había razón para tomar una decisión apresurada, como presentarse en casa de Carolina y explicar lo que había sucedido... mejor dicho, lo que no había sucedido entre aquella joven y él. Ni era novio de Carolina ni había existido entre ambos unas palabras que indicasen esa posibilidad.

Aun así, no pudo quitarse de la cabeza la cara de decepción de Carolina.

Tras la conversación con Stanley, Joan Alison sentía una opresión en el pecho que ni siquiera los dulces besos de Martín habían conseguido aligerar. Joan trató de hacer memoria. Le asaltó un temor. Siempre había tenido la sospecha de que Eugene, el hombre con quien había estado casada, estaba relacionado con algún miembro del hampa neoyorquina. Era una sospecha causada por la vida nocturna que lo caracterizaba. «En realidad —pensó—, Eugene no hacía otra cosa que actuar en clubes y salas nocturnas. De vez en cuando lo hacía en un teatro de Broadway.» En todo caso, eso había sucedido años atrás. No tenía sentido preocuparse por ello.

Pero, en aquel momento de la vida de Joan Alison, se cumplió una de las reglas que suelen darse: Los episodios importantes no pasan página sin ajustar cuentas. Los secretos rara vez se encierran para siempre, ni siquiera si uno de los protagonistas descansa en el cementerio.

Declinaba la tarde cuando se encontró con Jacob Lansky en la terraza del hotel. Fiel a su personalidad de mujer decidida, lo abordó. Tal vez fuera un golpe de suerte, o de mala suerte...

—Señor Lansky, me llamo Joan Alison. Creo que hace unos días estuvo preguntando por mí.

Jacob estaba tomando un coñac y leía un periódico norteamericano. Uno de sus guardaespaldas lo vigilaba a pocos metros, sentado en otra mesa. Lansky la invitó a sentarse y llamó a un camarero.

—¿Qué desea tomar, señorita Alison? —le dijo después de estrecharle la mano.

—Beberé lo mismo que usted, señor Lansky.

—Estoy bebiendo un coñac Hennessy.

—Haré lo mismo.

Lo conocía. En realidad, todos los huéspedes del hotel lo conocían. Sabían que el Nacional estaba regentado por Jacob Lansky y que el verdadero propietario del lugar era su hermano Meyer.

Joan se quedó esperando una respuesta.

—Es cierto, pregunté por usted a un amigo común, un periodista.

—Chris Fanon —dijo ella sin dejar de sonreír y mirándolo.

—¡Un buen tipo! —observó él.

—Lo conozco desde hace años.

Un Lansky no perdía una oportunidad para recabar información.

—¿Lo conoce? ¿De Nueva York?

Joan Alison se dio cuenta de lo que entrañaban las palabras de su acompañante.

—Sí, de Nueva York y de otras ciudades. Los periodistas solemos frecuentar los mismos lugares, siempre a la caza de alguna noticia.

Joan dejó que transcurriesen unos segundos.

—Estoy esperando una respuesta, señor Lansky.

Este se lo pensó. En realidad, no tenía ningún motivo para ocultárselo.

—Se trata de un asunto relacionado con el señor Eugene Temple. Sucedió hace años.

Esas palabras de Jacob Lansky tuvieron el mismo efecto que si le hubieran clavado un cuchillo en el pecho.

—¿Qué sabe de aquel asunto? Eugene y yo estábamos casados cuando lo mataron —preguntó ella con voz decidida.

Lansky encendió un cigarrillo. Ofreció otro a Joan, que no lo aceptó. Por su forma de reaccionar, estaba casi seguro de que a esa mujer no la movía la venganza. Aun así, tenía la obligación de descartarlo de forma absoluta, era su costumbre. De modo que continuó.

—¿Y usted...?, ¿qué sabe? —preguntó él.

—Sé que lo mataron por error, que lo confundieron con otro tipo en el club Salvatore.

Jacob Lansky sabía dominar sus emociones y sus reacciones pero, en este caso, algo le falló. Hizo un gesto extraño, como si la explicación dada por ella careciese de sentido.

Ella comprendió.

—¿No me lo va a decir? Dígamelo, necesito saberlo. ¿Estaba Eugene relacionado con otra clase de asuntos?

Lansky la miraba con compasión. Joan ataba cabos, uno tras otro, con rapidez. El silencio de Jacob Lansky se le hizo eterno.

—Entonces no lo mataron por error.

Jacob Lansky permaneció en un silencio absoluto. Desde su infancia había unas cuantas reglas en su universo. Una de ellas, que jamás debía sentir lástima por un delator o por los familiares de este. Y aquel maldito mago lo había sido.

Joan Alison no estaba dispuesta a terminar aquello así.

—Dígame, señor Lansky. Llevo años haciéndome esa pregunta. Era mi marido, yo era muy joven.

Lo único que hizo Lansky fue encender otro cigarrillo. Ella se levantó.

—Mi vida cambió a partir de aquel momento, dígamelo.

Lansky echaba bocanadas de humo sin abrir la boca.

Ella apuró el coñac.

—Ya tengo bastante. Ahora me retiro.

Joan hizo el gesto de incorporarse. Lansky se levantó y le apartó la silla para que se desplazara con comodidad.

Mientras Joan se dirigía a su habitación, pensó en la tragedia de aquel momento. Había conocido a Eugene siendo una muchacha cargada de ilusiones, fue el primer

hombre con quien sintió placer, lo había amado sin límites, había llorado aquel error del club Salvatore, aquella malísima suerte, para encontrarse con la verdad al cabo de tanto tiempo y en circunstancias tan extrañas. Las pocas palabras y los silencios de Jacob Lansky, unidos a sus vagas sospechas anteriores, despejaban cualquier clase de duda. Durante su relación con Eugene había descubierto algunos detalles que la pusieron alerta, y los últimos meses de su matrimonio estuvieron sembrados de una desconfianza que resquebrajó el hasta entonces sólido amor que se habían profesado. Pero, aun así, hasta esa tarde solo habían sido dudas, nunca certezas; y, en cualquier caso, la muerte de Eugene la había dejado devastada.

Por unos largos instantes, perdió las ganas de seguir viviendo. Ante el espejo de su habitación, llegó a la conclusión de que aquella tarde había envejecido. Habían pasado bastantes años, pensaba que esa herida había cicatrizado pero no era cierto. Lloró hasta que la venció el sueño, de nuevo con la ayuda de un somnífero.

Jacob dio cuenta a su hermano Meyer de aquel encuentro.

—No tenemos nada que temer de esa mujer.

—¿En serio? Cómo me alegro, me gustó su película. Siempre recordaré aquella escena de *Casablanca.* Cuando Víctor Laszlo se pone en pie en el Rick y ordena a la orquesta: «toquen la *Marsellesa*». La he visto muchas veces y siempre se me pone la carne de gallina —dijo Meyer.

—No tengo dudas. Hablé con ella. Se conmovió al intuir lo de su marido el mago —respondió Jacob.

—¿Se lo dijiste, le contaste lo de Cardoni?

—No fue necesario, ella preguntó y yo callé.

—Bien hecho, Jacob, mejor así. Bueno, que descanse de una vez, dejaremos que haga su trabajo en paz —concluyó el jefe.

Había pasado una semana desde que Martín y Carolina se habían encontrado con Tatalí, y la heredera no daba señales de querer reanudar las clases de francés. Martín no se quitaba ese asunto de la cabeza. Pensó en escribirle una carta. Para él era una situación desasosegante. No tenía nada de lo que arrepentirse y, sin embargo, se sentía culpable. La ausencia de Carolina había alimentado su atracción por ella. Echaba de menos sus conversaciones, su risa alegre y aquella frescura juvenil que daba color a sus días.

Al otro lado de la ciudad, en El Vedado, Carolina Bacardí empezaba a recobrar el buen humor. Había reanudado las visitas diarias a la oficina después de dos días de no hacerlo. Incluso se había visto una tarde con sus amigas del colegio. También se había inventado una visita a Santiago de Cuba con el propósito de inspeccionar la fábrica principal de los Bacardí. Sin embargo, no paraba de pensar en su profesor de francés. A medida que fueron pasando los días, la decepción había dado paso a la duda. Tal vez estuviera equivocada y aquella chica solo fuera una amiga. En la educación que había recibido no existía la posibilidad de una amistad inocente entre una prostituta y un hombre joven. Sin embargo, Martín nunca había dicho nada que le hiciese suponer que se estuviese enamorando de ella. Solo eran profesor y alumna, acaso amigos, y no sabía nada de la vida privada de Martín. Tal vez fuese mejor así: no hacerse ilusiones. Una tarde, llamó a La Internacional. Preguntó por Martín Ugarte. Este no encontraba en la

academia en ese momento. Ella se identificó y dejó un recado escueto: deseaba reanudar las clases de francés. Señaló un jueves de aquella misma semana, a la hora de costumbre.

Martín recibió la nota y se sintió reconfortado. Había pasado una semana desconcertante. Por un momento, había extrañado los tiempos pasados, cuando él era un simple sacerdote y solo tenía que pensar en sus obligaciones para con los feligreses y dormir en paz cada noche. Los tiempos en que las mujeres no habían hecho aparición en su vida. Fue solo un momento. El recado de Carolina lo animó, y se esforzó por concentrarse en la conversación que tendrían que mantener.

Llegó el jueves y franqueó la gran verja de la mansión de los Bacardí como tenía por costumbre. Ofelia lo recibió con su hospitalaria sonrisa de siempre y le indicó que la señorita Carolina lo recibiría en la biblioteca de manera inmediata.

Él estaba nervioso. Carolina entró en la estancia con los cuadernos que utilizaba en la clase. Sonreía. Martín advirtió que también estaba nerviosa.

—¿Cómo estás profesor? —dijo.

Martín se esforzó por sonreír.

—Bien, ¿y tú?

—Dispuesta a continuar las clases. He estado ocupada estos días atrás —dijo en un tono que a Martín le dio la impresión de haber sido ensayado.

—Quería explicarte lo que sucedió, Carolina.

—No tienes que hacerlo, Martín. Tú eres mi profesor y yo soy tu alumna. No nos une ningún otro lazo. Prefiero que a partir de ahora nos limitemos a las clases. Que dejemos de comer helados por la calle o de ir al cine. Así será mejor para los dos.

Él no se conformó con estas palabras.

—Como quieras. Aun así, me quedo con las ganas de explicarte quién era la mujer que viste hace unos días.

Ella insistió.

—No quiero saberlo, Martín. No tengo derecho alguno a entrar en tu vida privada y, de hecho, no me interesa.

El tono de ella era rotundo. Martín sintió una punzada de tristeza.

—Como quieras.

—Si no tienes inconveniente, reanudemos las clases de francés donde lo dejamos. Creo que la última vez me estabas explicando la conjugación de algunos verbos.

Capítulo 26

León Valente continuaba dándole vueltas al secuestro de Carolina Bacardí. Vino en su ayuda una circunstancia con la que no contaba. Una tarde, María Valeria y él terminaron una reunión. Estaban a solas y el camarada secretario general le propuso tomar una cerveza. Ella aceptó. Se dirigieron al Estrasburgo.

El no lo conocía. Era aún temprano y el bar acababa de abrir las puertas. Francesco Cavalcanti no solía estar presente a esas horas, pero ese día había ido para revisar unas facturas. Cavalcanti conocía a María Valeria de vista y los atendió y se sentó junto a ellos. La joven los presentó. Ambos serían de una edad similar y quedaron intrigados el uno con el otro.

Pasaron una hora bebiendo cervezas, y el dueño del Estrasburgo les relató algunas de las experiencias que lo habían acompañado durante su vida. Una de ellas se refería a la época en que había suministrado, desde las costas italianas, armas a los guerrilleros chipriotas que luchaban contra el imperio británico. Dejó claro que para él había sido un asunto de trabajo, que no había razones políticas ni altruistas para esas andanzas.

León Valente tenía una cultura amplia y conocía la historia de Makarios III. Lo interrumpió en varias ocasiones para apuntar un detalle u otro y se esforzó para que prosiguiese su narración. Le interesaba el asunto. A lo largo del relato de Cavalcanti, una pregunta se iba gestando en la cabeza de Valente: ¿y si aquel italiano pudiera ayudarlo en la ejecución del plan que tenía entre manos? Parecía un hombre experimentado y resuelto, él mismo había admitido que era un mercenario y sus escasos escrúpulos serían amortizables con una buena cantidad de dinero. Pensó en esa posibilidad.

A partir de aquel día, se hizo cliente habitual del Estrasburgo. Lo visitaba un par de veces a la semana en horas en que el dueño estaba presente, lo que averiguaba haciendo una llamada telefónica. El italiano lo recibía con satisfacción. Empezaron a hacerse amigos.

Uno de aquellos días surgió la conversación de la presencia en la isla de otros italianos. León Valente lo comentó a propósito. Se refería a Santo Trafficanti, Costello, y tantos otros. También mencionó a Meyer Lansky, al que definió como «uno de los grandes jefes». Valente le preguntó si los conocía.

—Claro que los conozco. De vez en cuando, alguno de ellos viene a mi bar y bebe un trago. Mira lo que te digo, terminarán por hacerse los dueños de la isla. Son de una ambición extraordinaria. Allí donde ven dinero se meten sin pensárselo dos veces.

León Valente habló. Llevaba bastante tiempo preparando la pregunta.

—¿Y tú?, Francesco, ¿qué harías por una buena cantidad de dinero?

Cavalcanti lo miró fijamente.

—Llevo contestando esta pregunta desde los quince años...

—¿Podemos hablar de negocios? Con tranquilidad...

—No hay nada que me guste más —repuso el italiano—. ¿De qué se trata?

León Valente no estaba dispuesto a soltar lo que tenía en mente, pero necesitaba al siciliano porque ni él ni, mucho menos, María Valeria, la única camarada que estaba al

tanto, tenían experiencia en acciones violentas o para las que se exigiera una buena dosis de audacia, sangre fría y determinación. Debía pensarlo bien. De manera que se excusó en que tenía que examinar su propuesta. Postergaron la conversación para otro día. Cavalcanti no lo presionó, aunque se quedó intrigado.

El líder trotskista había continuado dando vueltas a la colaboración de Cavalcanti en su plan. Al fin se decidió. Lo hizo porque la Operación París seguía teniendo un punto débil: el comando ejecutor. No confiaba demasiado en los jóvenes que estaban a sus órdenes en la Liga que había creado. No habían pasado de arrojar octavillas en las universidades o en la calle San Lázaro y de pintar en los muros frases contra Fulgencio Batista. Francesco Cavalcanti parecía otra cosa, de manera que tomó la decisión.

Y estaba María Valeria, la única persona en Cuba que conocía sus planes. Era viva, decidida, ideológicamente preparada, había colaborado de forma activa en la preparación del secuestro pero no la necesitaba y su presencia en Cuba engendraba peligro para la operación y para él mismo. Decidió enviarla a París por una buena temporada, dos o tres meses le dijo. Aprendería algo de francés, contaría con los recursos suficientes. Ella aceptó por disciplina, le hubiera gustado participar en ese episodio. A Thierry no le agradó el viaje de su novia pero no podía oponerse ante la ilusión de la joven por hacerlo. Seguía sin saber nada de la Operación París. Ella embarcó con destino a Le Havre. León Valente la despidió en el puerto, con ello se había librado de un peligro para la Operación París.

Visitó de nuevo el Estrasburgo.

—Francesco, en referencia a lo que hablamos hace unos días, ¿te involucrarías en una operación importante? —le dijo una tarde. Estaban solos en el Estrasburgo.

—¿Cómo de importante? ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Mucho. Trescientos mil dólares, si las cosas salen bien.

Cavalcanti silbó. En Cuba, gracias al bar, vivía sin apreturas y podía mantener su relación con Sandra. No la amaba, lo suyo era sexo y conveniencia. Y le venía bien para regentar el bar. Pero tenía casi sesenta años y suspiraba por volver a Catania, comprar una buena finca y vivir el resto de sus días junto a su familia. En Catania le esperaban su mujer y sus cuatro hijas, que aún vivían en su pueblo natal, Gravina. Pero Cavalcanti no quería volver pobre. O regresaba rico o no lo hacía. El tiempo corría en su contra, y vio en las palabras de León Valente una oportunidad.

—Eso es mucho dinero. Esa cantidad, ¿sería para todos o solo para mí?

Valente quiso espolear la ambición de su amigo.

—Para ti.

—Por ese dinero estoy dispuesto a todo, amigo León. Te lo repito: a todo.

—Te advierto de que el asunto tiene su peligro.

—Lo imagino, nadie en mi vida me ha dado un centavo sin arriesgar nada. Recuerda que hice travesías por el Mediterráneo por menos cantidad de dinero. Y ten en cuenta que los barcos ingleses acechaban con unas buenas ametralladoras en cubierta.

—Eras muy joven... —insinuó el líder trotskista.

—No importa. Todo lo que ya no tengo de joven lo tengo de astuto. Y, aun así, si se necesitan muchachos jóvenes para tus planes, sean los que sean, puedes contar conmigo. Solo tengo que hacer una llamada y se presentan aquí unos cuantos de toda

mi confianza. También italianos.

León Valente vio en las palabras de Cavalcanti la solución a sus problemas.

—¿Qué quieres decir con que se presentan aquí?, te refieres a...

—Sí, a lo que estás pensando, a jóvenes de mi región, incluso de mi familia. Sobrinos, primos... muchachos a toda prueba y dispuestos a todo. Muchachos que no me traicionarían. ¿Sabes?, no confío en los cubanos, solo en los italianos. Ni siquiera en los italianos, solo en los de mi pueblo, en la gente de Gravina. Ellos no me apuñalarían por la espalda. Somos todos medio primos. Nos casamos con mujeres del pueblo desde hace siglos. Dentro de unas semanas estarían en la ciudad esperando mis instrucciones — remató.

Valente no quiso desaprovechar la oportunidad. Que se ocupasen del secuestro unos extranjeros le quitaba unos cuantos problemas de en medio.

—Esa es una idea estupenda. Déjame que lo piense, en unos días volveremos a hablar del negocio.

Francesco Cavalcanti tenía un sexto sentido para deslizar frases con doble sentido.

—Sospecho que esos dólares que me ofreces representan una parte muy pequeña de lo que piensas obtener.

Valente esbozó una ligerísima sonrisa.

—No te daré ni un centavo más.

—No te lo pediré, me conformo con eso.

Valente salió del Estrasburgo entusiasmado. De un plumazo, había despejado algunas dudas. El ofrecimiento del italiano solucionaba unas cuantas aristas de la operación, las que más dudas presentaban hasta hacía unos instantes. Por último, pensó que, si las cosas se torcían, siempre existían otras posibilidades a la hora de eludir responsabilidades: Trasladar la culpa a un asunto entre italianos sin ninguna relación ni con él ni con la LCR.

Esa conversación con aquel italiano abría nuevos horizontes que valía la pena examinar. Había llegado el momento de acelerar la Operación París.

Unos días después de la entrevista de Joan Alison con Jacob Lansky, Stanley habló con Ray Colmore. Este le confirmó los lazos de Eugene Temple con una banda de la mafia de Nueva York. No descendió a los detalles de su relación con la familia Cardoni pero sí le transmitió que había sido asesinado en un ajuste de cuentas.

Stanley tenía un sexto sentido. Fue a visitar a Joan Alison al hotel Nacional y en recepción le dijeron que se había mudado al Presidente. A él le pareció extraño y se dirigió a este, situado cerca del Malecón. La encontró en una mesa de la piscina garabateando en un cuaderno. Su semblante era de una profunda seriedad. Ella vio la inconfundible silueta de Stanley aparecer por la puerta y se sintió reconfortada de inmediato.

—Hablé con Jacob Lansky. Le pregunté por Eugene, mi marido.

Él se adelantó. Desconocía la respuesta que le había dado el gánster. La desolación se dibujaba en el rostro de Joan.

—¡Pero qué puede esperarse de esa gente! No los creas, sea lo que sea lo que hayas escuchado. Ahora sube a tu habitación, ponte guapa, y vamos a buscar a Martín y a tomar unos tragos. ¡Como en los viejos tiempos! ¡Como si estuviéramos en Tánger junto

a Madeleine y Lègrand! De todas maneras, deja que te diga que pocas veces he visto a una persona con tantas agallas como tú. Si Martín Ugarte no es un completo estúpido, no puede permitir que te escapes de sus manos.

Ella sonrió por primera vez en muchas horas. Admiraba a Stanley. ¡Qué facilidad para reanimarla con unas pocas palabras! Le hizo caso. Lejos de apagarse, la conversación se reanimó. Para Joan fue una tarde de confesiones. Si hubiera tenido en ese momento al lado a Madeleine Didier... Stanley no era lo mismo pero, al menos, era un viejo amigo. Un tipo que conocía buena parte de su vida.

—Esta noticia, para mí, es devastadora, Stanley. Es verdad que tenía mis sospechas, pero no acababa de creerlo. Mi marido no dormía bien, murmuraba en sueños y, una noche, durante una fiesta, oí una conversación en la que Eugene parecía estar al tanto de algunos negocios turbios. Pero después, cuando lo asesinaron, todo apuntaba a que había sido una confusión. Y me aferré a esa idea. Aunque, en mi interior, siempre supe que algo no andaba bien, intuía una cara oscura que Eugene siempre me había ocultado. Estuvo ahí. La duda, la desconfianza... eso siempre estuvo ahí. Pero siempre se disipaba, desaparecía en cuanto él me tocaba y me susurraba palabras de amor.

» Eugene representó tanto para mí, Stanley. No sé lo que me sucede. He tenido éxito con *Casablanca* y aún me queda tiempo... aún para tener otros éxitos. Pero soy infeliz, terriblemente infeliz. Presiento que terminaré siendo una vieja triste y amargada, que no aprovecharé las oportunidades que me da la vida.

Stanley sabía de qué hablaba.

—Te refieres a los hombres, ¿me equivoco?

—Sí, a los hombres, perdí la inocencia al descubrir que Eugene tenía una doble vida.

—No pretendo escarbar en tu vida, pero ¿y Martín?

Ella esperaba aquella pregunta. La deseaba. Necesitaba desahogarse.

—No sé lo que pasará entre Martín y yo. Ya no es el mismo de Tánger. Me desea, es cierto, pero no de la misma manera. Sospecho que hay otra mujer metiendo las narices.

Stanley había estado presente en algunos momentos en que Martín y Carolina habían coincidido. Para un hombre como él era fácil detectar miradas de interés, intentos de seducción, incluso. Estaba seguro de que se gustaban. Por otra parte, Franklin y Beto, los taxistas que le transmitían informes con regularidad, los habían visto juntos en diferentes establecimientos, como heladerías y cafés.

—¿Estás hablando de Carolina Bacardí? ¿No es cierto?

—Sí, de ella. ¿Qué opinas?

—Es joven y hermosa y tiene dinero. Eso siempre es atractivo para cualquiera. Pertenece a un mundo diferente al de Martín, el de la aristocracia empresarial. No sé hasta qué punto eso interesa a Martín pero, si hay algo entre ellos, será una rival difícil. ¿Quieres un consejo? Decídete de una vez. Si te gusta Martín, quiero decir, si piensas en él más que en una simple aventura para una temporada, díselo. Dedícate a él, cortéjalo, háblale de planes futuro, de cosas que suelen hacerse entre dos personas que se enamoran. Es posible que tengas en La Habana una segunda oportunidad con él. Seré sincero contigo, no creo que pueda haber una tercera. No hay mayor dolor para un hombre que ser burlado dos veces por la misma mujer, eso me lo enseñaron en Tánger algunos amigos que probaron de esa medicina.

Ella reaccionó con ira.

—Yo no me burlé de nadie, nunca prometí nada.

—Dejémoslo. ¿Y tener hijos? ¿Has pensado alguna vez en eso?

—¿Hijos? Nunca he pensado en tenerlos.

—Puede que él sí.

—Me gustaría saber qué siente por mí.

—¿Y por qué no se lo preguntas?

Ella se quedó pensativa. Fijó su mirada en un punto lejano de una manera que llegó a conmover a su acompañante. ¡Se la veía tan frágil!

—Si tuviera aquí a Madeleine, sería de gran ayuda... —dijo.

Joan continuaba mirando hacia el horizonte.

—No busques excusas, Joan. Madeleine te diría lo mismo que yo, estoy seguro. Fíjate en ella, por nada del mundo dejaría marchar a su marinero Lègrand, a pesar de que sabe que se acuesta con mujeres jóvenes de vez en cuando. Madeleine es sabia —dijo Stanley.

Stanley hablaba con esa autoridad amable que lo caracterizaba.

—Tendré que pensar en lo que dices, Stanley. Ya veremos cómo se van definiendo las cosas —dijo Joan aliviada por las palabras de su amigo. Aprovechó para desviar el tema, tenía el espíritu dolorido y necesitaba reflexionar sobre los comentarios de Stanley —. ¿Y a ti? ¿Te hubiera gustado tener algún hijo?

Stanley silbó.

—Claro que me hubiera gustado, ¿qué hombre no quiere envejecer con un hijo a su lado? Pero a estas alturas ya he asumido mis circunstancias y sé que eso es imposible.

—Tienes a Alí en Tánger.

—Sí, es lo más parecido a un hijo. Soy feliz cuando lo veo.

Stanley aprovechó la conversación.

—¿Por qué estás tan segura de que no quieres tener una familia, Joan? Aún eres joven, tienes buena salud, tendrías hijos hermosos e inteligentes.

No se sentía cómoda con esa conversación, ni siquiera con Stanley, la única persona a quien permitía adentrarse en su vida privada. Cambió de planes, quería estar sola y se despidieron. Joan se fue a caminar por el Malecón. Era una tarde luminosa e invitaba a hacerlo. Las palabras de Stanley consiguieron inquietarla. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué no pensar en Martín Ugarte como el hombre que la podía acompañar el resto de su vida? Lo deseaba y se sentía bien a su lado, sobre todo cuando él la besaba de esa manera tan particular. ¿Y a Martín? ¿Le gustaría tener un hijo? Aquellos pensamientos se fueron desvaneciendo mientras se acercaba a La Habana Vieja.

Regresó al hotel después de la caminata. Resolvió dejar que la relación fluyese. No debía forzar una conversación seria con Martín. Hasta ese momento eran amantes, a ambos les convenía ese estado de cosas y nada indicaba que él pensara en ella de la misma manera en que lo había hecho en Tánger. Y estaba esa otra mujer, Carolina Bacardí.

Mientras reflexionaba, se preguntaba si no había sido idiota dejando que Martín se escapase de sus brazos cuando lo tuvo a sus pies, en Tánger.

Stanley continuaba visitando a Frédéric. Por nada del mundo se perdía una de sus

citas. No perdía interés por la misión que le había llevado a La Habana y no desaprovechaba las oportunidades que se le presentaban para entender lo que sucedía en el país —por intrascendentes que pareciesen—, pero sus pensamientos volvían con insistencia a Frédéric. Incluso, en ocasiones, se acercaba al hotel Presidente con el único objetivo de saludar al jefe de los recepcionistas.

El hotel Presidente estaba de moda. Para Frédéric Miner, habían sido unos meses agotadores, y la presencia en su apartamento de Chris Fanon representaba un notable alivio a la tensión que le producía el trabajo. Ambos habían congeniado, tanto en las conversaciones que mantenían después del sexo como en este mismo. Gozaban y se sentían a gusto. Stanley llevaba mucho tiempo solo y su vida empezaba a llenarse de sentido.

Capítulo 27

Francesco Cavalcanti visitó el pequeño bohío que María Valeria había arrendado en las afueras de La Habana. Lo hizo acompañado de León Valente, una vez que ambos hubieron llegado a un acuerdo sobre el secuestro de Carolina Bacardí.

El italiano quedó decepcionado por el lugar que habían elegido.

—¿A quién se le ha ocurrido este lugar? ¿No se ha dado cuenta de que lo primero que buscará la policía será un lugar aislado como este? ¿No se da cuenta de que está en medio del campo y que está expuesto a las miradas de los campesinos? Sospecharán de cualquier actividad extraña en un bohío en el que no vive nadie hace tiempo. ¿Qué clase de disparate es este?

El jefe del trotskismo cubano guardó silencio.

—Oiga, usted no sabe nada de estos asuntos. Ni casas en el campo ni al lado de la costa. Lo mejor que puede hacer es dejarlo en mis manos, desde el primer detalle hasta el último.

Cavalcanti exigió que ninguna de las personas que con anterioridad hubieran tenido conocimiento del secuestro continuase implicado. Agregó que era una condición indispensable para aceptar el trabajo.

—De acuerdo, me ha convencido, lo dejaré en sus manos —se resignó Valente.

León Valente aceptó la mayor parte de condiciones de Cavalcanti, aunque rechazó que el italiano formara parte del grupo de personas que debía recibir el dinero del rescate. En eso, León Valente se mostró inflexible.

—¿Cuántas personas conocen los planes del secuestro?

Valente vaciló. Respondió de forma ambigua. Le entregó a Cavalcanti unos miles de pesos para gastos.

A continuación, discutieron hasta los más pequeños detalles. Al día siguiente de haber alcanzado el acuerdo definitivo, Francesco Cavalcanti habló por teléfono con tres sobrinos que tenía en Nueva York. Tenían alrededor de veinte años. Los jóvenes se trasladaron a La Habana de forma inmediata sin conocer para qué eran requeridos y sin hacer preguntas, tal como se lo había solicitado su pariente.

Cavalcanti repasó el plan varias veces. Era el gran trabajo de su vida. Desde hacía tiempo, presentía que le llegaría una oportunidad como esa. No estaba dispuesto a desaprovecharla. Conocía los datos importantes: el barrio y la localización exacta donde vivía la familia Bacardí. Ideó una forma para realizar los seguimientos en el barrio de la víctima, en pleno Vedado.

Faltaba una última condición. Quería conocer dónde vivía el hombre que lo contrataba. Le exigió visitarlo en su casa. Comprobar hasta el último detalle que no estaba fingiendo. Le pidió las escrituras que acreditasen que él era el propietario. Que le mostrase fotografías de cuando era joven, de sus padres... no quería tener dudas.

Valente se sorprendió.

—No estoy dispuesto a meterme en este asunto sin tener la seguridad de que no está jugando a otra carta. No sé cuál, pero otra. He conocido a muchas personas que dicen ser una cosa y solo están fingiendo. Yo cumpliré mi parte y quiero saber con quién estoy

bailando —dijo Cavalcanti con rotundidad—. Mire, a estas alturas de mi vida las he bailado de todas clases y no confío en nadie —añadió.

El cubano terminó aceptando. De esa manera estaban en condiciones similares. Ambos conocían cómo localizar al otro si surgía algún imprevisto.

Algunas familias italianas gozaban de fama en La Habana por fabricar helados exquisitos. Cavalcanti había pensado en alquilar dos carritos para la venta ambulante de helado. Los necesitaba para que uno de sus jóvenes sobrinos empezase a *trabajar* en su plan.

Unos días más tarde, un joven paletero paseaba con un carrito de helados tocando la campana para que los residentes supiesen que ofrecía las mejores paletas de helados de la ciudad. El carrito pertenecía a helados La Riquísima. Tenía la excusa perfecta. En La Habana no era infrecuente toparse con jóvenes que vendían paletas de helados en carritos.

Todo lo que había tenido que hacer Cavalcanti había sido visitar algunos barrios de las afueras de la ciudad y localizar los carritos. Cavalcanti dio una explicación coherente: era el productor de una película y los necesitaba durante unos días. Al cabo de unos días disponía de dos carritos. Los había alquilado para unas semanas a un precio que a los dueños les había parecido extraordinario. Por una cantidad adicional, los vendedores se comprometieron a buscar a alguien que pintase los carritos con el nombre de La Riquísima. Las paletas las adquirían cada mañana en una fábrica de helados que vendía a pequeños comerciantes.

El más joven de los sobrinos de Francesco Cavalcanti era un muchacho de pelo ensortijado, de altura mediana y de una simpatía arrolladora. No le costó mucho que buena parte de las empleadas domésticas de las grandes residencias de El Vedado y Miramar saliesen a su paso cuando escuchaban el campanilleo de su carrito, que él movía con un son inconfundible. Se llamaba Pietro y apenas tenía diecinueve años.

Al cabo de dos semanas de vender paletas y recorrer el barrio durante varias horas al día, Pietro Cavalcanti estuvo en condiciones de ofrecer el informe que su tío le había solicitado: la descripción de un Buick descapotable y los rasgos físicos de una joven que solía abandonar su residencia cada mañana al filo de las diez.

Otro de sus sobrinos realizó una tarea similar en las inmediaciones del edificio Bacardí, en la esquina Montserrate con San Juan de Dios, donde numerosos empleados entraban y salían de la oficina.

Ambos midieron distancias, realizaron recorridos, sincronizaron relojes, levantaron planos y examinaron con cuidado si existían guardias privados de seguridad en el área residencial y en qué lugares se hallaban. Todo estaba preparado para dar el siguiente paso.

Cavalcanti localizó un viejo hangar situado en un barrio vecino a Centro Habana que disponía de cochera. Había sido un almacén de licores hasta hacía unos años y estaba abandonado. Al fondo del hangar había una pequeña habitación que había servido en su tiempo de oficina y un pequeño cuarto de baño aún en funcionamiento. Ordenó a uno de sus sobrinos que impermeabilizase con un producto de construcción las juntas de la puerta que unía la oficina y el espacio destinado a los vehículos. Una vez ejecutada esta pequeña obra, pidió al más joven que cantase en el tono más alto de que fuera

capaz. Él escucharía desde la calle. El joven eligió una *canzone* napolitana. Francesco se sintió feliz al advertir que nadie en el exterior podría escuchar nada que procediese de la oficina, por buen oído que tuviese.

Conocía los horarios de Carolina Bacardí y sus costumbres y disponía de un lugar idóneo donde esconderla hasta que su familia pagase el dinero que se exigiría por su liberación. Y contaba con las personas adecuadas para vigilarla veinticuatro horas al día. Solo le faltaba un plan para que la víctima detuviese el coche para poder secuestrarla.

Carolina Bacardí traspasó la verja de su casa como cada día —a la misma hora, las diez de la mañana—, avanzando en el Buick descapotable y dejando atrás a sus dos perros golden retrevier, que la acompañaron entre ladridos de despedida.

Cien metros después de cruzar la verja de su casa, se encontró con un carrito de helado atravesado en medio de la calzada. Daba la impresión de haber sido alcanzado por algún vehículo y arrastrado unos metros. Disminuyó la velocidad del Buick.

Al acercarse al lugar donde estaba el carrito de los helados, pudo reconocer al joven. Este se lamentaba agitando los brazos de lo que le había sucedido. Era el mismo joven que ofrecía las paletas de helados cada tarde en la calle donde residía. Nunca lo había saludado pero, desde el interior de su jardín, lo había visto varias veces. Ofelia le había comprado alguna paleta que otra y juntas habían bromeado sobre lo atractivo que era.

—Atractivo e italiano, señorita Carolina —había continuado entre bromas Ofelia.

Carolina detuvo el vehículo y le hizo una señal. El joven se acercó.

—¿Qué le ha sucedido?

—Muchas gracias por detenerse. El caso es que una máquina ha arrastrado mi carrito y ha desequilibrado una de las ruedas. No puedo seguir con mi trabajo hasta arreglarlo y no tengo modo de avisar a la empresa.

—¿Y qué se puede hacer? —dijo ella.

—Si me acerca unos cientos de metros, podré localizar a un compañero. Será suficiente, entre los dos lo arreglaremos.

El joven no debía de tener más de veinte años, era moreno de piel y de ojos oscuros. Hablaba español con dificultad pero se hacía entender. Carolina pensó en dar marcha atrás y volver a su residencia con el joven para que hiciera una llamada telefónica. Al escucharla, Pietro reaccionó. Su tío y él habían estudiado cada uno de los imprevistos que se podrían dar. Ese, el primero.

—No será necesario. Si me acerca a cinco calles de este lugar buscaré a otro paletero y entre él y yo solucionaremos el problema. La empresa tiene varios paleteros en esta zona. Dejaremos el carrito aquí, será cuestión de unos minutos. Me acerca y ya está. Mire mis manos, están limpias, no ensuciaré su máquina.

Carolina lo entendió.

—Suba —le dijo.

Él viajaba con una pequeña bolsa. Sacó un pañuelo de bolsillo y limpió la parte del asiento que iba a ocupar. Carolina lo interpretó como un gesto de muchacho ordenado.

—¡Qué inoportuno, lo de ese carro! ¿Y no se ha detenido para ayudarlo? —preguntó Carolina.

—Ni siquiera ha mirado hacia atrás. Era una máquina como esta, también

descapotable.

—Hay gente grosera. ¿Y puede arreglarse, su carrito?

—Una de las ruedas se ha salido del eje. Necesito ayuda de otro paletero.

—Me alegro de poder ayudarlo. ¿En qué calle cree que podemos encontrar a su compañero?

Habían transcurrido solo uno o dos minutos desde que el joven había subido al vehículo.

—En ninguna, ahora mire lo que tengo en mi mano derecha y siga mis instrucciones.

Carolina se volvió y vio una pequeña pistola que la apuntaba.

Capítulo 28

—Cubra el capó, dele al botón para que baje ahora mismo —dijo el joven, nervioso.

Ella obedeció. Unos segundos después el Buick había quedado con el capó cubierto.

—¿Qué es lo que desea? ¿Dinero? Creo que llevo unos pesos y unos dólares —dijo.

—No deje de conducir, se detendrá cuando yo se lo diga. Si grita o hace un movimiento extraño, dispararé y saldré corriendo.

En lo último que hubiera pensado Carolina Bacardí era en que pudieran secuestrarla. La Habana no era una ciudad donde se produjeran episodios de delincuencia importante, todo lo más algunos robos y crímenes por razones pasionales. Las víctimas solían ser mujeres que amanecían en un charco de sangre. Los periódicos se hacían eco del crimen al día siguiente con grandes titulares y una descripción pormenorizada del «teatro del crimen», como lo denominaban, y los sospechosos —a menudo los maridos que las habían sorprendido con otro y que rara vez negaban el delito— eran detenidos en escasas horas.

Lo que sí había escuchado o leído en algún periódico alguna vez era que se producían robos de coches de lujo como el suyo. Al parecer, existía alguna banda especializada en hacerlo con el fin de modificar su estado exterior de una forma que, una vez manipulados, quedaban irreconocibles. Fue lo que pensó, así que resolvió seguir las órdenes de aquel joven.

Sin dejar de apuntarle, el paletero le indicó que se detuviese. De nuevo, Carolina obedeció la orden. Otro joven subió al coche.

Al llegar a un semáforo recibió otra orden.

—Lo está haciendo bien. Ahora, con lentitud, pásese al asiento de atrás. Usted es joven y podrá hacerlo. Mi compañero conducirá. Deje el bolso en el asiento delantero.

—¿Qué es lo que buscan, dinero? —insistió ella.

—No le sucederá nada, no tema, solo obedezca.

Ella apoyó la mano derecha en el asiento, tomó impulso y, un segundo después, estaba sentada en el asiento trasero. Uno de los jóvenes se dispuso a reanudar la marcha, había bajado el seguro de las puertas traseras, de modo que nadie podía abrirlas. Ella observó que ambos jóvenes se parecían.

El Buick negro continuaba su marcha entre las calles de la ciudad. Pietro Cavalcanti había corrido las cortinillas de las ventanas del asiento trasero.

—Ahora le pondré esta venda en los ojos.

Carolina la vio. Era negra. Seguro que la habían comprado en cualquiera de los numerosos establecimientos de telas de Centro Habana.

—¿Qué quieren, llevarse la máquina? Háganlo ahora y déjenme salir.

—Sí, eso queremos, llevarnos la máquina, pero usted saldría dando gritos y nos pondría en un aprieto. Preferimos hacerlo a nuestra manera.

Ella se tranquilizó.

—No gritaré, lo prometo.

—No la creemos, gritará como hacen todos los dueños de los coches.

Carolina estaba convencida de que querían llevarse su vehículo.

—Les haré caso —dijo tratando de parecer serena.

—Para mayor seguridad, le ataremos las manos. No le haremos daño.

Ella sabía que no podía elegir.

Una vez maniatada y con la venda puesta, añadió:

—Pueden estar tranquilos, no veo nada. —La voz le temblaba. La oscuridad le robó los restos de seguridad que le quedaban.

El Cavalcanti que llevaba la voz de mando en la operación sacó de un bolsillo un frasco de tamaño pequeño y un pañuelo, el mismo con el que había limpiado el asiento trasero del vehículo al subir. Lo mojó de forma abundante con el líquido del frasco y se lo acercó a la nariz. Presionó para que lo respirara. Unos segundos más tarde, Carolina Bacardí se quedaba adormecida.

Carolina Bacardí llevaba una camisola color marrón y se había adornado el cuello con un pañuelo de seda blanco. Le gustaba lucir pañuelos en el cuello.

El más joven de los Cavalcanti se aseguró de que estuviera dormida y pudieron emprender el camino hacia el viejo hangar. Abrieron el portón sin contratiempos, aparcaron el coche y cerraron. Entre los dos sacaron el cuerpo de la joven y lo acomodaron con cuidado en la oficina situada en la parte posterior. Habían comprado un colchón nuevo, unas sábanas y unas mantas, todo ello de marcas convencionales que se vendían en numerosos establecimientos de la ciudad. Francesco Cavalcanti había ordenado que los comprasen en establecimientos diferentes.

Revisaron con cuidado la estancia. Uno de ellos se quedó como vigilante en el interior del vehículo y trató de descansar. El otro Cavalcanti, el que había simulado el accidente del carrito de los helados, encendió un cigarrillo mientras miraba a uno y otro lado con el propósito de comprobar que ninguno de los vecinos había reparado en su presencia. Luego se dirigió al Estrasburgo, donde lo esperaba su tío.

Aún era temprano y el bar estaba cerrado. Cavalcanti esperaba a unos cincuenta metros del bar. Se aseguró de que nadie siguiera a su sobrino. Hizo un esfuerzo y se fijó en su expresión. Pese a la distancia, dedujo que las cosas habían salido como estaban planeadas. A grandes zancadas se acercó a su sobrino. Hablaron en italiano.

—¿Se ha portado bien?

—Sí, pensaba que le queríamos robar el coche.

—¿Has traído algo que la identifique?

—Este pañuelo blanco que llevaba en el cuello.

—¡Buen trabajo! Aún tenemos tiempo antes de que su familia se alarme. Ahora tomarás el avión que sale dentro de dos horas hacia México. Al llegar, tomarás un taxi en el aeropuerto y te dirigirás a esta dirección. Es un café. A las cuatro de la tarde entrará un hombre más o menos de mi edad. Llevará una corbata roja. Le preguntarás por la capital de Cuba. Él responderá «Moscú». Le entregarás esta carta y el pañuelo de la joven. Luego das unas cuantas vueltas por la ciudad y te aseguras de que nadie te sigue. Duermes en cualquier pensión barata y mañana regresas a La Habana en el primer avión para el que encuentres un pasaje. Compórtate con tranquilidad y todo saldrá bien. Aquí tienes quinientos dólares para los gastos. Tendrás dinero de sobra. ¿Me has entendido?

—A la perfección, tío Francesco.

Pietro era el más espabilado de los tres, por eso lo había elegido para llamar la atención de la víctima a la salida de su casa y para viajar a México. Cavalcanti lo obligó a repetir las órdenes. Eran las instrucciones que le había proporcionado León Valente, que también le había entregado la carta. El joven lo entendió. La segunda parte del plan del secuestro estaba en marcha. Pietro Cavalcanti cumplió lo que su tío Francesco había ordenado.

Al día siguiente, el camarada Zacarías franqueó un sobre de tamaño mediano en uno de los enormes buzones para paquetes del Distrito Federal. Había escrito en letras mayúsculas una dirección: «Fábrica Bacardí, avenida Los Insurgentes 704, México D. F.»

Había manipulado el sobre con guantes y había escrito el mensaje sin quitárselos para que no quedara rastro de sus huellas.

Pepín Bosch llamó en varias ocasiones a Ofelia. Estaba preocupado por la ausencia de su jefa en la oficina. La empleada quedó inquieta por las llamadas. Si existía una mujer metódica, era su patrona.

Pepín Bosch se dirigió a la residencia de la familia. Obtuvo de Ofelia los detalles de cuanto había acontecido en las últimas horas, así como de las visitas que había recibido Carolina en los últimos días. Lo único relevante que pudo aportar Ofelia era que su profesor de francés, Martín Ugarte, la había visitado dos días antes con el fin de dar su clase habitual de francés.

Bosch llamó a La Internacional. Tuvo la suerte de que Martín Ugarte estuviera en el centro. Se identificó y le pidió que acudiese a la residencia de los Bacardí sin demora. Media hora después, Martín, nervioso, cruzaba la verja. Pepín Bosch lo esperaba en la biblioteca.

—Señor Ugarte, hace tres horas que no sabemos nada de la señorita Carolina Bacardí, estamos preocupados. ¿Cuándo la vio por última vez?

—En la clase de hace dos días. ¿Qué le ha podido ocurrir? —preguntó con angustia.

—No lo sé, es extraño.

—¿Han preguntado a sus amigas del colegio? Puede que esté con alguna de ellas.

—No lo creo. Hubiera avisado a Ofelia. ¿Tiene usted alguna idea?

Martín Ugarte empezó a preocuparse en serio.

Pepín Bosch trató de saber más sobre la relación que ambos mantenían.

—¿Ustedes eran amigos?

Ugarte se sintió alarmado por la pregunta.

—¿Qué quiere decir? Yo soy su profesor de francés.

—¿Y algo más? Ofelia me ha dicho que han salido a tomar un helado en varias ocasiones.

—Sí, es verdad.

—¿De qué hablaban? ¿En algún momento le manifestó algún tipo de preocupación?

—¿A qué se refiere?

—No lo sé, a la fábrica, algo personal.

—No, nada personal —contestó un poco extrañado.

—Oiga, no quiero ofenderlo. ¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y seis.

—Sabe que ella tiene solo veintitrés.

—Lo sé. ¿Qué está sugiriendo?

—Nada, disculpe, estoy nervioso. Soy como un padre para ella.

Pepín Bosch estaba lejos de dejar de hacer preguntas a Ugarte.

—Es usted de España, por su acento. Mis abuelos también lo eran. ¿De qué parte?

—Soy vasco.

Martín permaneció en silencio. Sabía que Bosch aún no había acabado. Trató de mostrarse colaborador aunque estaba empezando a molestarse con lo que parecía un interrogatorio policial.

—¿Qué hacía usted antes de venir a La Habana?

El desasosiego de Martín iba en aumento, aun cuando entendiera la preocupación del gerente de la fábrica Bacardí. Decidió decir la verdad. No tenía ninguna razón para no hacerlo y estaba preocupado por la suerte de Carolina.

—Era sacerdote.

—¿Sacerdote? No lo veo vestido como un sacerdote.

—Dejé de serlo. Fui secularizado por el Vaticano hace unos años.

—Secularizado... comprendo. ¿Quiere beber? ¿Una limonada? ¿Algo más fuerte? —continuó.

Ugarte advirtió que el gerente de Bacardí deseaba continuar sonsacándole información sobre su relación con Carolina. Le facilitó las cosas.

—Pregunte cuanto desee, señor Bosch.

—Lo haré. Verá, varias personas me han hablado de usted y de Carolina. Incluso antes de que esto sucediera.

—¿Me está preguntando si estoy interesado en Carolina Bacardí?

—Eso es lo que me gustaría saber.

Martín resopló.

—¿Y también quiere saber si estoy interesado en su fortuna?

—Quiero saber si está interesado en ella. Y también en su fortuna. Siempre he estado convencido de que Carolina uniría su vida a un joven de una familia sólida, conocida, cubana, aunque tardase tiempo en hacerlo. Interpreto los deseos de su difunto padre. Éramos amigos.

—Y yo no soy esa persona.

—Con todos mis respetos, no sabemos nada de usted.

Martín estaba a disgusto con esa conversación.

—Por ahora, debemos preocuparnos por resolver este asunto, ¿no le parece? —dijo.

—Sí, tiene razón. Le agradezco su ayuda. Estamos angustiados. Sus hermanos pequeños aún no lo saben.

—¿Ha pensado en llamar a la policía, a los hospitales?

—Quiero dejar que pasen algunas horas más antes de hacerlo. Quizá haya ocurrido algo que no sea grave. Oiga, me ha dado una idea. Llamaré de inmediato a los hospitales de la ciudad por si han recibido a una joven a causa de un accidente de máquina. Sí, eso ha podido suceder. Tal vez esté inconsciente y no haya podido facilitar su identidad. Aunque es extraño.

Media hora más tarde, Pepín Bosch había hablado con los directores de los principales hospitales de la ciudad. No había ninguna joven que respondiese a las

características físicas de Carolina.

Pepín Bosch habló con Ofelia. Esta no paraba de sollozar.

—Espere, señor Bosch, la señorita estuvo preocupada hasta hace unas semanas por su ruptura con el joven Daniel Sancibrián. Me lo contó en varias ocasiones.

—Conozco a la familia Sancibrián. Estoy seguro de que no existe ninguna relación entre la ausencia de la señorita y el noviazgo que mantuvo con ese joven.

Habían pasado casi seis horas desde la desaparición de la joven. Pepín Bosch, en su condición de gerente general de la fábrica Bacardí, alzó el auricular del teléfono y pidió que la operadora lo comunicara con el ministro del Interior. No había tenido otro remedio, las horas pasaban y los malos presentimientos le sacudían. El ministro atendió la llamada de forma inmediata.

—Señor ministro. Necesito visitarlo ahora mismo. Si me recibe, tomo un vehículo hasta su despacho.

—¿Qué ocurre, Bosch?

—No estoy seguro.

Unos veinte minutos más tarde, Pepín Bosch cruzaba el amplio despacho del ministro del Interior.

—Tenemos motivos para pensar que a la señorita Bacardí le ha sucedido algo extraño. Incluso una desaparición forzada.

—¿Un secuestro?

—No tenemos datos suficientes, pero es posible —aseguró Bosch.

—Esto es más que una simple mala noticia. Me veo obligado a informar al señor presidente.

Habían pasado unos minutos de las cuatro de la tarde del 7 de abril de 1953.

Capítulo 29

El inspector Juan Sorrillo se levantó de su silla. Eran casi las cinco, la hora de dar por acabada la jornada y de subir al coche que lo llevaría a su casa, donde lo esperaban su esposa y su hijo, aún adolescente. Adoraba cuanto acontecía a continuación. Un beso a su esposa en la boca, una palmada en el brazo a su hijo y despachar con ellos un resumen breve de lo más trascendente que le había ocurrido: con quién había almorzado, en qué había consistido el menú, si había estado rico o pasable. Fue en ese momento cuando sonó el teléfono de su despacho. Escuchó una voz nerviosa al otro lado del hilo telefónico. Eso lo inquietó.

Era el director general de Investigación, el número dos del Ministerio del Interior, el único hombre que despachaba con el ministro.

—Director, me preparaba para salir.

—¡Imposible! Ha surgido un imprevisto, me tiene que acompañar a una reunión.

—¿Ahora?

—Eso no importa, cuando se entere verá que se trata de un caso importante. Lo espero en la puerta de la Dirección General. Iremos en mi máquina.

—De acuerdo, director.

—¿Está usted vestido con corrección? Quiero decir...

A Sorrillo le molestó la pregunta.

—Jamás vengo a la comisaría sin saco.

—Eso está bien.

Aquel comentario le hizo sospechar que se trataba de una reunión importante.

Unos minutos más tarde, un Chevrolet lo recogía ante la Dirección General de Investigaciones Criminales. La puerta trasera se abrió y el mismísimo director lo invitó a subir con un gesto de la mano. Este estaba nervioso.

—Me han convocado en el palacio presidencial. Una llamada del señor ministro. No sé lo que ha sucedido pero debe de ser grave. Me han dicho que me acompañe el mejor inspector del cuerpo y he pensado en usted.

El director de Investigaciones Criminales sabía que Sorrillo era el mejor. El único capaz de trabajar hasta cualquier hora de la noche con el fin de solucionar un caso; el más dotado para la deducción fina de cuantas pistas se agolpaban tras un asesinato; de los pocos que no utilizaba la violencia en los interrogatorios.

De Sorrillo hablaban los fiscales, los jueces, incluso los abogados defensores. Y todos lo hacían con respeto, enfatizando su sagacidad, su capacidad para convencer a los detenidos de que se hallaban ante un abismo, ante tal caudal de pruebas en su contra, que no merecía la pena seguir negándose a confesar.

—¿Tiene expedientes sin resolver? ¿Alguno de ellos importante?

—No demasiado. Lo de siempre. Algún atraco, unos navajazos en Marianao... La ciudad está tranquila para los asuntos de los se ocupa la comisaría. Ya sabe que otras cosas no nos llegan...

Debía de ser un asunto importante para que el director le hablase de esa manera. No mantenía con él una relación constante ni el inspector era de los que asistían a sus

juergas. Estas solían tener lugar en alguno de los hoteles regentados por los italianos que estaban llegando a la ciudad. Acudían a esas juergas mujeres jóvenes curtidas por el sol de tanto hacer la calle en Ánimas, Virtudes o Trocadero y corría el licor. El director invitaba a los colaboradores cercanos y a otros policías a los que deseaba seducir con su influencia. El mismo les servía, les pasaba la mano por el hombro y les hacía bromas. También les entregaba un sobre que contenía unos cientos de pesos, a cada uno el suyo, con su nombre escrito a mano. La cantidad que contenía variaba según los méritos realizados desde la última fiesta y según lo que esperara de ellos en las próximas semanas. Era una convención de la que pocos quedaban apartados, solo aquellos de los que se desconfiaba. Sorrillo era el indicado para aquella reunión.

La comitiva formada por Ramón Salcedo, ministro del Interior, Candela, director de Investigación Criminal y el inspector Sorrillo llegó ante el despacho del presidente Batista. El primero en ser anunciado por el edecán fue el ministro del Interior.

—¿Viene usted solo?

—No, señor presidente, me acompañan el señor Candela, director de Investigación Criminal del ministerio, y el inspector Sorrillo. Usted ordenó que trajera al inspector más cualificado de la ciudad.

—¿Usted qué opina, Salcedo? ¿Estamos ante un secuestro?

Ramón Salcedo había aprendido a no llevar la contraria a su jefe.

—No estamos seguros. —Se escudó en el uso del plural—. El señor Bosch está convencido, dice que es la primera vez que la señorita Bacardí no da noticias. Y ya han pasado muchas horas.

—¿Cuántas?

—Al menos siete.

—Comencemos la reunión, que pasen sus ayudantes.

Batista los recibió con un apretón de manos y los invitó a que se sentaran alrededor de la mesa de reuniones, de amplio tamaño y de madera de nogal. Él mismo retiró dos grandes candelabros situados en esquinas opuestas. En ese instante fue anunciado el director del Servicio de Inteligencia Militar, el coronel Orlando Piedra. El presidente dio por hecho que se conocían y no realizó presentación alguna.

—Nos hará un resumen, señor ministro. Antes, me permitirán que diga unas palabras introductorias —dijo el mandatario.

Los presentes lo miraron con interés.

—Caballeros, enfrentamos una grave amenaza. La primera de ellas, la de los delincuentes comunistas que se disfrazan como opositores políticos. Estoy seguro de que, de confirmarse el secuestro de la señorita Bacardí, tiene que ver con ellos.

Se acercó a la balconada. Continuó hablando. Los que estaban presentes lo escuchaban. Era evidente que estaban acostumbrados a mantener una conversación con él aunque les diese la espalda. A Sorrillo, en cambio, le extrañó aquel gesto.

—Bajo ningún concepto podemos permitir que los responsables de este crimen salgan indemnes, debemos detenerlos cuanto antes. ¿Quién me respetará, en caso contrario?

Juan Sorrillo asintió, como el resto. Estaba lejos de tragarse la propaganda de Batista. No lo hacían ni él ni buena parte de los inspectores o subinspectores de la Comisaría

Central de La Habana en que trabajaba. Aun así, estaban acostumbrados a llevar la corriente a los mandamases de turno.

El presidente daba vueltas y vueltas alrededor del amplio despacho. Era una práctica habitual en él y significaba que estaba tratando de desentrañar lo que había tras ese suceso.

El coronel Piedra pidió la palabra:

—Con su permiso, señor presidente. Lo primero que hay que hacer es buscar la máquina de la señorita Bacardí por las cuatro esquinas de la ciudad y del país. ¿Disponemos de los datos de esta?

Ramón Salcedo buscó una página de la libreta de mano con que había llegado.

—Se trata de un Buick de 1950 marrón claro, descapotable.

—Que a estas alturas ya no lo será —intervino el inspector Sorrillo por primera vez.

—¿Qué quiere decir inspector? —dijo Batista.

—Que la máquina estará siendo desguazada en estos mismos momentos para no dejar pistas.

A los presentes les pareció una intervención afortunada. Batista lo animó a seguir ofreciendo sus ideas.

—Lo primero que habrá que descartar es una acción por motivos pasionales. Investigar entre sus amigos íntimos, entre los jóvenes con los que haya mantenido un romance, por antiguo que haya sido —prosiguió Sorrillo.

—Eso es una locura. La señorita Bacardí es hija de don Facundo Bacardí. A buen seguro que sus amigos son de las mejores familias de la ciudad —dijo Ramón Salcedo.

—Con su permiso, señor ministro, mi experiencia me dice que detrás de muchos de los crímenes y delitos están los celos o la venganza. Más si se trata de mujeres. Y no creo que en ello haya distinción en lo que se refiere a posición social —aseveró Sorrillo.

Se produjo un silencio que duró unos segundos. Esperaban que el presidente interviniera.

—Opino igual que el inspector. No por ser un gran terrateniente o el dueño del mejor ingenio de azúcar deja alguien de estar tentado de ejecutar un acto de esta naturaleza. Continúe, Sorrillo.

—Una vez que descartemos la posibilidad de un asunto pasional, hay que buscar el móvil. No hay delito sin móvil, salvo en el caso de los dementes y los trastornados. Y no creo que estemos ante un caso así.

—En eso mismo pensaba yo, el móvil —dijo el director de Investigación Criminal, que no había intervenido hasta ese momento, molesto con el protagonismo del inspector Sorrillo—. Si se confirma su desaparición, el móvil tiene que ser la plata. Todos sabemos lo que vale esa familia.

—¿Algún otro posible móvil? —preguntó Batista.

Si había uno de los presentes que conocía bien al presidente, era el coronel Orlando Piedra. No solo lo conocía, leía sus pensamientos. Tuvo claro que las palabras que iba a decir iban a ser del agrado de su jefe.

—No habría que descartar otro. Por ejemplo, una operación para desprestigiar al gobierno ante la población y ante las embajadas de los países extranjeros.

La intervención del coronel Piedra produjo extrañeza. Batista se puso en pie y, de

nuevo, empezó a dar vueltas por su despacho con las manos detrás e inclinando la cabeza hacia el suelo.

Eran las siete de la noche y habían transcurrido nueve horas desde el momento en que Carolina Bacardí había traspasado la verja de su residencia con el inútil fin de trasladarse a su oficina.

En el palacio continuaba la reunión. Un edecán tocó la puerta del despacho del presidente y entró sin esperar a recibir autorización para ello. Cuando eso sucedía, significaba que era portador de una noticia gravísima y urgente. Le entregó a Batista un sobre. El presidente extrajo una nota de pequeño tamaño. La leyó y su rostro palideció. Se acercó a la mesa y tomó unos anteojos. De nuevo, leyó la nota. Sus colaboradores lo miraban sin perder detalle de su reacción.

—Señores, nuestro embajador en México informa de que el *Excélsior* está a punto de sacar una edición extraordinaria con el siguiente título en la portada: «La heredera del imperio Bacardí secuestrada en La Habana, sus captores exigen dos millones de dólares por su libertad.»

—¿En México, como es posible? —exclamó el ministro del Interior.

Los cuatro se miraron entre sí con incredulidad.

—Eso demuestra dos cosas —dijo con parsimonia Batista—. La primera, que nuestros servicios de investigación y de inteligencia están lejos de cumplir con su deber; la segunda, que estamos ante una conspiración internacional, ante unos enemigos poderosos.

La noticia de la edición especial del *Excélsior* de México se confirmó en un nuevo teletipo enviado por la embajada de Cuba en el Distrito Federal. Informaba de que los vendedores ofrecían los periódicos a los viandantes voceando la noticia de la portada: «¡Secuestro en La Habana, la heredera del imperio Bacardí secuestrada por una banda internacional. Piden dos millones de dólares!» La noticia estaba en la calle, ¡carajo!, los cubanos silbaban: dos millones... Habían pasado cerca de doce horas desde el momento en que había sido secuestrada.

Fulgencio Batista dio por finalizada la reunión, ordenó a sus subordinados que diesen prioridad a ese asunto. Estaba algo más que preocupado.

Aún tenía una pregunta que hacerle al inspector Sorrillo, así que le pidió que permaneciera unos minutos más en su despacho:

—Oiga, Sorrillo, sus comentarios me han parecido interesantes. ¿Qué opina de este asunto?

—No lo sé. Por los datos, parece un secuestro, de esos que suelen darse en otros países.

—¿Cree que puede haber alguna otra razón? ¿Política?

—No lo sé, señor presidente, la política no es mi especialidad. Yo me ocupo del crimen común.

—Le encargo este asunto. Solo despachará conmigo, ni siquiera con el ministro del Interior ni con el director de Investigación. No se preocupe, yo mismo les daré la noticia. Les diré que pongan a su disposición todos los medios.

Se despidieron. El inspector Sorrillo abandonó el despacho de Batista preocupado. La misión que le encomendaba el presidente no era sencilla.

Fulgencio Batista pidió el teléfono de Pepín Bosch, este estaba en su oficina.

—Señor presidente, dígame.

—¿Qué sabemos de la señorita Bacardí?

—Nada nuevo, aún no sabemos nada de ella, señor presidente.

—Creo que tengo una mala noticia para la familia, señor Bosch.

—¿Qué ha sucedido?

—La señorita Carolina ha sido secuestrada. En estos mismos momentos, un periódico de México estará dando la noticia en una edición especial.

—¿En México?

—Así es.

—¿Qué más sabe usted?

—Nuestro informante habla de un secuestro por razones económicas.

—¿Dinero?

—Eso es, dinero.

—¡Jesús, María y José! Si solo fuera eso... —dijo Bosch con espontaneidad. El estómago se le encogió ante la posibilidad de que Carolina hubiese sufrido algún daño.

El presidente guardó silencio durante unos segundos. Se sintió molesto por las palabras del gerente.

—Lo mantendré al tanto, señor Bosch, supongo que usted hará lo propio —se despidió Fulgencio Batista.

—Sí, señor presidente.

Pepín Bosch examinó la conversación con el mandatario. Su única fidelidad, además de la familia, lo constituía la familia Bacardí. Daba por hecho que le esperaban unas cuantas pruebas, algunas de ellas difíciles, se prometió a sí mismo anteponer la seguridad de su patrona por encima de cualquier otra circunstancia.

Capítulo 30

Esa misma noche, Stanley Mortimer se enteró del secuestro de Carolina Bacardí como consecuencia de una llamada de su jefe, Ray Colmore. Estaba en su habitación. Tenía que haber una causa extraordinaria para que su jefe lo llamara al hotel. Colmore fue conciso.

—Stanley, ¿cuánto tiempo necesitas para llegar hasta una cabina?

—Diez minutos.

—Es urgente.

Stanley bajó al *lobby*, salió del hotel y escuchó a un muchacho de no más de catorce años que voceaba la noticia con tanta fuerza como se lo permitían sus pulmones. Mientras se dirigía a la cabina, se convenció de que Colmore lo llamaba por ese mismo asunto.

—Ray, ¿cuál es ese asunto tan urgente, el secuestro?

—¿Te has enterado?

—Acabo de hacerlo.

—Creo que la conoces, en uno de tus informes la nombrabas.

—Ray, la he visto en varias ocasiones y hasta hemos tomado unos tragos juntos.

—¿Quién puede ser el autor? ¿Alguna sospecha? —preguntó Colmore.

—Aún no me ha dado tiempo para pensar en ello.

—Stanley, este asunto es importante para nosotros.

Stanley sabía cómo funcionaba el protocolo del servicio de inteligencia de su país. Si le ordenaban que abandonara el resto de sus ocupaciones, la orden tenía que venir de la planta de arriba del despacho de Colmore.

—¿Algún dato que me pueda servir?

Ray Colmore vaciló.

—El *Excélsior* de México ha sacado una edición extraordinaria, han sido los primeros en enterarse. Luego, el presidente de Cuba ha llamado a la Casa Blanca.

—¿En México?, extraño...

—Batista nos asegura que han sido los comunistas.

—¿Qué comunistas?

—Eso te corresponde averiguarlo a ti. No sabemos más.

Stanley no quería colgar el teléfono sin apurar la conversación.

—Ray, ¿algo más?

Ray Colmore volvió a vacilar.

—Hemos presionado a Batista y solo responde eso, que son los comunistas, que está seguro. Está encolerizado, creemos que asustado. Si alguien ha sido capaz de dar este golpe en sus propias narices significa que no existe el control del país del que alardea. Es posible que no sepa nada. También que sea una manera de presionarnos para que le facilitemos la ayuda militar que el Congreso le ha negado después del golpe de estado.

Stanley conocía bien ese asunto. Batista pedía con insistencia varios millones de dólares en equipos militares y policiales con el argumento de que detrás de las manifestaciones de los estudiantes estaban los comunistas. Los jóvenes opositores

empezaban a ser conocidos en la comunidad internacional como los Rebeldes, un apelativo menos ofensivo y más romántico.

El gobierno de Eisenhower no estaba dispuesto a aceptar la demanda de Batista a la primera. Los medios de comunicación norteamericanos presionaban a Eisenhower para que este negase su ayuda a un gobierno que asesinaba a los opositores políticos y a los jóvenes de la Universidad Nacional. Y, para mayor incomodidad de Batista, informaban una y otra vez sobre la presencia de Meyer Lansky y otros jefes de la mafia en La Habana. Lo de los estudiantes podía ofrecer dudas, pero el asunto de los jefes de la mafia había traspasado la barrera de lo permitido.

—Me pondré a ello de forma inmediata, Ray —dijo Stanley.

Stanley colgó el teléfono y se dirigió al hotel Nacional con el fin de reunirse con Joan Alison. Se cruzaron en el camino. La norteamericana estaba alarmada.

—¿Te has enterado, Stanley?

—Claro que sí, iba a darte la noticia.

—Busquemos a Martín —propuso ella.

Martín Ugarte estaba en su apartamento, tratando de calmar sus nervios leyendo una novela. No conseguía concentrarse. Se había sentado en el balcón, que daba a La Rampa. Joan y Stanley llegaron.

—Me lo ha dicho el gerente de la compañía, el señor Bosch. ¿Qué podemos hacer, Stanley? —dijo Ugarte.

Joan lo miraba con fijeza tratando de examinar su reacción.

—Lo primero, tienes que acercarte a casa de los Bacardí. Eres su profesor de francés. Aun más, amigo de ella. Entenderán tu interés. Incluso les extrañaría que no lo hicieses. Recoge toda la información que puedas: cómo ha sucedido, cuándo... todo lo que puedas. Esos datos nos vendrán bien para nuestra investigación —dijo Stanley.

Martín Ugarte aún estaba desconcertado.

—¿Nuestra investigación? ¿A qué te refieres?

Era el momento de informar a sus amigos sobre la conversación que había mantenido con Ray Colmore poco tiempo antes.

—Mis jefes de Washington me han ordenado que investigue este asunto. Nunca hemos confiando en la información que nos proporciona Batista. Y no lo vamos a hacer ahora.

Joan corroboró las palabras de Stanley.

—Así es, Martín, debes hacer lo que te pide Stanley.

Se acercó al vasco y le ofreció un abrazo.

—Lo siento muchísimo, sé que sois buenos amigos.

—Sí, lo somos —dijo él, aceptando el abrazo que le ofrecía Joan.

No lo dudó, Stanley había tomado la decisión de investigar el secuestro de Carolina Bacardí en compañía de Joan Alison y Martín Ugarte. El vasco era importante por su cercanía a la casa de los Bacardí y ella había demostrado estar en posesión de una sagacidad y valentía fuera de lo común, tanto en Tánger años atrás, como en La Habana. Y el veterano agente adoraba trabajar en equipo, seguramente porque la legendaria soledad del agente de inteligencia impacta al hombre común en las páginas de las novelas pero, al otro lado de las tapas, lo cierto es que los endurecen de un modo

que solo ellos conocen.

—Mañana a primera hora iré a casa de Carolina.

Los medios de comunicación de la isla habían tardado poco en hacerse eco de la noticia. Las emisoras de radio suspendieron los programas habituales y los directores de los periódicos ordenaron ediciones extraordinarias.

Los cubanos, a los que la noticia les había sorprendido en la calle, se arremolinaron ante las cafeterías que disponían de transmisor de radio. No era para menos. Jamás se había dado en Cuba un secuestro en el cual la víctima perteneciera a una familia tan conocida y notable. Para las diez de la noche del 7 de abril no se hablaba de otro asunto en La Habana. Dos millones de dólares era una cantidad extraordinaria.

Capítulo 31

Al día siguiente, la calle que daba a la mansión de los Bacardí amaneció atestada de gente. Varios vehículos de la policía y de emisoras de radios ocupaban la calzada de manera desordenada. La verja estaba custodiada por varios empleados de la fábrica Bacardí. A primera hora, Martín Ugarte se acercó a uno de ellos.

—Me llamo Martín Ugarte, soy el profesor de francés de la señorita Carolina Bacardí.

—¿Puede identificarse?

Martín lo hizo. Unos minutos más tarde le franqueaban el paso. Cruzó a pie los casi cincuenta metros que lo separaban de la puerta principal. Entró. Otro empleado lo acompañó hasta la biblioteca, donde había un buen número de personas conversando en corros diferentes. Martín reconoció de forma inmediata a Daniel Sancibrián, el prometido de Carolina hasta hacía unos meses. Se encontró con Ofelia, que sollozaba sin parar. Esta se acercó para abrazar a Martín.

—Señorito Martín, ¡qué desgracia lo que nos ha sucedido!

Pepín Bosch lo cogió del brazo y lo llevó a un saloncito contiguo.

—Señor Ugarte, un placer volver a hablar con usted. ¿Tiene algún nuevo dato que nos pueda servir?

—No, señor Bosch. Venía a interesarme.

Daniel Sancibrián no había perdido de vista la salida de ambos de la biblioteca. Cambiaba impresiones con varios jóvenes.

Pepín Bosch y Martín Ugarte regresaron a la biblioteca. La mayoría de los congregados pertenecían al círculo de amigos íntimos de la familia Bacardí. También estaban presentes algunos miembros de la comisaría central de La Habana. Entre ellos, Juan Sorrillo. Cuando este supo que Martín Ugarte estaba presente, se acercó a él. El primer informe que había recibido Juan Sorrillo durante su investigación había sido la relación de personas que habían visitado a la secuestrada durante los últimos días. Fue elaborado con los testimonios de Ofelia y Pepín Bosch. Le había sorprendido leer el nombre de Martín Ugarte.

—Señor Ugarte, soy el inspector Sorrillo, de la Comisaría Central. Encantado de conocerlo.

Ugarte le dio la mano.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Sorrillo.

—Mal —respondió él—. Carolina es alumna mía y también amiga. ¿Quién cree que ha podido ser?

Sorrillo había respondido a esa pregunta en varias ocasiones desde que había llegado a la mansión de los Bacardí. Se había escudado en la confidencialidad de las investigaciones. En el caso de Martín Ugarte quiso comportarse de otra manera.

Tomó del brazo a Martín Ugarte y se lo llevó al jardín. El gesto fue apreciado por varios de los presentes. Para los que no lo conocían, resultaba extraño que ese extranjero fuera objeto de una atención especial, primero por parte de Pepín Bosch y, luego, del inspector Sorrillo. Se preguntaban quién podría ser.

Pepín Bosch seguía ejerciendo de anfitrión. Él mismo había tomado unas horas atrás

una decisión que concernía a los hermanos pequeños de Carolina. Un primo por parte del padre, también de apellido Bacardí, había sugerido que los muchachos fueran trasladados a una finca de la familia situada en las afueras de la capital a fin de mantenerlos alejados del suceso. Apenas contaban con catorce y doce años. Pepín Bosch se había negado.

—Esta familia se ha curtido a base de buenos y malos momentos. Este de ahora es una desgracia y los chicos no deben permanecer ajenos a ella. Tendrán que asumir lo que le ha sucedido a su hermana. Solo así serán unos auténticos Bacardí el día de mañana. Yo mismo me he encargado de darle la noticia.

Una vez en el jardín, Ugarte y Sorrillo anduvieron una decena de pasos antes de que el segundo se decidiese a sincerarse con Martín.

—Señor Ugarte, quería conocerlo.

Martín Ugarte se extrañó.

—¿A mí?

—Se lo confesaré. Soy investigador desde hace años. En esta ciudad no se cometen delitos extraordinarios. Estoy harto de empapelar sujetos cargados de licor que han matado o herido a otros por *crímenes pasionales. Y* ahora, de repente, llega usted y raptan a una Bacardí.

—¿Qué quiere decir? ¿Me está acusando?

Sorrillo le pasó la mano por el hombro mientras seguían caminando.

—El manual del buen policía me obliga a sospechar de todo el mundo, señor Ugarte.

—Se lo aseguro, tengo la conciencia tranquila.

—Por cierto, ¿tiene intención de abandonar la ciudad?

—Ninguna, inspector.

—¿Carolina le manifestó alguna preocupación? No sé, alguna discusión con un pretendiente... Me han informado de que rompió su noviazgo hace pocas semanas.

—Inspector, ella y yo no tenemos confianza para hablar de esos asuntos. Dimos la última clase hace unos días y estaba tranquila.

—¿Es buena alumna?

—Excelente, aprende con facilidad.

—¿Francés?

Martín captó el tono irónico de Sorrillo.

—Claro, ¿qué otra cosa puede ser? —acertó a responder Martín.

—No sé, ese tipo de cosas que suceden entre un hombre y una mujer aún jóvenes.

—¿Qué quiere insinuar?

Martín estaba empezando a irritarse y el inspector dio un paso atrás con el fin de calmarlo.

—Los polis somos así, un poco curiosos. ¿Por qué se pone nervioso? Voy a tener que pensar que había algo entre ustedes.

Martín Ugarte tomó aire. Adivinó las intenciones de Sorrillo. Le siguió la corriente.

—Ella me cae bien. ¿Es eso lo que quiere saber?

—¡Coño, a quién no! Lindísima y millonaria. Permítame... ¿habían llegado a algo más o menos... íntimo?

—Oiga, ¿por quién me toma? —contestó rápido Martín elevando el tono de voz.

—Le he dicho que mis preguntas no pretenden molestar. A ustedes, los europeos, les falta sentido del humor. Un cubano jamás se hubiera molestado por esa pregunta. Las mujeres cubanas adoran flirtear con los extranjeros. ¿De qué color son sus ojos? ¿Azules? No se ven por aquí. Usted es un hombre apuesto y educado, cómo quiere que no le haga esta clase de preguntas.

—Inspector, no sucedió nada particular entre nosotros. Fuimos al cine en alguna ocasión y también a tomar algún helado.

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabía? ¿Quién se lo dijo?

—Mi obligación es saber cosas. ¿Usted cree que una señorita como Carolina Bacardí guarda secretos?

—Ahora caigo, Ofelia.

—Yo no digo nada.

Juan Sorrillo encendió un cigarrillo. Ofreció el paquete a Martín Ugarte y este extrajo otro. No era de la marca que prefería pero lo aceptó.

—¿Sabe, chico? No creo que esté involucrado en este asunto. ¿Tiene otra clase de planes en La Habana, además de dar clase de francés? —preguntó Sorrillo.

Martín Ugarte había recuperado la serenidad que, por unos instantes, había perdido.

—Sí, alguno.

—Espero que no tengan nada que ver con el ron.

Martín Ugarte sonrió.

Después de aquella conversación, Martín Ugarte abandonó la residencia de los Bacardí, subió a su coche y, sin pensárselo dos veces, emprendió el camino que llevaba a la calle Virtudes. La ansiedad podía con él. Aparcó y callejeó en busca de Tatalí. No tuvo suerte y se sentó a tomar un café en una de las terrazas de un bar cercano. Desde la terraza podía contemplar el ir y venir de algunas chicas, compañeras de profesión de Tatalí sin ninguna duda, así como de un buen número de clientes que deambulaban o conversaban con unas u otras. Bajaban de Trocadero, subían por Ánimas...

Vio a Tatalí de lejos. Caminaba con despreocupación, movía el bolso con una mano, con la gracia que le caracterizaba, y con la otra daba cuenta de un helado. Martín dejó unas monedas encima de la mesa y se acercó a ella.

—¡Mi amigo, el que se llama como un santo! —exclamó ella, a unos metros de distancia, nada más verlo.

—Sí, Martín — respondió él.

—¿Qué te sucede? Tienes una cara como de haberte encontrado con el mismísimo diablo —dijo ella.

—Vamos a tu habitación, Tatalí, lo necesito.

Ella parecía estar buscando una respuesta.

—Bueno, si lo necesitas, vamos.

Unos minutos más tarde subían por una escalera angosta hasta una tercera planta. Entraron en una pieza de cuarenta metros cuadrados. Se veía limpia y ordenada. El apartamento se componía de una salita, un baño, una pequeña cocina y una habitación con ventanas que daban al exterior. Estaban abiertas. Martín tuvo la impresión de que estaba siendo ventilada en esos momentos. La cama estaba hecha y ordenada.

Tatalí estaba nerviosa.

—No sé lo que me pasa, he hecho esto decenas de veces. No sé, contigo es diferente.

—Dame un abrazo —le pidió él.

Tatalí lo hizo. Poco después se descalzaron y se acostaron en la cama sin desvestirse. Martín también estaba nervioso y ella le acariciaba los cabellos.

—Aleja tus preocupaciones, mi niño lindo. Estás en los brazos de Tatalí, todo pasará.

Martín buscaba consuelo, estaba angustiado por la desaparición de Carolina. Y la conversación con Sorrillo lo había desasosegado aún más. Quería olvidar por un instante y sentir el calor humano que solo una mujer podía proporcionarle. Y Joan no hubiese entendido su tremenda confusión y tristeza, pues estaba celosa de Carolina. Era ternura, y no sexo, lo que lo impulsó a buscar a Tatalí. Pero la joven era muy hermosa y sus manos muy suaves, y la excitación de Martín fue en aumento. Ella no dejaba de susurrarle palabras al oído. Él cerró los ojos y se dejó vencer por sus caricias, por unos besos interminables en el cuello, en las orejas, en la boca. Lo desnudó con lentitud sin dejar de mover sus caderas. Le lamió el pene. Y él se sumergió en el placer, se estremeció con tanta dicha. Le buscó los pezones y los chupó una y otra vez. Él gemía y gemía. Tatalí, con sus movimientos, le invitó a penetrarla, él embistió con suavidad hasta que, medio abrió los ojos, la miró, alcanzó el clímax y se desplomó en sus pechos.

Se despertó al cabo de un rato, descansado, como si hubiera dormido unas horas. Tatalí aún estaba recostada a su lado. No había dejado de mirarlo ni un instante. Martín se puso en pie.

—Tatalí...

Ella soltó una risa.

—Mi niño, llegaste atormentado. ¿Estás mejor?

—No sé lo que me sucedió, salí de casa de los Bacardí y me entraron unas ganas enormes de abrazarte.

—Pues ya lo has hecho, amigo.

Martín Ugarte se calzó y se dispuso a abandonar el apartamento. Le vino a la cabeza la idea de sacar unos billetes y pagarle. Se metió la mano derecha en el bolsillo. El rostro de la joven se entristeció.

—No, dinero no. No lo quiero.

—Me has dedicado tiempo.

Ella se rio.

—¿Sabes cómo se llama eso en Cuba? Gallina que no tiene agua para beber e invita al pato a bañarse. No, en serio, pensaba que éramos amigos. Yo no tengo amigos, ¿sabes?, solo clientes. ¿Me invitas a comer un tamal de puerco con maíz nuevo? —dijo ella.

—Eres un encanto, Tatalí.

—Y tú también, gallego.

Se despidieron en la esquina de la calle Virtudes después de comerse el tamal. Él se había recuperado y se dirigió a La Internacional. Martín entró en un aula donde lo esperaban unos cuantos jóvenes para iniciar la clase.

Capítulo 32

El 8 de abril sobre las 11 de la mañana, el inspector Sorrillo recibió una llamada telefónica de su contacto en el FBI de Washington. Era la primera vez que sucedía desde que había realizado el curso sobre Técnicas Modernas de Investigación Criminal en las dependencias de esta institución. Y había pasado un año de aquello.

Recordaba la contraseña a la perfección.

«La tía Julia ha muerto. El funeral será mañana a las cinco de la tarde», escuchó a través del teléfono de la Comisaría Central.

Colgó. La voz era la del hombre que lo había reclutado en Washington, de eso no tenía ninguna duda. Se alegró. Era la primera vez que se acordaban de él y debía de ser por un asunto importante. Sospechó que el interés de sus amigos del FBI se refería al mismo expediente que el mismísimo presidente Batista le había encargado.

Una vez en la central de teléfonos, después de saludarlo con cordialidad y preguntarle por su familia, el oficial norteamericano fue más explícito. Se llamaba Phil y ocupaba la jefatura del FBI en lo que concernía a Cuba.

—Estamos preocupados por un asunto que ha sucedido en tu ciudad, el gobierno nos presiona para que ayudemos a resolverlo.

Sorrillo confirmó sus sospechas.

—Phil, ¿te refieres a la desaparición de una persona importante, de esas que tienen mucho dinero?

—Sí, ¿por qué?

—Estás hablando con el inspector que se ocupa de ese asunto.

—¡No me digas! —dijo Phil.

—Puedes estar seguro.

—¿Cuál es tu opinión, Juan?

—Aún no sé mucho.

—¿Estará la víctima en México o seguirá en La Habana? ¿Ha habido tiempo para trasladar a la joven a México?

—Pasaron cerca de doce horas desde que empezamos a levantar retenes, son muchas horas...

—Te adelanto que se han puesto en contacto con nosotros los de la CIA. Dicen que disponen en La Habana de un tipo capaz. Te proponemos que contactes con él y trabajéis juntos —dijo Phil.

—¿Es de confianza?

—Es lo primero que he preguntado. Lo es. Lleva años en el servicio y es uno de los mejores, me lo han asegurado.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Yo no lo he visto nunca, pero te voy a leer su descripción: «Es un hombre de unos cincuenta años, de altura mediana. Siempre viste de traje y corbata, es de complexión fuerte aunque no es gordo, con abundante pelo peinado a raya. Ahora se deja un mechón sobre la frente. Tiene una peca en la parte superior de su oreja derecha, lo reconocerás con facilidad.»

—¿Y cómo contactaré con él?

—Él lo hará contigo. La contraseña será: «¿Llegaron los bomberos?» Tú responderás: «El fuego se apagó solo.»

—¿Algo más?

—Sí, al parecer, ese tipo trabaja con más gente. Acéptalos.

A Sorrillo no le hizo gracia esta última noticia. Pero no podía negarse.

—Así lo haré.

Sorrillo solía almorzar un bocadillo al mediodía cerca de la comisaría, en una terraza, mientras leía alguno de los periódicos del día. Le gustaba hacerlo solo. Rara vez aceptaba almorzar con un compañero. Solía leer la revista *Bohemia* o alguno de los trece periódicos que se publicaban por entonces en La Habana. La portada de todos ellos lo ocupaba el caso Bacardí. Vio llegar a un hombre de unos cincuenta y pico años que caminaba a buen paso. Se acercó a su mesa.

—Perdone, señor, soy extranjero. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Hágala.

—¿Llegaron los bomberos?

—El fuego se apagó solo —respondió.

Lo invitó a sentarse. El recién llegado se identificó como Chris Fanon, periodista del *Oakland Tribune.*

—¿Le gusta la ciudad?

—Me fascina, no solo eso, apostaría a que los cubanos son felices de vivir aquí.

Ambos sabían que no era el lugar más adecuado para abordar el negocio que sus respectivos jefes les habían encargado.

—¿Puedo invitarlo a cenar esta noche?

Sorrillo no tenía la costumbre de cenar fuera de su casa. Sin embargo, no podía rechazar la invitación.

—Claro, encantado.

—¿Qué le parece en la Casa del Marisco a las nueve?

—Un buen lugar. Sé dónde está, aunque no he estado nunca. Le aseguro que el salario de un policía no da para esa clase de restaurantes.

—Bueno, nos hará el favor por una vez.

—¿Nos hará?

—Sí, a mis acompañantes y a mí. Dos más.

Sorrillo recordó la conversación con su amigo del FBI.

—Allí estaré, a las nueve.

—Pregunte por un reservado a nombre del *Oakland Tribune.*

A las nueve en p*unto* del 8 de abril el inspector Sorrillo llegó a la Casa del Marisco. Era el restaurante de mayor fama de La Habana. No solo se comían los pescados y los mariscos más frescos. Era el lugar de moda entre los grandes empresarios de la ciudad. Si uno de ellos quería agasajar a un cliente llegado del continente, ese era el lugar indicado. La entrada principal del restaurante la presidía el retrato de quien lo había fundado. Un tipo de apellido Acha nacido en el País Vasco. El gerente se llamaba Rómulo Abad, natural de Panamá de rasgos rotundos y ojos achinados, pesaba cerca de trescientas libras y poseía una simpatía que se hacía patente a los pocos minutos de

conocerlo. Se decía de él que estaba enterado de casi todos los secretos de la ciudad. La llegada del inspector coincidió con el estruendo del cañonazo desde la fortaleza de San Carlos. Cada día, desde el siglo XVIII, recordaba a los habaneros que en ese momento se cerraban las puertas de la ciudad.

La Casa del Marisco contaba con varios reservados. En uno de ellos lo esperaba el periodista Chris Fanon.

Poco más tarde llegaron Joan Alison y Martín Ugarte. Ambos venían del apartamento de este.

Joan lo había visitado por sorpresa. Notaba cómo Martín se estaba alejando. No era frialdad o desinterés, en absoluto, se trataba de otra cosa, parecía siempre ensimismado, como si su mente estuviese en otro sitio. Tenía claro que en los últimos días sus pensamientos se dirigían a Carolina, pero su actitud venía de antes. Y sospechaba que tenía mucho que ver con una atracción creciente por la joven Bacardí. Joan no era tan ingenua como para pensar que la desaparición de esta allanaría su camino, más bien al contrario. Sabía que la ausencia suele alimentar el deseo y que la Carolina ausente tenía más peso que la propia Carolina real, de modo que había decidido luchar para recuperar a *Martín.*

Nada más entrar en el apartamento, lo había besado en los labios sujetándole la cabeza. Le susurró palabras tiernas y pasó un buen rato acariciándolo y mimándolo. Y lo que había empezado siendo una estrategia de reconquista acabó en un derroche de pasión y deseo como hacía tiempo que no sentía. Volvió a ser la Joan joven e impulsiva y se entregó con absoluta sinceridad.

Se recostaron en la cama, él se colocó encima y la besuqueó en el cuello y en la boca. Ella lo besó mientras él gemía. Miró el reloj que había encima de la mesilla. No tenían tiempo. Lo sintió. El Martín que tenía esa tarde en sus brazos se parecía al de tantos años atrás, el del apartamento de Madeleine Didier en Tánger.

Joan llevaba una blusa blanca y una falda de color tabaco. Estaba preciosa.

Stanley los esperaba en el restaurante. Sonrió nada más verlos. Los vio cogidos de la mano por primera vez. Tuvo tiempo de guiñar un ojo a Joan, que sonrió con malicia.

Juan Sorrillo saludó a Joan Alison con un apretón de manos y a Martín Ugarte con el mismo gesto y una palmada en el hombro.

—¡No puedo creerlo! ¡De nuevo usted, señor Ugarte! ¿Cómo quiere que no sospeche si me lo encuentro a todas horas?

Martín rio. El resto, incluido Stanley, puso cara de asombro.

Los cuatro pidieron un aperitivo. Ordenaron una sopa de marisco, corvina a la parrilla con alcaparras francesas y langostinos a la Faustina, una especialidad de la casa, según indicó el *maître* que los atendía. Para beber, optaron por un vino blanco chileno. Sorrillo no quería perder tiempo. Pero antes se permitió una broma.

—Oigan, amigos, no creerán que un poli como yo puede pagar esta comida. Tendría que recortar gastos lo que queda de la quincena y no creo que eso le guste a mi esposa.

Fanon sonrió.

—Bueno, me han ordenado que me ponga a su disposición, señores.

—Y a nosotros, que lo ayudemos en lo que podamos.

Stanley Mortimer había conocido unos cuantos inspectores de policía en sus años de

viajes por el mundo trabajando para la inteligencia exterior de su país. Los había conocido de todos los pelajes: los estúpidos, los vagos y los que se conformaban con hacer la pelota a sus jefes de turno. También abundaban los encantadores, solitarios, metódicos y con buenas hojas de servicio, con una gran cantidad de casos resueltos.

Lo primero que pensó de Sorrillo fue que estaba ante un hombre disciplinado. No tenía mala apariencia, aunque tuviera algo de barriga y una calva más que incipiente. Unos cuantos pelos le sobresalían en las orejas, pero eso no era mala característica para un policía de investigación. Sería de su misma altura o un centímetro menos.

—¿Qué opina de este asunto? —dijo Sorrillo.

A Fanon le gustó que fuera él quien rompiera el hielo.

—Me temo que estamos ante uno de esos enigmas difíciles de desenredar.

—Estoy de acuerdo con usted —contestó Sorrillo.

—Hemos oído que el gobierno está seguro de que se trata de los comunistas. Nosotros no estamos tan seguros —dijo el falso periodista del *Oakland Tribune.*

Sorrillo compartió con sus compañeros de mesa unas cuantas noticias que había recibido hacía unos minutos, justo antes de salir de la comisaría para dirigirse al restaurante. El director de Investigación Criminal le había comentado que un confidente del que disponían en el comité central del Partido Comunista de Cuba aseguraba que no tenían nada que ver con ese asunto. Y que estaban en contra de esa clase de métodos para combatir al gobierno. Lo mismo podía decir de una conversación interceptada a dos jóvenes universitarios a los que se suponía simpatizantes de los Rebeldes. Estos hablaban con dureza del secuestro. Lo calificaban como un acto que perjudicaba la creación de las «condiciones objetivas» para una insurrección popular.

—Eso es interesante y, de ser cierto, limita el número de sospechosos —respondió Fanon.

Se produjo un silencio. Joan Alison intervino.

—¿Y los italianos? ¿Los amigos de Meyer Lansky?

—Alguien del gobierno se ha entrevistado con ellos. Manifiestan que son los últimos interesados en que la ciudad se convierta en un lugar inseguro. Su negocio son los casinos, los burdeles, los espectáculos... y eso requiere que los americanos viajen con tranquilidad a la ciudad. Si se sintiesen inseguros, nadie se dejaría un dólar en esos sitios. No, no les conviene —dijo Sorrillo.

—Eso parece verosímil. Pero, si no son bandas organizadas ni los comunistas, ¿quiénes son? —dijo Fanon.

—Eso nos corresponde averiguarlo a los que estamos sentados alrededor de esta mesa. ¿Usted qué opina? Carolina y usted son amigos... —dijo Sorrillo dirigiéndose a Martín Ugarte, que no había abierto la boca hasta ese momento nada más que para saludar.

—Ya se lo dije ayer, inspector. No lo sé, quizá haya que investigar entre algún enamorado de Carolina que haya resultado despechado.

—¿Se refiere a Daniel Sancibrián?

—Sí —dijo Martín.

—Le aseguro que ese joven no tiene agallas para una cosa así. Es un imbécil. Hizo bien la señorita Bacardí en despedirlo. Claro, que esto lo digo en privado y después de

haberme bebido cuatro copas de vino. ¡Coño, qué rico se come aquí! —dijo Sorrillo.

Joan Alison sonrió a Martín. Por un solo instante, estuvo a punto de acercarse a él y darle un beso. Le cogió la mano por debajo de la mesa y comenzó a acariciársela.

—¿Tiene novio la señorita Bacardí? —preguntó ella en voz alta, sin dirigirse a nadie.

Stanley enderezó la conversación. No quería dejar el meollo de la cuestión. Y tampoco quería seguir el juego a Joan. Consideró que los intereses de esta eran otros.

—Inspector, ¿usted cree que la secuestrada estará en Cuba o en México? Me refiero a la publicación de la noticia en el *Excélsior* del Distrito Federal. ¿Se tratará de un ardid para despistar a la policía? —preguntó él.

El inspector Sorrillo aceptó el envite.

—Mis hombres y yo estamos trabajando en esa posibilidad. Pero mi opinión es que no se ha movido de la ciudad y que la tienen escondida a la espera de que la familia pague. ¡Coño, me llevaría una sorpresa si fuese de otra manera!

El inspector Sorrillo comía con lentitud lo que tenía ante sí. Lo hacía con gusto. Estaba claro que no estaba acostumbrado a comidas de elaboración sofisticada.

—Tengo claro que pagarán, salvo que mis hombres y yo podamos evitarlo.

Joan Alison quiso saber más de la joven.

—¿Es cierto que se trata de la familia de más fortuna del país?

Sorrillo quiso ser cauto.

—El ron Bacardí es uno de los más vendidos.

—¿Es la única propietaria de la fábrica? ¿Qué sabemos de ella? —observó Joan.

Una vez más, Fanon vio adonde quería llegar su amiga y torpedeó sus propósitos.

—¿Por qué no examinamos otras posibilidades por extrañas que parezcan? —solicitó Fanon.

Joan lo miró con odio.

—Stanley, no creo que haya muchas más, aparte del móvil político o el dinero... o ambos —insistió Joan Alison.

El inspector Sorrillo reparó en que Joan Alison había llamado Stanley a quien se había presentado como Fanon.

—Pensemos en que pueda tratarse de algo relacionado con la mafia. Meyer Lansky y sus amigos han manifestado al emisario del gobierno que no tienen nada que ver, incluso han proporcionado una buena razón: asuntos como este perjudican a sus negocios. Y parece que los estamos creyendo. ¿No sería la jugada perfecta? Hacer creer a todos que son los últimos de los que sospechar y, al mismo tiempo, cobrar un buen dinero por el rescate —insistió Joan Alison.

Stanley quiso congraciarse con su amiga.

—Te felicito por esa posibilidad, Joan. Esa sería una jugada inteligente, propia de Meyer Lansky —indicó Chris Fanon.

—Gracias, Fanon —respondió ella.

Le tocaba el turno a Juan Sorrillo.

—Insisto en que no lo veo posible. A los Lansky les interesa una ciudad tranquila, sin esta clase de sobresaltos. Y tampoco creo que estén dispuestos a correr riesgos y poner en aprietos al gobierno. ¿Imaginan la presión de la Casa Blanca si llegan a la conclusión de que los italianos se dedican a organizar secuestros de millonarios? No, eso habría

que descartarlo. Y lo digo yo, que no estoy acostumbrado a hacerlo —observó el inspector.

—Oiga, Sorrillo, ¿cuándo se reúne de nuevo con el presidente Batista? ¿Nos informará de lo que suceda en esa reunión? —dijo Fanon.

El inspector Sorrillo era un hombre que no tomaba decisiones sin cavilar. No era la primera vez que pensaba en lo que le sucedería si su director o su ministro llegaran a saber que colaboraba con los Federales norteamericanos. Puede que nada. En los pasillos oficiales solía escuchar comentarios favorables a los *yonis.* A menudo rodeados de frases equívocas. Estaba convencido de que todos querían convertirse en sus amigos. Los del gobierno, los primeros; desde el presidente hasta el último funcionario. También los Rebeldes. Escuchaba cómo los líderes de la universidad viajaban a diferentes ciudades norteamericanas con el fin de ofrecer mítines y entrevistas en los periódicos de mayor divulgación.

—Con seguridad me veré con el presidente mañana. Y les tendré al tanto, Fanon, o como quiera que usted se llame. Su amiga acaba de llamarlo Stanley —dijo.

Los cuatro estallaron en una carcajada.

Esa misma noche, dos horas después del encuentro entre el inspector Sorrillo y sus nuevos colegas, dos hombres examinaban las páginas que transcribían la conversación del reservado de la Casa del Marisco. A pesar de que eran altas horas de la noche, Jacob Lansky leía en voz alta. Su hermano Meyer seguía el relato con atención, con los pies encima de una mesa y las manos detrás de la cabeza. Cuando llegaron a la sospecha de que el asunto del secuestro podría ser cosa de los italo-norteamericanos, Meyer exclamó.

—¡Cómo pueden ser tan estúpidos! Mientras investigan por ese lado los verdaderos autores estarán muriéndose de la risa.

—O sacando a esa mujer de la isla.

—Bueno, no perdamos la calma. De momento, no hay que infravalorarlos, mira lo que acabamos de descubrir. Ese periodista que se hace llamar Chris Fanon es de la CIA y el inspector Sorrillo colabora con los Federales —dijo Jacob.

—¡Coño, como dicen los cubanos! Estos artilugios son extraordinarios —dijo Meyer mirando los papeles que tenía en las manos.

Que los Lansky tuviesen capacidad para leer la transcripción de una conversación celebrada en un reservado del restaurante más afamado del país tenía una explicación sencilla. No era nada nuevo. En unas cuantas ciudades de los Estados Unidos de América, las bandas controlaban los principales sindicatos. Era una tradición que se remontaba a los años veinte. Con el esplendor de los restaurantes y clubes que llegó con ellos a La Habana, no les resultó difícil hacerse cargo del sindicato de camareros.

—Y por lo que acabamos de escuchar, esa mujer, Joan Alison, no es una simple guionista —comentó Meyer.

—¡Diablos! Teníamos razón cuando sospechamos de ella hace semanas, ¿lo recuerdas? —dijo Jacob.

Lo recordaba. Aun así, Meyer Lansky no vio razones para alarmarse. Era cierto que le molestaba que sospechasen de ellos. Su estrategia de estar presentes en todos los rincones de la ciudad estaba dando resultado. Se acarició con suavidad la mandíbula.

—Lo que hay que hacer es ponerse en contacto con ellos y trabajar juntos. Estamos interesados en remar en la misma dirección —dijo Meyer.

—¿Quieres decir darles a conocer que los estamos escuchando? —repuso Jacob.

—Eso sí que no, solo ofrecerles nuestra colaboración. De esta manera es posible que averigüemos quién está detrás del secuestro de esa niña millonaria. Además, ese Fanon, o Stanley, como parece que se llama, ¿no es el mismo que nos puso detrás de la pista de aquel nazi alemán que trabajaba con los del SIM?

—Sí. Franz Molders, se llamaba, y estará pudriéndose en el infierno —dijo Jacob.

—Bueno, le debíamos un favor, ¿no es verdad? Será el momento de pagárselo. Luego estaremos en paz —indicó Meyer.

—¿Cómo lo vamos a justificar? Quiero decir... no será sencillo acercarnos a ellos y decirles: «señores, ¿qué les parece si trabajamos juntos en este asunto? Les hemos escuchado una conversación en un reservado del mejor restaurante de la ciudad». Desconfiarían —aseguró Jacob.

—¿Y por qué van a hacerlo? Tenemos una razón poderosa, nos interesa una ciudad en paz. Tenemos que insistir en esta razón que, además, se ajusta a la realidad. Nuestros negocios lo exigen. ¿Quién quiere que La Habana se convierta en una ciudad sin ley en la que no se pueda pasear por el Malecón por la noche ni tomar unos tragos en nuestros clubes y hoteles?

Meyer Lansky se caracterizaba por su osadía. Además, por una sangre fría que ya era legendaria y que lo había encumbrado hasta el vértice de los dueños de los negocios que se desarrollaban al otro lado de la línea de la legalidad. «Hombres de negocios», esta era la expresión que ellos usaban para hablar de sus actividades. Lo de gánsteres era cosa de los periódicos y las revistas y no les hacía ninguna gracia.

—¿Dónde se hospeda ese Fanon, o como quiera que se llame? —preguntó a Jacob.

— En el hotel Sevilla Biltmore.

—¿Tenemos gente en ese hotel?

—A sueldo, no.

—Dile a *Grandote* Bazuco que lo busque cuando amanezca. Que le diga que lo invito a desayunar mañana mismo a las nueve. Que venga solo, no será necesario que lo acompañen sus amigos. Lo mejor es tener una primera y sincera conversación con este personaje. Luego, ya se verá —dijo Meyer.

Capítulo 33

León Valente y Francesco Cavalcanti viajaban en un Ford de 1949 por las calles de la ciudad. El primero conducía respetando todos los semáforos. Si alguien los hubiese visto en el interior del automóvil, hubiera pensado que se trataba de dos hombres entrados en años que se disponían a sentarse en una terraza del paseo del Prado con el fin de disfrutar de una cerveza. Valente había recogido a Cavalcanti a la altura de La Rampa, según habían convenido por teléfono. Ambos parecían estar de un humor extraordinario.

—Las cosas van bien, han pasado veinticuatro horas, las más peligrosas en esta clase de negocios y no hemos tenido contratiempos —fue la primera frase que dijo Cavalcanti.

—¿Cómo se comporta la dama? —preguntó Valente.

—De forma excelente. Durante las primeras horas protestó lo suyo, incluso amenazó con gritar y cosas así. Pero bastó que uno de mis chicos le enseñase una mordaza para que se calmase. Comió algo y bebió agua.

—Del lugar donde se encuentra nuestra huésped, ¿nada que deba preocuparnos?

—Esté usted tranquilo —respondió Cavalcanti.

—¿Y sus chicos?

—Saben que esto puede ser cosa de unas semanas y que luego tendrán más dinero de lo que jamás podían soñar. Así, de una sola vez y con veinte años, ¿quién puede querer más?

—Eso me tranquiliza —dijo Valente.

—¿Y en cuanto al dinero? —preguntó Cavalcanti—. ¿Cómo van las cosas?

Valente se quedó un momento pensativo. El italiano le examinó el rostro, sin duda a la búsqueda de algún elemento de preocupación.

—Por eso no hay que preocuparse.

—Explíquese —dijo Cavalcanti.

—Estamos haciendo nuestro trabajo. Dentro de unas semanas este asunto habrá terminado.

Cavalcanti y Valente decidieron almorzar juntos. Ambos trataban de dejar patente entre ellos un estado de confianza que de ninguna manera correspondía con la realidad. Lo hicieron en la terraza de la cafetería Potín.

La llegada a La Habana de los jóvenes Cavalcanti había sorprendido a Sandra, la novia cubana de Cavalcanti. Francesco nunca había dado noticia de ellos, no le había mostrado una fotografía ni, mucho menos, había manifestado el deseo de tenerlos a su lado. Ella no tenía ninguna duda del parentesco que los unía, pues se parecían como gotas de agua y hablaban en el mismo idioma. En ocasiones, Francesco salía al patio trasero del Estrasburgo y charlaba con alguno de sus sobrinos con cierta intensidad, con esos gestos de las manos que tanto prodigan los de su procedencia. Ella los solía observar desde un ventanuco del establecimiento. Hora a hora se mostraba más segura de que algo estaban tramando. Convenía mantenerse alerta.

La oportunidad le llegó al cabo de unos días. Francesco vivía en un apartamento

cercano al Estrasburgo. Y ella lo hacía a unos metros, en un cuarto alquilado a una viuda de Holguín pero, de vez en cuando, dormía en casa de Cavalcanti. En su acuerdo, Sandra se comprometía a limpiarle y ordenarle su apartamento cada dos días y a gobernar la barra del bar ocho horas al día. A cambio, percibía un salario de ciento cincuenta pesos. No era un mal sueldo para una mujer de su condición en La Habana en ese año de 1953.

Uno de aquellos días, rebuscó entre los objetos más personales de Francesco. Este los guardaba en un baúl de dimensiones medianas. Solía guardar la llave en un cajón del armario de la cocina. Sandra lo había descubierto. Estaba segura de que él no regresaría en unas horas. Era media mañana y lo había visto abandonar el apartamento junto a uno de sus sobrinos. Comentaron que almorzarían en un restaurante.

En el baúl, a primera vista se veían varias fotografías enmarcadas. Lo reconoció. Era él, vestido con traje y corbata, junto a una joven morena y de aspecto esmirriado. También había fotografías de otras personas, mayores que ellos. Dedujo que serían sus padres y abuelos. Todos posaban con trajes y vestidos de domingo. En el resto del baúl había unos pocos cuadernos. Los hojeó, parecían cuadernos escolares.

Tuvo buen cuidado de no removerlo, de manera que cada vez que tomaba algo en sus manos lo volvía a dejar en el mismo lugar y en la misma posición.

Reparó en un cuaderno que parecía recién comprado. Era uno de esos cuadernos populares que se adquirían en cualquier papelería de La Habana. En el interior del cuaderno había dos hojas dobladas por la mitad. Una de ellas estaba en blanco y la otra estaba escrita en un idioma que no entendió aunque le sonó al italiano que solía escucharles.

En la parte de arriba figuraba un encabezamiento y a la derecha del mismo una fecha. Le llamó la atención porque se trataba de una fecha reciente, de hacía apenas una semana. Sandra trató de leer la carta. La caligrafía era la de Francesco Cavalcanti, de eso no tenía ninguna duda, en más de una ocasión lo había visto escribir papeles comerciales. Su intuición le dijo que se trataba de una carta a medio escribir. Puso atención. Contenía unas frases que le llamaron la atención.

> E' vicino il giorno che ritornero in Sicilia come ti ho promesso per non viaggiare piú e con i soldi sufficienti per compensare la mia assenza per vivere con le comoditá insieme al resto della famiglia. Ho desiderato tanto questo momento, creo che ora sono prossimo a realizzarlo, sempre con l'aiuto di Dio e della Beata Vergine.

Quedó intrigada. Tomó una hoja en blanco de la mesa del comedor en la que Cavalcanti solía escribir. Había un buen número de ellas. Con paciencia, escribió el texto de la carta. Le costó unos minutos. Estaba segura de que revelaba algo importante. Dobló la carta de nuevo y la introdujo en el cuaderno. Cerró el baúl y dejó la llave en su lugar, en la misma posición que lo había encontrado.

Conocía a bastantes italianos en la ciudad. Uno de ellos se llamaba Piero y regentaba un pequeño comedor en el barrio de la Lisa. Se acercó a él y le pidió que se lo tradujese. No era amigo de Francesco, de modo que estaba tranquila. Piero tradujo el texto.

> Está próximo el día que regresaré a Sicilia como te prometí, para no volver a viajar. Y con el dinero suficiente para compensarte por mi ausencia y vivir con

comodidades junto al resto de la familia. Nada he deseado tanto y creo que ahora estoy próximo a conseguirlo, siempre con la ayuda de Dios y de la Virgen Santísima.

Su sospecha de que algo estaba tramando empezaba a concretarse. ¿Y la alusión al dinero? Que ella supiese, el Estrasburgo apenas daba dinero para vivir con comodidad. Además, se trataba de un negocio en alquiler. Y solo el viaje en barco de los tres sobrinos debía de haber costado un buen dinero, razonó.

Carolina Bacardí llevaba dos días recluida en aquella pequeña oficina en el interior de un hangar, en el barrio de Centro Habana. Desconocía por completo en qué lugar se encontraba. Cuando la dejaron sola, examinó las paredes y la puerta cerrada, llegó a la conclusión de que huir de ese espacio resultaba imposible. No sabía el tiempo que permanecería en aquella situación pero confiaba en el buen juicio de Pepín Bosch para manejar aquella crisis.

Estaba segura de que estaba en manos de una banda de delincuentes italianos. El paletero que le había tendido la trampa lo era y su compañero también. El único contacto que tenía con sus captores eran los tres momentos del día en que uno de ellos abría la puerta y le daba comida y bebida. Le quitaron el reloj de pulsera. El primer día apenas probó un emparedado de jamón. Ella exigió una explicación, y él capeó como pudo la pregunta y se escudó en que no hablaba su idioma. Tampoco respondió a la pregunta sobre su procedencia.

Poco a poco se fue serenando. Tenía un colchón en buen estado, un retrete al lado de la oficina que funcionaba bien y un lavabo con agua corriente. Pensó en los miembros de la mafia asentados en la ciudad como organizadores de aquel asunto.

Tenía tiempo para repasar lo que había sido su vida. Y lo hizo. Era una joven educada en la religión católica y se ayudó de las oraciones que conocía para pedir fuerzas y resistir sin perder los nervios o desesperarse. Pensó en su madre y la extrañó.

Se consideraba una joven desafortunada. Pues, aunque disponía de todas las comodidades y los lujos con los que se podía contar, la desaparición de su madre se había producido cuando ella tenía apenas catorce años, en plena transición a la vida adulta, cuando estaba saliendo de su etapa de crisálida para transformarse en la mujer que sería. Cuando más necesitaba una presencia femenina.

Su madre, Elisa Muntadas, idolatraba a Carolina. Era la primogénita, era mujer. Cuando Elisa estaba en la calle, no veía el momento para llegar a la casa familiar y abrazar a su hija, acariciarle el cabello y preguntarle con detalle cómo le había ido en el colegio o en los juegos con las amigas.

Con su padre, en cambio, la relación había sido diferente. El se había dedicado a la fábrica y a los negocios y apenas había visto a sus hijos unos minutos durante los días de trabajo y algo más los sábados y domingos. Para el patriarca de la familia, su obligación principal era «mantener la fábrica», lo demás estaba en segundo lugar. Se había propuesto legar a sus hijos un patrimonio bastante más cuantioso del que había recibido, una fábrica organizada, extendida por diferentes países, y una empresa saneada de deudas. Todo ello lo hacía a costa de pasar catorce horas o incluso más en la fábrica. Y no se arrepentía. Tampoco reparó en el tiempo que dejaba de dedicar a sus hijos.

La relación entre los padres de Carolina Bacardí había sido correcta. Hacía tiempo que en ellos había desaparecido la pasión de los primeros años y Bacardí lo había sustituido por la fábrica.

Después vinieron las malas noticias. Su madre falleció cuando ella aún era joven, y luego lo hizo el padre.

Carolina, durante esos primeros días de cautiverio, pensó que todos aquellos pensamientos no la hubieran abordado de no estar encerrada entre esas cuatro paredes. Tenía miedo de acabar allí sin haber conocido la pasión, el amor verdadero.

También tuvo tiempo de pensar en su relación con Daniel Sancibrián. No dejó de causarle cierta extrañeza lo poco que lo recordaba pese a que su noviazgo había durado cuatro años. Se reafirmó en que abandonarlo había sido una decisión afortunada.

Otro asunto era el de Martín Ugarte. Pensaba una y otra vez en él, en su mirada, en sus manos suaves. Y se arrepentía de no haber propiciado una situación más íntima, besos apasionados, caricias... La circunstancia de que hubiera sido sacerdote la ayudó a pensar en él como una persona distinta. Y sí, lo era. Sus modales le llamaban la atención. Incluso esos momentos de introspección, vacíos de palabra, en que a veces lo había sorprendido. Era como si tuviese en su vida secretos que no deseaba compartir con nadie.

Aun así desconfiaba de él por razones que no podía entender. ¿Por qué había sido sacerdote? Creía que estos juraban sus votos para siempre. ¿Por qué había dejado de serlo? Eran muchas las ideas que le sobrevolaban la cabeza cuando pensaba en él, y eso sucedía a menudo. Trataba de sacudirse algunas de ellas.

Tenía la sospecha de que entre él y esa otra mujer con quien se lo podía ver, esa periodista llamada Joan Alison, había existido una historia diferente a la de unos simples amigos. No tenía ningún dato que lo corroborase pero su intuición se lo susurraba. Había leído en alguna novela que el cruce de miradas entre un hombre y una mujer que han sido amantes, aunque hubiera sido solo por una noche, nunca volvía a ser el mismo. Estaba intervenido por aquel momento de pasión, por breve que hubiera sido, por alejado que estuviera en el tiempo. Aquella mujer debía de ser ardiente. Seguro que conocía trucos eróticos y tenía mucha experiencia en hacer gozar a los hombres. Pese a que le llevaba unos años —diez, o alguno más, según calculaba—, tenía los senos firmes, un culo bien puesto, un arco de caderas bien dibujado y unos labios sensuales. Y, sobre todo, lo que más la hería: una actitud altiva, cultura, inteligencia. Se codeaba con productores y editores. Solo había que cruzar unas frases con ella para darse cuenta de que era una mujer que había recorrido mundo. Ella, por su parte, solo tenía veintitrés años. Sí, tenía dinero y patrimonio, pero no había pasado de besar en la boca a Daniel Sancibrián en esquinas de jardines o sentados en un vehículo de lujo mientras escuchaban un bolero. ¿Y si moría una de esas noches de cautiverio a causa de un fallo del corazón? Habría muerto sin haber sido amada, deseada, sin que el miembro viril de un hombre hubiese roto el himen con que había nacido.

Pero también tenía momentos de angustia. Estaba convencida de que estaba siendo secuestrada para obtener un rescate y eso la tranquilizaba. Pepín Bosch sabría cómo pagarlo. Pero no era ninguna tonta, uno de sus temores en esos instantes era que la policía averiguase su paradero y se entablase un tiroteo con los secuestradores. Trataba

de cambiar de pensamientos y se esforzaba en imaginar a Martín entristecido al conocer su desaparición, haciendo lo que estuviese en su mano para buscarla, extrañando las horas de clase de francés, pregonando a sus amigos cuánto lamentaba su ausencia.

Empezaba a temer que el desenlace se retrasaría y sus pensamientos en Martín no dejaban de aumentar. Trató de que alguno de sus captores le diera información. Pensó en ofrecerles una recompensa. Nunca llegó a intentarlo, pues no le dieron oportunidad.

Desde la primera hora del secuestro los jóvenes Cavalcanti le llevaron ropa interior y vestidos que habían comprado en algunos de los establecimientos del centro de la ciudad. Habían deducido su talla. A partir del tercer día empezó a comer con mayor apetito. No estaba dispuesta a salir desmejorada de aquella habitación sin ventanas. Estaba segura de que la esperarían multitud de fotógrafos y periodistas, sus amigas del colegio, Martín Ugarte... y quería presentarse ante todos ellos con buen aspecto. Estaba segura de que su cautiverio no habría de durar demasiado tiempo.

Pero conforme pasaron las horas su estado empeoró. El tercer día advirtió que el mayor de sus captores trataba de darle conversación. Solo eran frases cortas, en mal español. Le preguntaba cómo estaba. También le aseguró que el desenlace de su secuestro sería cuestión de unos días y que podría regresar junto a su familia. Ella aprovechó aquel momento.

—¿Quiénes sois? Se trata de dinero, ¿no es verdad?

El joven Cavalcanti asintió.

Ella intentó sacarle más. Lo hizo en inglés. Advirtió que el joven conocía este idioma, si bien de manera rudimentaria.

El joven italiano la observaba a unos metros. Ella estaba sentada delante de una mesa de cocina. Cambió de conversación y le habló de la comida. Eran platos típicos de comida cubana, como arroz, frijoles, filetes de carne o pedazos de pollo. Estaba segura de que compraban los platos en restaurantes populares, de esos que se pueden encontrar a cientos en Centro Habana o en la parte antigua. No hubo ningún plato del que pudiese identificar el establecimiento. En una ocasión le dijo a su vigilante que le gustaría comer un emparedado de pierna, lechuga y tomate, con bastante pimienta negra. Cavalcanti calló.

Carolina Bacardí no se quejaba de la comida.

—Supongo que no existe ninguna posibilidad de que me deje marchar —sugirió un día al mismo joven.

Él comprendió y dio un paso atrás.

—No, ninguna —respondió.

Esperaba aquella respuesta. Estaba sentada.

—No sé quiénes son ustedes, supongo que quieren dinero. ¿Por qué no piensan en una idea? Yo escribiré una nota de mi puño y letra y ustedes la enviarán a la fábrica. Escribiré que me encuentro en buen estado de salud y ordenaré que agilicen lo que sea necesario para pagarles.

El joven Cavalcanti entendió la propuesta. Asintió en varias ocasiones, dando a entender que le parecía una buena idea. Él le dijo:

—Llevaré esta propuesta a quien tengo que hacerlo.

Ella insistió.

—Es decir, a su jefe.

Él permaneció en silencio.

—Bueno, no me responda, pero debe hacerlo cuanto antes.

—Mi tío lo sabrá hoy mismo.

Carolina no desaprovechó esas palabras.

—¿Su tío?

El joven se dio cuenta del error que había cometido y se asustó. Se despidió de una forma brusca y cerró la puerta con llave.

Cuando el mayor de los Cavalcanti se encontró con su tío, este lo reprendió por haber entablado una conversación con la víctima. Tenían que ser muy cuidadosos.

Capítulo 34

Pepín Bosch estaba dispuesto a obedecer las exigencias de los autores del secuestro. En lo que menos confiaba era en la capacidad del gobierno y de la policía para esclarecer el caso sin poner en peligro la vida de Carolina.

Había supuesto que las condiciones para la entrega del dinero llegarían desde el Distrito Federal de México, por el mismo conducto que la primera carta. Por esa razón, se mostró sorprendido cuando Ofelia le hizo entrega de un paquete que alguien había arrojado al jardín desde la parte sur de la residencia de los Bacardí. Un par de policías cubanos vigilaban la entrada de la residencia y no habían advertido nada extraño. Abrió el paquete. Contenía un viejo zapato, de esos que se encuentran abandonados en cualquier barrio periférico de la ciudad. Dentro había un sobre con una carta. Apenas de dos líneas: «Dos millones de dólares por la libertad de Carolina Bacardí, billetes de cien, cincuenta, veinte y diez. Nada de trampas. Esperen instrucciones».

Estaba escrito con letras mayúsculas con un lapicero ordinario. Habían pasado cuatro días desde el secuestro.

En lo último en que pensó Bosch fue en dar a conocer su hallazgo a la policía. Había decidido mantenerlos alejados. No estaba dispuesto a poner en peligro la vida de su patrona bajo ningún concepto Los recibía cuando se lo pedían y respondía a sus llamadas o a las de miembros del gobierno, pero nada más.

A Pepín Bosch no le resultó complicado reunir los dos millones de dólares en billetes de diferente valor. Los gerentes de los bancos con que trabajaban se mostraron comprensivos, no hicieron demasiadas preguntas y, en menos de una semana, había reunido la cantidad exigida. Guardó los billetes en la caja fuerte de la residencia de los Bacardí. Solo Carolina y él conocían la clave para abrirla. Ahora quedaba esperar las instrucciones y cumplirlas.

Sorrillo, Fanon, Alison y Ugarte se reunían todas las tardes, al filo de las cuatro. Cambiaban impresiones sobre las investigaciones. Sorrillo se había acostumbrado a llamar a Stanley por su verdadero nombre. Este se lo permitía.

En una de esas reuniones, Fanon le confesó que se había entrevistado con Meyer Lansky. Sorrillo se sorprendió y quiso saber lo que había sucedido. El falso periodista lo expuso con toda clase de detalles. Le explicó cómo un tal *Grandote* Bazuco lo había esperado en el *lobby* del hotel para decirle que su jefe, Meyer Lansky, lo invitaba a desayunar en el hotel Nacional. Él y su hermano Jacob se habían ofrecido para ayudarlos a aclarar aquel asunto.

Sorrillo no había avanzado mucho en sus pesquisas. Por más que había tratado de indagar en el barrio de los Bacardí y hasta en las calles situadas entre el trayecto entre su casa y sus oficinas, nadie había aportado un dato que llamara la atención. ¡Maldita suerte! ¡Con la cantidad de empleados que solían tener los millonarios y ninguno estaba en la calle en ese instante!

Su esperanza para detener a los culpables radicaba en el momento en que los delincuentes se dispusieran a cobrar el rescate. Ese era el momento sensible y el punto débil de los secuestradores.

Sandra Monteagudo, por su parte, había seguido vigilando los actos y movimientos de su patrón y amante, Francesco Cavalcanti.

Si de natural resultaba amable y solícita con los clientes, durante aquellos días fue notorio su esfuerzo por mostrarse más encantadora. Empezaba a recibir a los proveedores y a organizar la barra al caer la tarde, pues el bar solo abría de noche.

Cavalcanti tenía por costumbre dar un largo paseo por la tarde, después de echar una siesta. Una de aquellas tardes, cuando estuvo segura de que él se había alejado lo suficiente, entró en la habitación del italiano con el fin de buscar alguna otra prueba acerca de sus intenciones. La traducción de Piero la había inquietado.

Su empeño le deparó un descubrimiento singular. Parecía el borrador de un testamento. No era versada en leyes, pero hasta las mujeres sencillas como ella sabían lo que entrañaba un testamento. Estaba redactado en español. En lo primero que reparó Sandra fue en la fecha. Tres días antes del día en que estaban.

Lo leyó una y otra vez.

Había nombrado a sus hijas y a su esposa herederas de todos sus bienes y dejaba a sus sobrinos cincuenta mil dólares. ¿Cincuenta mil dólares para sus sobrinos? Y sin contar lo que dejaba a su esposa y a sus hijas. Aquel hombre estaba loco o estaba metido en un negocio de grandes proporciones.

¿Y dónde quedaba ella? Se indignó. Se le hizo patente la inutilidad de tantas noches de sexo con una persona a la que no se deseaba.

Sandra tenía cerca de cincuenta años. Había nacido en la ciudad, en una casa pobre, hija de una mujer negra y un hombre blanco que olvidó su paternidad nada más nacer. Había sido iniciada en el sexo a los doce años por un primo mayor que ella y, desde ese día, tuvo la certeza de que los hombres sentirían por ella una atracción singular. Con su primo aprendió a disfrutar del sexo. Años más tarde se convertiría en una experta simuladora. Eso la había salvado de unos cuantos apuros y le había proporcionado unas buenas propinas. Francesco Cavalcanti había sido el último de una lista larga.

Leyó y releyó el borrador del testamento. No estaba dispuesta a perder la oportunidad que había acariciado. Ni su edad ni lo que le quedaba de orgullo se lo permitirían. Tenía que actuar.

La primera noche en que, semanas atrás, Stanley Mortimer, acompañado de un grupo de amigos, visitó a Francesco, ella le preguntó por el visitante, lo hizo con desinterés, para pasar el rato y darle conversación después del ejercicio amatorio mientras fumaban un cigarrillo tumbados en la cama. El italiano no se mordió la lengua. Le narró sus aventuras en el mar Mediterráneo hacía muchos años, su aprovisionamiento de armas y municiones a la guerrilla de una isla de la que ella jamás había oído hablar. Y habló del trabajo que desempeñaba Stanley Mortimer como agente de inteligencia del gobierno norteamericano.

Sandra recordaba a la perfección el rostro del norteamericano y ardía en deseos de encontrarse con él y cambiar impresiones. Con seguridad, podía proporcionarle información sobre Francesco. Era la única persona que lo había conocido antes de llegar a Cuba, al menos de los que ella tenía a mano.

Sin embargo, no sabía cómo hacerlo. Suponía que debía de moverse entre los salones de hoteles como el Nacional, el Capri, el Sevilla Biltmore u otros de categoría similar. Y

a ella no le permitían el acceso, eso lo sabía. No por su condición de cantinera, sino por ser mulata. Algunas veces escuchaba a los estudiantes que acudían al bar su intención de acabar con esa discriminación en cuanto consiguiesen desalojar a Fulgencio Batista del poder. Ella reía y, si tenía buen día, los invitaba a un trago y, con la mirada, los llamaba ingenuos.

En Miramar, en la residencia de la familia Bacardí, Pepín Bosch aguardaba las instrucciones para hacer llegar el dinero del rescate a los secuestradores. Como el mensaje anterior había sido arrojado allí, suponía que los responsables seguirían comunicándose de la misma manera. De nuevo, fue el primer sorprendido cuando lo llamaron de la fábrica. Carolina llevaba secuestrada cinco días.

—Señor Bosch, en la puerta de la bodega de un barrio, durante la noche, han dejado una botella vacía, una botella de ron de la fábrica, con una carta en su interior.

—¿Con un mensaje? ¿En qué barrio?

—En San Miguel de Padrón.

Se trataba de un barrio alejado del centro de la ciudad.

—¿Quién sabe de ese asunto?

—Nadie, el bodeguero y yo mismo. Él me la ha traído.

—¿Quién la ha entregado?

—No sabe, la han dejado en la puerta con un mensaje escrito en letras mayúsculas y grandes: «Para la familia Bacardí.»

—¿Se ha ido el bodeguero?

—No.

—Tráemelo, de inmediato.

Bosch quería descartar que tuviese alguna clase de relación con los autores del secuestro.

El bodeguero respondió a sus preguntas con serenidad. Al iniciar la jornada de trabajo y abrir la bodega, vio una botella de vidrio transparente entre las botellas de la entrega del día. Contenía un mensaje en su interior. Lo acompañaba otro mensaje para el gerente de la fábrica Bacardí. Bosch se lo agradeció con un billete de cien pesos.

El profesor León Valente había sido el responsable de hacer llegar el recado de esa manera a la familia, y también quien había arrojado a la mansión, unos días antes, el paquete que contenía un viejo zapato con una instrucción. Se sintió satisfecho por el resultado. Había urdido y participado en la operación París. Los planes se estaban cumpliendo sin contratiempos.

Pepín Bosch cogió la botella. La examinó. La rompió para extraer la carta.

> La plata ha de entregarse en México capital. En una semana. Primer contacto, que el emisario se hospede en el hotel Regis, habitación 33. Esperen instrucciones.

Desde luego, aquella gente no era estúpida. Y estaba organizada. ¿Y si fuese cierto lo que sostenía el presidente Batista? ¿Y si los autores pertenecían a una organización comunista que disponía de miembros en ambos países? Habían pasado cinco días desde el secuestro.

Pepín Bosch, además de un buen gerente de operaciones, era un magnífico planificador de estrategias para extender la marca Bacardí en otros países de América. Y un hombre testarudo.

Ordenó a un subalterno de confianza que se preparase para viajar al Distrito Federal de México. Se llamaba Leopoldo Sabaté, aunque lo llamaban Poli, y llevaba en la fábrica más de treinta años. Era un sesentón de buena salud, fuerte y que ofrecía a los Bacardí una fidelidad a toda prueba. Poli recibió instrucciones de su jefe.

—Viajarás en un barco a la costa de México. Una vez que desembarques, evitarás trasladarte a la capital en transporte público. Viaja con ropa sencilla, que nadie te confunda con una persona de dinero. Hospédate en el hotel Regis y no visites a nadie. Comunícate con tu esposa, nunca me llames, ni a la fábrica ni a esta casa. La vida de la señorita Carolina está en juego, esto solo te lo puedo pedir a ti.

Poli era un hombre de ojos expresivos, cejas pobladas, altura mediana y un pequeño bigote. Sabía a lo que se exponía. Había conseguido una estabilidad económica para su familia. Estaba seguro de que acabaría en prisión de ser detenido, quién sabe por cuantos años. Pero le unía con la familia Bacardí un lazo que no estaba dispuesto a romper. El difunto Facundo Bacardí había jugado al dominó con él en numerosas ocasiones, a Carolina la había visto dar sus primeros pasos y a Pepín Bosch tenía mucho que agradecer.

Trató de tranquilizar a Bosch.

—No te preocupes, Pepín. He entendido, y solo si pierdo la vida dejaré de cumplir lo que me pides.

El barco que lo esperaba en el puerto de La Habana había sido alquilado la víspera por medio de un amigo de Bosch. Poli le indicó al capitán que quería desembarcar en alguna playa cercana a Cancón. Solo llevaba como equipaje una maleta de tamaño mediano donde guardaba unas cuantas mudas, medias y camisas. Las horas pasaron sin que el viajero se diera cuenta. El mar Caribe era peligroso en esa época del año. Sin embargo, tuvo una travesía tranquila. Era un excelente presagio.

Capítulo 35

Bosch se había preguntado cómo hacer llegar el dinero a la capital de México sin que la policía lo interceptase. No le resultó difícil hallar una solución. Llamó a uno de sus banqueros, un hombre de apellido Hoffman, que dirigía la banca del mismo nombre, una de las más prósperas de La Habana. Habían realizado un buen número de transacciones con su banco. Hoffman se personó en las oficinas de Bacardí. Bosch se sinceró con él.

—Querido amigo, este es el favor más importante que voy a pedirte en la vida.

Esas palabras pusieron en alerta al banquero. Si procedían de Pepín Bosch, tenía que tratarse de un asunto de vital necesidad.

—Necesito dos millones de dólares en billetes de diferente denominación dentro de unos días, pero los necesito en el Distrito Federal de México. Yo te entregaré la misma cantidad aquí, más lo que me pidas como honorarios y comisiones por ese trabajo. No te discutiré un centavo.

Hoffman sospechó de forma inmediata para qué se utilizaría ese dinero.

—Pepín, no me digas más. Lo tendrás en la forma que desees, aunque necesitaré algunos días. Es una cantidad importante y tengo que hablar con varios amigos.

—¿Supongo que de confianza?

—Absoluta. Yo respondo por ellos.

—Lo recogerá Poli Sabaté cuando lo tengas disponible. Creo que lo conoces. Lo hará en el lugar que me digas.

—Así se hará, y de la comisión que has mencionado, olvídate. Aún recuerdo la confianza de la fábrica Bacardí en los inicios de la banca Hoffman. Facundo fue un hermano para mí.

Pepín Bosch se emocionó. Era mucha la tensión que llevaba acumulada desde que se conoció la noticia del secuestro de Carolina y tenía que desahogarse en un momento u otro.

—Lo estamos pasando mal, querido amigo. Los hermanos de Carolina son aún pequeños y yo me estoy encargando de todo.

Hoffman se acercó a él y le pasó el brazo por el hombro.

—No sé... si yo pudiera hacer más...

—Por ahora es suficiente con lo que estás haciendo. Consígueme ese dinero en México y Poli lo recogerá. Luego solo quedará rezar para que las cosas salgan bien.

Bosch se había recuperado.

—¿Cómo nos comunicaremos? —preguntó Hoffman.

—No creo que haya problema en que me visites aquí mismo. Todas las tardes recibo a un buen número de personas que vienen a testimoniarme su afecto. Nadie sospechará de ti.

—Me pongo a trabajar con mis amigos banqueros en México —dijo.

Catorce horas después de aquella conversación, un hombre cuyo pasaporte cubano identificaba como Leopoldo Sabaté firmaba el tarjetón de cliente del hotel Regis. Un taxi lo había dejado en la capital. El Regis era un hotel familiar y frecuentado por viajantes.

Un billete de cien dólares entregado al recepcionista en el interior del pasaporte bastó para que le asignaran la habitación 33.

Miró por la ventana después de descorrer las gruesas cortinas y contempló una pequeña plaza a una distancia de unos cincuenta metros. Un ir y venir constante de personas daban cuenta de una ciudad que no paraba nunca. Poli se sentía agotado pero aún tuvo fuerzas para asistir a la misa de las ocho de la tarde en una iglesia cercana y comulgar. Era un hombre religioso. Pidió a sus santos preferidos que el asunto que le había llevado a México resultara con éxito. Sacaría fuerzas para cualquier cosa que demandaran las circunstancias. Luego se sentó en un pequeño restaurante y cenó una sopa de caldo de gallina y unos cuantos tacos. Estaba hambriento. Se animó con un postre que le ofrecieron, pan de elote bañado en miel.

Al día siguiente, se levantó temprano, buscó la oficina de teléfonos más cercana y llamó a su esposa. Esta, tras preguntarle cómo estaba una y otra vez y colgar el auricular, se dirigió a la oficina Bacardí. Había apuntado el número de teléfono que su marido le había dado. Pepín Bosch la recibió de forma inmediata. Confirmó que Poli había llegado en buenas condiciones y tomó el papel para anotar el número de contacto. Luego *pidió a un* chófer de la empresa que trasladara a la mujer de Poli a su domicilio y le rogó que permaneciera atenta a las llamadas de su marido día y noche.

Una tarde, Sandra Monteagudo creyó ver a Stanley Mortimer tomando un café en el Prado. Estaba solo y ella lo vio desde un autobús que hacía el recorrido entre Centro Habana y Marianao. Se apeó y retrocedió unos metros, no más de treinta o cuarenta. Cuando llegó al establecimiento, Stanley Mortimer había desaparecido. Preguntó a los camareros que servían en la terraza y la miraron con desconfianza. Uno de ellos se apiadó y la atendió.

—Necesito hablar con el caballero que estaba sentado en esta mesa hace un minuto, es urgente —le pidió.

El hombre respondió con sinceridad.

—No lo conocemos, no sabemos quién es. Viene de vez en cuando, toma un café y se va. No pasa más de quince o veinte minutos y siempre lo hace solo. Es extranjero, de eso estamos seguros.

—¿Le entregaría usted una nota la próxima vez que lo vea?

—Sí, lo haré, no se preocupe señora.

Sandra Monteagudo pidió un papel y un lapicero y escribió:

> Me llamo Sandra, necesito hablar con usted. Si se aviene, déjeme una cita en esta dirección. Barrio del Cerro, número 57, al lado de la abarrotería La Bendita. Yo voy cada fin de semana. Es importante, saludos, gracias, Sandra.

Al día siguiente Stanley regresó al café Bristol, que así se llamaba. En cuanto lo vio, el camarero se acercó a él.

—Ayer una señora quiso hablar con usted. Me dejó esta nota. Parecía preocupada. Eso sí, es mulata, se lo advierto.

Stanley recogió el papel y lo leyó. Tendría que haber estado a punto de fallecer para no reaccionar ante una nota como esa. Preguntó por el barrio que se mencionaba en la hoja.

—Eso está alejado del centro de la ciudad y es peligroso —contestó el camarero.

—No importa, ¿cómo se va?

El camarero empezó a señalar varias maneras de hacerlo en transporte público. Stanley lo interrumpió.

—Iré en taxi.

—Le recomiendo que sea de su confianza.

Stanley no lo dudó. Le dio un billete al camarero y se acercó a la parada que solía utilizar Beto, uno de sus taxistas habituales. No lo encontró. Contrató al primero que estaba libre y le enseñó la nota. El taxista le pidió diez pesos y Stanley no puso reparo alguno. Estaba seguro, un presentimiento le aconsejaba seguir aquella pista.

El conductor le iba explicando los barrios por donde transcurría el viaje. Dejaron atrás un buen número de casitas bajas escoltadas por hileras de árboles frondosos. Conducía con lentitud, feliz en su función de cicerone, con el brazo por encima del asiento que tenía a su derecha. Se notaba que era un hombre amable en las formas. Stanley se dejó llevar por su condición de agente de espionaje.

—¿Cómo están las cosas, amigo? —le preguntó—. Acabo de llegar a la ciudad y he oído que el gobierno tiene problemas con los estudiantes de la Universidad Nacional.

El taxista se sorprendió por una pregunta tan directa. Respondió de una manera enigmática.

—Las cosas no están ni mejor ni peor que antes del golpe de estado del señor Batista.

A Stanley le llamó la atención que lo tratara de «señor Batista». Hasta ese momento, había escuchado a los cubanos referirse a él como «el general», «el presidente» o «el Hombre», un apelativo que había cobrado cierta fortuna entre la población más sencilla con motivo de las elecciones de 1940 que él ganó. No quiso perder la ocasión. Intuía una conversación interesante.

—¿Qué quiere decir, amigo?

—¿Usted a qué se dedica, qué le ha traído a Cuba?

—Soy periodista, de ahí que esté tan interesado.

—Bueno, descargaré entonces. Quiero decir que la República se desintegra. Los españoles se fueron hace más de cincuenta años. Creíamos que con la independencia llegaría la paz y la prosperidad. ¿Y qué llegó? La misma vaina. Los cubanos ardemos en deseos de destruirnos los unos a los otros. Mire, manejo un taxi desde hace años. A esta máquina suben pasajeros de todas clases y a los cubanos nos agrada soltar la lengua, se lo aseguro. Esto terminará en una guerra y todos saldremos perdiendo. Todos menos el señor Batista y sus amigos, estoy seguro que ya tienen un buen dinero fuera del país esperándolos.

Al cabo de unos veinte minutos, el taxista empezó a disminuir la velocidad.

—Por estas calles tenemos que manejar despacio, como ve no están en buenas condiciones, son de tierra y hay huecos del tamaño de una rueda.

Buscaron la calle y el número. El mensaje manuscrito de Sandra era preciso. Casa número 57 del Cerro, al final de la calle donde estaba la abarrotería La Bendita. El taxista preguntaba a las mujeres o ancianos que encontraba en el camino y estos lo aproximaban. Los observaban con curiosidad y suspicacia. No era común recibir visitas de forasteros, y menos aún que viniesen en un taxi desde el centro de la ciudad.

Llegaron a su destino. Stanley bajó del vehículo. Llevaba traje y corbata, camisa

blanca y zapatos relucientes. Unos cuantos chiquillos de ocho o diez años se acercaron. El taxista se quedó a su lado. Lo primero en que se fijaron los muchachos fue en los zapatos. No pocos de los moradores de ese barrio se dedicaban al oficio de lustrabotas e identificaban a la primera un calzado de buena calidad.

Se habían detenido ante una casa de tamaño pequeño que tenía un minúsculo jardín. Stanley se acercó. El taxista se quedó junto a su vehículo. La puerta de este estaba entreabierta. Se escuchaba a un perro ladrar sin convicción en el interior. Stanley golpeó un par de veces la puerta de madera sin ningún resultado. En ese momento oyó una voz que procedía de la casa de enfrente.

—¿Qué busca, señor?

Era una mujer madura de aspecto descuidado. Acababa de levantarse.

—Busco a la señora Sandra o a su familia —dijo él después de un sonoro «Buenos días».

—¿Para qué la busca?

—Se trata de un asunto particular —añadió él en el tono más amable de que fue capaz mientras se acercaba a la señora.

—No está.

—¿Y su familia?

—Tampoco, ellas salen temprano a la ciudad y no regresan hasta la tarde —explicó —. Benito sabrá a qué hora vuelven.

—¿Benito?

—Sí, el gallego que nos vende comida. Él es el dueño de la tienda de la esquina, aquella que ve allí, se llama La Bendita pero en el barrio la conocemos como el Quiquiriquí, por el gallo que tiene en el patio. Usted no es gallego, ¿verdad?

—No, no lo soy.

—Ya me parecía que no hablaba como ellos.

El tono de la señora era amable, no quiso desaprovecharlo.

—¿Y de Sandra, qué me dice?

Ella se mostró extrañada.

—Le advierto que tiene enamorado, o eso se dice.

Stanley comprendió y se empleó a fondo.

—No se trata de eso. Yo no conozco a la señora Sandra, nunca la he visto. El caso es que me dejó un mensaje escrito en un papel... mire, aquí lo traigo. Pide que venga a esta casa para concertar una cita con ella.

—¿Una cita?

Aún estaban ante la puerta de la casa número 57. Stanley ya sabía que la palabra «cita» podía entenderse de una manera equívoca.

—Cuando he dicho «cita» quería decir una reunión.

—Una de sus hermanas no tardará en llegar. Hace la limpieza en una casa del barrio. Si quiere, pase, le ofrezco un café.

Stanley aceptó. Segundos más tarde, entraba en una sencilla casa de una sola planta, igual que el resto de la misma hilera y que la de enfrente. El suelo era de tierra. Lo primero que vio fue una cocinilla de leña situada en una esquina. Varios sillones alrededor de una mesita formaban lo que quería ser una salita. De las paredes colgaban

unas cuantas fotografías enmarcadas; de una de ellas colgaba un crespón negro. Stanley intuyó que se trataba de una defunción reciente. Dos puertas permanecían cerradas. Supuso que se trataría de las dos piezas donde dormía la familia. Se sentó en el sillón que le ofreció la señora con toda la familiaridad que consiguió aparentar. Ella se marchó un momento. De un patio, separado por una cortina de tela anaranjada, salió una gallina. A la gallina la siguió el perro que había ladrado unos segundos antes. Era flacucho, y miró a Stanley con desinterés. Desprendía el característico olor a perro mojado.

La señora se presentó de nuevo. Se había repeinado el cabello y se lo había recogido con una goma. Se había lavado la cara, echado crema y pintado los labios.

—Me llamo Flor. ¿De dónde es usted?

— Soy americano.

—¿De dónde? ¿De Nueva York?

—Sí, del mismo centro.

—Ya se le ve, blanco completo. Mi abuela también lo era, pero empató con mi abuelo y mi madre salió mulata prieta. Yo les digo a mis hijos que adelanten con los suyos cuando la Virgen se los mande. ¿Tiene un cigarrillo?

—Claro, aquí lo tiene —dijo extrayéndolo de la chaqueta y ofreciéndoselo. Sacó un mechero dorado y le dio fuego. Ella acercó un cenicero.

—Fume, aquí fumamos todos, hasta las gallinas.

Stanley se animó y encendió un cigarrillo.

—Le voy a preparar una tacita de café. Es del bueno, marca Pilón.

—Muchas gracias —dijo él.

—Y también otra para el señor taxista.

Stanley se lo agradeció una vez más. Mientras Flor trajinaba con el café y las tazas, él reparó en que la vivienda estaba limpia y ordenada. La gallina había desaparecido y el perrito se acostó a los pies del visitante, sin duda, con la esperanza de que este le ofreciese algún alimento o lo acariciase. Flor volvió de la calle, una vez que hubo llevado la taza de café humeante al taxista. No lo había invitado a entrar.

—Así que Sandra le dejó un mensaje. Somos como hermanas, casi de la misma edad. No tenemos secretos la una para la otra.

Stanley asintió.

—Fíjese que no sé nada de ella, ni siquiera la conozco.

Ella se extrañó. Estaban frente a frente, con la taza de café en la mano.

—Así que no la conoce... Es una mulatica bastante clara, con los ojos un poco achinados y el pelo bueno. ¿Y por qué le dejó un mensaje?

—Por eso he venido, para enterarme.

—No creo que le pase nada, la vi hace unos días y me dijo que estaba bien.

Aquella mujer parecía bastante charlatana.

—¿Dónde trabaja?

—¿Sandra o yo? ¿Me regala otro cigarrillo? Esos que fuma usted son de los buenos.

—Tome, le dejo el paquete para usted. ¿Dónde trabaja Sandra?

— En la ciudad, en un bar que tiene un nombre que no recuerdo. No sé, Burgos, me parece.

—¿Burgos? ¿No sabe dónde está?

—Creo que en Centro Habana. No he estado nunca, ella me ha invitado pero no he podido.

—¿Y a qué se dedica su amiga? ¿Es camarera?

—Oiga, no pensará que soy una chismosa. Ella es mi vecina.

—Le aseguro que no.

Stanley estuvo a punto de sacar un billete de la cartera. Eso hubiera ayudado a relajar el ambiente. Pero no lo hizo.

—No sé en qué trabaja, lo único que le puedo decir es que lo hace con honestidad. No es una de esas mujeres de la calle Virtudes. Oiga, ¿a qué se dedica usted? Por ese saco que lleva y esos zapatos parece que las cosas le van bien. Al menos le habrán costado cincuenta pesos.

—Soy periodista.

Stanley cruzó las piernas con el fin de alejarse unos centímetros del perro. Este se rascaba una y otra vez, y él sospechó que debía de estar lleno de pulgas. Flor se dio cuenta y gritó.

—¡*Titán*, vete al patio, con las gallinas!

El perro obedeció a la primera.

—Mire, ahí llega Esperanza, una de las hermanas de Sandra.

Flor se asomó y la avisó.

Un par de segundos más tarde, Esperanza entraba en la vivienda de Flor. Miró de arriba abajo al visitante. Era una mujer aún joven, de unos cuarenta años o incluso alguno menos.

Esperanza escuchó las explicaciones de ambos y consideró que la conversación debía reanudarse en su casa. Dio las gracias a su vecina y entró junto a Stanley en el número 57. Esperanza le ofreció asiento. De nuevo un perro, esta vez no tan flacucho, hizo su aparición. Su dueña lo espantó a la primera.

—¿Qué quiere de Sandra? Ella está comprometida.

—No se preocupe, no es eso. Es ella quien quiere conocerme. Mire, este es el mensaje que me dejó ayer en un café de la ciudad.

Esperanza lo leyó con atención.

—Sí, es su letra. ¿Tiene un cigarrillo?

—Acabo de dejar el paquete en casa de su vecina.

—No importa, fumaré uno de los míos. ¿Quiere fumar?

—Gracias —contestó Stanley.

—¿Y por qué le habrá escrito esto pidiéndole que venga hasta aquí? ¿No sería más fácil que la visitara en el bar?

—¡Ah, el bar! Su vecina me ha dicho que se llama Burgos o parecido.

Esperanza quiso mostrarse precavida. El mensaje de Sandra no autorizaba que ese extraño supiera dónde trabajaba.

—Mire, hagamos caso a Sandra. Ella tendrá sus razones. Aquí dice que usted la tiene que visitar en esta casa. Ella vendrá mañana jueves al mediodía. Yo le diré que ha estado. ¿Por qué no viene el sábado a las doce? Ella suele tenerlo libre y viene a vernos. ¿Sabe? Adora a sus sobrinas. Ahora están en la escuela.

—El sábado al mediodía. Dos días... bien, ¿me permite traer comida? ¿Y algún postre?

—Traiga un cartucho si no le molesta. Y también cigarrillos. Si son Lucky Strike, mejor. Hace tiempo que no los fumo, ¡y huelen tan rico! Y no se apendeje, en el barrio vive gente buena.

Stanley se despidió con un apretón de manos. Una vez en el taxi, pensó en la información con que regresaba. En realidad era poco, solo que aquella misteriosa mujer estaba comprometida, que trabajaba en un bar o en una cafetería y que no era prostituta. Y que el establecimiento respondía al nombre de Burgos o algo similar.

—Oiga, amigo, ¿conoce en la ciudad un café o un bar que se llama Burgos? —preguntó al taxista.

—No, no me suena de nada.

—¿Por qué no pregunta a sus colegas? Le daré una buena propina si lo averigua. Por cierto, ¿puede traerme a este mismo lugar el sábado al mediodía?

El taxista aceptó.

Capítulo 36

Stanley Mortimer acudió con puntualidad a la cita del sábado. Esperó un buen rato y, cuando vio que Sandra no llegaba, regresó a la ciudad en el mismo taxi que había utilizado unos días atrás. Su hermana no tenía explicación. Él le dio sus datos, el nombre del hotel donde se hospedaba y el número de su habitación. También le dejó una pequeña cantidad de dinero por si tenía necesidad de desplazarse con urgencia.

Al día siguiente, Esperanza Monteagudo denunció en una de las comisarías de La Habana la desaparición de su hermana. Las desapariciones de mujeres en la ciudad no eran infrecuentes. En la mayor parte de los casos se trataba de desapariciones de amor, mujeres que se desplazaban al interior del país sin advertir a sus familiares. Pero Esperanza estaba segura de que algo le había pasado. Su hermana Sandra no era de esa clase de personas, no se hubiera ido de la ciudad sin avisarla, y menos sin despedirse de ella y sus hijas.

El policía que la atendió le hizo unas cuantas preguntas de mero formalismo. Dónde vivía su hermana, a qué se dedicaba, con quién compartía cama. Cuando la denunciante le dijo que vivía con un hombre extranjero sin estar casados, el interés del funcionario disminuyó. Le recomendó que esperase una semana, incluso dos o tres, y que regresase si su hermana no daba señales de vida.

Los casos de delincuencia común, entre los que se encontraban las desapariciones, acababan en un expediente que revisaba el inspector Juan Sorrillo. Este leyó la denuncia de Esperanza Monteagudo junto a otras incidencias del fin de semana. No le prestó demasiada atención.

La tarde del lunes, el inspector tenía uno de sus encuentros habituales con Chris Fanon y sus amigos. El caso Bacardí seguía ocupando su cabeza por encima de otros. Se vieron en la cafetería del hotel Capri. Fanon, Alison y Ugarte llegaron juntos. El encuentro no duró mucho tiempo. Abordaron el secuestro de Carolina Bacardí. Sorrillo reconoció que seguían sin pistas. Habían pasado doce días desde el 7 de abril.

Martín Ugarte se mostró afligido por la suerte de su amiga. Ya habían pasado nueve días desde su desaparición.

Stanley Mortimer trataba de armar en su cabeza las piezas de aquel rompecabezas.

Esa misma noche tenía una cena concertada. Su jefe, Ray Colmore, lo había citado con Bienvenido Llamosas, un miembro del politburó del Partido Socialista Popular, el partido socialista cubano. Llamosas era un hombre de unos sesenta años, encanecido y con gafas. Dirigía la cátedra de Historia Antigua en la universidad. El politburó lo había designado por su carácter y su capacidad para establecer buenas relaciones. El contacto había sido establecido por medio de un miembro del Partido Comunista de los Estados Unidos de América.

En 1925 se fundó el Partido Comunista Cubano basándose en los fundamentos del Partido Revolucionario Cubano de José Martí y durante cuatro años, de 1940 a 1944, había formado parte del gobierno de Fulgencio Batista. Pero repudió con fuerza el golpe de estado del 10 de marzo de 1952. Sus miembros solían pertenecer a sindicatos de la enseñanza secundaria y de la universidad. Tenían buenas relaciones con el Partido

Comunista de la Unión Soviética, que financiaba sus actividades.

Mortimer y Llamosas quedaron en verse en el restaurante Lincoln, un pequeño rincón de Centro Habana. El pacto alcanzado era que el encuentro se referiría a lo relacionado con el secuestro de Carolina Bacardí. No debían abordar cuestiones generales.

Como suele suceder entre dos personas experimentadas, los hombres que se identificaron como el periodista Chris Fanon y el camarada Bienvenido Llamosas decidieron *abrir* la agenda, según propuso el primero.

Una cosa era que sus respectivos órganos superiores hubieran acordado una limitación de los asuntos sobre los que podían conversar y otra era que ellos la cumpliesen a rajatabla. Estaban en un reservado de un restaurante familiar, a salvo de miradas indiscretas. El local disponía de dos pequeñas salitas con mesas para cuatro y seis comensales. Su especialidad era la comida cubana. Preparaban el pescado con buen gusto y sencillez.

—Señor Llamosas, primero hagamos una agenda. Qué le parece que anote en esta hoja los temas que nos interesan a ambos antes de hablar de la señorita Bacardí.

—Excelente. Siempre que luego, al terminar, rompamos esa hoja en mil pedazos y yo me los lleve —respondió el comunista.

—Buena idea.

Completaron la agenda y comenzaron las preguntas.

—Lo primero, ¿cuándo va a dejar su gobierno de apoyar a Batista? Creo que les está causando más problemas que beneficios por sus amistades indeseables —dijo Llamosas. Se refería a los italianos.

—Son un problema. Aun así, hay otras cosas que nos preocupan más. ¿Quiénes son esos Rebeldes? Es lo que nos interesa saber —respondió Fanon.

—¿Los Rebeldes? Mire, yo que ustedes no me preocuparía por esos jóvenes. Sí, hacen mucho ruido, pero sobre todo por la acogida que les hacen en su país, en sus universidades.

La conversación discurría con cordialidad.

—Los comunistas estamos dispuestos a alcanzar el poder de un modo legítimo, ganando las elecciones o en alianzas con las fuerzas populares del país. No queremos saber nada de los *aventurerismos.*

—Espere, ¿qué ha querido decir con eso de los *aventurerismos*?, ¿a quiénes se refiere?

—¿No lo sabe, o se está haciendo el tonto? El trotskismo se ha infiltrado en nuestra universidad.

—¿El trotskismo? ¿Se refiere a León Trotski?

—A quién más me puedo referir.

— Murió asesinado hace unos años.

Stanley recordaba aquel caso.

Llamosas no evitó la respuesta.

—Sí, Trotski murió, una pena... había intervenido en la Revolución de Octubre, un héroe en otros tiempos... lástima que se desviase, igual que lo hicieron los perros titistas. Aquí en Cuba disponen de unos cuantos seguidores, unos locos, dirigidos por un tal León Valente, un millonario.

—¿Puedo retener ese nombre en mi cabeza?

—Haga lo que quiera.

Llamosas se despachaba a gusto.

Llegó el turno de los italianos.

—Y en cuanto a los Lansky y sus negocios en la isla, nada nos indigna más. Son unos desalmados. No solo por el tipo de negocio que desarrollan y por cómo tratan a nuestras jóvenes, sino por las conexiones que tienen con Batista. Ustedes lo saben y son tan responsables como ellos de lo que sucede —dijo con seriedad Llamosas.

—¿Y del secuestro de la señorita Bacardí? ¿Qué opinan en su partido? Batista está convencido de que ustedes están detrás.

—Ni él mismo se lo cree, salvo que haya enloquecido del todo. Nosotros no estamos interesados en sembrar la violencia. Lo nuestro es otra clase de lucha: concienciar a la clase obrera, a los campesinos, organizarlos, nada de aventuras. Alcanzaremos el gobierno, sí, pero sin poner bombas ni secuestrar gente.

—¿Quién puede ser el autor del secuestro? No parece haber sido organizado por ningún aficionado. Ya llevan varias semanas y no se sabe nada.

—¿Los italianos? —preguntó Llamosas.

—No lo creemos, nos han dicho que no están interesados en la violencia. Lo mismo que usted me ha dicho.

Llamosas reaccionó.

—No nos compare, por favor, nosotros somos un partido serio. Ellos, unos delincuentes.

—¿Se vería con ellos?

—¿Con los italianos? ¿Para qué?

—No sé, para conversar. El jefe de los italianos me ha dicho que estaría dispuesto. Es más, que le gustaría.

—¿A quién se refiere?

—A Meyer Lansky.

—¡Con ese tipo! No, de ninguna manera. Yo no me siento al lado de gente que explota a nuestras jóvenes de esa manera. ¡Nunca! Si me veo alguna vez con ese Lansky, será para expulsarlo de la isla o para meterlo en el Tanque.

—¿El Tanque?

—Sí, la cárcel.

Llamosas y Fanon continuaron conversando un buen rato. Se despidieron. Rompieron la hoja donde Fanon había anotado unas cuantas cosas y quedaron en verse de nuevo. Les convenía a ambos. Para el Partido Comunista Cubano, tener interlocución directa con el servicio de inteligencia norteamericano no era poca cosa.

Fanon había atado un cabo más: no creía que el partido comunista estuviese implicado en el secuestro como Batista se empeñaba en divulgar. Era especialista en eso, en asustar a los cubanos con enemigos imaginarios.

Stanley Mortimer redactó un informe que envió a Colmore. Resumía su entrevista con Llamosas. Lo que interesó en Washington fue que proclamasen su interés en llegar al poder sin utilizar medios violentos. También que se desvinculasen con energía del secuestro de Bacardí. En realidad, no creían en esta posibilidad, por lo que no se

sorprendieron. En Washington los consideraban como un pequeño grupo de intelectuales sin gran capacidad para desestabilizar el régimen.

La mención de Stanley a León Valente y a los trotskistas cubanos no pasó de un par de líneas. No constaban en sus archivos, de modo que ni Colmore ni sus ayudantes les prestaron atención.

El taxista que había transportado a Chris Fanon al barrio de Sandra Monteagudo se presentó una noche en el hotel Sevilla Biltmore. Tuvo suerte. Chris Fanon estaba cenando, solo, en el restaurante del establecimiento. Después de insistir un par de veces, le permitieron la entrada.

—Señor, ahora sé dónde está ese lugar por el cual preguntaba usted hace unos días.

—¿El Burgos?

—Es el bar Estrasburgo, no sé cómo no me he dado cuenta antes. Soy un estúpido.

—El estúpido soy yo. Lo conozco, pertenece a un italiano. ¿Puede llevarme ahora mismo?

—Tengo el taxi en la puerta.

Unos minutos más tarde, llegaban al establecimiento. Estaba abierto, había pocos clientes. Lo primero que observó Fanon era que la barra la dirigía un joven al que había visto hacía unos días con Francesco Cavalcanti. No se veía a Sandra Monteagudo por ningún sitio.

Stanley y el taxista pidieron dos cervezas y se sentaron en una esquina. Los otros clientes tomaban licores y charlaban.

—¿Qué ha sido de la señora que suele atender la barra? Sandra, creo que se llama.

El camarero respondió con inocencia.

—Se fue del bar. Al parecer le ofrecieron dirigir otro en Santiago y desapareció de la noche a la mañana. Ni siquiera se despidió de nosotros.

Fanon le dio las gracias. A la segunda cerveza, se atrevió con otra pregunta.

—¿Y el señor Francesco? ¿Llegará más tarde, como siempre?

—No, se encuentra fuera de la ciudad, tal vez mañana regrese.

—¿Se lo ha dicho él?

—No, su sobrino, aquel joven que está en la barra. ¿Quiere que lo avise?

—No, no será necesario, volveremos otro día. Tome, aquí le dejo este billete por las cervezas y este otro por su discreción.

—A la orden, caballeros.

Fanon y el taxista enfilaron la puerta. Ya en el hotel, el norteamericano cavilaba: «Esto es extraño, Sandra Monteagudo quiere decirme algo y desaparece sin dejar rastro. En el bar donde trabaja me dicen que se ha ido a Santiago de Cuba y Francesco Cavalcanti no está en su establecimiento.»

Al día siguiente, también en horas de noche, visitó de nuevo el Estrasburgo. Esta vez lo hizo a solas y estaba Francesco Cavalcanti. Lo recibió con una sonrisa.

—Stanley, qué alegría verte. Perdona, no recuerdo cómo te llamas ahora.

—Fanon, Chris Fanon —dijo correspondiéndole con otra sonrisa.

—¿Qué ha sido de tu vida? Quedaste en visitarme y no lo has hecho.

—Sí, he estado fuera de la ciudad, en Nueva York —mintió Mortimer—. ¿Cómo te va la vida, que tal el negocio?

—Solo regular. Además, la mujer que tenía en la barra se ha largado. Parece que alguien de la competencia le ha ofrecido un mejor trabajo. ¿Y tú?

—Bueno, no me quejo. Camino por la ciudad y trato de averiguar cosas. Es mi oficio. Me gusta La Habana.

Cavalcanti adoptó una expresión extraña.

—A mí, en cambio, me está hartando. Todas las noches son iguales. Los mismos mosquitos, los cubanos siempre quejándose de lo mal que están las cosas, este clima de sauna interminable... no sé, empiezo a hartarme de todo esto.

—¡Vaya!, pensé que estabas contento aquí, en La Habana —replicó Stanley.

—Me estoy haciendo viejo. No sé, echo de menos Italia, mi pueblo, a mis hijas, incluso a mi mujer.

—¡Caramba! ¿Te has hecho millonario?

—Nada de eso. Es que han llegado mis sobrinos y me han recordado lo importante que es la familia. Sí, cualquier día hago la maleta y me voy.

—Bueno, no te lo reprocho. Te despedirás de mí, al menos.

—¡Claro! Lo haré de unas pocas personas, y tú serás una de ellas, te lo prometo.

Stanley dio por acabada su estancia en el bar. Estaba seguro de que Cavalcanti mentía.

Capítulo 37

El cadáver de Sandra Monteagudo apareció flotando en aguas del Caribe, a varios kilómetros de La Habana. Una vez en la morgue, fue examinada por el médico Arnoldo Díez. Lo acompañaba el comisario Sorrillo.

—A esta mujer la estrangularon antes de tirarla al mar. Fueron unas manos fuertes, masculinas.

Sandra Monteagudo había aparecido desnuda. El protocolo de actuación de la policía obligaba a llamar a las personas que habían denunciado la desaparición de un familiar que correspondiese con la edad de la fallecida. Una de las que se personó en la morgue de La Habana fue Esperanza Monteagudo. Reconoció a su hermana y rompió a llorar. Una hora después se sentaba en el despacho del inspector Sorrillo.

—¿Quién podía tener motivos para estrangular a su hermana?

—Nadie, era una buena mujer, no tenía enemigos.

—Cuénteme lo que sabe de ella. ¿Dónde trabajaba? ¿Tenía un romance con algún hombre?

Lo primero que pensó Esperanza Monteagudo fue en el extranjero que la había visitado unos días atrás. Resultaba extraño y se lo contó al inspector. Estaban presentes los ayudantes de este. Sorrillo repasó su libro de notas.

—Y dice que era un norteamericano de unos cincuenta años, educado, bien conservado, de profesión periodista y que parecía disponer de dinero...

—Sí, señor, eso he dicho.

—Y que viajó hasta su casa en un taxi desde el centro de la ciudad y preguntó por su hermana de manera insistente.

—Sí. Me dijo que ella le había escrito una nota.

—¿Una nota? ¿Usted la leyó? ¿Qué decía?

—La leí, quería que se pusiese en contacto con ella cuanto antes —añadió la mujer.

Sorrillo encendió un cigarrillo.

—¿Era la letra de su hermana?

—Sí, era su letra, estoy segura.

—Quédese un rato aquí, señora, luego me ocuparé de enviarla a su casa con un chófer de la comisaría.

Ella le pidió un cigarrillo y aceptó.

Por alguna razón, Juan Sorrillo pensó en Chris Fanon. Fue una corazonada. Se levantó y dio unas cuantas vueltas alrededor de la mesa. ¿Fanon en este asunto? ¿Cómo era posible? Necesitaba asegurarse, de manera que ordenó a uno de sus ayudantes que se desplazase de inmediato al hotel Sevilla Biltmore.

No era infrecuente que el fotógrafo del hotel tuviese en su archivo fotografías de los clientes. Formaba parte de su trabajo. Los fotografiaba con cualquier excusa: una reunión en el bar, en el restaurante, en la entrada del establecimiento. Luego le ofrecía la fotografía al interesado y, en más de una ocasión, este la adquiría como recuerdo. Una hora más tarde, Sorrillo enseñaba a Esperanza Monteagudo una fotografía en la que podía identificarse al periodista Chris Fanon.

—Sí, es el señor que vino a mi casa. No me diga que es el asesino de mi hermana.

—No lo creo. Váyase a su casa, uno de mis hombres la llevará. Siento muchísimo lo ocurrido. Le aseguro que detendremos a los culpables y serán enjuiciados. Si recuerda otros detalles, llame a este teléfono o venga a la comisaría. Me llamo Juan Sorrillo, inspector de policía.

Juan Sorrillo no tardó en verse con Chris Fanon. El norteamericano llegó a la comisaría con Joan Alison y Martín Ugarte, como tenía por costumbre. El inspector tenía el rostro serio.

—Oiga, Fanon, lo ando buscando desde hace horas.

—¿Qué ha sucedido? ¿Alguna noticia?

Stanley se refería al secuestro de Carolina Bacardí.

—No, ninguna sobre ese asunto. ¿Le suena el nombre de Sandra Monteagudo?

Chris Fanon enarcó las cejas.

—Claro que me suena, esa mujer me busca desde hace unos días.

Sorrillo continuó serio. Sus palabras coincidían con el testimonio de Esperanza Monteagudo.

—¿Lo busca? ¿Se puede saber para qué?

—Eso quisiera saber.

Fanon explicó lo sucedido. Lo único que omitió fue que la señora Monteagudo trabajaba en el bar Estrasburgo y que él conocía a su gerente.

—Lo siento, no creo que puedan verse. Está muerta, ha sido asesinada —dijo el inspector.

—¿Asesinada?

—Estrangulada. Ha aparecido en la bahía.

—Oiga, inspector, nadie puede estrangular a una persona así como así. Quien haya sido, lo había hecho con anterioridad.

—¿Cómo lo sabe?

—Eso no importa mucho.

El inspector Sorrillo estuvo a punto de recordarle que era él quien hacía las preguntas. Aun así, se abstuvo.

—¿Qué sabe de ella, de la víctima?

Chris Fanon recapituló. Lo hizo de forma fugaz en su cabeza. Estuvo a punto de contar a su interlocutor lo que había sucedido, incluidas sus últimas averiguaciones sobre Francesco Cavalcanti. Resultaba evidente que los datos de que disponía Sorrillo eran de inferior calidad que los suyos. Joan y Martín seguían la conversación sin perder detalle y asombrados.

Fanon pidió a Juan Sorrillo un par de días para investigar por su cuenta. En esos momentos le estaban asaltando varias sospechas y estaba acostumbrado a hacer las cosas a su manera, sin cortapisas o límites, y menos de alguien que tuviese mayor autoridad que él.

Sorrillo aceptó a regañadientes. Le costaba hacerlo. Él ostentaba la máxima autoridad para dirigir la investigación, designado en persona por el presidente de la República aunque este no fuere de su agrado. Pero las instrucciones que había recibido de sus mentores del FBI habían sido claras, debía colaborar con él. Y, además, ese hombre le

fascinaba. Estaba seguro de que poseía una capacidad fuera de lo común para desentrañar casos enrevesados. Y daba por supuesto que poseía la experiencia de haber trabajado en asuntos complicados en diferentes países. En vez de cuarenta y ocho horas, le concedió veinticuatro. Habían pasado trece días desde el secuestro.

Quedaron en verse a las seis de la tarde del día siguiente, 20 de abril, en la comisaría de La Habana. Sorrillo le dijo que podía venir acompañado de Joan y Martín.

Al despedirse de los tres amigos, el inspector puso la mano en el hombro de Martín.

—Oiga, joven, empiezo a estar harto de usted —dijo en un tono socarrón.

El vasco se sorprendió.

—¿De mí?

—Sí, de usted. Su nombre me suena una y otra vez en el oído, como el zumbido de un mosquito. Aparece en todos los expedientes que llegan a mi mesa.

Joan observaba la escena entre intrigada y divertida.

—¿Qué quiere decir? —dijo Martín.

—Sí, mire, se lo explicaré. Secuestran a una joven millonaria y, ¿de quién es alumna? De usted. Asesinan a una mujer y, ¿a quién conoce? A uno de sus amigos. ¿No cree que son demasiadas coincidencias? Y han sucedido en pocos días.

—Qué quiere que le diga, inspector. Yo soy el primer sorprendido —dijo Ugarte.

—Por bastante menos que eso muchas personas han dormido en mis calabozos hasta que se han aclarado las cosas. Bueno, tiene las mismas veinticuatro horas que he dado a Fanon para responder a tanta coincidencia. Nunca había tenido un sospechoso como usted, pese a su cara de fraile.

Fanon rompió a reír.

—¿Y usted por qué se ríe?

—Nada, cosas mías, inspector. Le aseguro que conozco al señor Ugarte desde hace años y es inocente. Yo respondo por él.

—Y por usted, señor Fanon, o como quiera que se llame, ¿quién responde?

Ese día, Juan Sorrillo no estaba del mejor humor. Las cosas se estaban complicando y del palacio presidencial le presionaban cada mañana exigiendo resultados. Él había dado a Fanon unas horas para investigar por su cuenta. Lo había hecho en contra de los protocolos y de sus costumbres, confiando tal vez en los poderosos medios de los que debían de estar dotados los servicios de inteligencia norteamericanos.

—Váyanse, y ya lo saben, solo veinticuatro horas. Si no se presentan, mis hombres y yo los buscaremos por toda la ciudad y no para invitarlos a un café y fumar un cigarrillo juntos como buenos amigos.

¿Por qué Fanon le había solicitado unas cuantas horas de prórroga? Sin duda, andaba detrás de alguna pista que no le había contado. Eso le molestó. «Sin embargo, así es este oficio», razonó. Había aceptado que ese tipo, Fanon, formase parte de la investigación. Se había comprometido con sus viejos amigos del FBI y ahora no podía arrepentirse.

Capítulo 38

México, Distrito Federal. Leopoldo Sabaté cruzó un enorme portón de hierro en un coche, acompañado por un hombre de quien solo conocía el apellido, Luesmes. Luesmes era la persona que le entregaría el dinero del rescate de Carolina Bacardí. Se trataba del secretario privado de los Mangravita, los accionistas principales del Banco Ganadero.

Sabaté y Luesmes contaron el dinero. Dos millones de dólares usados y en billetes de cien, cincuenta y veinte. Abundaban los primeros y cabían en una maleta de tamaño mediano. Mangravita los observaba. Luego calcularon el peso:

—Entre diez y doce kilos. ¿Podrás con ella? —preguntó Luesmes—. Yo no podría.

—Podré, aunque tenga que echármela a la espalda —respondió Sabaté.

Desde su llegada al Distrito Federal, Leopoldo Sabaté había seguido todas y cada una de las instrucciones que le habían dado.

Una voz madura lo llamó por teléfono a la habitación 33 del hotel. Le pidió que se asomara a la calle unos minutos. La habitación disponía de un balcón y podía hacerlo con facilidad. Era una tercera planta. En ese mismo momento, el camarada Zacarías deambulaba por la calle sin dejar de observar el balcón. El objetivo de este primer contacto era conocer al enviado de la familia Bacardí e identificarlo.

Poco más tarde, el huésped recibió una nueva llamada telefónica.

—Salga de la habitación, abandone el hotel y camine hacia la izquierda de una manera despreocupada, con lentitud. Deténgase unos diez segundos ante un escaparate cada tres o cuatro minutos, cuente los segundos. Hágalo así durante un buen rato, al menos media hora. Cada vez que se detenga ante un escaparate, quítese el sombrero y lo sostiene con la mano izquierda. ¿Lo ha entendido?

—Sí. ¿Algo más?

—Sí. Si alguien de la policía ha contactado con usted o lo vigilan, siga las mismas instrucciones, pero en vez de sostener el sombrero con la mano izquierda, hágalo con la derecha.

—Así lo haré.

Sabaté concluyó que esta segunda llamada tenía por objeto seguirlo. Cientos de personas caminaban por esa calle a esas horas. Se trataba de una zona comercial y los mexicanos hacían sus compras. Los socios de los secuestradores debían de pensar que, si la policía lo seguía, no sería difícil averiguarlo.

Leopoldo regresó al hotel después de una hora de paseo. Ejecutó a la perfección lo que le habían ordenado. Aquello se repitió dos veces. En la última llamada, el misterioso hombre le preguntó.

—¿Tiene lo que le hemos pedido?

—Lo tengo.

Zacarías le respondió con un modismo, de lo emocionado que estaba.

—¡Órale, güey!

Leopoldo Sabaté no estaba nervioso, al contrario. Sabía cuáles eran los movimientos que debía evitar, lo había estudiado hasta en los más mínimos detalles. Tenía presente

las recomendaciones dadas por Pepín Bosch. La primera, y la única importante, no poner en peligro la vida de Carolina Bacardí bajo ningún concepto; luego, entregar el dinero a toda costa; por último, estar seguro de que se entregaba a un cómplice de los secuestradores, no a la policía.

Para sorpresa de Poli Sabaté transcurrieron dos días sin recibir una nueva llamada. Su cabeza daba vueltas, pensaba en una complicación de los secuestradores, incluso una intervención de la policía del Distrito Federal. Adquiría todos los periódicos, los matutinos y los vespertinos y repasaba cada una de las noticias.

Al fin, se produjo una nueva llamada, la misma voz lo invitó a salir de la habitación. Él lo hizo con la misma parsimonia que las veces anteriores. Esperaba que, en uno de aquellos avisos, le rogarían que llevase la maleta consigo. Alguien en la calle se pondría en contacto con él. Quizá un joven se ofrecería a cargarle la maleta. Tampoco sucedió nada en los largos minutos que lo llevaron a realizar el mismo trayecto que en las ocasiones anteriores. Volvió a realizar el ritual de los escaparates y el sombrero en la mano izquierda.

Pero al regresar a la habitación, se encontró con que la puerta estaba abierta. No había sido forzada. Entró y abrió el armario. La maleta ya no estaba en su sitio. En ese mismo momento sonó el timbre del teléfono: «Tenemos la maleta. Ahora nos toca a nosotros. En las próximas horas tendrán noticias.»

Sabaté salió a la calle y subió a un taxi. El corazón le palpitaba aceleradamente pero él sabía que era de emoción. De ninguna manera el Dios en el que creía le haría una mala jugada. Al cabo de un rato entraba en una oficina de teléfonos de la ciudad y pedía una conferencia con el número de su esposa en La Habana.

—Mi amor, ¿cómo estás?

—Bien, Poli, ¿y tú?

—En cuanto regrese nos acercamos a la agencia de doña Ángela y encargamos un viaje a París.

—¿París? ¿Estás seguro, Poli?

—Claro que lo estoy. Te extraño mucho.

—Mi amor, yo también te extraño.

Si Leopoldo hubiera propuesto a su esposa pasear por las calles de Madrid, habría significado que estaba en manos de los secuestradores. Si hubiera mencionado Londres, hubiera querido decir que la maleta le había sido sustraída. Faltaba Roma: si Sabaté mencionaba Roma, debía entenderse que un policía estaba a su lado.

La esposa de Poli Sabaté tenía en aquellos días un huésped. Un sobrino de Pepín Bosch, del mismo apellido, de apenas veintitrés años. Su única misión era esperar hasta que esa llamada se produjera. Su tío Pepín le había ordenado que no saliera en ningún momento, ni siquiera para tomar un café o para comprar los periódicos del día. Unos minutos más tarde, Pepín Bosch recibió el informe de su sobrino.

—La señora Sabaté me dice que ella y su marido viajarán a París.

El viejo Bosch saltó de alegría. Miró el reloj. Eran las 15.32 horas de la tarde del día 23 de abril. Habían pasado 16 días. Abandonó la fábrica y se dirigió a una iglesia cercana. Se santiguó, se arrodilló en un reclinatorio y dio las gracias por la noticia.

Salió con los ojos abiertos, esperando que la buena noticia se produjera de un

momento a otro. Regresó a la fábrica y alzó el volumen del transistor.

Todas las esperas, todo ese tiempo vacío que tanto sufrimiento le estaba causando, parecían haberse acabado cuando el menor de los Cavalcanti entró en la habitación que servía de celda a Carolina Bacardí y le sonrió.

—Va usted a ser puesta en libertad hoy mismo.

Ella se reincorporó de un salto. No pudo pronunciar palabra alguna.

—¡También para nosotros es una gran noticia!

—¿En cuánto tiempo? —preguntó ella, al fin.

—No lo sé.

—¿Puede facilitarme un espejo?

—¿Un espejo? No creo que lo tengamos —dijo el joven.

Las mujeres no dejaban de sorprenderle.

Los jóvenes Cavalcanti estaban exultantes. Habían aceptado participar en el secuestro sin rechistar, como era costumbre en su familia. Las órdenes de los mayores eran obedecidas y en este caso el tío Francesco había sido explícito en cuanto a la gran cantidad de dinero que habría de percibir cada uno de ellos. Esa circunstancia opacaba la pena que sentían por la víctima. Era una joven de una edad similar a la de ellos, hermosa y de maneras delicadas. La observaban en el turno de guardia que cumplían, despertaba en ellos simpatía y lo comentaban pero de ningún modo ese sentimiento les hizo titubear.

Pasó una hora, los sesenta minutos más largos de su vida. Carolina se felicitó a sí misma por la entereza con que había aguardado ese momento. Desde el instante en que los secuestradores le dijeron que se trataba de un secuestro por razones económicas una voz interior le indicó que el episodio acabaría bien para ella. Las cajas fuertes de la compañía Bacardí estaban repletas de dinero, de eso no habría de preocuparse.

Quien entró en la habitación fue el mayor de los Cavalcanti. Su semblante era diferente.

—El otro joven se ha precipitado; en realidad ha confundido la orden que se le dio. Usted no abandonará este lugar hoy. Quizá mañana, o dentro de dos días.

Se sintió traicionada, y se derrumbó. Más que eso, se sintió sin fuerzas para seguir aguantando aquello. Cada noche representaba mucho más que unas cuantas y largas horas. Hacía días que no se esforzaba por conservar la idea del curso del tiempo. No sabía cuándo era de día o de noche. Ni el haz de luz más insignificante se introducía en aquella estancia. De repente, dejó de desear el espejo y la comida. El Cavalcanti que le había dado la mala noticia trató de consolarla pero fue en vano.

A lo lejos, la figura de Martín Ugarte vino en su auxilio. Había estado a punto de salir de las profundidades y de nuevo había sido obligada a hundirse. ¿Por qué creerlos al decir que serían uno o dos días más?

La habían raptado sin otra misión que la de pedir un rescate a cambio de su vida. No sabía quiénes eran. Había adivinado en ellos una fisonomía que desde luego no era cubana, así como un acento extraño. Desde los primeros momentos de su secuestro había sospechado que los autores tenían que ver con la mafia que se había instalado en el país desde hacía varios años.

Los datos que asaltaba su cabeza coincidían: los que se dedicaban a los negocios

ilícitos eran italianos; y también habían sido los italianos los que habían aupado a Batista a la más alta magistratura de su país a costa de compartir las ganancias de los burdeles y casinos. Los jóvenes que le entregaban la comida también eran italianos, estaba segura. ¿Cómo pensar en otra posibilidad?

De nuevo pensó en Martín Ugarte. En sus ademanes pausados, en su forma gentil de tratarla. Tenía trazas de aventurero. Él mismo lo había reconocido y lo había achacado a su origen vasco. Era tan diferente a los jóvenes cubanos que había conocido... Estos, siempre pensando en la juerga y en los negocios. Vivían obsesionados con el dinero a pesar de que lo tenían a manos llenas.

Había detectado que él se sentía atraído por ella, o al menos quería creerlo. Era su esperanza en esas duras jornadas de cautiverio. Algunos pequeños gestos lo evidenciaban. Recordó las dos o tres veces que sus brazos desnudos se rozaron mientras ella conducía o cuando se sentaron juntos en el cine. Pensaba en sus ojos azules, en sus educados modales, en el flequillo que le caía en la frente y que tanta gracia le hacía.

Soñó que él acariciaba sus pechos, que sus labios se encontraban con pasión en una noche de luna llena, que apoyaba la cabeza en su hombro desnudo y que se entregaba a él. Carolina era virgen. Siguiendo la costumbre de su época en jóvenes de su condición social, jamás había hecho el amor. Con Daniel Sancibrián, no había pasado de besos más o menos profundos y manoseos en los asientos traseros de algún coche de lujo.

Frunció el ceño con gesto contrariado. Un pensamiento extraño la alarmó. ¿Y si Martín Ugarte estuviese implicado en el secuestro? Lo apartó al instante. No, no podía ser. Aunque era cierto que nada sabía de él. También era cierto que las novelas que leía estaban plagadas de sorpresas, de finales chocantes, insospechados; de personajes que parecían hombres de buenas intenciones, dulces, candorosos y que ocultaban una naturaleza perversa y unas intenciones criminales. Y más cuando rondaban a personas como ella, de un patrimonio cuantioso.

Por más que lo intentó, esa pesadilla aparecía una y otra vez en su cabeza. ¿Por qué no? Un extranjero amable que se acercaba a su casa, que conocía sus costumbres. Un hombre joven aún, atractivo, que trabajaba de una forma honorable. ¿Quién podía sospechar de un profesor de francés? ¿Quién mejor que él para conocer sus hábitos, sus horarios, sus gustos? ¿Quién mejor que una persona de su perfil para urdir el secuestro? Sus fuerzas disminuían, pero quería conservar la serenidad. No quería dejarse llevar por alucinaciones tan horribles como esa. Trataba de mantener la fuerza de carácter que sus familiares y amigos elogiaban y que había heredado del primer Bacardí, pero era difícil.

Quiso aliviar la tensión que le producían aquellos presentimientos extraños pensando en lo que haría en el momento en que recuperase la libertad. Acudiría a su casa y abrazaría a sus hermanos pequeños. Abrazaría a Ofelia y a Pepín Bosch. Estaba segura de que este se había esforzado para conseguir un buen desenlace.

Su casa estaría llena de gente. ¿Estaría Martín? Sus mejores amigas de la infancia, sus compañeras de colegio. Todas estarían deseosas de abrazarla y compartir con ella la alegría de su liberación.

Estaba segura de que uno de los presentes sería Daniel Sancibrián. Se propuso abrazarlo de una forma especial, un abrazo más caluroso que al resto de sus amigos

varones. Es cierto que ella había dejado atrás la relación con él, pero se sentía agradecida por lo mucho que él la había querido. Tuvo tiempo de pensar en ello. ¿Había hecho bien? ¿No se habría precipitado? Era ella la que estaba exigiendo más de lo razonable. Sancibrián era un buen muchacho, agradable, de buen ver, de cuerpo esbelto, deportista, y estaba enamorado de ella desde que ambos eran adolescentes. Pese a lo que había sucedido entre ellos, estaba segura de que, si ella mostraba un pequeño gesto hacía él, no tardaría en volver a sus brazos. Las ideas se agolpaban en su cabeza.

Prefirió no disponer de un espejo. Su rostro habría envejecido en los días que llevaba en aquel cubículo de pocos metros. Unos días atrás lo había pedido. Uno de los jóvenes Cavalcanti lo había consultado. Le negaron el espejo sin ninguna explicación. Tampoco le permitieron tener a mano una libreta y un lapicero. Allí dentro solo estaba ella, con la ropa que llevaba puesta el día del secuestro y unos vestidos ordinarios.

Estaba convencida de que su secuestro constituía la noticia más importante de aquellos días en las calles y que su liberación representaría un espectáculo para los medios de comunicación. Pensó en la posibilidad de que el presidente Batista quisiera recibirla sin otro objeto que fotografiarse con ella.

En el silencio de su celda, rechazó aquella manipulación. Estaba casi segura de que el secuestro era obra de los italianos. ¿Martín Ugarte, implicado? Esa idea había regresado a su cabeza. No, eso era imposible. ¡Maldita suerte la suya! Ella secuestrada y la peor de las pesadillas no dejaba de acecharla.

Estos pensamientos facilitaron que las horas pasaran con rapidez. Aceptó un emparedado como cena.

Se sintió cansada, desmoronada incluso, y cerró los ojos. Y de nuevo se vio invadida por la figura de Ugarte. En esta ocasión, las imágenes eran diferentes, él le cruzaba el brazo por la cintura, garabateaba con los dedos en su espalda hasta encontrar el cuello y la colmaba de besos. Buscaba sus labios y los mordisqueaba. Ella respondía ciega de deseo y, sobre todo, de felicidad. Examinó sus senos, bien proporcionados, duros y puntiagudos. Recordó su trasero respingón, propio de quien desde niña se ha ejercitado en deportes como la natación, el tenis o la equitación en la finca de los Bacardí cercana a Varadero.

Quiso ir más allá, empezó a acariciarse los senos, las caderas, el vientre con su mano derecha deslizándose hacia su vagina. Se acariciaba el vello una y otra vez. Nunca se lo había permitido a Daniel Sancibrián, pese a que lo había intentado un buen número de ocasiones. Este se lo había reclamado. Le decía que eran novios y que estaban en los años cincuenta, no en el siglo XIX, pero había sido en vano.

Y ahora estaba haciéndolo ella sola, casi temblando de placer, pensando en su profesor de francés mientras estaba secuestrada por unos muchachos italianos a los que no había visto antes.

Una nueva imagen la asaltó. En un repentino y largo viaje hacia el porvenir, Martín era el padre de sus hijos. Habían pasado bastantes años. La fotografía la representaba como una mujer adulta, vestida con un traje de buen corte, aún erguida y elegante. Martín Ugarte y ella habían posado en el estudio de un fotógrafo junto a sus tres hijos, los tres varones. Él se veía bien, sonriente, con el cabello encanecido y la misma expresión de hombre tranquilo y afable, de hombre en el que merece la pena confiar.

Incluso trató de adivinar a través de aquella fotografía imaginaria si sus ojos azules habían perdido intensidad. Azules como jamás los había visto en ninguno de los jóvenes habaneros, ni siquiera en quienes tenían un progenitor alemán, inglés o francés.

Al fin consiguió dormir. Se había dejado la camisa abierta y sin abotonar. Era la primera vez que se masturbaba y le había gustado.

Las veinticuatro horas ofrecidas por el inspector Sorrillo pasaban rápidas para Chris Fanon. Se acercó al hotel Nacional y merodeó por los pasillos hasta que localizó a uno de los guardaespaldas de los Lansky. Tomaba un café de manera despreocupada en una esquina de los amplios jardines y arrojaba pequeñas migas de pan a las aves que lo rodeaban.

—Oiga, usted trabaja para los Lansky, ¿no es así? —Quiso asegurarse.

El gánster lo reconoció. Era uno de los que le había estrechado la mano unas semanas atrás mientras Jacob Lansky decía «este señor es amigo de los Lansky».

—Buenos días, ¿se le ofrece algo? —respondió sonriente.

—Quiero hablar con sus jefes lo antes posible. Ahora mismo sería estupendo.

El hombre se lo pensó.

—No creo que eso pueda ser. No están en la ciudad, salieron ayer hacia Florida. No los esperamos hasta que pasen unos días.

Fanon exclamó.

—¡Maldita sea!

—¿Es urgente?

—Sí, lo es.

—¿Quiere que hablemos con *Grandote* Bazuco? Él puede buscar una solución. Está arriba, en una de las habitaciones.

Stanley asintió.

El empleado de los Lansky se desprendió del puñado de comida que guardaba en una bolsita. Un buen número de palomas revolotearon a su alrededor dispuestas a dar cuenta del banquete.

—Espéreme aquí. ¿Quiere que le pida un café o un trago?

—Sí, gracias, un café estará bien —respondió Fanon.

El hombre regresó acompañado de *Grandote* Bazuco. Este sonreía.

—Señor periodista, ¿cómo está?

—Con cierta urgencia por ver a sus jefes.

—Volaron ayer a Florida, los dos. Si es urgente, lo meto en una de nuestras avionetas y en tres horas estará sentado con ellos.

Chris Fanon no se lo pensó.

—¿Volar a Florida? Por qué no.

—¿Quiere salir ya? ¿O necesita hacer la maleta?

—No, necesito unas horas.

—Aquí nos tiene. Venga a la hora que quiera y lo llevaremos al aeropuerto.

Fanon dio su conformidad y quedaron en verse en tres horas. Tomó un taxi. Unos minutos más tarde, entró en la comisaría donde el inspector Sorrillo tenía su oficina. Tuvo suerte. Estaba en su despacho.

—¡Fanon! Siempre es agradable verlo—dijo Sorrillo.

—Qué rico, huele a café recién molido. ¿Me ofrece una taza?

—Las que quiera. Yo se la serviré. ¿Azúcar?

—No, sin azúcar, gracias.

—Así me gusta, aunque sea malo para nuestra industria. Así se aprecia el verdadero sabor del café.

Sorrillo se había levantado de buen humor.

Fanon tenía ya la taza en la mano.

—Deme unas horas más, inspector. Cuarenta y ocho. No se lo pediría si no estuviera detrás de una pista.

—¿Sabe Fanon? Las pistas más fiables son las que dejan los tipos que se enamoran de una mujer. ¿Es su caso?

—No —respondió.

Sorrillo se interesó.

—¿Así que una pista? ¿En qué asunto? ¿En el de Sandra Monteagudo o en el de Carolina Bacardí?

—No me pida más datos, se lo ruego, amigo.

No poseía indicio alguno que conectase ambos casos salvo que habían aparecido de forma simultánea pero su experiencia le obligaba a tirar de cualquier hilo que apareciese en la escena.

Juan Sorrillo había empezado a apreciar a aquel hombre. Le hubiese gustado saber más de ese Fanon. Si tenía esposa, hijos. Siempre se había mostrado hermético en cuanto a detalles personales. Sorrillo no se extrañó. Era un agente de inteligencia y que él supiera, estos no andaban por el mundo enseñando fotografías junto a su madre, esposa e hijos.

—De acuerdo, Fanon, tómese unas horas. Recuerde que en esto no navego solo. Tengo jefes y, sean o no de mi gusto, soy policía. No lo olvide.

Sorrillo y Fanon se despidieron.

Capítulo 39

Grandote Bazuco eligió la avioneta más lujosa. Se trataba de una Cessna para cuatro ocupantes. Él mismo se ocupó de llevarle a Stanley la pequeña maleta con que había llegado al hotel Nacional y le presentó a un piloto, que llevaba esperando dos horas.

—Se llama Frankie, es de toda nuestra confianza. En Florida, al aterrizar, lo espera un carro. Y en dos o tres horas se verá con mis jefes.

Frankie fumaba un cigarrillo tras otro. El vuelo resultó tranquilo, más allá de alguna que otra turbulencia. Dos horas más tarde aterrizaron en una pista de arena sin asfaltar. No se veían funcionarios de policía por ningún sitio. Fanon estaba seguro de que la pista era clandestina.

Un vehículo negro se acercó a la avioneta con lentitud. Lo conducía un tipo entrado en años que le estrechó la mano y tomó su maleta. Iba vestido con traje, camisa blanca y corbata. Poco más tarde emprendieron camino a Cayo Vizcaíno.

Era la primera vez que Stanley Mortimer visitaba la costa de Florida. Sabía que Al Capone había residido e incluso fallecido en aquel lugar y que numerosos jefes tenían una mansión allí. «Un lugar cercano a la costa cubana», pensó para sí.

Tras abandonar la pista, el conductor ofreció a su invitado unas gafas de gran tamaño con cristales negros.

—Solo serán unos minutos, señor, son las reglas —le dijo en un inglés con acento italiano.

Stanley se las puso. No veía nada.

Después de un trayecto de una duración que Stanley no hubiera sabido precisar, el vehículo aminoró la marcha. Tras detenerse, el conductor cruzó unas palabras con alguien. Stanley pudo entender que se saludaban en italiano. Unos segundos más tarde escuchó cómo un portón de gran tamaño abría sus puertas. En ese momento, el conductor le pidió las gafas. Atravesaron un jardín largo y bien cuidado.

Meyer Lansky lo recibió en la entrada de una mansión de estilo neoclásico con seis largas y gruesas columnas.

Lansky vestía con elegancia. En esta ocasión, sin corbata. Llevaba un pantalón blanco y una camisa rosada. Un pañuelo en el cuello de esa misma tonalidad y unos mocasines marrones le daban la apariencia de un millonario acostumbrado a recorrer los pueblos de la Costa Azul francesa en la temporada de verano. Lucía una amplia sonrisa. Se estrecharon las manos. Eran los preámbulos de una reunión que prometía ser interesante y afectuosa.

—Esta es mi casa de la costa. Aquí quiero pasar mis últimos días, salvo que los Federales arruinen mis planes, lo que espero que no suceda.

Stanley, cuando lo deseaba, era hábil a la hora de elegir las palabras adecuadas.

—Yo también lo espero, no es agradable visitar a los amigos en la prisión —respondió —. Por cierto, tiene buen aspecto, ¿cómo lo hace?

—No tiene mucho mérito. Cuido mi alimentación, trabajo doce horas al día, no abuso del alcohol y tampoco de las mujeres.

Meyer abrió los ojos e hizo un gesto con las dos manos, sin dejar de sonreír.

—Ah, y no voy a un barbero de la calle 14 a que me corten el pelo —dijo soltando una carcajada.

El agente Mortimer adivinó a qué se refería su anfitrión.

Ray Colmore había puesto a su disposición numerosa documentación. Entre ella, periódicos que informaban del asesinato de varios jefes de la mafia mientras el barbero de su preferencia les arreglaba el cabello o los afeitaba. El más conocido de aquellos crímenes fue el de Albert Anastasia, a quien unos tipos le metieron siete balas en la peluquería del hotel Park Sheraton de Nueva York mientras se encontraba en un sillón con una toalla de agua caliente en el rostro para reblandecerle la barba.

Estaban en la entrada de la mansión. Stanley alabó la hermosura del jardín. Meyer Lansky lo agradeció y añadió que se ocupaba del mismo cuando habitaba esa propiedad. Abrió las dos hojas de una puerta de gran tamaño y pasaron a la biblioteca. En sus anaqueles había una buena cantidad de libros antiguos. Muchos de ellos con cubiertas de piel, de pasta española o encuadernación holandesa de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. Las paredes estaban cubiertas por mapas de los cinco continentes, así como de numerosos países. Stanley volvió a alabar el buen gusto de la decoración.

—¿Colecciona libros antiguos, señor Lansky?

—Sí, ¿usted también?

Stanley sonrió.

—Para eso hay que disponer de una fortuna, y los funcionarios no solemos ser adinerados.

—Eso siempre se puede arreglar —dijo Meyer sonriendo.

Lansky quería mostrar a su invitado algunas de las piezas más importantes que poseía. Se detuvo ante un mapa de Palestina.

—Este es un incunable. Ya sabe, de los impresos entre 1450 y 1500. Pertenece a la edición de Nicolò Todesco. No creo que se conserven más de dos o tres en este estado. Fíjese en esta pequeña aldea —le dijo mientras señalaba con el índice de la mano derecha un punto en el mapa—. Los Lansky procedemos de este lugar, cerca de la Baja Galilea. Aquí está nuestro origen, antes de vernos obligados a salir de allí y recorrer mucho mundo. Nuestra familia ha sufrido. Puedo decir que mi hermano y yo representamos la primera generación que no se preocupa de si va a haber un plato de comida en la mesa al día siguiente. ¿No es emocionante estar ante un mapa de hace quinientos años y comprobar que ya existía la localidad de los antepasados de uno?

—Interesante... —murmulló Stanley.

—¿Qué le trae por aquí con esta urgencia?

—Señor Lansky, no me pida datos. Ni yo mismo estoy seguro. Son solo corazonadas.

—¿Corazonadas?, entiendo, hágales caso. A mí me han fallado en pocas ocasiones. Dígame. ¿Qué necesita? ¿Dinero? ¿Hombres? ¿Una reunión con Batista?

Stanley sonrió.

—¿Podría conseguírmela?

—¿Usted qué cree?

Stanley dejó ese asunto para otro momento.

—Por el momento, hombres. Con dos o tres tendré suficiente —dijo Stanley—. No hay nada más sencillo para un amigo de la familia Lansky. Cuente con ello. ¿Cuándo

quiere volver a La Habana?

—Cuanto antes.

—Bueno, Frankie lo llevará. No habla mucho porque le cortaron la lengua, pero es un buen piloto. ¡Al menos podrá comer conmigo! No le quitaré más de una hora o dos. ¿Quiere descansar en una habitación?

Stanley estaba agotado.

—Ambas propuestas me vendrán bien. Comer con usted y descansar un rato.

—¡Fantástico! En esta casa no recibo a muchos invitados. Está pensada para mi familia y para unos cuantos buenos amigos. Si cuento con los dedos de una mano, me sobrarían uno o dos. Le diré a Frankie que tenga todo preparado para dentro de unas seis horas. ¿Qué quiere comer? Paolo, mi cocinero, es napolitano y prepara unas pastas estupendas. Y también una buena minestrone.

—Eso estará bien —respondió Stanley.

Stanley Mortimer fue acompañado a una de las habitaciones de la planta segunda de la residencia. Era amplia y disponía de una balconada que daba al jardín, así como de un baño privado.

Stanley se aseó y, al cabo de un rato, bajó a la primera planta. Meyer Lansky escuchaba ópera.

—*El Corsario,* de Verdi —dijo Lansky—. ¿Le gusta la ópera?

—Sí, pero no soy un especialista.

—Yo tampoco lo era. Luego me fui aficionando. Creo que por estar rodeado de italianos. ¿Sabe? No pueden vivir sin unos buenos espaguetis, sin la familia y sin ópera. Ahora, soy yo quien no podría vivir sin ella.

—¿Cómo está su hermano?

—¿Jacob? No deja de trabajar nunca. No sé lo que sería de nuestros negocios sin él, se lo aseguro. Creo que ahora está en Nueva York. Yo soy de otra manera, me gustan otras cosas. ¿Y su amigo el canadiense? ¿Cómo se encuentra?

—Frédéric está bien.

Estaban en el salón. Meyer Lansky había abierto una botella de vino de la bodega Baroni Ricasoli y preparaba dos copas.

—Lo sirvo en copas de cristal Bohemia del siglo XVIII. Un vino como este no puede beberse en vasos de cristal ordinario. Fíjese qué transparencia —dijo mostrando las copas.

Stanley apreciaba los detalles de refinamiento y lo celebró.

—¿Cómo están las cosas por La Habana? ¿Sigue sin resolverse el secuestro de esa joven? —preguntó el anfitrión.

—Cada vez estamos más preocupados.

—No tienen pistas, ¿eh?

—Ni una sola.

—Por mi parte, he preguntado y, créame, nadie sabe nada de ese asunto —observó Lansky.

Stanley se sentía obligado a informarle de su reunión con un representante del Partido Comunista de Cuba.

—Me vi con los comunistas, como le anuncié. Aseguran que ellos no tienen nada que

ver con este asunto. Retorcerían el pescuezo a los autores, eso es lo que dijeron. Y que brindarían con champán si la policía encuentra a los responsables. También dijeron que alcanzarían el gobierno sin necesidad de utilizar medios violentos.

—En cuanto a lo último, no creo que lleguen al gobierno en ningún caso.

Pasaron al comedor. Estaban sentados frente a frente en una mesa no demasiado larga. El camarero vestía con chaqueta blanca, pantalón negro y usaba guantes. Dejó encima de la mesa una sopera. Meyer se levantó.

—Yo mismo le serviré, señor Mortimer. Esta minestrone suele quedarle bien a Paolo. Espero que no me deje en mal lugar en esta ocasión. ¿Quiere que sigamos con vino tinto?

—Tinto estará bien.

Lansky ordenó al camarero que se retirara.

A Stanley le había llamado la atención el último comentario de su anfitrión.

—¿Por qué está tan seguro de que la oposición no conseguirá derribar a Batista? Se está ganando enemigos, según vengo escuchando desde que llegué a la ciudad.

Meyer Lansky puso las manos en la mesa, a ambos lados de la sopa.

—Mire, Mortimer. Mis amigos y yo hemos invertido en La Habana muchos millones de dólares, usted lo sabe: hoteles, casinos, salas de fiesta, aeropuertos... ¿Cree que lo hubiéramos hecho sin tener la seguridad de que es un buen lugar para hacer negocios?

—Supongo que no.

Meyer estaba a gusto.

—Ahora mismo me dispongo a construir el hotel más fabuloso que se verá en la ciudad. Tengo ya el nombre: el Riviera. Estará en El Vedado, en la orilla del río Almendares. Estoy trabajando duro con mis arquitectos. Habrá mármol italiano por todas partes, grandes esculturas en los jardines, la piscina más grande de la ciudad y un sistema de aire acondicionado central. Tardaré años en construirlo.

—Ya veo que hace planes a largo plazo.

—Delo por seguro. ¿Cree que permitiríamos que alguien se quedase con nuestro dinero? Este es un negocio a largo plazo. Cada millón de dólares que se invierte se recupera al cabo de tres o cinco años, a veces más.

Stanley asintió con la cabeza y sorbió un trago de vino. Lansky propuso un brindis.

—Por la liberación de Carolina Bacardí.

Brindaron.

—Entiendo lo de sus inversiones. Pero no siempre salen las cosas como uno planea —respondió Stanley.

—Es verdad, aunque en este caso será así. No ignoro lo que sucede en Cuba con los Rebeldes o, incluso, lo que hacen Batista y Piedra con los jóvenes que detienen. Le soy sincero, tampoco se lo reprochamos a Batista, él sabe que no nos metemos en sus cosas. Sería preferible que esas cosas no sucediesen. Para nuestros negocios no hay nada mejor que una sociedad en paz y feliz, sin disturbios. Ese Batista no es fácil, se lo aseguro yo que lo conozco bien. No sé lo que durará. ¿Quiere saber una cosa que he aprendido en estos años? Los cubanos son prácticos. Estarán con Batista mientras dé muestras de fortaleza y tenga dinero para salpicar a medio mundo, como le gusta decir. Cuando vean en él debilidad, dejarán de apoyarlo y encumbrarán a otro líder. Así son en esa

isla. Estoy seguro de eso. Y ahí nos verá de nuevo a los Lansky, dispuestos a ayudar al nuevo gobierno, sea quien sea el presidente. Ya se lo he dicho, hemos invertido mucho dinero y no lo perderemos. Por supuesto, nos da igual que quien gobierne se apellide Batista o Fernández.

Stanley Mortimer no podía desaprovechar aquella oportunidad. Tenía ante sí al hombre más poderoso de la Comisión, la entidad que gobernaba los negocios sucios en La Habana y en buena parte de las ciudades norteamericanas.

Los buenos agentes de espionaje suelen tener el don de saber escuchar. Esta es una característica que facilita su trabajo, junto a la de hablar siempre lo justo.

—He oído que los Rebeldes tienen otros planes —le provocó Stanley, deseoso de que continuase.

—Nunca van a ganar pero, si eso sucediese, por las buenas o por las malas, los convenceremos de que debemos ser amigos. ¿De dónde van a sacar el dinero para su reforma agraria? No me parece mala idea, he visto grandes posesiones donde se cultiva azúcar, café o tabaco, demasiado grandes para pertenecer a una misma familia. Les daremos lo que nos pidan. Solo queremos que nos dejen con nuestros hoteles, casinos y salas de fiestas. La Habana es una maravilla: el que quiere béisbol, tiene aquí a los mejores peloteros. El que prefiere espectáculos, encuentra los mejores establecimientos abiertos las veinticuatro horas. Dígame, ¿qué clase de rebelde puede rechazar nuestra propuesta? ¿Qué clase de persona puede rechazar una cuenta en un banco de Miami abierta con cien mil dólares y solo para empezar?

—Le felicito por su seguridad, señor Lansky. Tiene las cosas planeadas.

—Claro que, si se da esa circunstancia de la que hablamos, aceptaremos alguna clase de cosas. Nada de cocaína o heroína en los clubes. Nunca me han gustado esos negocios y será el momento de exigírselo a mis socios más testarudos y ambiciosos.

Meyer Lansky estaba cómodo. En pocas ocasiones había tenido a esa distancia a un miembro del servicio de inteligencia exterior de su país.

—Y con ustedes, ¿cómo se pueden mejorar las cosas? —preguntó.

Stanley había terminado la sopa. Celebró su sabor.

—No sé si soy el más indicado. Creo que sus negocios los vigilan los Federales. ¿No es así?

Meyer Lansky recordó que en la transcripción de la comida en la Casa del Marisco de hacía unos días había descubierto que el inspector Sorrillo trabajaba para los Federales.

—Si de mí dependiera, mañana mismo se acabarían los juegos sucios con los funcionarios pero es difícil. En estos negocios participan muchas personas, demasiados intereses. Por cierto, cómo me gustaría disponer de un contacto en La Habana con los Federales. ¿No conocerá a alguien que me pueda servir? Estoy seguro de que debe de existir en La Habana algún agente que trabaje para ellos.

Lansky pronunció estas últimas palabras con un énfasis especial.

Stanley Mortimer lo pasó por alto y desmenuzó en su cabeza las palabras que acababa de escuchar: «juegos sucios con los funcionarios». Estaba seguro de que Lansky se refería a la costumbre de los jefes de la mafia de sobornar a los jefes de la policía, a los fiscales y a los jueces de las grandes ciudades norteamericanas con el fin de que se pasasen al otro lado. Más tarde, en el viaje de regreso a La Habana, pensó en estas

palabras una y otra vez. ¿Por qué no habría de intentar él un acuerdo con las autoridades norteamericanas que permitiese a Meyer Lansky conservar sus negocios en Cuba a cambio de que dejase de sobornar a sus funcionarios en el continente?

El segundo plato consistió en unas *papardelle* en salsa de tomate, aderezadas con queso parmesano. Lo acompañaban unos filetes empanados cocinados en salsa de vino tinto.

—¿Me está pidiendo que envíe un mensaje a mis jefes? Lo haré con mucho gusto.

Meyer Lansky sonrió.

—Usted me gusta, ya se lo dije hace unos días. Se ve que es un hombre práctico y que trata de resolver los problemas. Déjeme pensarlo. Ahora volvamos a lo que le ha traído desde La Habana. ¿*Grandote* Bazuco y dos de sus amigos le parece bien? Estarán a su disposición veinticuatro horas si lo pide.

Stanley echó una carcajada.

—No sé lo que pensarían mis jefes si se enteraran.

—No tienen por qué saberlo. Le aseguro que se puede confiar en *Grandote*, se moriría antes de contar un secreto.

—Pero está claro que él sí les contará a ustedes mis andanzas.

Meyer enarcó las cejas.

—Eso es inevitable.

—No creo que importe mucho. En este asunto estamos del mismo lado —dijo Stanley.

—Eso es importante, estar del mismo lado.

Lo último que el camarero sirvió fue un helado de vainilla. Stanley rechazó el café con el fin de poder descansar un rato, al menos cerrar los ojos y recuperar fuerzas. Meyer Lansky lo acompañó hasta la habitación. Ambos subieron las escaleras sin apresurarse, y el anfitrión corrió las gruesas cortinas de la habitación para que la oscuridad se apoderase de ella.

—El mismo chófer que lo trajo se encargará de despertarlo dentro de un par de horas. Por mi parte, tengo que salir y no estaré en la casa para despedirlo, lo lamento.

—Gracias por su ayuda —dijo Stanley.

—Volveremos a vernos pronto, de eso no tenga duda —respondió Meyer Lansky.

Tres horas más tarde, Stanley subía a la avioneta y el motor aceleraba con el fin de despegar rumbo a La Habana. El piloto seguía fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Aterrizaron en La Habana, en una pequeña pista cercana a Rancho Boyeros. *Grandote* Bazuco lo esperaba y lo invitó a subir a un reluciente Ford último modelo. Lo acompañaban dos de sus hombres, los mismos que lo habían hecho con ocasión del interrogatorio del alemán Helmut Kohl unas semanas antes. Saludaron a Stanley con simpatía.

Grandote añadió que, a partir de aquel momento, él y sus amigos quedaban a su disposición. Emprendieron el viaje de regreso a la ciudad. Él los citó para el siguiente día a las nueve de la mañana en la puerta del hotel donde se hospedaba. Necesitaba comer. Pensó en hacerlo en la habitación del hotel, de modo que pidió al *room service* un sándwich club. También pensó en visitar a Frédéric y saludarlo. Su romance continuaba sin interrupciones. La cita de los jueves para cenar y pasar la noche juntos se cumplía y

ambos anhelaban el encuentro. Aun así, Stanley se había abstenido de pronunciar palabras que significasen un compromiso estable y con visos de futuro. Fue franco; brutalmente franco, incluso. Le dijo que descartaba asentarse en La Habana, que era un ave de paso.

—Y no —dijo Stanley—, no se trata de que me espere otro hombre. Ni en Tánger ni en otro lugar.

Aquello que estaban viviendo permanecería en los confines de un presente absoluto. Y Frédéric lo aceptó.

Capítulo 40

Zacarías y dos de sus camaradas se trasladaron con la maleta del dinero a una de las casas de seguridad de que disponía la Liga de Comunistas de México, en un barrio al oeste del centro de la ciudad. No les llevó mucho tiempo contarlo. No faltaba ni un solo billete, dos millones de dólares estadounidenses en billetes de veinte, cincuenta y cien. Examinó unos cuantos. Comprobó que la numeración era discontinua y que eran billetes usados. Zacarías apartó quinientos mil dólares y lo guardó en una de las habitaciones. Solo él tenía llave. El resto, salvo diez mil, lo introdujo en la maleta.

Había recibido una llamada desde La Habana. La instrucción que recibió de León Valente era que debía entregar la maleta a un tal Damián. Él, por su parte, tenía que acudir al encuentro con una pajarita roja para que Damián lo identificara. Pactaron una contraseña.

Damián llevaba unas horas rondando una estación de gasolina. Vio descender de un vehículo a un hombre entrado en años y con una maleta en la mano derecha. El hombre se ajustó la pajarita y dio unos pasos. Solo se cruzaron unas cuantas palabras.

—¿Puedo ayudarlo?

—¿Cuándo es mi cumpleaños? —dijo el tipo de la pajarita.

—El 15 de mayo.

Era el hombre que Damián esperaba. Una pajarita roja no era habitual en el Distrito Federal y un acierto entre trescientos sesenta y cinco posibles respuestas era un porcentaje del que podía fiarse.

—Felicidades, la maleta es suya, cuate —dijo Zacarías.

Un empleado de la gasolinera los miraba con despreocupación.

Instantes más tarde, el camarada Zacarías se fue hacia el inmueble de la colonia Roma que servía para las reuniones del comité ejecutivo de la Liga. Nada más cruzar la puerta, los camaradas adivinaron en su rostro el éxito de la operación.

—Camaradas, la misión ha sido cumplida sin contratiempos. La parte pactada para nuestra organización está guardada en el lugar previsto y el resto estará en estos momentos volando hacia su destino.

El camarada secretario general y él mismo acordaron que solo ellos conocerían el lugar donde se guardaría el dinero.

León Valente había sido advertido por teléfono de que la operación se había consumado y esperaba el regreso de Damián en las inmediaciones de la pista de aterrizaje. Cuando vio en el horizonte que la avioneta se acercaba, experimentó una ligera taquicardia. Damián era aviador y primo hermano de León Valente. Este fue quien le había propuesto alquilar una avioneta y viajar a México para hacerse cargo de la recogida de la maleta.

El empleado que custodiaba la pista subió la valla y él acercó su coche a la pista, a pocos metros de donde Damián había aterrizado sin contratiempos. Damián lo saludó con la mano izquierda desde la avioneta. Instantes más tarde, descendió con una maleta en la mano derecha. Dejaron la maleta en el asiento trasero. León Valente la abrió y contempló un buen número de billetes colocados en montones.

No querían quedarse ni un minuto más en aquel lugar, de modo que emprendieron el viaje. Damián conducía y León, sentado en la parte trasera, contó veinte mil dólares.

—Aquí está tu parte, primo, has hecho un buen trabajo. ¿Dónde quieres que te deje? Bájate y yo seguiré manejando.

—En una parada de taxi estará bien, no olvides avisarme en cuento tengas otro trabajo como este, da gusto hacer negocios contigo —respondió Damián.

Aún era temprano. Caía una ligera llovizna. León Valente se dirigió a su casa. Aparcó el coche en el garaje y entró en la vivienda con la maleta en la mano derecha. Una vez en su habitación, contó trescientos mil dólares. Quería acabar con aquello cuanto antes. Los separó en billetes de cien dólares y los puso en una maleta de menor tamaño que había adquirido unos días antes en Maletas Fernández, en la calle San Lázaro.

Salió de casa. Estaba nervioso. Aparcó cerca del Estrasburgo y tomó la maleta nueva en sus manos.

Francesco Cavalcanti paseaba por las inmediaciones del bar. Se saludaron con un apretón de manos y murmuraron unas cuantas palabras.

—Aquí tiene usted, amigo Francesco, trescientos mil, según lo pactado.

Nadie los había visto. Francesco había puesto especial interés en que sus sobrinos no lo conocieran.

—Y en muy poco tiempo, Carolina Bacardí estará en su casa, celebrándolo con su familia y amigos. Se la trató bien, incluso se le permitió comer alguno de sus platos favoritos —respondió Cavalcanti.

—¿Y en cuanto al lugar donde ha estado?

Francesco sonrió.

—Nadie sospechará de ese lugar, se lo aseguro.

Así era. Una hora más tarde, Carolina Bacardí sería puesta en libertad en una calle de las afueras de la ciudad. Uno de los hermanos Cavalcanti la introdujo en un vehículo en el interior del viejo hangar. Ella misma se adelantó a sus órdenes y se colocó la venda negra. Era la misma que había utilizado el día de su secuestro. Desconocía cuántos días había permanecido secuestrada. Podían haber sido quince, veinte, quién sabe, tal vez más; allí dentro, y en su situación, sin reloj ni referencia alguna, le había sido imposible llevar la cuenta.

El vehículo recorrió algunas calles de la ciudad y se adentró en Guanabacoa. A esa hora el tráfico no era fluido y se detuvo. Siguiendo la orden que le dieron, ella abrió la puerta y lo abandonó. Le insistieron en que caminara en sentido contrario a la vía en que circulaban. Ella interpretó que sus captores no querían que tuviese ningún dato del vehículo. Lo hizo, no tenía ningún interés en conocerlo.

Había deseado suerte a sus captores antes de descender del coche. Fueron sus últimas palabras. Fue una exclamación espontánea de la que se arrepintió al cabo de unos segundos.

Carolina alzó la mano al avistar un taxi. El hombre que se detuvo la reconoció al instante. Su fotografía estaba a diario en los periódicos. Y si existía una ciudad donde los capitalinos leían un número importante de periódicos y revistas en esos tiempos, era La Habana.

A Carolina Bacardí se le agolpaban las ideas. El conductor no dejaba de mirarla y

preguntarle cómo se encontraba.

Carolina pensó en la posibilidad de pedirle que la llevara al edificio donde Martín Ugarte tenía su apartamento con el fin de abrazarlo y organizar desde allí el regreso a su casa. ¿Y si le esperaba una sorpresa? La sola idea de pensar que podía encontrarlo con otra mujer la hizo desistir. Tampoco quería llegar a su casa sin alguna clase de preparación. Suponía que habría un buen número de periodistas ante la puerta. Ni siquiera sabía qué cara podía tener después de tanto tiempo privada de libertad. Le dio a aquel hombre la dirección de una buena amiga, Susana Lapuerta.

La residencia de los Lapuerta estaba situada en El Vedado. Una mansión de dos plantas construida a finales del XIX acogía a aquella familia de tabaqueros del oriente del país. Susana era su mejor amiga. Habían sido compañeras del colegio de las Ursulinas desde los cinco años. Su empleada casi se desvaneció al abrirle la puerta y verla. Poco más tarde, Susana y ella se abrazaron durante un buen rato y lloraron.

Lo primero que hicieron fue llamar por teléfono a Pepín Bosch. Este llevaba un buen número de horas esperando la noticia, desde que su viejo amigo Poli Sabaté le había comunicado que la maleta con el dinero había sido entregada sin contratiempos. Susana Lapuerta no tardó más de un segundo en darle la buena noticia, y el viejo Bosch tuvo que apoyarse en la mesa para soportar la emoción. Colgó, se sentó y lloró durante un buen rato.

Una vez recuperado, él mismo condujo su coche hasta el domicilio de los Lapuerta. El vehículo tenía cortinillas, de modo que ninguno de los periodistas que se apostaban ante la puerta pudo sospechar quién viajaba en él; y, menos aún, lo que había sucedido.

Poco después, él y Carolina se abrazaban y el veterano hombre de confianza de los Bacardí volvía a llorar. Ella también lo hizo.

Ya de regreso al domicilio de los Bacardí, Carolina subió con su amiga Susana a su habitación. Carolina tocó una y otra vez su cama y contempló la fotografía de su madre.

Estaba más delgada, había perdido unos kilos, pero su aspecto era bueno, y este había mejorado con la emoción. Había estado secuestrada dieciocho días y unas horas.

Pepín Bosch la había advertido de que era ineludible dar la noticia a los periódicos y emisoras. Estaba obligado a ello. También se veía en el deber de notificar la noticia al presidente de la República. Carolina lo entendió.

La noticia corrió, y al cabo de una hora solo se hablaba en La Habana de la liberación de Carolina Bacardí.

Las emisoras interrumpieron sus programas habituales e informaron de que corría el rumor de que la heredera de los Bacardí había sido puesta en libertad. Se hallaba en buen estado de salud. Si, en los últimos días, ocho o diez periodistas habían hecho guardia frente a su casa, ese número se multiplicó por cinco.

Pepín Bosch no tardó en recibir una llamada de Fulgencio Batista.

—Qué hay de esa noticia que se oye en la ciudad, señor Bosch. Me extrañaría que sea cierto y no lo hubiesen puesto en conocimiento de las autoridades. —Fueron sus primeras palabras.

—Es cierto, señor presidente, ahora mismo me disponía a llamarlo. Carolina se encuentra bien.

Bosch observó que Batista no había preguntado sobre su estado.

—¿Cuándo estará en disposición de acudir a palacio para que mi gabinete y yo la saludemos?

—La señorita Carolina está descansando, aún se encuentra en estado de *shock*. Los médicos tendrán que indicar el momento en que pueda realizar esa clase de actos. Yo lo mantendré informado, señor —contestó con seguridad Bosch.

—Me ha dicho que está bien...

—Quiero decir, teniendo en cuenta lo que ha vivido.

—¿Y a la policía? ¿Cuándo estará en condiciones de dar la información de que disponga? En estas materias, el tiempo apremia, señor Bosch.

Pepín Bosch volvió a escudarse en el criterio de los médicos.

El tono de Fulgencio Batista era serio.

—Quiero saber si la familia ha accedido a pagar el rescate. Se lo exijo.

Desde que Ofelia le indicó que tenía una llamada del palacio presidencial, Pepín Bosch esperaba aquella pregunta.

—¿Podemos hablar de ese asunto en privado, señor presidente?

—Bosch, ¿puede acercarse a palacio ahora? Fíjese que se trata de un asunto de la mayor gravedad para la seguridad de la patria. Esos canallas andan sueltos —insistió.

No podía negarse ni alegar una excusa con suficiente entidad.

—Claro, señor presidente. Dentro de una hora estaré en palacio.

—Mis respetos a la señorita Bacardí —concluyó Batista.

Bosch enfrentó las cosas. No deseaba ninguna clase de confrontación con el gobierno, y tampoco darle lo que quería. Evaluó las consecuencias de la crisis a que se exponía. Lo fue rumiando mientras el chófer de la empresa lo trasladaba al palacio presidencial.

Capítulo 41

En el despacho presidencial, varios hombres acompañaban al presidente. Este los fue presentando uno a uno.

—El señor Orlando Piedra, director del SIM. El señor ministro del Interior, Ramón Salcedo. El inspector Juan Sorrillo, de la Comisaría Central de La Habana —dijo Batista mientras le ofrecía asiento tras estrecharle la mano.

Pepín Bosch se adelantó.

—La señorita Carolina Bacardí se encuentra bien, quiero decir que no parece estar enferma. Eso sí, muy conmocionada. Está siendo atendida por los médicos de la familia.

—Nos alegramos. Ahora hay asuntos de los que debemos ocuparnos —repuso Batista.

—Estoy a su disposición —dijo él.

—Usted es el gerente general de la empresa Bacardí. Nada de importancia se mueve en esa empresa sin que usted lo sepa.

—Esa confianza me fue concedida a la muerte del señor Facundo Bacardí.

El presidente vestía con uniforme militar y presidía la mesa. Su gesto era serio.

—Como ciudadana cubana, la señorita Bacardí tiene la obligación de proporcionar a las autoridades la información de que disponga —expuso Ramón Salcedo, ministro del Interior.

—Ella aún no está en condiciones de ofrecer esa clase de información, se encuentra en estado *de shock* —repitió.

—¿Tiene inconveniente en que sea examinada por mi médico personal? —preguntó Batista.

—No habrá ningún problema, yo mismo avisaré a palacio en cuanto ella esté recuperada.

Bosch trataba de ganar tiempo; un minuto, unas horas.

Batista se levantó y pegó un puñetazo encima de la mesa. Los presentes lo miraron entre asustados y sorprendidos. Pepín Bosch hizo el esfuerzo de no pestañear.

—¿No se da cuenta de que para entonces los autores de este delito pueden estar a salvo, incluso fuera del país?

—Perdone, señor presidente, lo entiendo y haré lo posible para que ese momento llegue lo antes posible.

—No, no y no —gritó Batista—. Si no se presenta ante mi médico en dos horas, enviaré al inspector Sorrillo a su casa.

Pepín Bosch llevaba preparando esa reunión en su cabeza desde hacía mucho tiempo.

—Puede hacerlo, señor presidente, pero la señorita Bacardí no está en su casa. Está descansando fuera de la ciudad, en un lugar seguro, alejado de los periodistas que rodean su residencia. Y le aseguro que tendrían que matarme para que le indicara ese lugar.

Había elegido bien sus palabras. Fulgencio Batista miró a sus colaboradores y caminó alrededor de la mesa con las manos detrás. Para sí mismo dijo: «¡coño, este gallego tiene

cojones!».

—¿Qué quiere decir? ¿Que se opone a declarar ante las autoridades? No me joda, no soy ningún guanajo, soy el presidente.

—Solo he dicho que la señorita declarará en cuanto mejore. Dentro de unos días, una semana...

Batista modificó su estrategia.

—Créame que entiendo su actuación, señor Bosch. Para usted es como una hija y trata de protegerla. Pero comprenda la razón de estado. Cualquier pequeña pista que pueda dar a las autoridades será suficiente para detener a los culpables, a esos haraganes, a esos criminales.

—Haré lo posible. Es todo lo que puedo asegurarle.

Mientras se dirigía al palacio presidencial, por la cabeza de Pepín Bosch habían pasado dos asuntos. Había llegado el momento de abordar el segundo.

—Pasemos a otra cuestión —dijo el coronel Orlando Piedra.

—Escucho.

—Díganos cómo, cuándo y cuánto ha pagado la familia por su rescate. Y no me diga que no lo han hecho, esa respuesta no es aceptable.

Pepín Bosch sorbió un trago de agua. Era un hombre que bordeaba los setenta años pero se hallaba en buenas condiciones de salud —«entero», como solían decir en La Habana— y orgulloso de cumplir con sus obligaciones. Pero, en sus muchas horas como hombre de confianza de la familia Bacardí, no había pasado un momento tan crítico como ese.

—Lo ignoro, señores.

Orlando Piedra gesticuló.

—¿Cómo que lo ignora?

Bosch estaba dispuesto a no ceder ni un milímetro.

—Lo explicaré si me atienden unos minutos.

Batista le invitó a hacerlo con un gesto de la mano.

—Desde que falleció el padre de la señorita Carolina, en la familia Bacardí existe un protocolo para casos como este. Su padre lo firmó, está guardado en una notaría de la ciudad.

—¿Un protocolo? ¿En qué consiste? —preguntó Batista sin dejar de mover las manos.

—El señor Facundo era un hombre precavido. No dejaba nada al azar. Le tocaron tiempos difíciles, como fueron los episodios que sucedieron después de la guerra de la Independencia. Por eso, al final de su vida, cuando la empresa ya era importante, tomó varias decisiones. Para el caso que nos ocupa, fueron dos. La primera, que yo, como gerente de la empresa, dirigiera las crisis que se diesen en la fábrica. La segunda, que si sucedía algo extraordinario que afectase a su familia, y se refería a sus hijos, yo quedaba apartado de forma inmediata y las decisiones las tomaba una Junta de Emergencia. Así lo denominó él. Era una forma de asegurar la independencia de las decisiones.

Sus palabras causaron el efecto de una bomba.

—Nunca he escuchado nada tan extravagante —se quejó Batista.

—Es una vieja costumbre heredada del derecho anglosajón, habitual en las familias con grandes intereses empresariales.

—¿Una Junta de Emergencia? ¿Y quiénes la componen? —preguntó Orlando Piedra.

—Tres miembros de la familia Bacardí establecidos en diferentes países, todos primos de don Facundo. Ninguno de ellos reside en Cuba.

—¿Qué quiere decir? ¿Me está tomando el pelo? Oiga, soy el presidente de la República. Se lo advierto.

—Nada me gustaría más que ayudarlo, señor presidente. Ignoro si ha existido plata por medio para liberar a la señorita. Esa decisión la han tomado los miembros de esa junta.

Fulgencio Batista estalló.

—No le creo. Ni cuando dice que se encuentra en estado de *shock* ni cuando ofrece una explicación tan estrafalaria como la de esa junta con miembros que viven en el extranjero.

La tensión era evidente.

—Si quiere, puedo enseñarle el acta notarial.

El presidente no estaba dispuesto a perder un ápice de su autoridad.

—Claro que lo hará, y de forma inmediata. Usted, Salcedo, acompañe a este señor a su oficina y que le enseñe ese documento.

—Con mucho gusto lo haré, señor presidente.

—Señor Bosch, se lo advierto, no desconozco las actividades de la señorita Bacardí junto a los opositores a mi gobierno. Tenemos pruebas abundantes, documentos... fotografías, incluso. Llegaremos hasta las últimas consecuencias en este asunto —dijo el mandatario.

Pepín Bosch se quedó sorprendido. Deseaba dar por acabada la reunión cuanto antes. Pretextó una ligera indisposición para abandonar la reunión.

—No me siento bien, señor presidente. Ahora, si no tiene nada que añadir, les ruego que me disculpen.

Y añadió.

—Siempre a su disposición, señor presidente. Usted, señor Salcedo, ¿me acompaña? Desearía enseñarle cuanto antes el protocolo del que les he hablado.

Ramón Salcedo calló y bajó los ojos. Batista dio la respuesta por su subalterno.

—Hágasela llegar a su oficina cuanto antes, señor Bosch.

Una copia de este documento llegaría a la oficina de Salcedo una hora después de la reunión en el palacio presidencial.

Una vez que Bosch hubo abandonado el palacio, la reunión en el despacho del presidente continuó.

—¿Qué opinan de lo que nos ha dicho el caballero? —preguntó Batista.

El coronel Orlando Piedra fue el primero en intervenir, y no quiso arriesgarse.

—Habrá que seguirle los pasos, no habría que descartar ninguna posibilidad.

El ministro de Interior le siguió.

—Dudo que los Bacardí estén implicados en este asunto, aunque toda precaución es poca.

Le tocaba el turno a Juan Sorrillo. Batista lo espoleó.

—Estamos esperando su punto de vista, señor inspector.

El tono del presidente no admitía una evasiva como respuesta. Y, además, no era el

estilo del inspector.

—Señor presidente, este hombre miente.

Los tres lo miraron.

—¿Que miente? ¿A qué se refiere? ¿A que ella no está en estado de *shok* o a ese asunto del notario? —preguntó el presidente.

—A lo último —replicó Sorrillo.

Batista, Salcedo y Piedra lo miraban con interés.

—Explíquese, señor inspector ¡Yo también creo que son ganas de joder! —dijo el presidente.

—Lo haré. Ese tipo no es ningún idiota, demuestra ser un buen camaján. Miren, esa excusa para no prestar declaración ante las autoridades fue inventada en París, hace años, a principios de siglo. El mismo argumento: una junta de emergencia formada por personajes ilocalizables para la policía, una escritura archivada en el protocolo de un notario que ha fallecido... aspectos formales que dan apariencia de veracidad a la excusa.

Efectivamente. La argucia de disponer de un acta notarial con fecha anterior al fallecimiento de su antiguo patrón se la había proporcionado a Pepín Bosch Harmodio Lacalle, abogado de la familia y uno de los hombres más astutos que había conocido. Llevaba años a cargo de los asuntos legales de la fábrica. Uno de los hermanos de Lacalle había sido oficial de la notaría más importante de *La* Habana, la de don Hermógenes Pozuelo, y había guardado los sellos de la notaría cuando Pozuelo murió. Además, era capaz de firmar como el propio notario.

En un par de días, en el antiguo protocolo del notario Pozuelo se había adjuntado una escritura —en apariencia otorgada bastantes años atrás— por la cual Facundo Bacardí ordenaba la fundación de la Junta de Emergencia que administraría los negocios de la familia en caso de que algún miembro de la familia estuviese en peligro.

Sorrillo prosiguió:

—Estoy casi seguro de que esa escritura existe pero que se trata de una falsificación elaborada después del secuestro. Todo estará bien confeccionado por medio de personas interpuestas, de prestanombres, como decimos por aquí.

—¿Y cómo lo sabe? ¿Estuvo usted en aquel caso?

—No, sucedió en 1905. Yo era un niño. Pero está documentado en un libro que se escribió en 1920 en Europa y que recoge los casos más extraordinarios narrados por los jefes de policía de varias ciudades importantes como Nueva York, Berlín, Madrid, Roma, Moscú, París... Es un libro que habrá pasado desapercibido para los lectores corrientes pero no para los que somos policías. En cuanto el señor Bosch empezó a hablar de ese protocolo, lo recordé. Sí, estoy seguro: él, o algún colaborador suyo, ha leído el mismo libro que yo. Y han urdido esta excusa para no cooperar con las autoridades.

—Hermosa astucia, debo reconocerlo, una jugarreta inteligente —observó el presidente.

—Sí, pocas veces he visto una mentira contada con esa lucidez. Y lo digo yo, que conozco todo el repertorio —agregó el inspector.

Fulgencio Batista se echó para atrás en la butaca que ocupaba.

—¡Es usted un hombre extraordinario! No puedo creer que no sea jefe de la policía de la ciudad desde hace tiempo —exclamó Fulgencio Batista.

Salcedo y Piedra le prodigaron unas frases de alabanza.

—Si eso es así, ¿cuál es la razón de que esa familia entorpezca la investigación? ¿Qué esconden? —prosiguió el presidente.

La reunión se había reducido a las intervenciones del presidente Batista y del inspector Sorrillo.

—No creo que escondan nada, se están protegiendo. Dan por perdido el dinero y no quieren tener más problemas. Ya saben, los policías solemos ser inquisitivos en los interrogatorios, incluso en las conversaciones amistosas. Bosch quiere evitar ese mal momento a su patrona. Eso es lo que yo creo, señores —dijo Sorrillo.

El presidente Batista se había levantado.

—Usted ha dado en la diana, para esos jodidos no es importante que unos millones de dólares, quién sabe cuántos, caigan en malas manos. Ni siquiera que caigan en manos de los comunistas. ¿Qué podemos hacer?

Juan Sorrillo encendió un cigarrillo.

—Por ahora, nada. No creo que se pueda someter a la señorita Bacardí a un interrogatorio exigente. Tener paciencia, eso es lo que aconsejo. En cualquier momento, alguno de los responsables del delito cometerá un error y caeremos sobre ellos. Necesitaré más medios personales y vehículos. Me esforzaré en resolver este caso, señor presidente.

—Tendrá lo que pide, inspector.

Las muestras de confianza del presidente a Sorrillo —o, visto de otro modo, su desconfianza hacia Salcedo y Piedra— continuaron. Batista se acercó a su escritorio, tomó una pluma y un papel con el membrete de su despacho. Escribió dos números de teléfono.

—Aquí tiene mis teléfonos personales, el de mi casa y el de este despacho. Le apunto el directo. Llámeme a cualquier hora, pídame lo que desee, sin necesidad de pasar por otro mando. Se lo repito, cualquier cosa. De madrugada, si es necesario. ¡Confío en usted, señor Sorrillo! Y no solo yo, el prestigio de la patria está en sus manos.

El coronel Orlando Piedra y el ministro Ramón Salcedo contemplaban atónitos la escena. Sonreían tanto como su estado se lo permitía.

El presidente dio por terminada la reunión. Había quedado impresionado por la sagacidad de Sorrillo. No podía permitirse no tenerlo a su lado. Pero tampoco quería precipitarse: lo primero era resolver el caso Bacardí con la detención de los culpables.

Capítulo 42

Stanley tenía la sospecha de que Francesco Cavalcanti, el dueño del Estrasburgo, estaba detrás *del* asesinato de Sandra Monteagudo. Esta, antes de morir, se había esforzado por revelarle algo, pero ¿qué era? El presentimiento de que ese caso y el de Carolina Bacardí estaban relacionados lo acuciaba, pero solo era eso, un presentimiento.

Mortimer, *Grandote* Bazuco y los dos secuaces de este se prepararon para visitar a Francesco Cavalcanti. El apartamento donde residía estaba situado en la planta superior de una casa en Centro Habana, apenas a unos metros del Estrasburgo. A la vivienda se accedía por una escalera exterior.

Un Ford de 1949 se apostó a unos cincuenta metros de la puerta de Cavalcanti. Desde el lugar elegido podían divisarse los movimientos que se producían cerca del inmueble. Stanley Mortimer ocupaba el asiento del acompañante y *Grandote* Bazuco estaba ante el volante.

Pasaron cerca de veinte minutos y vieron a dos de los jóvenes Cavalcanti acercarse con tres grandes maletas. Uno de ellos llevaba una de gran tamaño y su acompañante, dos. Cargaban las maletas con ligereza, por lo que Stanley llegó a la conclusión de que estaban vacías. Uno de sus acompañantes advirtió:

—Esas maletas las han comprado en una tienda de la calle Neptuno. Estoy seguro.

Stanley reaccionó.

—¿Cómo lo sabe?

—Una de ellas lleva un plástico y una etiqueta de esa tienda. Yo mismo compré una hace unos días y la reconozco.

—¿A cuánto está esa tienda?

—A nada, tres o cuatro minutos en coche.

—¿Conoce a los dueños? ¿Cree que le informarían?

—Con un billete de veinte pesos me dirán lo que les pida. Y, si eso no sirve, servirá esto —dijo apartando la parte inferior de la chaqueta cruzada que llevaba y enseñando una Colt 45.

—Vaya en un taxi, nosotros no nos moveremos de aquí. Regrese en cuanto sepa algo —ordenó Stanley.

El hombre entró en el establecimiento y dio los buenos días. Lo regentaba un español que estaba al lado de la caja y leía un periódico. El gánster no quería perder el tiempo y se acercó a él.

—Señor, ¿puedo hablar con usted?

—Claro, ¿qué desea?

—¿No dispone de una oficina, de un lugar privado?

El vendedor se quedó pensativo. Aquel hombre era extranjero —de eso no tenía duda alguna—, vestía con corrección y, es más, su cara le sonaba, como si se tratara de un antiguo cliente.

—¿Una oficina? Sí, al lado del almacén tengo una. Sígame —dijo.

Los asaltos a los establecimientos en Centro Habana habían disminuido en los últimos tiempos. Desde luego, el visitante no daba la apariencia de viajante de

comercio. Estos solían llevar consigo un maletín de mano que contenía el catálogo y algunas muestras del cuero de la mercancía que pretendían vender. El vendedor pensó que ese hombre se proponía adquirir varias maletas y quería negociar el precio con un buen descuento. No era infrecuente.

—Dígame, ¿en qué lo puedo ayudar?

—Hace unos minutos salieron de esta tienda dos hombres jóvenes, apenas tendrían veinte años.

El hombre no lo negó.

—No me faltan clientes, gracias a Dios. Nuestras maletas son de primera calidad, fabricadas en los Estados Unidos.

—Sí, yo mismo les compré una hace unas semanas —respondió.

—¡Ah, sí!, su cara me resultaba familiar. ¿Es que quiere comprar otra?

—Lo que quiero es información de unos jóvenes que han comprado tres maletas de gran tamaño hace un rato.

Al dueño del establecimiento le cambió de cara.

—No sé si eso es posible.

Alexandro hablaba español con cierta dificultad aunque conseguía hacerse entender.

—Seguro que sí —dijo enseñando un billete de veinte pesos.

—Creo que se ha equivocado, señor. En esta tienda solo vendemos maletas y bolsos de viaje, no damos información de los clientes.

Alexandro movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy. Y, ahora, si desea comprar alguna maleta le ruego que me acompañe al mostrador y una de mis empleadas lo atenderá.

—No, eso no ocurrirá. Lo mejor es que llame a la señorita que atendió a esos jóvenes y le diga que venga, que me informe —dijo.

Mostró la Colt 45, que llevaba en el interior de una cartuchera de piel reluciente.

El hombre se quedó paralizado.

—Bueno, aunque no es la costumbre, en este caso se hará una excepción —dijo.

Poco más tarde, una joven llamada Martita le explicó en la oficina las circunstancias de la venta de las tres maletas. No observó ninguna circunstancia extraña entre su jefe y el visitante, quizá algo de nerviosismo en el primero.

—Los jóvenes me pidieron tres maletas de la mejor calidad, de la mejor piel, resistentes, con clave, llave y correajes.

El propietario quería acabar con esa situación con rapidez.

—Creo recordar que no tuviste que enseñarles muchos modelos —le dijo a Martita.

—No, los jóvenes tenían prisa.

Alexandro retomó la conversación.

—¿De dónde eran? ¿Le dijeron adonde se dirigían? ¿Iban a viajar en barco o en avión?

Martita se extrañó.

—No lo dijeron. Hablaban español con dificultad.

—¿Negociaron el precio, pidieron descuento?

—No, el señor patrón les cobró.

El dueño se esforzaba por parecer amable. Aquel hombre había conseguido asustarlo.

—Es cierto, yo les cobré. Pagaron en dólares, con un billete de cien.

—¿Recuerda algo más de esa venta, señorita?

—Nada, solo que tenían prisa.

—Tome este billete por su ayuda —dijo Alexandro.

La empleada vio el billete y miró a su patrón. Estaba pidiendo autorización para tomarlo. La obtuvo. El visitante se retiró después de agradecer las atenciones y dar las buenas tardes. Unos minutos más tarde, abría la portezuela del Ford negro del año 1949. Narró la conversación sin omitir detalle. Stanley reflexionó en voz alta:

—Así que nuestros amigos se disponen a realizar un largo viaje...

—¿No cree que debemos visitar a esos caballeros, señor Stanley?

—Sí, pero antes, señor Bazuco, ¿hay alguna manera de saber el grosor de la puerta del apartamento? No creo que debamos llamar al timbre o tocar la puerta con los nudillos.

—De eso me encargo yo —contestó.

Grandote Bazuco bajó del coche y encendió un cigarrillo. Vio a unos metros a un vendedor de periódicos y le compró uno. Se trataba de una edición extraordinaria y los viandantes se lo arrebataban de las manos. La portada informaba con tipografía de gran tamaño sobre la liberación de Carolina Bacardí. Con aire despreocupado, caminó con lentitud por los alrededores de la casa y se sentó en uno de los laterales de otro coche aparcado. Aparentaba leer el periódico, pero en realidad examinaba la puerta del apartamento, situado a siete u ocho metros y a una altura aceptable para sus propósitos. Tras estar en esa posición un buen rato, volvió al coche. Ofreció el periódico a Stanley. Este lo tomó y vio una fotografía de Carolina sonriendo. Estaba seguro de que se trataba de una fotografía de archivo.

—Esa puerta es de madera y antigua, no resiste una buena patada —dijo.

—¡Estupendo! Ahora lo único que hay que decidir es el momento. ¿Visitamos a estos caballeros ahora o esperamos a que oscurezca? ¿Qué le parece Grandote?

—Yo esperaría, no creo que falte más de media hora para que anochezca.

El tiempo transcurrió con rapidez. Stanley echó un vistazo al periódico y lo pasó al asiento trasero. Los amigos de Grandote lo hojearon. La noticia que más les interesó fue la que concernía al secuestro.

Stanley Mortimer tuvo el tiempo necesario para reflexionar. Estaba casi convencido de que Cavalcanti tenía relación con el asesinato de Sandra Monteagudo y no dejaba de darle vueltas a las palabras del siciliano unos días atrás: «Cualquier día hago la maleta y me voy.»

Se concentró en ello mientras fumaba uno de los cigarros habanos que le había regalado *Grandote* Bazuco.

—Creo que será mejor esperar unas horas, pero sin dejar de vigilar a estos señores. Presiento que la espera nos va a proporcionar alguna sorpresa. ¿Qué piensa usted, amigo mío? —dijo dirigiéndose a Bazuco.

—Como se dice en mi tierra, *«chi lo sa?»*.

—¿Cuándo regresa el señor Meyer Lansky? —apuntó Mortimer.

Bazuco enseñó las palmas de ambas manos.

—Los patrones jamás advierten con anticipación sobre sus vuelos. Aterrizan y nos enteramos de que han llegado. Puede ser ahora mismo, mañana, pueden ser dos días, una semana... El patrón Meyer dice que todo en la vida es cuestión de suerte.

—No es mala costumbre, se lo aseguro. De esa manera vivirán muchos años. Hagamos algo: yo me retiro y usted y sus hombres se comprometen a seguir vigilando esta casa día y noche. Ni siquiera sabemos si el señor que busco está dentro. Si lo ven salir, lo siguen y me avisan. Yo estaré en mi hotel, habitación 29 del Sevilla Biltmore.

—Así lo haremos. Mis hombres se turnarán para hacerlo. Usted descanse, señor Mortimer.

Stanley salió del coche, tomó un taxi y se dirigió hacia su hotel.

Capítulo 43

Habían transcurrido veinticuatro horas desde la liberación de Carolina. La actividad en la residencia de la familia Bacardí había disminuido. Martín Ugarte se presentó en su casa y Ofelia lo atendió enseguida.

—La señorita Carolina está descansando. Le diré que ha venido. Seguro que se alegrará mucho. El médico le ha aconsejado que no reciba visitas, salvo de sus amigas del colegio. Y también es una orden del señor Bosch.

—Cuánto lo siento.

—Ese ramo de flores, ¿es para ella? —preguntó la empleada.

—Sí, espero que le gusten.

Comprobó que nadie los estaba observando.

—Espere aquí, voy a subir. Si la señorita está despierta, le preguntaré si desea recibirlo. Desde que ha vuelto a casa ha preguntado por usted más de una vez.

Ugarte esperó en la biblioteca. Pocos minutos más tarde, Ofelia bajaba por la escalera.

—La señorita Bacardí se ha alegrado de que esté aquí. Dice que dentro de unos minutos bajará. ¿Quiere tomar un chocolate con pastas?

—¡Claro que sí, Ofelia! Gracias.

En uno de los rincones de la biblioteca, colgaba un espejo de gran tamaño enmarcado con una moldura en pan de oro. Martín había llegado vestido de manera informal, con una sencilla camisa azul y unos pantalones del mismo color. Al lado de la biblioteca había un baño. Entró, se refrescó el rostro y se humedeció el pelo. Volvió a la biblioteca y empezó a curiosear los libros de una estantería. Escuchó el ruido de unas pisadas y cómo la puerta de la estancia se abría. Era Carolina Bacardí, seguida de Ofelia.

Martín dejó en una mesa el ramo de flores y se quedó quieto. No sabía lo que debía hacer, si acercarse a ella y darle un abrazo —que era lo que deseaba— o esperar que ella lo hiciese. Estaba nervioso y se le notaba.

—¡Martín! ¡Martín!

Se fundieron en un abrazo ante la mirada de Ofelia. Ella derramó unas lágrimas. No lo pudo evitar. Le agradeció las flores. Ofelia se llevó el ramo con el fin de buscarle un recipiente.

—¿Dónde quiere que las ponga, señorita, en el salón junto al resto?

En las horas que llevaba en libertad había recibido decenas de ramos de flores.

—En nuestro mejor jarrón de cristal, las quiero en mi habitación, Ofelia, por favor.

El detalle no pasó inadvertido para Martín. Un instante después se sentaron, frente a frente, a una distancia de más de un metro.

—Estás muy bien, Carolina, hermosa.

Ella sonrió.

—¿Tú crees? No sé, eso me dicen mis amigas pero no estoy segura, me veo horrible ante el espejo.

Martín lo negó con la cabeza y sonrió de una manera abierta. Hacía días que ella no podía contemplar esa sonrisa y esos ojos azules.

—Qué felicidad estar aquí contigo. Recé mucho para que las cosas salieran bien —

dijo él.

Había una pregunta que Carolina deseaba hacer desde que lo había visto.

—¿Te acordaste de mí, Martín?

—Todos los días.

—Estaba en una habitación cerrada, sin ventanas y solo tenía mis recuerdos para sobrellevarlo. Uno de los momentos más bonitos era cuando pensaba en ti.

—¿En mí?

—Sí, ¿te extraña? No tengo muchos amigos varones.

—Yo también pensaba en ti —correspondió él.

Se hizo un silencio entre ellos que duró algunos segundos.

—¿Conseguías dormir?

—Poco. Los primeros días fueron malísimos, luego traté de serenarme y lo conseguí.

—Los que han hecho una cosa así son unos canallas —dijo Martín con rabia.

—No quiero hablar de eso. Dime, ¿qué has hecho durante estos días?

Martín Ugarte no quiso comentar detalles sobre la investigación pero tampoco tenía ganas de hablar sobre su vida privada. Fue la propia Carolina quien rompió el momentáneo silencio.

—Martín, me siento mal, visítame otro día, por favor.

Llevaban juntos poco más de diez minutos cuando ella se sintió mal, con unos incontenibles deseos de ir al baño. Le entraban diarreas de manera casi constante. Apenas tuvo tiempo de despedirse de Martín. Este vio cómo ella se dirigía con urgencia hasta la puerta.

Martín Ugarte se sorprendió y movió la cabeza, disgustado. En realidad, era cierto que el aspecto de Carolina no era bueno.

—La señorita no se encuentra bien. Dice que lamenta que la vea en este estado y que le gustaría volver a verlo otro día.

Martín insistió en saber lo que opinaban los médicos.

—Los médicos están preocupados, aunque dicen que se trata de un proceso lógico después del trauma vivido. Pero es joven y se le pasará.

El médico que atendía a Carolina tenía buenas razones para aconsejarle que no se excediese en las visitas.

Había observado en ella algunos síntomas que no le habían gustado. Ella le había explicado que tenía ataques de pánico repentinos y pesadillas en las escasas horas que conseguía dormir pese a la ayuda de un ansiolítico. También tenía fuertes dolores de cabeza y un ronchón de gran tamaño en el pecho y en parte del cuello.

—No sé... si puedo hacer algo por ella, Ofelia, cualquier cosa, a la hora que me necesite.

—Se lo diré, eso la aliviará.

Ugarte decidió dirigirse al hotel Sevilla Biltmore con el fin de visitar a Stanley. En el mismo momento en que llegaba a la recepción, oyó la voz de un botones:

—Señor Ugarte, llamada telefónica urgente.

Se presentó en recepción. Le dijeron que tenía una llamada y le señalaron una cabina de madera situada en una de las esquinas del amplio *lobby*.

—Martín, soy yo, Carolina.

—Carolina, cómo me alegro de escucharte.

—Lamento la manera en que he tenido que ausentarme.

—No tienes nada de lo que lamentarte.

—¿Quieres venir a verme ahora? Me siento mucho mejor.

Él no lo dudó.

—Claro, ahora mismo voy a tu casa.

El coche de Martín llevaba unos días en un taller mecánico.

Tras la llamada de Carolina, Martín tomó un taxi en la misma puerta del hotel. Mientras tanto, a unos metros de distancia, otro taxi llegaba. En esta ocasión, con Joan Alison en su interior. Esta observó que Martín era el pasajero y tuvo unas ganas irreprimibles de saber adonde se dirigía. Ordenó al conductor que girase y siguiese a su compañero a cierta distancia.

Tomaron el camino de Miramar y luego de El Vedado. El taxista de Joan dejaba que dos o tres coches los separasen. Todo ello, sin perder de vista a su compañero.

El primer taxi redujo la marcha y paró junto a una gran verja. Al fondo, apenas se divisaba una residencia. Martín se apeó y entró.

Ella lo imaginó. Quiso comprobarlo.

—¿Quién vive en esa casa?

El taxista se volvió hacia la parte trasera del vehículo.

—¿Es que no lo sabe? Esta casa es donde vive la joven Bacardí, la joven que fue secuestrada por unos maleantes.

—No lo sabía.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿Regresamos a la ciudad?

—Déjeme pensarlo. ¿Tiene prisa?

—No, siempre que el contador siga corriendo estoy a su disposición, señora.

Joan Alison salió del coche. Se acercó a la casa y trató de observar la fachada. Esperaba el momento de ver salir a los jardines a Martín y a Carolina. Un hombre con uniforme recogía unos cuantos papeles y cigarrillos al lado de la verja. Ella se acercó.

—¿Usted trabaja en esta casa, amigo?

Pronunció estas palabras en tono amable.

—Sí, señorita.

Ella creyó que era el momento de explicar su curiosidad.

—Soy periodista. Norteamericana.

El empleado tenía una edad avanzada, cerca de los sesenta años.

—Esta entrada estaba llena de periodistas hasta hace dos días, fumando y fumando. Aún hoy tengo que recoger muchas colillas de cigarrillos.

—Por fortuna las cosas salieron bien —dijo ella.

—Sí, gracias a Dios y a la Virgen.

—Dígame, ¿recibe visitas la señorita Bacardí? Quiero decir, ¿cree que me recibiría?

—¡Imposible! Ella no se encuentra en esta casa, está descansando fuera de la ciudad. Y el señor Bosch ha dado órdenes terminantes de no abrir a nadie que no sea de la familia.

—Acabo de ver cómo un taxi dejaba a un señor en la puerta.

—Él es amigo de la señorita y ella lo esperaba, por eso he abierto y le he permitido

entrar. Me lo ha dicho Ofelia.

—¿Quién es Ofelia?

—La empleada de la señorita, ¿quiere que la llame?

—No será necesario, muchas gracias.

Capítulo 44

Tras su visita a la mansión de los Bacardí, Joan Alison dio instrucciones al taxista de regresar al Sevilla Biltmore.

Una vez en el vestíbulo del hotel, evitó preguntar por Stanley, aunque miraba una y otra vez el reloj de pulsera Longines que llevaba en la muñeca. Cada tres o cuatro minutos lo hacía, en un gesto que era más nervioso a medida que giraba la manecilla del reloj.

Por fin apareció Stanley.

—No sabía que estabas esperándome —dijo él sorprendido.

—Acabo de llegar, estaba fumando un cigarrillo —mintió.

—Acompáñame al restaurante, necesito un café y unas pastas —dijo Stanley.

Joan aceptó.

—¿Cómo estás? ¿Alguna novedad? —preguntó el huésped.

—No. ¿Y Martín? ¿Sabes algo de él? —dijo ella.

Stanley echó una carcajada.

—¿Y tú me lo preguntas? Creía que las cosas iban bien entre vosotros.

—¿Por qué dices eso?

—Estás nerviosa, fumas un cigarrillo tras otro, ¿se puede saber qué te ocurre?

—Nada, cosas mías.

—¿Cosas de mujeres?

—Te odio cuando me miras de esa manera. Es como si adivinases mis pensamientos.

—¿Dónde está Martín? A mí puedes decírmelo.

—En la mansión de los Bacardí.

—¿Estás segura?

—Yo misma lo he visto.

—¿Cómo es eso de que lo has visto? ¿Lo has seguido? ¿Lo estás espiando?

—No lo digas de esa manera. Hemos coincidido en la entrada de este hotel, en taxis diferentes, y he sentido curiosidad, eso es todo. Un sirviente me ha dicho que Carolina no se encuentra en la mansión pero creo que es mentira.

Stanley entendió lo que estaba sucediendo:

—No te aconsejo que lo vuelvas a hacer. A ningún hombre le gusta que lo espíen.

Ella seguía mirando el reloj de manera disimulada. Stanley lo apreció.

—No te alarmes por eso, son amigos y habrá decidido ir a visitarla.

—¿Y por qué no me lo ha dicho? Esta noche he dormido en su apartamento.

Stanley entrelazó las manos detrás de su cabeza.

—¡Ay, las mujeres! ¡Cuándo aprenderéis a dominar los sentimientos! —exclamó.

—¡También odio cuando adoptas esa actitud, viejo maricón!

Stanley reaccionó.

—Nunca te había visto así, ¿eso significa que has empezado a quererlo?

Joan trató de serenarse. Pidió un martini.

—No lo sé, Stanley, lo siento. Hay días en que amanezco y no dejo de pensar en él. Otros días, no. No sé lo que me pasa. ¡Soy tan infeliz!

Estaban sentados ante una mesa. Él se levantó.

—Ven, levántate y dale un abrazo a este «viejo maricón» —dijo él.

Joan lo hizo. Fue un abrazo que él mantuvo durante unos segundos.

—Trata de ordenar tus sentimientos, te lo dije hace unas semanas. Si lo quieres, díselo y avanza con él. No lo mantengas en vilo.

—Es que no sé lo que quiero. Quiero decir... no estoy segura.

—Mira, aquí viene Martín —dijo él.

El vasco entró en la cafetería del hotel. Sonreía satisfecho. Joan lo detestó. Trató de fingir y consiguió sonreír.

—El conserje me ha dicho que estabais aquí.

Joan no pudo evitar la pregunta.

—¿De dónde vienes? Pareces feliz.

Era una pregunta tramposa y Stanley no podía aceptarlo, al menos con un hombre de la nobleza del joven vasco.

—¿Sabes? Te vi entrar en la residencia de los Bacardí. Yo pasaba en un taxi y vi cómo te acercabas en otro, fue una coincidencia, pasaba por esas calles —dijo el agente norteamericano antes de que él abriera la boca.

—Sí, de allí vengo, he tomado un café con Carolina.

Joan miró a Stanley con rabia.

—¿Y cómo se encuentra? —dijo ella.

—Ha adelgazado unos kilos, tiene diarreas y vómitos, pero mejorará. Los médicos la tienen a raya, no admiten visitas.

—¿Te ha contado algo? Quiero decir, algo que pueda interesarnos en nuestra investigación —insistió Joan.

—No, nada, le he preguntado cómo estaba. No he tenido mucho tiempo. Hace unos minutos ha venido uno de sus médicos a examinarla y me han pedido que los deje a solas.

Joan Alison había calculado el tiempo en que permanecieron a solas, menos de quince minutos, según los cálculos de su Longines. No era mucho. Suspiró para sus adentros.

—¿Qué estás tomando, Joan?, ¿un martini? Pediré otro.

—¡Marchando! —dijo Stanley al tiempo que hacía una seña a uno de los camareros.

Joan acercó la copa a sus labios. Decidió volver a la investigación.

—¿No hay noticias?

Stanley intervino.

—Nada. Por ahora, es como navegar sin rumbo.

Martín Ugarte permaneció en silencio. Le trajeron el martini y empezó a saborearlo.

—Bueno, yo tengo una buena noticia que daros —dijo Joan.

—¿Una buena noticia? ¿Te casas, querida? —exclamó Stanley.

Los tres celebraron la ocurrencia con una risotada.

— Stanley, tómame en serio por una vez, al menos.

Joan acabó el martini de un trago y pidió otro.

—Hace una semana llamé por teléfono a un amigo mío de Nueva York. Se apellida Davidson y es gerente de una importante editorial que publica novelas a autores

importantes.

Por la cabeza de Stanley pasó una idea. No sería él si no la soltaba.

—Déjame adivinarlo. ¿Vas a escribir una novela que se desarrolla en La Habana?

Joan lo miró con exasperación.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Por qué eres tan antipático?

Stanley se replegó en su butaca.

—No me odies, querida, lo he adivinado y no he podido aguantarme. Por cierto, ¿no serás tan canalla de escribir sobre el secuestro?

Martín rio con la escena.

—Claro que lo haré, cambiando el nombre. Pero no será la trama principal. En realidad, llevo tiempo dándole vueltas. La productora me encargó un guión y creo que ya tengo el esquema. Esta ciudad da para mucho más, para una novela de trescientas páginas, al menos. A Davidson le pareció una idea extraordinaria. Me propuso que le enviara una sinopsis. Lo hice y hoy me ha llamado por teléfono: están interesados en la novela, quieren firmar el contrato cuanto antes.

—Eso es fabuloso —dijo Martín—, te felicito.

—Más que eso. Es importantísimo para tu carrera. Después de *Casablanca* necesitabas un buen argumento y ya lo tienes. Ya te veo de nuevo en las primeras planas de los periódicos. ¡Cómo me alegro, Joan! Ahora sí que hablo en serio —dijo Stanley.

—Sois los primeros en saberlo.

—¿Y cuáles son tus planes?—preguntó Stanley.

Joan Alison habló de corrido.

—Aún no he tenido tiempo para desarrollar mi idea. Lo primero, investigar lo que ha sucedido. Para eso, cuento con vuestra ayuda. Luego, trabajar de forma simultánea en el guión. No me preocupa, lo tengo bastante avanzado. Y empezar a escribir un esquema de la novela. Puede que vaya a casa de unos amigos en Connecticut para aislarme y trabajar a gusto. La conozco, es una casa cómoda en las afueras de la ciudad. Me dejarían una habitación con baño en la segunda planta y un coche. Quién sabe, en un año podría acabar el primer borrador de la novela. Davidson me ha dicho que no tenga prisa. Correrán con los gastos y me darán un buen anticipo.

Hay momentos en que las palabras se adelantan a los pensamientos, incluso a los sentimientos. Joan cayó en la cuenta de que aquellas palabras suyas entrañaban algo más que la descripción de un buen proyecto profesional. Lo malo fue que sus acompañantes de esa tarde en el restaurante del hotel Sevilla Biltmore también lo advirtieron. El semblante de Martín Ugarte cambió de expresión. Se hizo un silencio que ni siquiera Stanley se atrevió a romper. Por unos instantes, el rumor del pasado sacudió aquel hotel de La Habana.

Capítulo 45

—Eso me recuerda a Tánger, Joan —dijo Martín, mientras que Stanley Mortimer dudaba entre relajar el ambiente con una de sus frases ingeniosas o abandonar la escena con cualquier excusa.

—Queridos, creo que en este momento no soy necesario. Me retiro a la habitación y me avisáis si queréis cenar conmigo esta noche en la Casa del Marisco. Yo invito.

Joan advirtió que se había precipitado.

—No te tomes mis palabras al pie de la letra, Martín. Estaba pensando en alto y quería que lo supierais.

—Pensando en alto...

Joan se llevaba el cigarrillo a la boca con ansiedad.

—¿De qué han servido las últimas noches que hemos pasado juntos? Esta vez, estaba seguro de que estábamos comenzando algo, que esto no era como en Tánger —observó él.

Joan encajó mal sus palabras. Llamó al camarero y le pidió otro martini. Ugarte rechazó seguir bebiendo.

—Nunca te he prometido nada, Martín.

—Lo sé, ahora me doy cuenta de ello.

Joan Alison se llevó el martini a los labios. Fue lo que la ayudó a explotar.

—No creo que tengas derecho a hablarme de esta manera, tú, que llevas tiempo flirteando con esa millonaria —dijo alzando la voz.

—No digas estupideces. Yo solo he flirteado contigo.

—¿Qué te crees, que soy una niña? Os han visto tomando helados, paseando por las calles, en el cine... ¿Dónde está escrito que una alumna se relacione de esa manera con su profesor de francés? ¿Crees que no sé que ella ha dejado a su novio después de cuatro años juntos?

—Eso no es cosa mía —repuso él.

—¿Quieres que dejemos de vernos? Solo dilo y lo haremos —dijo Joan.

—¡Fantástico! Así te dedicarás a tu novela y me dejarás en paz.

El restaurante del Sevilla Biltmore estaba repleto de clientes, la mayor parte de ellos cubanos de clase alta y extranjeros que estaban de visita. Los miraban con expectación. Estaban levantando la voz y eran el centro de las miradas. A ellos no parecía importarles.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que te deje en paz? Dímelo mirándome a los ojos y lo haré —gritó Joan.

Martín rehuyó el envite.

—No es el momento para hablar de esto —dijo Martín—. Necesito pensarlo. Ahora, deja que me retire, no me siento bien y quiero descansar. No bebas mucho.

—¿Vas a dejar que me quede sola, que beba sola?

Martín hablaba de forma pausada.

—¿No es eso lo que tú quieres, estar sola?

Sucedió lo que él temía hacía rato. Joan se levantó y se dirigió a la puerta del

restaurante. Martín Ugarte aguardó unos minutos, los suficientes para no encontrarse con ella en la puerta o en la parada de los taxis.

Pero Joan no había abandonado el establecimiento. Subió al ascensor. Un minuto más tarde, llamaba a la puerta de la habitación de Stanley.

—Dame un cigarrillo —le urgió—. Y pídeme un jaibol, de lo que sea, lo necesito.

Empezó a hablar. Tuvo la gallardía de no omitir nada.

—Cómo puedes ser tan brusca, Joan. ¿No comprendes que Martín tiene sentimientos?

—Yo solo hablé de un proyecto.

—Hiciste más que eso, lo sacaste de tu vida de un plumazo. Le recordaste Tánger, ahora que estaba enamorándose de ti por segunda vez.

—Yo nunca le he prometido nada —se defendió.

Stanley Mortimer se levantó de la butaca que ocupaba.

—Ese es tu problema, Joan, que avasallas con tu carácter, con tu personalidad, con tu talento, incluso, que quieres que todos bailemos a tu alrededor. Y que sigues sin prometer nada a nadie. Qué poco te hubiera costado contarle esta buena noticia a solas, en la intimidad, incluso preguntarle cuál era su opinión, preguntarle si estaba dispuesto a acompañarte a ese retiro de Connecticut. Decirle alguna palabra que diera sentido a vuestros encuentros de las últimas semanas en su apartamento.

—¿Y para qué se ve con ella? ¿Qué es eso de andar tomando helados y viendo escaparates?

Stanley sabía que se refería a Carolina Bacardí.

—Reconozco que es una circunstancia que no esperaba de su personalidad —dijo Stanley.

—¿Qué pretendía? ¿Darme celos?

—Me parece que lleváis demasiado tiempo haciendo el amor y sin hablar de vuestros sentimientos. Eso es lo que creo.

Joan permaneció en silencio un buen rato sin que Stanley hiciese nada por consolarla. Lo rompió de una forma abrupta. Se sirvió una pequeña cantidad de *whisky* escocés que se bebió de un sorbo.

—¿Qué puedo hacer, Stanley? Ahora mismo iré a su apartamento y le pediré perdón por lo de Connecticut.

—¿Ahora? Yo, de ti, no lo haría.

—¿Qué quieres decir? Tú mismo me acabas de decir...

—Estáis los dos atrapados en una tela de araña que habéis tejido y de la que no sabéis salir.

Stanley se acercó a ella y la agarró de los brazos.

—¡Joan, piensa las cosas! ¡Toda la brillantez que demuestras para tantas cosas y qué poco sabes de otras! Lo que hagas ahora saldrá mal. Se te han subido los tragos, no estás en condiciones de hablar de ningún plan con credibilidad. Vete a tu hotel, tómate una de esas pastillas que guardas en el bolso y duerme muchas horas. Mañana, vuelve a pensar en ello y, si tienes algo que decirle, incluso que has cambiado de opinión, díselo, pídele perdón. No sé cómo terminará esto pero al menos parecerás una mujer adulta y que sabe rectificar. Ese es mi consejo.

—¿Por qué tienes que hacer que me sienta culpable, tanto de lo que hago como de lo que no hago?

—No lo pretendo —replicó Stanley—. Hay muchas cosas que no le puedo decir a nadie...

—Explícate, Joan. Te escucho con atención.

Joan estaba sentada en una butaca, las ventanas estaban abiertas y ella miraba hacia la bahía. Su rostro era el de una mujer consumida por una tristeza infinita.

—¿Crees que puedo regresar a Nueva York sin un proyecto entre manos? Desde *Casablanca* ha pasado tiempo. Lo he intentado pero todo ha sido en vano. He escrito relatos que apenas han merecido unas líneas en los periódicos. En las entrevistas, he anunciado proyectos importantes, he hablado de una novela que estaba en poder de una gran editorial. ¿Sabes qué hay de cierto en ello? Nada, solo una invención. Mis amigos esperan de mí una obra importante, como *Casablanca.* Y ahora que me surge la oportunidad, no puedo desaprovecharla. Si no es a ti, ¿a quién puedo contarle estas cosas?

Stanley lo comprendió. De lo que hablaba era de su terrible vanidad. Por ella, estaba dispuesta a sacrificar lo que sentía por Martín Ugarte. Incluso a manipularlo, como había hecho en Tánger.

—Vamos a dejarlo, Joan. Discutiríamos agriamente y no quiero hacerlo.

—Sí, vamos a dejarlo.

—Una cosa más, Joan, no bebas tanto.

—¡Qué te jodan!

—En La Habana bebes más que en Tánger. Y eso que aquí no está Madeleine, que te llenaba los vasos y no te cobraba.

—Tánger..., han pasado once años desde aquello, ¿será que se bebe más cuando se está sola y se cumplen años?

—No pienses en eso, tienes tiempo aún, eres joven.

—Tiempo..., no sé, a veces pienso que se me escurre entre los dedos.

Stanley no quería seguir con aquella conversación aunque le preocupaba, sí, y mucho. Ella había cambiado sus gustos: bebía licores más duros, como *whisky, bourbon*, ron, ginebra o martini seco. Es cierto que estaba en La Habana, donde el calor y el ambiente deshacían con rapidez los estragos del alcohol, pero le preocupaba.

A Martín también le molestaba que ella bebiese. No el primer trago o el segundo, que la transformaban en una mujer con chispa, ingeniosa. En esas situaciones, repetía sin equivocarse sus párrafos preferidos de Henry James, de Scott Fitzgerald o de Hemingway —del cual era amiga—. Sus pupilas se dilataban y su rostro brillaba en todo su esplendor. Así era ella, una mujer imprevisible, un torbellino con la fuerza extraordinaria de una diosa en ocasiones, un imán irresistible para los hombres. Pero al tercer o cuarto trago corría el riesgo de que sus palabras elevasen el tono y se endureciesen. Podía increpar a alguien para arrepentirse horas más tarde y pedirle perdón.

Stanley, mientras tanto, pensaba en ella. Debería haberle confiado un pensamiento que, de cuando en cuando, lo obsesionaba: sus años de itinerancia le habían enseñado que no se conoce ni el momento ni el lugar donde puede encontrarse uno con la persona

que ha de cambiarle la vida. Tánger, La Habana..., esa coincidencia parecía indicar que Joan y Martín Ugarte estaban destinados a unirse. Era una de esas oportunidades que ofrece la vida, quizá para siempre. Y sin embargo...

Lejos de retirarse a su apartamento como había anunciado en el *lobby* del Sevilla Biltmore, Martín Ugarte había tomado un taxi y se acercó al barrio de la Marina. Buscó a Tatalí. No la encontró y se sentó en la terraza de una cafetería. Fumaba un cigarrillo tras otro, lo que resultaba extraño en él. Algunas mujeres de la calle tomaban café. Dos de ellas miraban con curiosidad al recién llegado. Martín Ugarte pidió una cerveza. Una de las mujeres le hizo una seña. Martín se acercó.

—Oye, chico, ¿tú no eres el amigo de Tatalí?

—Sí, la estoy buscando.

Ellas se miraron entre sí.

—Siéntate, cariño.

Martín Ugarte lo hizo. Era una cafetería de seis mesas con mantel blanco de algodón. Desde la cocina llegaba la voz de una mujer que cantaba un bolero de Olga Guillot: «No existe un momento del día en que pueda apartarte de mí. El mundo parece distinto cuando no estás junto a mí...»

—¿La estás buscando? No la verás en un buen tiempo —dijo una de ellas.

Las dos mujeres lo miraban. Una de ellas le dijo.

—¡Pero qué ojos azules más lindos tienes, mi amor!

No era el mejor día para Martín.

—¿Y Tatalí?

—¿Tú eres gallego? —le dijo la misma mujer que lo había piropeado.

—Sí. ¿Dónde está Tatalí?

—Ella se fue a los Estados Unidos, mi amor. Vino un *yoni* y se la llevó.

—No puede ser, no me ha dicho nada —repuso él.

—No me extraña, las cosas llegaron rápidas, chico. Vino el *yoni*, uno de esos que mete tremenda muela y ella aceptó.

La otra mujer intervino.

—Yo le dije que se calmara pero no quiso. Dijo que quería resolver su vida cuanto antes.

Ambas tendrían alrededor de treinta años. Vestían con colores chillones y era evidente que habían dedicado un buen rato a maquillarse antes de salir de sus cuartos. Una sacó un cigarrillo.

—¿Me das candela, amigo?

Martín llamó a la camarera. Ellas pidieron un sándwich club y café cada una y él repitió con otra cerveza.

—¿Y cómo era él? Quiero decir, ¿cuántos años tenía? ¿A qué ciudad se han ido?

—Anduvo unos días por estas calles sin decidirse por una mujer. Se le veía fino. Miraba a unas y a otras. Hasta que escogió a Tatalí. Estuvieron juntos tres o cuatro días seguidos y llegaron a un acuerdo. Nada más.

Martín entendió.

—¿Qué es eso de que «llegaron a un acuerdo»? ¿Le propuso matrimonio?

—No sé, era un hombre de unos cincuenta, bien vestido... no parecía un jodedor, uno

de esos que vienen por aquí a cada rato. Oye, respóndeme, ¿Tatalí y tú templaron?

Martín Ugarte no conocía la expresión.

—Quiero decir si subieron al cuarto —aclaró.

Martín entendió.

—Una vez.

Ambas se rieron con estrépito.

—¿Subiste con la Tatalí solo una vez? ¿Pero a ti qué te ocurre, chico?

—Nada.

—¿Seguro que no eres...?

—No. ¿El americano tenía buenas intenciones? Quiero decir si...

Volvieron a reír.

—Oye, chico, ¿tú no eres de este mundo o te haces el bobito? ¿Qué es eso de buenas intenciones? ¿No sabes a lo que nos dedicamos?

Él insistió. Habló duro, en ese tono de los españoles que provoca en América la convicción de que están siendo groseros.

—¿No existen los tipos con buenas intenciones?

—En mi oficio no he conocido a ninguno —dijo una de ellas, que se llamaba Dolores.

Su amiga apuntilló la frase.

—Algunos son mejores que otros, quiero decir que dan más plata. Pero todos vienen por aquí a pasar el rato y a cambiar de chica a cada rato. Lo mejor que le puede pasar a Tatalí es hacer una buena platita con el *yoni* y largarse.

Dolores pegó un grito a la camarera. Esta acudió veloz.

—Oye, chica, nos has cambiado el café, esto parece carretero. Tráeme uno como a mí me gusta.

—En un momentico sale el nuevo café —obedeció la camarera.

—¡Qué ojos azules tienes, gallego! Aquí en La Habana te pagarían una buena cantidad de pesos por tener un hijo contigo —dijo Dolores.

Martín se empeñó en volver al asunto que los había reunido.

—Eso es lo que sabemos. Tatalí se fue. La última vez que la vimos fue en esta misma esquina. Vete tranquilo, chico, Tatalí sabe defenderse.

Se despidieron. Martín salió a la calle con la intención de caminar hasta su apartamento. Y lo hacía con la impresión de que, una vez más en su vida, una persona a la que había comenzado a querer se esfumaba.

No sabía si alegrarse por el destino de Tatalí. Aquella joven le caía bien. A pesar de que fingía experiencia, la mirada de sus hermosos ojos negros indicaba inocencia. Si se hubiera encontrado con ella esa tarde, habrían terminado en el cuarto haciendo el amor, de eso estaba seguro.

Tánger se removió en su memoria. Y aparecieron sus amigos Madeleine Didier y Auguste Lègrand. Se consoló: ellos se dedicaban a un negocio similar al de Tatalí y no les había ido tan mal. Siguió pensando en ella por un buen rato. Lamentó que entre ellos no se hubiera dado ni un simple adiós, ni una corta despedida. Se percató de que ella no conocía su dirección, por lo que hubiera sido imposible.

Le faltaban apenas unos metros para llegar a su apartamento en la calle Rampa. Por un instante, pensó en la posibilidad de que Joan lo estuviese esperando en el *lobby* o,

incluso, de que hubiese subido al piso. Se detuvo a cierta distancia con el fin de observar la entrada. El conserje tenía instrucciones de franquearle el paso a ella cada vez que lo desease.

—Buenas tardes, Lázaro, ¿alguna novedad? ¿Visitas? —le dijo.

—No, señor Martín, ninguna.

Subió, se quitó la camisa, encendió un cigarrillo y se sirvió un whisky.

Capítulo 46

El apartamento de Francesco Cavalcanti seguía vigilado. Los hombres de *Grandote* Bazuco habían examinado la parte de atrás del edificio y habían comprobado que no disponía de ventanas traseras. Los hermanos Lansky habían regresado a La Habana. El propio Bazuco los había puesto al corriente de las sospechas de Fanon sobre Cavalcanti.

Stanley, *Grandote* Bazuco y dos de los hombres de este cambiaban impresiones en el coche. Eran las siete de la mañana de un domingo. Pocos habaneros deambulaban por las calles. Un joven vendedor de periódicos daba cuenta de las últimas novedades sobre la liberación de Carolina Bacardí. El joven repetía una frase: «La policía sigue sin pistas.»

Stanley había decidido que era el momento de irrumpir en el apartamento. Quería formar parte del grupo de personas que tirasen la puerta abajo pero no quería que lo reconociesen. Grandote dio con la solución.

—En el maletero del carro guardamos unas máscaras. De esas que usan los jóvenes en las fiestas de Halloween. Si lo desea, puede ponerse una.

Stanley tuvo ganas de preguntar: «¿Para qué llevan esas máscaras en el vehículo?» Entendió que no era el momento de gastar bromas ni de perder el tiempo.

—¡Buena idea!

Stanley, Grandote y Tony subieron por las escaleras tratando de no hacer ruido. Tony tomó impulso y pateó la cerradura. La puerta cedió. Una segunda patada terminó de abrirla. Los tres hombres irrumpieron dentro con decisión. Grandote y Alexandro, que llevaban un revólver en la mano cada uno, entraron en las habitaciones. En una de ellas, tres jóvenes dormían en literas. En la otra, de mayor amplitud, Francesco Cavalcanti se había incorporado al escuchar los primeros ruidos. No le dio tiempo a acercarse a una de las bolsas de viaje, donde guardaba una pistola. Vio a tres personas. Una de ellas se cubría el rostro con una máscara de payaso. Unos segundos más tarde, los tres jóvenes y Francesco estaban en el salón, sentados en el suelo, siempre vigilados por dos Colt 45. Para no levantar sospechas, volvieron a colocar la puerta y llegaron a cerrarla con picaporte.

El hombre de la máscara señaló con la mano a Grandote las tres maletas de gran tamaño que permanecían en una esquina de la habitación principal. Estaban cerradas con clave, llave y correajes.

—Ábralas —ordenó Grandote.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Cavalcanti.

—Eso no importa, haga lo que se le ordena.

Lo primero que hicieron los hombres de *Grandote* Bazuco fue comprobar si disponían de dobles fondos. Las examinaron una a una. Luego las abrieron. En la primera solo había camisas planchadas y dobladas y prendas interiores. En la segunda maleta, lo mismo y, además, zapatos, medias y objetos de pequeño tamaño empaquetados en papel de regalo. En la tercera, en la parte inferior, no tardaron en aparecer una buena cantidad de billetes de veinte, cincuenta y cien dólares. Media hora más tarde, los dos hombres de Grandote habían terminado de contarlo: trescientos mil dólares.

Fue como un fogonazo en la mente de Stanley: ¡su presentimiento se había cumplido! Ese dinero no podía tener otro origen que el dinero pagado por la liberación de Bacardí. Disfrutó ese instante y se quitó la máscara.

—¡Esto sí que es una sorpresa, Francesco, trescientos mil dólares! ¿Te ha tocado la lotería? —dijo.

Grandote Bazuco seguía la conversación a un metro de distancia de ambos. Se había sentado en una butaca con reposabrazos sin perder ojo de los movimientos del siciliano. Los secuaces de *Grandote* Bazuco pidieron permiso para sacar del refrigerador dos sodas.

—No me lo esperaba. Lo he sabido en cuanto he visto ese dinero. He pensado en unas palabras tuyas de hace unos días, recordabas y extrañabas a tu esposa y a tus hijas, ¿te acuerdas?

—Estás equivocado, Stanley.

Cavalcanti lo miraba con expresión de sorpresa. Era la última persona que hubiera esperado encontrarse. Y menos aún en compañía de tres tipos que no podían esconder que pertenecían a una de las bandas de la mafia que operaban en la ciudad.

—Ese dinero proviene del secuestro de Carolina Bacardí. Y mataste a Sandra Monteagudo porque ella descubrió que estabas implicado —dijo Stanley con seguridad.

—Te equivocas.

—Hay algo admirable en tu actitud, ¡se te agarra con el cuchillo en la mano y el muerto al lado y aún defiendes que no eres el culpable! Explícame el origen de esta fortuna.

Cavalcanti respondió con voz tranquila.

—Lo gané en un casino.

Grandote Bazuco echó una carcajada.

—¿En el casino?, ¿en un casino de estos señores? —preguntó Stanley.

—Nadie gana tanta plata en un casino de mis patrones, caballero. Si alguien sale con esa cantidad, es que la ha robado —dijo *Grandote* Bazuco.

—Y o lo gané, tuve suerte.

Stanley llegó a la conclusión de que había llegado el momento de apretar las tuercas a uno de los jóvenes. Se llevó a un lado a Grandote y le susurró unas palabras. La conversación no duró más de unos segundos.

—Lo entiendo, jefe —concluyó el hombre de confianza de los Lansky.

Se acercó a los jóvenes Cavalcanti. Tomó de la oreja al que le pareció más joven y lo empujó a una de las habitaciones del apartamento. Cerró la puerta y, de inmediato, se oyó un grito.

Le retorció el brazo con fuerza y el joven gritó.

—¡Desnúdate! —le ordenó Grandote a continuación.

Fabrizio Cavalcanti miraba aterrorizado al hombre que tenía enfrente.

—¡Por completo! —escuchó.

—¿Ves esta pistola? Si no me cuentas lo que está pasando te meteré una bala en esa ridícula pinga que tienes. No podrás usarla en lo que te quede de vida. Tienes cinco segundos. Estamos tú y yo solos y no tengo mucha paciencia. No giraré el pomo de esa puerta hasta que me cuentes lo que sabes de este asunto.

Grandote Bazuco le había hablado en italiano. El joven tardó menos de tres segundos en empezar a hablar. Tras conseguir que confesara todo, Grandote abrió la puerta y llamó a Stanley.

—Repite lo que acabas de decir, cobarde. Y esta vez no hables en italiano.

—Mis hermanos y yo hemos tenido secuestrada a Carolina Bacardí por orden de mi tío Francesco.

—Muchacho, te has ahorrado un mal trago. Ahora sal y repítelo, que te escuchen tus hermanos y tu tío —dijo Stanley.

Francesco Cavalcanti recibió las palabras de su sobrino con semblante tranquilo. Se lo esperaba. No tardó ni unos segundos en tratar de buscar una solución.

—Mi posición está comprometida, lo sé. Tratemos de llegar a un acuerdo. Aquí hay trescientos mil dólares. Hay dinero para todos y se puede dividir en tres partes.

Lo único que pido para mí y mis sobrinos es que nos permitan salir con nuestra parte. Es un buen acuerdo.

Stanley se llevó la mano derecha al mentón.

—Te propongo uno mejor, Francesco. Nos quedamos con el dinero y te tiramos a la bahía, lo mismo que hiciste con Sandra Monteagudo. ¿Voy bien, Grandote? —dijo el agente mirando al lugarteniente de los Lansky, con quien entonces se entendía con la mirada.

—Vas bien, paisano —contestó el italiano.

Pero Cavalcanti era de esos tipos que no se daban por vencidos así como así.

—Bueno, mátame. Nunca sabrás por cuenta de quién encerramos a la Bacardí.

Esa frase daba un giro a la situación. Stanley se dio cuenta y *Grandote* Bazuco, también.

—¡Cada cosa a su tiempo! —exclamó Stanley—. Morirás, pero no hay que apresurarse. Cualquiera de tus sobrinos nos dirá lo que queremos saber en cuanto mi amigo se encierre con él en la habitación —dijo Stanley.

Francesco sonrió por primera vez.

—¿Crees que soy un absoluto estúpido? Ninguno de ellos lo sabe. Pregúntaselo.

Los tres jóvenes seguían la conversación con el miedo dibujado en sus rostros.

—El tío Francesco dice la verdad, nosotros solo nos ocupábamos de vigilar a la señora y de llevarle comida. Siempre se le trató bien. No sabemos quién lo encargó —dijo uno de ellos.

—Y a Sandra Monteagudo, ¿quién la mató?

—A ella la mató mi tío, y entre todos la echamos al mar —dijo el más joven, que seguía desnudo.

—¿Y por qué la mató?

—Eso no lo sabemos.

—Ya tenemos uno de los delitos resueltos. Ahora, volvamos al principio —dijo Stanley.

—Eso es. Una tercera parte del dinero y les cuento para quién hicimos el trabajo —dijo Francesco.

Stanley reflexionó. Era cierto, aquel hombre era el único que conocía una información que le interesaba. Y estaba seguro de que no hablaría aunque Grandote se ensañase con

él durante un buen rato. Tenía un asunto resuelto y el segundo a medias. Para él, descubrir a los autores intelectuales del secuestro tenía más importancia que haber descubierto a los que lo llevaron a cabo. Por un momento, pensó en un alto cargo del gobierno o de la policía como posible culpable.

—No te puedo garantizar ningún acuerdo. Me engañaste una vez y eso no es un buen precedente —dijo Stanley.

Al contrario que sus sobrinos, Francesco no se dejaba impresionar por las palabras de Stanley.

—¡Mátame! Te quedarás sin saberlo.

La tranquilidad de Francesco Cavalcanti era engañosa. Debía de existir un punto débil en ese hombre.

—Estos tipos tienen malas pulgas. Puedo dejarte en sus manos, veremos lo que ocurre.

—Pruébalo. Antes me dejaré morir, no lo dudes. Si no salgo a la calle con el dinero no sabrás quién ordenó el secuestro de esa joven. ¿No eres un agente de tu gobierno? Te aseguro que esa información te interesará mucho. Más que si yo sigo con vida o me tiran al mar. ¿Saben ustedes que este hombre es un agente del gobierno norteamericano?

Estas últimas palabras las pronunció en italiano dirigiéndose a *Grandote* Bazuco.

—Lo sabemos, estúpido —contestó este.

Stanley sonrió: «Una carta menos que jugar, maldito Cavalcanti.»

Los hermanos Lansky acudieron al apartamento donde se encontraban los Cavalcanti. Grandote había mandado a sus secuaces a comprar unas cadenas livianas en una ferretería y habían encadenado a sus prisioneros entre sí de pies y manos.

Antes de entrar, Meyer comentó la posibilidad de que él y su hermano se cubrieran la cara.

—No lo veo necesario. Los únicos que están en peligro son esos tipos —dijo Jacob.

Fanon y Grandote bajaron a la calle para encontrarse con los Lansky. Meyer preguntó:

—¿Hasta dónde quiere llegar, Stanley?

—Quisiera saber quién les encargó el secuestro. Es lo único que me preocupa.

—Estamos de acuerdo. Para nosotros sería un desastre que uno de nuestros *amigos* estuviese detrás del secuestro.

—¿Se refiere a uno de sus amigos de los negocios? —preguntó Stanley.

—Sí. Cuando conocimos el secuestro preguntamos a unos y otros en Nueva York, Chicago y Miami y todos lo negaron. Sería gravísimo, una traición.

—Lo comprendo. Estamos en lo mismo. Para mi gobierno también es importante saber quién se dedica a secuestrar empresarios a escasas millas de nuestras fronteras —dijo Stanley—. Subamos.

Francesco Cavalcanti conocía la cara de Meyer Lansky. Lo había visto en varias portadas de periódicos de la ciudad. Cuando lo vio atravesar la puerta de su apartamento en compañía de otro tipo a quien le unía un parecido extraordinario, se sintió desfallecer. Sin embargo, trató de conservar la serenidad.

Stanley hizo las presentaciones. Aterrorizados, los jóvenes Cavalcanti contemplaban

la escena.

—Francesco, no creo que mi amigo Meyer y su hermano Jacob tengan tanta paciencia como yo. Tu situación es comprometida. ¿Estás dispuesto a colaborar y decirnos lo que sabes?

Cavalcanti respiró.

—Ya sabes cuál es mi propuesta, Stanley. La tercera parte del dinero y nuestra libertad y tendrás lo que quieres saber. Solo es cuestión de que nos pongamos de acuerdo en cómo lo hacemos —dijo con suma tranquilidad.

Meyer Lansky continuó.

—Oiga, Cavalcanti, ¿cuánto tiempo cree que me costará saber dónde vive su madre en Italia, o sus hermanas, o sus hijas, si las tiene? ¿Cuánto tiempo cree que tardarán en dar esa información estos muchachos a los que está encadenado? ¿Cree que me costaría mucho ordenar que quemen sus casas?

El siciliano apretó los dientes.

—Haga lo que quiera, no le diré nada —respondió él.

—Lo primero que haremos será sacar ese dinero de aquí. En mis manos estará mejor —dijo Meyer.

Este ordenó a uno de sus hombres que sacara el dinero.

—Sácalo de aquí. Luego te diré adonde tienes que llevarlo.

Francesco contempló la escena. Ver cómo salía de su apartamento la maleta le afectó aunque trató de disimularlo.

—Tenemos tres posibilidades. La primera, llegar a un acuerdo contigo. La segunda, tirarte al mar en un lugar donde abunden los tiburones con una herida de la que salga mucha sangre. La tercera, enterrarte vivo. Y se me ocurre una cuarta: entregarte a las autoridades —dijo Meyer Lansky, que había tomado asiento frente a Francesco Cavalcanti.

Stanley intervino.

—A mí me gusta la última.

—Claro, usted es un agente del gobierno —observó Meyer.

—A mí me gusta la segunda —dijo Jacob.

—En ese caso, Jacob, ¿qué haríamos con estos jóvenes? —preguntó Meyer.

—También a los tiburones.

Francesco examinó su situación. Aún no había tocado fondo. Seguía convencido de que la información que tenía era importante, incluso trascendental, para los intereses de sus captores. Sus sobrinos podrían darles algunos detalles del secuestro de Carolina Bacardí. Por ejemplo, cómo se llevó a cabo o la localización del hangar donde había estado retenida. Pero jamás la identidad de quien le había encargado la operación. Todo lo que tenía que hacer era resistir las presiones. Incluso las físicas, cuando llegasen. Se consideraba un tipo duro y estaba dispuesto a aguantar.

—No les diré nada, tendrán que matarme.

—¡Vaya! ¡El toro se nos puso bravo! ¿No conoce esa expresión? —dijo Meyer Lansky —. La aprendí en Acapulco.

—Una pregunta, Stanley, ¿me ayudarías si no hubiera ocurrido lo de Chipre?

—No.

Meyer Lansky no estaba a gusto en ese apartamento. No era su terreno. Tampoco había que descartar que los autores intelectuales del secuestro hicieran acto de presencia y complicaran las cosas. Ordenó a Grandote que reforzara la vigilancia en la calle con dos hombres más y le pidió a Fanon que lo acompañara afuera a fumar un cigarrillo. Este compartió con Lansky su punto de vista sobre la situación.

—Cualquier cosa que decidamos, debemos hacerla pronto —dijo Stanley.

—Este hombre parece terco. Costará sacarle información. Un par de días en manos de Grandote en una de nuestras fincas le hará entrar en razón —dijo Meyer.

—No será sencillo —contestó Stanley.

Stanley chasqueó los dedos.

—¿Y si lo entregamos a la policía? Tengo un buen amigo, el inspector que se ocupa de este caso. Se puede confiar en él —dijo.

Meyer Lansky lo pensó.

—Es una de las posibilidades. Usted cumpliría con su deber y yo me quitaría un problema. La única duda que me asalta es saber si detrás de este asunto está una autoridad, un alto mando del ejército o de la misma policía. Si fuera así, es posible que traten de encubrir a los culpables para que no se los implique. Y eso nos causaría problemas —dijo Lansky.

—Puedo hablar con el inspector Sorrillo —dijo Stanley.

—¿Qué ganaríamos con eso? ¿Podría él evitarlo?

—No lo sé, tal vez nos dé una idea.

—Hágalo cuanto antes. ¿Sabe cómo localizarlo a estas horas? —continuó Meyer Lansky.

—Sí, creo que sí.

—Muy bien. En ese caso, nos vemos más tarde, cuando haya hablado con ese inspector, en la 129.

—De acuerdo.

Stanley había encendido un cigarro y se lo había puesto en la boca a Francesco Cavalcanti. Repitió el gesto con cada uno de los jóvenes.

Capítulo 47

Juan Sorrillo vio entrar a Stanley en su oficina junto a Joan Alison y a Martín Ugarte, a quienes había ido a buscar antes de acercarse a la comisaría. Había tenido suerte. Ambos estaban en sus lugares de residencia. Stanley se alegró. Había empezado a investigar el caso con ellos y no quería que quedaran al margen ahora que el desenlace parecía cercano. No tardó en ponerlos al tanto.

Joan y Martín aún vivían las secuelas de sus últimas discusiones. Estaban serios. Stanley insistió en que aparcaran sus diferencias.

—Lo mejor será que nos concentremos en el caso, luego tendréis tiempo de tiraros los trastos a la cabeza, eso no será cosa mía.

Los dos aceptaron, trataron de relajarse y cambiaron de cara.

—¡Qué visita más agradable! —dijo Juan Sorrillo.

—¿Alguna novedad? —respondió Stanley.

—Ninguna, seguimos sin pistas —reconoció el inspector.

Stanley no disponía de tiempo.

—¿Y si le entregamos a los autores del secuestro?

Sorrillo se levantó como un resorte.

—¿Qué sabe, Stanley?

—Bastante.

—¿No me estará tomando el pelo?

—¿Usted cree que lo haría?

—Dígame lo que sabe.

—Se lo diré. Pero antes, ¿qué sucedería si un alto cargo del gobierno o de la policía estuviese implicado? ¿Quedaría protegido por sus superiores?

Juan Sorrillo entendió el alcance de la pregunta.

—Haría lo que esté en mi mano para que eso no sucediera.

El inspector dio unas cuantas vueltas alrededor de la mesa. Joan y Martín se sentaron y Stanley miró por la ventana. La tarde era ventosa y llovía.

Sorrillo creyó haber dado con lo que le inquietaba.

—Stanley, si sus jefes en Washington lo saben, exigirán que se cumplan las leyes y se detenga a los sospechosos. Ni el mismo Batista podrá impedirlo. No tema esa posibilidad.

—¿Y si le ofrecen cien mil dólares?

—¿A quién? ¿A mí? Usted no me conoce, Stanley.

—Me alegra escucharle, Juan.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. Mintió. Phil, al reclutarle para el FBI le había entregado cinco mil dólares como gesto de interés, le dijo. Esa cantidad se multiplicaría si les entregaba información relevante. Hasta ese momento no había surgido la oportunidad pero lo tenía en cuenta. Incluso fue en lo primero en que pensó cuando Batista le encargó el caso de Bacardí. Se sentía cómodo rechazando la pertenencia al círculo íntimo del director de investigaciones, con ello mantenía la posición de inspector incorruptible ante sus colegas, eso le interesaba sobremanera.

Pero la relación con los *yonis* se planteaba en otros términos. Por un lado eran miles de dólares los que estaban acostumbrados a manejar, no cientos de pesos; por otro, estaba convencido de que siempre habrían de ejercer una posición dominante en Cuba. Con Batista y después de él. En algún momento estaría en disposición de pedirles un buen favor. Por ejemplo que le pagaran los estudios de su primogénito en una universidad norteamericana.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Sorrillo.

—Deme dos horas, volveremos y le informaremos de lo que sabemos.

—*Okey*, los espero.

—No informe a sus superiores hasta que regresemos.

—Así lo haré. Si no me encuentran aquí es que me ha fallado el corazón y me han llevado al hospital. Apresúrense.

Stanley se trasladó al hotel Nacional. Subió a la habitación 129, donde habían quedado con los Lansky. Joan y Martín se quedaron en el *lobby*. Por toda despedida, Stanley les dijo.

—Sin matarse, queridos, recordad que me lo habéis prometido.

Ninguno de ellos estaba dispuesto a ser quien iniciase la conversación. Se miraban de reojo. Joan extrajo de su bolso un cuaderno y se dispuso a tomar notas. Encendió un cigarrillo.

Martín no acababa de acostumbrarse a las escenas violentas. Entendió que ella prefería seguir enfrascada en su cuaderno de notas; serían anotaciones para la novela que le esperaba en Connecticut. Se levantó y caminó en dirección a la puerta.

—Adiós, me voy al apartamento —dijo él.

Deseaba que ella respondiese: «¿Quieres que te acompañe?» Pero no lo hizo.

—Yo me quedo trabajando un rato.

Ella siguió sus pasos con la mirada. Sentía una punzada de dolor, deseos de arrojar su cuaderno y seguirlo hasta interrumpir sus pasos y darle un abrazo interminable. Examinó sus palabras: «Me voy al apartamento.» ¿No representaban una invitación a que ella recapacitase y se presentase en su domicilio? Podía haber dicho: «Me voy a dar una vuelta por la ciudad.» Cerró el cuaderno de notas y reflexionó acerca de la posibilidad de levantarse y seguirlo. Pero lo descartó. La sombra de Martín se perdió en el enjambre de vehículos que partían del hotel Nacional.

Una vez en la habitación de los Lansky, Stanley les contó a estos la conversación que había mantenido con el inspector Sorrillo.

—Me parece una excelente idea, Stanley. Y es un buen pacto. Todos quedamos bien. Usted, por haber descubierto a los secuestradores, y nosotros, por haber colaborado en la solución de este enredo. Así sacamos del baile de los negocios en la ciudad a tipos que no nos interesan. Incluso la policía podrá ponerse una medalla —dijo Meyer.

—Será responsabilidad de la policía averiguar quién encargó el secuestro —corroboró Stanley.

Pocos minutos más tarde, Stanley Mortimer entregaba a Juan Sorrillo la dirección del lugar donde podría encontrar a la familia Cavalcanti. Llegaron a un acuerdo. Los hombres de Grandote no serían molestados ni se los interrogaría.

Juan Sorrillo llegó con varios vehículos y una buena cantidad de agentes. El dinero

hallado le fue entregado en la comisaría media hora más tarde.

El interrogatorio de los jóvenes Cavalcanti se desarrolló con rapidez y sin contratiempos. Sorrillo se dio cuenta de que los sobrinos de Cavalcanti desconocían la identidad de la persona que les había encargado el secuestro. Confesaron su participación y la dirección exacta del hangar. Y también lo que había sucedido con Sandra Monteagudo. No pudieron decir la razón por la que su tío la había estrangulado con sus propias manos. Añadieron que entre todos la arrojaron a la bahía después de desnudarla.

Juan Sorrillo sabía que Francesco Cavalcanti sería un hueso duro de roer. En su larga historia como investigador de causas criminales en la ciudad se había visto pocas veces ante tipos como él.

Sorrillo llamó al palacio presidencial. Batista se puso al teléfono de inmediato, en cuanto Graciela, su secretaria, le advirtió de quién provenía la llamada. Estaba ansioso.

—¿Y dice que una familia italiana está detrás?

—Sí, señor presidente.

—¿Sin relación con la familia Lansky?

—Todo lo contrario. Los Lansky han colaborado en su esclarecimiento. Y también otra persona, un agente norteamericano. Se lo explicaré con todo detalle.

—Venga para palacio, ahora mismo.

Sorrillo recibió la orden con pesar. Nada le molestaba más en ese momento que dejar de interrogar a Francesco Cavalcanti.

El presidente tomó una pequeña libreta y buscó un teléfono. Unos segundos más tarde, marcaba el número directo de una habitación del hotel Nacional.

—Meyer, me acabo de enterar. ¡Cómo se lo agradezco! Aún no conozco los detalles de su colaboración pero me han dicho que facilitó la resolución del caso.

Ambos quedaron en verse unos días más tarde.

Los diarios del día siguiente amanecieron con una gran fotografía de Francesco Cavalcanti: «Detenidos los autores del secuestro de Carolina Bacardí. Se trata de una familia italiana. El botín ha sido recuperado, trescientos mil dólares.»

Cuando Pepín Bosch leyó el primer periódico que cayó en sus manos, tuvo que leer la noticia varias veces. Exclamó: «*Collons,* trescientos mil». En su casa conservaban numerosas expresiones en catalán. «Alguien se está quedando con mucha plata», concluyó. Aún no había transmitido a su patrona información sobre el rescate. Y ella tampoco se lo había preguntado. Ambos sabían que en algún momento deberían hablar de ese asunto pero tenían mucho tiempo por delante.

Los jóvenes Cavalcanti habían revelado todo lo que sabían y su tío Francesco permanecía inalterable.

—Inspector, tiene en sus manos el mismo trato que le ofrecí a Stanley y a sus amigos. ¿Qué gana con meternos entre rejas? Yo sé quién es la persona que me encargó el trabajo, y le aseguro que no se lo diré si no obtengo un buen trato. Al menos, recuperar parte del dinero que teníamos en el apartamento. Me conformo con eso. Seguro que tiene superiores, su obligación es transmitir esta propuesta.

Sorrillo sabía que se enfrentaba a un hombre experimentado y de una gran fortaleza emocional.

—Se enfrenta a un cargo grave, Cavalcanti. Puede pasar más de veinte años en prisión, y sus sobrinos también. Sin embargo, si colabora, hablaré con la fiscalía y se le reducirá la pena. Tal vez pueda abandonar la isla en tres o cuatro años. Quién sabe si menos si tiene un buen comportamiento. Piense en sus sobrinos.

—¿En mis sobrinos? ¿Quiere que piense en ellos? ¿Lo dice en serio? Han abierto la boca antes del primer guantazo. No merecen llevar mi apellido. Cuando lo sepan en nuestro pueblo se avergonzarán de su comportamiento. Ni se le pase por la cabeza. Sin dinero no hay acuerdo.

—Cavalcanti, le voy a dar un consejo. Lo suyo se parece a un crimen político, hay autoridades que claman para que este asunto pase al Servicio de Investigación Militar. ¿Ha oído hablar del SIM? Esa gente no se anda con boberías, podrían hacerle cantar en unas horas. No, no lo estoy amenazando, solo quiero decirle que baje los humos.

Cavalcanti seguía pensando en el dinero. Debía tener paciencia y jugar bien sus escasas cartas.

El silencio se apoderó de la oficina donde se llevaba a cabo el interrogatorio. Uno de los ayudantes de Sorrillo, que tecleaba ante una máquina, levantó la mirada.

—Bueno, vamos a dejarlo por ahora, ¿no le parece? —dijo el inspector Sorrillo al detenido.

Francesco Cavalcanti pensó que las cosas no iban tan mal, después de todo.

Capítulo 48

Pese a su abrupta despedida en el hotel Nacional, Martín Ugarte y Joan Alison sabían que no podían retrasar más tiempo la conversación que tenían pendiente. Él se preguntaba una y otra vez si no había sido demasiado riguroso con ella en la conversación del hotel Sevilla Biltmore. La quería, sentía una profunda admiración por ella, sentía calambres cuando sus cuerpos se rozaban. Pero, a pesar de ello, no estaba dispuesto a convertirse en un monigote a quien ella manejase según sus caprichos. Martín la llamó por teléfono y quedaron en verse en el restaurante El Monseñor, frente al Teatro Nacional. La conversación telefónica había sido breve y el tono de ambos, seco. Pero ni ella ni él querían negarse a un encuentro.

Martín acudió a la cita con una camisa blanca. Ella lo hizo con un vestido de tonos rosáceos. Estaba hermosa. Los tacones en punta estilizaban su figura.

—Creo que me precipité al hablarte de mis planes —dijo Joan.

Su tono era suave y cálido.

Martín guardó silencio.

—No elegí las palabras adecuadas —añadió ella.

—Me alegro muchísimo de la noticia de tu novela. Mereces tener éxito, eres una mujer extraordinaria.

—¿De verdad lo crees?

—Sí.

—Gracias, en cuanto al primer borrador de la novela, es posible que no me lleve tanto tiempo y que en ocho meses pueda terminarlo.

—¿Qué quieres decir con eso, que puedo ir a visitarte al cabo de ocho meses?

—Esa es una idea excelente.

Su rostro se ensombreció. No era un hombre que disimulase con facilidad sus estados de ánimo. No eran las palabras que esperaba.

—Seguimos sin tener ningún compromiso, Joan. Tal vez tú puedas vivir así...

Ella no estaba segura de cómo interpretar su comentario.

Joan lo había meditado durante las últimas horas. Quería a Martín, pero bajo ningún concepto deseaba entorpecer sus planes para las semanas siguientes, quizá para unos cuantos meses. La novela concertada con Davidson, el editor, lo significaba todo para ella. No era idiota, sabía cómo se manejaban esos asuntos en el difícil mundo editorial y del espectáculo de Nueva York. Estaba convencida de que si desaprovechaba esa oportunidad le sería difícil volver al ring, una expresión que estaba de moda en el ambiente literario de la Gran Manzana. Ella había estado en el ring después del estreno de *Casablanca,* pero hacía tiempo que los focos no iluminaban su figura. Y tampoco quería perder de vista al vasco para siempre.

—Solo te estoy pidiendo paciencia, Martín, y que me entiendas.

Estaba tratando de defender con fiereza su punto de vista. ¿Qué culpa tenía ella de haberse convertido en una mujer tan reservada, tan individualista? Se había hecho mujer en circunstancias difíciles, sin una madre a quien pedir consejo, sin buenas amigas con quien hablar de sus emociones. Sí, había tenido a Madeleine, pero de eso

hacía mucho tiempo... Y para mayor desgracia, su estancia en La Habana había confirmado que el mago Eugene Temple, su marido, el hombre que la había obnubilado, había jugado a dos cartas, la había engañado: le había ocultado que mientras paseaba con ella de la mano por la ribera del Hudson también mantenía tratos con la mafia de Nueva York. Quizá estuviera destinada a surcar los cielos de la fama literaria sin necesidad de echar raíces en la tierra como hacían la mayoría de las mujeres.

—¿Tratas tú de entender el mío? —dijo Martín.

—¡Claro que sí! —respondió ella.

—Lo mejor es que me vaya a París. Allí tengo un buen amigo.

—¿París? Eso suena a que quieres librarte de mí, *chéri.*

Él se puso serio.

—No, eso suena a que quieres seguir volando por tu cuenta, Joan. Como has hecho siempre.

Lo dramático de esa conversación era que ambos sabían de qué manera iba a terminar.

Martín Ugarte optó por tomar la iniciativa. No tenía sentido prolongar aquella velada. Si lo hacían, solo conseguirían hacerse daño.

—Cuando esto acabe y te instales en Connecticut, avísame, tal vez vaya a visitarte. Conoceré Nueva York, siempre me ha interesado esa ciudad. Sí, esa es una buena idea, siempre que siga por estos lugares, claro.

—¿Hablas de París en serio?

—¿Por qué no? No lo sé, a veces extraño Europa, incluso Marruecos. Puede que regrese. O que me quede. La Habana me gusta. En realidad, mi vida ahora es incierta. Pero no estoy preocupado —dijo él.

El tono entre ambos no era tenso. Estaban fingiendo y tratando de comportarse como personas razonables.

Pero Joan no quería salir de esa cena sin conocer con exactitud el lazo que lo unía con Carolina Bacardí. Eso la obsesionaba. El clima entre ambos aún permitía una pregunta más o menos directa.

—Tienes buenos amigos aquí. ¿Por qué ibas a dejarlos?

—¿Te refieres a Thierry? Sí, siempre seremos buenos amigos.

—No solo a Thierry. Está ella, Carolina.

—¿Qué quieres preguntarme?

—No lo sé, en algún momento me ha pasado por la cabeza la posibilidad de que estuvieseis viviendo un pequeño romance.

Él adoptó un rostro serio.

—Joan, el único «pequeño romance», por llamarlo de alguna manera, que he vivido en los últimos meses ha sido contigo.

Joan advirtió el tono que había empleado él al pronunciar las palabras «pequeño romance».

—Y yo también, solo he tenido ojos para ti —respondió ella.

Quién decía la verdad era ella.

Martín hizo un gesto con la mano y su mirada se hundió en un punto del suelo. Por

un solo momento, pensó que ella no era tan culpable. Desde su llegada a La Habana no había tendido sus brazos a otro hombre —al menos, que él supiera—, mientras que él había disfrutado con Tatalí. Incluso algunas noches se masturbaba pensando en el rato que pasaron juntos. Y además, estaba Carolina. Adoptó un tono serio.

—Hace unos días, cuando dijiste lo de Connecticut y tu novela, me sentí manipulado una vez más, como en Tánger hace unos años. Pero ya no soy el mismo y ahora creo que te he entendido. Para ser sincero, desconfío de ti, de tus caprichos. No quiero alguien a mi lado que me quiera por las noches y me odie por las mañanas.

Esas palabras sonaron frías. Ella lo acusó.

—Esa no soy yo.

—¿Estás segura?

Joan guardó silencio y clavó la mirada en los ojos de Martín. Solo faltaba una botella de champán arrojada al suelo con estrépito para definir aquel momento.

Joan reaccionó.

—A veces pienso que me odias.

Él enfureció.

—Y yo, a veces, pienso en el momento en que te conocí. Entraste en mi vida y me manejaste como quisiste. No sé si será bueno para los dos que sigamos viéndonos.

Eran las últimas palabras que esperaba oír de él.

—Si es lo que deseas, repítelo y me doy por enterada, no nos veremos más.

—No dramaticemos. Lo mejor que podemos hacer es despedirnos como buenos amigos y dejar que sea el tiempo el que decida si debemos estar juntos. Eso es lo que pienso después de darle muchas y muchas vueltas, aunque me duela. Y ahora, deja que me marche, no quiero desmoronarme en público —dijo el vasco.

—Martín, no me dejes aquí sola. No lo soportaría.

Él no cedió. Inspiró profundamente antes de reanudar la conversación.

—Hagamos otra cosa. Seré yo quien se quede solo. Sal tú primero. Me fumaré un par de cigarrillos, pagaré la cuenta y saldré dentro de un rato.

Joan Alison daba por seguro que dentro de unas horas estaría tumbada en la cama de su habitación, desolada. Pero también quería acabar con aquello. Tomó su bolso y abandonó el restaurante.

Por toda despedida dijo:

—Nos veremos pronto, Martín. Quizá en Nueva York, quizá en París.

Poco después, Martín Ugarte caminó hacia su apartamento a paso lento, con las manos en los bolsillos. Cualquier observador lo hubiera señalado como un hombre aún joven que caminaba bajo el peso de una enorme tristeza, con los hombros caídos y sin concentrar la mirada en el horizonte. De vez en cuando encendía un cigarrillo sin dejar de andar. No pudo evitar realizar un examen de su vida. Recordó su infancia hasta los ocho años, hasta donde la memoria se lo permitía, que no era mucho: la estación de San Sebastián, el momento en que se despidió de sus hermanos, a los que no volvería a ver. Y también cuando tuvo que decir adiós a su tío, el presbítero Solaguren, al emprender el camino del seminario francés donde permanecería unos cuantos años. Siempre solo, vagando de un lugar a otro.

En eso encontró a Gaspar, el niño que solía vender cigarrillos sueltos en una caja que

colgaba del cuello gracias a una cinta de tela. Se habían encontrado en muchas ocasiones y siempre se embarcaban en una animada charla, como si fueran dos compañeros de andanzas que hacían del Malecón un lugar para sus sueños.

—Tendré que comprarte una buena cantidad de cigarrillos, Gaspar, creo que me iré de La Habana dentro de poco tiempo.

El niño se estremeció con la noticia.

—¿Y quién se va a sentar conmigo como lo haces tú, chico?

Martín Ugarte no tenía respuesta. Aun así, la inventó.

—Podrás hacerlo con tus amigos y con otros extranjeros que te despierten de la siesta.

El chiquillo lo miró.

—¿Podré escribirte? Acabo de aprender.

—Claro.

Prosiguió su marcha tras estrechar la mano del pequeño. Dio varios pasos y volvió la cabeza. En la acera del Malecón quedaba Gaspar, que no lo perdía de vista.

Joan Alison no estaba en mejor situación. Había tomado un taxi en una parada y había desaparecido en la oscuridad de la noche. Minutos más tarde, se refugió en la barra del hotel Nacional y pidió un martini tras otro. Al cabo de un buen rato de su llegada, un empleado la tuvo que acompañar hasta la habitación que ocupaba y abrirle la puerta entre palabras ininteligibles.

Muchas horas debieron pasar para que Joan se despertara y se levantara con ese impreciso dolor de cabeza que llega con la resaca. Lo solucionó a la manera en que se acostumbraba en Nueva York, con dos comprimidos de Alka Seltzer disueltos en un vaso con agua del grifo. Media hora más tarde, después de una ducha de agua caliente, se vistió y bajó al restaurante con la intención de dar cuenta de un par de tostadas con mermelada, un café solo bien cargado y un zumo de naranja recién exprimido.

Pero recordó la conversación que había mantenido con Martín: «No lo sé, a veces extraño Europa, incluso Marruecos. Puede que regrese. O que me quede. La Habana me gusta.»

Esas palabras empezaron a angustiarla. ¿Qué había querido decir él? ¿Acaso que permanecería en La Habana mientras ella se refugiaba en una casona de Connecticut? ¿Sería tan estúpida de allanarle el camino a Carolina Bacardí?

De manera que, sin pensarlo dos veces, cambió sus planes. La velada de la víspera le había dejado un mal sabor de boca. De manera que se arregló, se maquilló y se vistió con unos pantalones y una blusa que le sentaban bien. Lo sabía de sobra. Le daban un aspecto más juvenil que los casi cuarenta que tenía. Y salió del hotel con la intención de buscar a Martín.

Tuvo suerte y lo encontró tomando un café en Le Partisan, una de las cafeterías cercanas a su casa. Él se sorprendió. Esa noche no había conseguido dormir y unas ojeras entristecían su rostro.

—¿Me invitas a desayunar?

Martín la invitó a sentarse. Se tomaron un par de cafés cada uno y tostadas con mantequilla y mermelada. Martín, además, pidió dos huevos fritos con jamón. Tenía apetito. Ella se sinceró.

—Martín, creo que me he equivocado de nuevo. No supe expresarme.

Él estaba prevenido.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito que me des tiempo para ordenar mis sentimientos. Creo que te quiero pero necesito estar segura.

Él le cogió las manos.

—Ahora soy yo quien necesita tiempo. Hace unos días me hubiera ido contigo a Connecticut, al fin del mundo, si me lo hubieras pedido. Ahora no lo sé. Solo he dormido unos minutos, aún estoy aturdido. Yo también te quiero, pero no sé si lo suficiente para aceptar tus caprichos. No te ofendas, un día ves las cosas de color blanco y al siguiente, negras. Lo mejor es que nos separemos un tiempo.

—No estoy segura de que sea lo mejor, puede haber otra solución, diferente — insistió ella.

—¿Qué estás proponiendo?

—Ven a Nueva York, la ciudad te encantará. Es moderna, está llena de vitalidad... hablas francés, español y árabe. En unas semanas encontrarás un buen trabajo, estoy segura. Yo conozco mucha gente y te ayudaré. Nueva York y Connecticut están unidas por un ferrocarril y apenas se tarda una hora. Podremos vernos los fines de semana. Será divertido.

—¿Cuándo te vas? —preguntó él.

—Tengo reservado un camarote para mañana. Tengo que firmar el contrato de la novela cuanto antes.

—Envíame tu dirección de Nueva York y de Connecticut y te mandaré un telegrama en cuanto me serene y ordene mis ideas. Me gusta la idea de vivir en una ciudad como Nueva York —dijo Martín.

—Me gustaría enseñarte la ciudad, es tan entretenida... —respondió Joan.

Él se acercó y le dio un beso en la mejilla, uno de esos besos que se dan a un familiar lejano en el andén de una estación de ferrocarril cuando este debe subir al vagón.

—Siempre nos quedará Tánger —dijo Martín.

Su tono quería parecer ligero pero en su interior sabía que era una despedida.

Horas después, esa despedida martilleaba en la cabeza de Joan mientras el barco se alejaba de La Habana. La ciudad, luminosa y extraña, se difuminaba y ella se sentía desamparada. Sintió que se mareaba en aquel camarote tan estrecho y empezó a sudar. A pesar de que había conseguido despedirse de Martín de una forma esperanzadora, le sobrevino la idea de que estaba perdiéndolo, de que cada milla que el barco avanzaba en dirección contraria a La Habana significaba un adiós definitivo a la oportunidad que el destino le había ofrecido por segunda vez con el mismo hombre. La seguridad en sí misma y en sus decisiones se habían convertido en simples caricaturas, en ensoñaciones que solo existían en su talentosa cabeza. Lo había tenido en la palma de la mano. Tal vez había entrado con el pie izquierdo en la vida de aquel hombre y no había posibilidades de retroceder. Aun así, pensó que una simple frase suya a Martín, unas palabras expresadas con convicción, hubiera provocado en este que su entusiasmo, aún juvenil, se desbordase y que se dispusiera a hacer la maleta para seguir sus pasos. Pero no lo había hecho. Le temblaba una de las manos y se sentía insegura.

«¿Puede que sean las exigencias de mis amantes las que me obligan a ponerme en guardia? Cuando yo era muy joven, mataron a mi marido con un sedal. Sospechaba que me estaba engañando, que tenía otra vida, desconocida para mí, y he acabado por constatarlo en La Habana. ¿O no era un engaño, en realidad?

»Luego me divertí con tres o cuatro hombres que insistieron en que les dedicase tiempo, que los acompañase a sus compromisos y fiestas en Nueva York. Nunca me interesaron. Y ahora, Martín. Él va en serio, nunca lo he negado, me pide que le dedique la vida. Es un hombre sólido, de principios firmes, tal vez quiera crear una familia. Y yo no estoy para tantas exigencias todavía, ¿lo estaré algún día? El mundo, la vida, no debe girar alrededor de una pareja. ¿O sí? ¿Será que me empecino en mi soledad como dicen mi hermano y mi padre? Ay, si mi madre viviese, tendría a mi lado a una mujer con quien hablar de estas cosas.

«Terminaré mi vida sentada en un banco de Central Park viendo cómo las parejas y los matrimonios van cogidos de la mano, cómo aparentan ser felices y se dicen al oído que se quieren. No piensan en las glorias de las letras ni en esas estupideces como hago yo.»

Después de ser asaltada por esos pensamientos, lo único que podía hacer era acudir al neceser y tomarse de inmediato alguno de los ansiolíticos que siempre llevaba consigo. Se acostó vestida y se durmió.

Martín Ugarte deambuló por la avenida del Puerto. Como cada día que partía un barco hacia el continente, estaba abarrotado de viajeros, mozos que cargaban las maletas y empleados con un lapicero en las orejas y papeles en las manos. Estaba al lado de la fuente de Neptuno y escuchó un grito.

—¡Mi amigo el gallego!

Se dio la vuelta. Sí, era Tatalí. Estaba junto a seis mujeres de una edad parecida a la suya. Llevaban hermosos vestidos y un bolso de viaje cada una.

Él se acercó.

—Tatalí, ¡qué alegría verte!

—¿No me vas a dar un beso?

—Pensaba que estabas en Estados Unidos. Tus amigas de la calle Virtudes me lo dijeron.

—Sí, me voy ahora mismo, allá viviré.

—¿Tienes tiempo para que tomemos un café? Necesito saber de ti —preguntó Martín.

Ella se entristeció.

—No puedo, gallego, nuestro barco sale dentro de unos minutos.

—¿Nuestro barco?

—Mis amigas y yo nos vamos. Bueno, chico, te lo explicaré. Te llamas Martín, como el santo, eso sí que lo recuerdo.

—Creía que te habías ido con un americano.

—Sí, se llama Montgomery, estuve con él unos días. Vive en Nueva Jersey y trabaja en una compañía aseguradora como empleado. No es mal tipo. Me voy con seis amigas de mi pueblo a Nueva Jersey, allí nos espera un gran futuro. ¡Quién sabe si podremos volver al pueblo con plata! No tenemos otro remedio, en el pueblo solo hay hambre y abuso.

Martín Ugarte miró a las amigas de Tatalí y comprendió.

—Quieres decir...

—No pongas esa cara, gallego. Sí, vamos a hacer lo mismo que en La Habana, con la diferencia de que estaremos en un local esquinero inmenso y cobraremos en dólares. Los *yonis* se mueren por nuestra piel canela. Montgomery me presta el dinero y yo seré la dueña. Mira, chico, he aprendido algo en aquellas calles: donde hay buenas putas no se pasa hambre.

Las amigas de Tatalí se acercaron. El empleado de la naviera les estaba haciendo señas para que se acercaran y subieran al barco.

—No te preocupes por mí, estaré bien y ganaré mucha plata.

—Nueva Jersey, ¿cómo te podré localizar?

—Pregunta por el Beso Cubano, así se llamará el club. ¿Vendrás a verme?

—Sí, iré —dijo Martín Ugarte.

—Rezaré al santo de tu nombre para que sea verdad. Y ahora me voy, no quiero que me veas llorar. Has sido el único hombre que me ha tratado bien.

Tatalí y sus amigas se alejaron. Ella no dejaba de volverse y enviarle besos con la mano.

Capítulo 49

Stanley Mortimer y Juan Sorrillo decidieron acompañar a los Cavalcanti en su entrada en prisión. Viajaban en el mismo vehículo de policía que llevaba a los italianos al Castillo del Príncipe, en la Habana Vieja, una antigua fortificación del siglo XVIII convertida en presidio a principios de siglo. Se acercaron al detenido.

—Bien, Cavalcanti, hubiera querido que las cosas terminaran de otra manera —dijo Mortimer.

El italiano estaba esposado y los miraba con expresión afable.

—Esta partida no termina ahora, no se preocupen por mí. Saldré de esta, y con mi dinero.

—Querrá decir con el dinero de la familia Bacardí —apuntó Sorrillo.

—Ya era mío, me lo gané.

—Stanley, ¿ahora qué hará? —preguntó Juan Sorrillo.

—Me iré. Lo he hablado con mis jefes en Washington y estamos de acuerdo. Aquí, en La Habana, todo el mundo sabe que soy un agente de la CIA y eso podría ser peligroso. Lo saben las autoridades, el mismo Batista, los Lansky, los comunistas... y Francesco Cavalcanti lo propagará en prisión. Sí, es lo mejor. Dentro de unos días volveré a mi casa en Tánger, al norte de Marruecos.

—Extrañaré sus visitas, se lo aseguro.

—También lo echaré de menos a usted, inspector.

—¿Queda satisfecho, amigo Sorrillo?

Respondió sin perder un segundo.

—No. Sé que el caso queda solventado solo a medias. Me quedo sin conocer quién o quiénes encargaron el secuestro de Carolina Bacardí. Eso me jode.

—No siempre se gana, inspector.

—Stanley, a veces me da la impresión de que para usted estas cosas son solo un juego que a veces gana uno y a veces, otro. Y luego, cambian las tornas. Para mí es otra cosa. Poner a disposición de la justicia a un delincuente es mi deber. Es chocante, usted trabaja para un gobierno y no parece importarle mucho.

Stanley acusó el golpe. Esas palabras de honestidad, pronunciadas con la misma solemnidad, las había escuchado a menudo de otros funcionarios de policía en diferentes países. Y nunca las había dado por ciertas. En este caso, sin embargo, tuvo dudas. Decidió halagarle.

—Inspector Sorrillo, envidio su punto de vista. Tiene razón, yo estoy acostumbrado a otras reglas. En los servicios de inteligencia nos movemos entre fronteras diferentes: las de los intereses de los gobiernos, que cambian a menudo, a veces de un día a otro con un simple cable, y que no están definidos en un código penal —dijo Stanley.

La conversación acabó cuando el vehículo aparcó en la puerta de la prisión. Pese a que había transcurrido poco tiempo desde que se habían conocido, en ellos había nacido el afecto. También admiración recíproca, de alguna manera. Observaron como los Cavalcanti eran introducidos en el Castillo del Príncipe.

—Lo invito a un mojito en la Bodeguita del Medio, Stanley. Las cosas no han salido

tan mal, después de todo.

Meyer Lansky cavilaba una y otra vez sobre el dinero del rescate de Carolina Bacardí. En algún lugar de La Habana se ocultaba alguien —tal vez un grupo de hombres— con mucho dinero en efectivo. Especulaba con la cantidad que habría pagado la familia Bacardí. De ser cierta la primera noticia publicada en El Excelsion, casi dos millones aguardaban en algún lugar de La Habana. No serían los hermanos Lansky si no trataban de apoderarse de aquel hermoso botín. Lo habló con Jacob y con Grandote y llegaron a la conclusión de que solo Francesco Cavalcanti conocía la identidad del autor intelectual del secuestro. Descartaron que los sobrinos estuviesen al tanto, lo habrían escupido ya.

Meyer dio pruebas de su sagacidad.

—¿Por qué no preguntamos a los camareros de su bar? Es probable que alguno haya visto algo interesante desde la barra del Estrasburgo, ellos son los más allegados a nuestro hombre, ¿por qué no pensar en alguien que le haya visitado con frecuencia? —dijo.

El Estrasburgo no había abierto sus puertas desde el momento en que Cavalcanti y sus sobrinos habían sido detenidos. Sus tres camareros no sabían qué había sucedido. Lo único que averiguaron, gracias a los vecinos, fue que los hombres de Juan Sorrillo habían registrado el bar durante horas y que se habían largado con unas cajas llenas de papeles. Los empleados solo pretendían cobrar el salario de las cuatro semanas que se les debía.

Grandote Bazuco los localizó en las inmediaciones del Estrasburgo después de hacer algunas preguntas a los vecinos. Los invitó a una cerveza en un cafetín cercano. Grandote no perdió el tiempo.

—¿Cuánto les debe El Estrasburgo, jóvenes?

Ellos hicieron cuentas.

—Doscientos pesos a cada uno —dijo Ricardo, que con su salario pagaba sus estudios de Derecho en la universidad.

El italiano estaba seguro de que habían exagerado la deuda. Se alegró por ello. Sacó un fajo del bolsillo interior de su chaqueta. Lo hizo de tal manera que los muchachos pudieron contemplar un revólver en su cartuchera. Los chicos se miraron entre sí. No estaban ante cualquier estúpido: estaba armado y tenía dinero.

—Les pagaré cuatrocientos pesos a cada uno si obtengo una información interesante. Es un buen negocio para ustedes.

Los jóvenes aceptaron colaborar.

—Buscamos a una persona que se haya relacionado con su jefe en los últimos meses. Debe de tratarse de alguien hacia quien Cavalcanti haya demostrado confianza y deseos de ocultarlo de las miradas de los demás clientes. No me refiero a uno de esos que acuden al bar con el fin de beber unos tragos y divertirse.

Uno de ellos, llamado Leonel, lo escupió.

—He visto a Francesco en varias ocasiones paseando con el profesor Valente. Da clases en la universidad.

—¿Qué sabe de él?

—Solo que es opositor a Batista. En la universidad se escucha que es el jefe de los

trotskistas. Es un intelectual.

Los jóvenes se miraron entre sí.

—¿Sabe dónde vive? —preguntó Grandote a Leonel.

—Lo puedo averiguar, uno de mis amigos es alumno suyo, creo que lo ha acompañado a su casa alguna vez.

—Aquí tiene, cien pesos para su amigo.

—Es una pista, ¿qué hace un tipo como Cavalcanti frecuentando a un catedrático izquierdista? —dijo Meyer Lansky al conocer el dato.

León Valente pasaba horas en su domicilio. Había leído en los periódicos que los autores del secuestro de la joven Bacardí habían ingresado en prisión y la policía no lo había molestado. Ese dato no era insignificante. Pensaba que tampoco lo vigilaban. Había sido cuidadoso en sus paseos por la ciudad, mirando a un lado y a otro, girando la cabeza repentinamente, entrando en varios establecimientos y fijándose en las personas que hallaba en la puerta o en las esquinas próximas. Empezaba a pensar que las cosas terminarían como había planeado. Después de darle numerosas vueltas llegó a la conclusión de que Francesco Cavalcanti había resistido las presiones para delatarle, a buen seguro con la intención de cobrarle el favor cuando las cosas se serenasen. Estaba dispuesto a ello.

De pronto, escuchó un ruido. Alguien había conseguido colarse en su casona. Para cuando quiso reaccionar, tenía ante sí a *Grandote* Bazuco y a dos compinches suyos, dos tipos con una inequívoca apariencia de extranjeros. Advirtió que estaban armados: estaba claro que no habían asaltado su casa con buenas intenciones.

Fue el propio Grandote quien encontró la enorme maleta. Estaba en el primer lugar que buscó, debajo de la cama del profesor. Este se vio perdido desde ese instante.

—¿Así que este es el dinero del secuestro de Carolina Bacardí? ¿Sabes? No tiene sentido que lo niegues. Tu socio, Francesco Cavalcanti, lo ha contado todo. Por eso estamos aquí.

Valente respondía con simples movimientos de cabeza a las preguntas que le hacía Grandote. Estaba abatido, tenía delante a miembros de la mafia italiana, de eso estaba seguro. Él tenía experiencia en escribir discursos sobre la revolución pendiente y en discutir tratados de derecho constitucional, no en vérselas con unos tipos como aquellos. Así que acabó contestando a las preguntas que le hizo Grandote y confesó la autoría del secuestro. Se desmoronó en unos minutos.

Lo trasladaron al apartamento que ocupaban esa noche Meyer y Jacob Lansky. Llevaban consigo la maleta con el dinero.

Lo primero que pensó Meyer al abrir la maleta fue que nunca había llegado a sus manos tanto dinero de una manera tan fácil. Ni siquiera en los tiempos lejanos de la «ley seca».

—¿Y qué hacemos con este tipo? —dijo Grandote.

—¿Qué se sabe de él?

—Da clases en la universidad y es comunista, trotskista, lo ha confesado él mismo.

—León Trotski era judío, ¿lo sabías? —dijo Meyer.

—No lo sabía, jefe.

—Lo mató por la espalda un esbirro de Stalin, en México.

—Tampoco lo sabía.

—Eso no cambia las cosas —dijo Meyer.

—Solo hay dos posibilidades —dijo Jacob—. La primera, entregarlo a la policía, la segunda, a Stanley Mortimer. Se alegrarán de tener entre rejas a quien planeó el secuestro. Pero nosotros nos quedaremos sin la maleta.

—La primera posibilidad queda descartada, ni pensarlo —dijo Meyer.

No fue necesario que su hermano terminase de hablar. Jacob dio la orden.

—Grandote, ocúpate de todo. Que no quede ni rastro.

—Sí, jefe.

Después de dispararle dos tiros en la cabeza, el cadáver del profesor León Valente fue sepultado debajo de unos cuantos miles de metros cúbicos de hormigón vertidos en la cimentación de lo que sería el futuro hotel Riviera cuya construcción, por cuenta de los hermanos Lansky, se había iniciado en aquellos días.

Una vez acabado aquel trabajo, Meyer Lansky pensó en la posibilidad de sobornar a Stanley Mortimer. Le había cogido cariño pero, además, había muy pocas cosas que despertasen en él tanto interés como la inteligencia que había mostrado llevando el caso. Y no debía de ser muy remilgado, pues en el asunto de Franz Molders no había puesto reparo alguno en que este acabase de la forma en que lo hizo. Cerca de dos millones en el bolsillo era dinero suficiente para ofrecer al agente de inteligencia la mejor propuesta, una de esas que no se podían rechazar. Lo invitó a cenar en una habitación del hotel Nacional. Jacob se acercaría para saludar y luego los dejaría a solas.

—Stanley, no me andaré con rodeos. Admiro la manera en que ha conducido este asunto, ¿hay alguna posibilidad de que trabaje para nosotros? —le dijo durante los postres.

Por alguna razón, Stanley esperaba la propuesta.

—¿Cuánto me pagaría, Meyer?

—Le daré un cheque en blanco. Usted pone el número de ceros.

—¿Y dónde trabajaría?

—Me está tomando el pelo, ¿no es verdad?

Stanley echó una risotada.

—Así es.

—Admiro su sentido del deber pero a veces las cosas cambian —insistió Meyer.

—En este caso, no.

—Una pena. Hubiéramos llegado muy lejos trabajando juntos. ¿Sabe? Admiro su lealtad, en mi negocio no es frecuente.

Stanley guardó silencio durante unos segundos.

—Iba a responder que en el mío tampoco, pero mentiría. Con los dedos de las dos manos contaría los casos de traición que he conocido.

Meyer estaba disfrutando con la conversación.

—Su mundo y el mío se parecen. Los éxitos en los negocios no se divulgan, solo salimos en las primeras planas de los periódicos cuando los malditos *cops* nos atrapan con algo gordo.

Llegó el momento de la despedida.

—No me dé disgustos, Meyer, no quiero verlo entre rejas. Tenga cuidado y sea

prudente. Mis jefes y otros en Washington lo buscan, y yo estaré muy lejos para ayudarlo.

—Bueno, siempre nos quedará La Habana, Stanley. Lo recordaré con afecto.

—Yo también, Meyer.

Capítulo 50

De la noche a la mañana, la academia La Internacional cerró y Martín Ugarte se quedó sin trabajo. Ugarte no había gastado mucho dinero durante su estancia en Cuba y disponía de algunos ahorros. Preguntó en el puerto de La Habana por la frecuencia de los barcos hacia El Havre. En París vivía su viejo amigo y compañero de seminario Armand Hiriart, que seguía siendo sacerdote. Este oficiaba en el sur de la capital y siempre lo había animado a visitarlo.

Aún le quedaba despedirse de Carolina Bacardí.

Se encontraron en la residencia de ella, después de que Martín la hubiera llamado por teléfono. Ofelia lo recibió con el calor que tenía por costumbre y lo llevó a la biblioteca, donde su patrona lo esperaba. Se saludaron con un beso en las mejillas y un abrazo. Se sentaron en sendas butacas, frente a frente. Lo primero que hizo Martín fue preguntarle por su estado.

—Me levanto bien pero a las dos o tres horas caigo en un estado de desánimo y solo quiero dormir. Mis mejores amigas me visitan y no consigo recobrarme. El médico que me trata dice que necesito tiempo, bastante tiempo.

Tenía esa mirada perdida y triste de quienes han pasado encerrados una buena parte de su tiempo reciente, como los presos o los enfermos de gravedad. Ella trataba de disimularlo y apenas lo conseguía.

—Yo te veo como siempre. Más delgada, pero muy guapa —dijo él.

Ella lo agradeció con una amplia sonrisa.

Martín Ugarte no quería preguntar por el secuestro. Representaba hurgar en la herida. Hablaron de sus hermanos pequeños, de cómo la recibieron. Él trató de distraerla con unas cuantas novedades de la ciudad.

Martín se atrevió a avanzar un paso.

—Te convendría un viaje largo, Carolina. Te lo puedes permitir. Las ciudades europeas están magníficas en primavera. No hace demasiado frío y podrás mejorar los idiomas. Busca una buena amiga con quien hacerlo y no lo dudes. Incluso podemos vernos en París, estoy pensando en pasar allí una temporada.

El rostro de Carolina se entristeció. Se esforzó por sonreír sin conseguirlo.

—Me sorprendes, Martín, creía que estabas a gusto en La Habana.

Le contó que su amigo Thierry dejaba la ciudad.

—¿Y Stanley? —preguntó ella.

—También se va.

Carolina aún tenía una pregunta.

—¿Y Joan Alison?

Se propuso evitar cualquier información sobre Joan que pareciese conflictiva.

—¡Oh, Joan! Ha tenido mucha suerte. Una editorial le ha encargado una novela. Ha regresado a su país y se refugiará en la casa de unos amigos en Connecticut durante una larga temporada para escribirla.

—Es una mujer brillante —dijo ella.

Martín se hallaba incómodo. En aquellas mujeres, ninguna pregunta que se refiriese a

la otra era inocente, ni siquiera en labios de la jovencísima Carolina.

—Sí, lo es.

Carolina Bacardí se asomó a la ventana y contempló el jardín. Una buena cantidad de orquídeas de colores y tamaños diferentes florecían a una veintena de metros y el césped estaba cortado por un maestro jardinero.

—¿No te irás de La Habana porque te quedas sin trabajo? Si es así, yo podría solucionarlo. La fábrica se está expandiendo y necesitamos gerentes.

Martín Ugarte dudaba. Después de la manera en que se había despedido de Joan sus posibilidades se reducían, o reculaba y la seguía a Nueva York o Connecticut a la búsqueda de una reconciliación, o viajaba a París donde su compañero de seminario Armand Hiriart le acogería. Siempre tenía la posibilidad de regresar a Marruecos. Era el sino que le perseguía desde que era un niño, el horizonte de una errancia obligada. Y, sin embargo, él deseaba afincarse en algún lugar, no le importaba cuál, quería de una vez por todas despertarse junto a la misma mujer, sentir su olor, rozar su piel, y no una mujer cualquiera sino la suya, de quien estuviese enamorado, la mujer que debía procurarle los hijos con los que soñaba, a los que educar en los valores que daban sentido a su vida.

La heredera del imperio Bacardí le había hecho una propuesta explícita. No figuraba en sus planes trabajar con ella aun cuando le ofreciesen un buen salario. Pese a que advertía que era deseado por su alumna y ella le gustaba, los episodios vividos y la experiencia que había acumulado en los últimos años le proporcionaron la certeza de que en ningún caso podía unir su destino al de Carolina. La vida les había situado en circunstancias diferentes, siempre sería un antiguo sacerdote sin patrimonio ni empleo, un hombre aún joven de buena planta y ojos azules que embaucó a la heredera de la mayor fortuna de Cuba. Siempre habría de vivir bajo la sospecha de que estaba representando un papel. Y él no era de esa clase de tipos.

A pesar de esas reflexiones que se agolpaban en su cabeza sabía que lo que habría de acontecerle en la vida estaba marcado por la incertidumbre. Se había criado en Tánger, en la educación occidental y cristiana pero bajo la influencia indirecta de algunas creencias árabes. Recordaba las palabras de Paul Bowles:

> *Mustafá sabe que el Ser Supremo puede tener otros proyectos para él, y mostrar la menor certidumbre acerca de la vida sería abrir las puertas a las calamidades*.

¿Y por qué no abrir la puerta a encontrarse con Carolina Bacardí en Europa, en París, como él mismo había sugerido de una manera espontanea?

Carolina Bacardí estaba a punto de decirle a Martín cuánto lo había recordado durante su cautiverio, la de veces que le había dedicado el último recuerdo antes de cerrar los ojos y tratar de dormir. También pensó en explicarle que había fantaseado con que sus labios se cruzaran de manera apasionada; incluso, que lo había imaginado como padre de sus hijos y envejeciendo a su lado.

Pero no sabía cómo hacerlo y una vez más le sobrevino una crisis. Se sintió mareada. Se excusó ante Martín de manera apresurada y se retiró a su habitación.

Martín estuvo a punto de correr tras ella. Pero no lo hizo. Salió de la finca de los Bacardí y se alejó, lastrado por el peso de una soledad que intuyó profunda y duradera.

Al día siguiente, Martín Ugarte recibió una nota de Carolina. Le agradecía sus

palabras.

> Martín: ayer me diste una idea: ¡Europa! ¡París! ¿Por qué no? Es el mejor consejo que me han dado desde que me pasó esto. Sí, quizá lo haga. De esta manera pondré tierra por medio y me libraré de la pesadilla del juicio. ¡Ojalá podamos encontrarnos en París!

Martín sonrió admirado ante el coraje que demostraba la joven Bacardí.

Stanley se dirigía hacia el Malecón, donde había quedado con Frédéric. En su cabeza bullían aún sus últimos encuentros con sus amigos Joan y Martín, de quienes se había despedido por separado. Lo dominó la tristeza. Ninguno de sus dos amigos tenía la habilidad suficiente para abandonar la soledad en que vivía.

Fueron encuentros cargados de emotividad y afecto. Se prometieron que no pasaría mucho tiempo sin que se enviaran noticias. Otra promesa sí tenía fecha: él esperaba llegar con vida a su sexagésimo aniversario. Aún faltaban algunos años, y había pensado en organizar una fiesta a la que no podían faltar. Sería en Tánger, en el hotel Ville de France, o en el Minzah. No respondió a la pregunta de Joan sobre si esa fiesta coincidiría con su jubilación como agente del espionaje norteamericano. En realidad, ¿se jubilaría como espía alguna vez? ¿O seguiría dando tumbos de un lado a otro? Él se había limitado a sonreír ante las preguntas de Joan. Era de los que piensan que un verdadero agente de inteligencia solo se retira de su oficio cuando lo entierran. Ahí está mi mundo, solía decirse.

Frédéric Miner lo vio llegar. Los separaba una distancia de casi cien metros y una conversación a la que temía. Stanley llevaba días diciéndole un escueto «tenemos que hablar» que, por una u otra razón, no tenía lugar. A esa hora, las siete de la tarde de un día apacible, los habaneros más jóvenes paseaban y los vendedores de los diarios vespertinos voceaban los titulares.

Frédéric presintió que sus horas de goce junto a Stanley iban a quedar sepultadas para siempre, fueran cuales fueran las palabras que se dijesen. Desde el primer beso sabía que ese momento llegaría. No podía reprocharle ninguna ambigüedad a Stanley. Menos aún, un comportamiento cambiante. «En los negocios del corazón, no sé jugar con las cartas marcadas, en otros sí», le dijo una de las primeras noches en que amanecieron juntos.

Ambos se adentraron en aquello a sabiendas de que existía una estación de término. A pesar de aquella certeza, Frédéric se había ido enamorando de Stanley. En los avatares del sexo este resultó aceptable. No había en él destrezas fuera de lo común. Quizá fue su manera de besar, de abrazar, de acariciar, la manera en que rozaban sus cuerpos desnudos lo que hizo sucumbir a Frédéric. También las conversaciones después del sexo, tranquilas, largas y placenteras, fumando varios cigarrillos que se encendían el uno al otro, eran sensaciones que el canadiense no había sentido con anterioridad y que lo doblegaron hasta caer rendido.

A veces llegó a pensar que existían esperanzas de continuidad, tal era la emoción que transmitía el falso periodista. El corazón le palpitaba y él, Frédéric, pensaba que no todo estaba perdido.

Aquella tarde, la cara de Stanley lo decía todo. Frédéric y él se estrecharon las manos y continuaron la caminata a paso lento. Sus brazos desnudos no se rozaban y solo la

experiencia de Stanley evitó la tensión.

A medio camino, le dijo:

—Frédéric, embarco en dos días.

El canadiense guardó silencio.

Deseaba reaccionar con madurez, pronunciar las frases que había ensayado, mostrar una sonrisa en lugar de la mueca de drama que asomó en su rostro. Pero fue en vano. Paró en seco, se dio la vuelta y caminó en sentido contrario a Stanley.

Por mucha experiencia que atesorara Stanley, por diferentes que hubieran sido los acentos de sus amantes, no estaba preparado para un trance como ese. No tenía sentido perseguirlo ni intentar consolarlo, ninguna palabra tendría en él un efecto sanador. De modo que se sentó en la barandilla del Malecón y encendió un cigarrillo. No lo perdía de vista.

Frédéric continuaba su paso. Mientras caminaba, reconstruyó las palabras de su amante una a una. Las pronunciadas en el lecho o en alguna de las cenas en los restaurantes de Centro Habana o del puerto. No recordó el menor atisbo de promesa de amor estable o duradero.

No sabía él, en aquel entonces, cuánto de exactitud escondían sus palabras.

El dramatismo de hacía unos instantes había desaparecido.

El canadiense se dio la vuelta. A medida que se acercaba a Stanley, la sonrisa que esbozaba adquiría mayor consistencia y, al llegar a su altura, ya era otra persona.

—Este momento tenía que llegar y ha llegado —dijo.

Recorrieron un largo trecho del Malecón en silencio. Poco después se despidieron.

Prometieron escribirse. Frédéric ya sospechaba que Stanley no era un simple cronista. Este no le había confiado su verdadero oficio pero eran muchas las confidencias que recibía un recepcionista jefe de un hotel importante en una ciudad en donde abundaban los secretos. Hilvanó datos, entre otros el de la primera noche de sexo que tuvieron, cuando Stanley examinó de manera singular unos pasaportes que tenía en su apartamento. Llegó a la conclusión de que, además de periodista, era una especie de detective privado, de modo que sus últimas palabras fueron de preocupación:

—Cuídate mucho, Stanley. Me quedo preocupado por ti, no sé en lo que estás metido pero algo me dice que corres peligro. Lo nuestro ha durado poco pero ha sido hermoso, no te olvidaré.

—Yo tampoco lo haré, Frédéric.

Capítulo 51

El barco, de nombre Alejandría, construido en Astilleros de Murueta, esperaba a los viajeros. Los pasajeros fueron subiendo por la escalerilla a paso lento. Los jóvenes empleados de la naviera los acompañaban a sus camarotes. Stanley contempló la ciudad por una de las escotillas. Unos segundos más tarde bajó a cubierta. Embarcaciones de recreo y de transporte de mercancías navegaban en las aguas tranquilas y grises de la bahía de La Habana.

Le había tomado afecto a la ciudad por su belleza, y pocos recorridos le habían causado tanto placer como el del Malecón. Se sentía fascinado por lo que había conocido de sus gentes: eran ingeniosos, bulliciosos, alegres, echadores de cuentos y conversadores como pocas veces había visto en otras ciudades. ¡Cómo gesticulaban, cómo movían las manos —el cuerpo entero— al hablar!

Pensó también en los peligros que acechaban a la ciudad y al país. Fulgencio Batista, con su poder ilimitado, era el mayor de ellos. Estaba seguro. Pese a que no lo había conocido más allá de algún encuentro social en el hotel Nacional, lo que había averiguado de él sobrepasaba sus peores previsiones. Gobernaba según el patrón que otros dictadores de geografías cercanas, como Anastasio Somoza en Nicaragua, Marcos Jiménez en Venezuela y Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana habían impuesto. La misma ambición por eternizarse en el poder y eliminar a quienes lo cuestionasen, la misma habilidad para enredar a la población con discursos grandilocuentes, la misma retahíla de promesas que jamás se cumplían, las mismas apelaciones al Orden, a la Patria y a un Dios en el que no creían.

Nada que el veterano Stanley desconociese.

En esa hora de despedidas imaginarias, fue condescendiente con Meyer Lansky. Había llegado a apreciarlo. No dudó en dar por ciertas las acusaciones que las fiscalías de Nueva York, Chicago, Atlantic City y otras ciudades blandían sobre él. Su mirada era cálida y desafiante y su desprecio por la ley era una evidencia.

Sin embargo, estaba seguro de que el gánster judío y su hermano Jacob —los hermanitos, como se había acostumbrado a llamarlos cuando pensaba en ellos— deseaban un pacto con las autoridades federales de una vez y para siempre. Incluso pensaba que acabarían con los negocios ilegales en el continente a cambio de que se les permitiese administrar lo que estaban levantando en La Habana y no se los persiguiese más.

Por último pensó en los Rebeldes. No había conocido a ninguno de sus dirigentes, menos aún a ese abogado llamado Fidel Castro de quien se empezaba a hablar en las esquinas habaneras, muchos con devoción y otros con miedo. Stanley mostraba hacia ellos la misma simpatía que buena parte de la opinión pública de su país de ideología liberal, la que leía los editoriales sobre Cuba de *The New York Times* o de *The Washington Post*.

Finalizaba abril de 1953. Había pasado poco más de tres meses en La Habana y, después de ese tiempo, no les concedía ninguna posibilidad de derrocar a Fulgencio Batista. Para Stanley Mortimer, los Rebeldes no dejaban de ser unos buenos muchachos

organizados en torno a la Universidad Nacional, ilusos, armados con alguna que otra pistola de calibre inferior y un buen número de mensajes acerca de la reforma agraria y la regeneración social y política.

El barco continuaba su lenta travesía y la mancha de la ciudad se alejaba. Stanley estaba en cubierta y bebía un ron Bacardí con hielo. El licor era el mismo pero por alguna razón le sabía diferente.

Estaba de un humor excelente. Su mente se concentró en lo que le esperaba al desembarcar en Florida. Tras el preceptivo paso por Washington, donde debía informar a Ray Colmore y a los jefes de la planta de arriba sobre lo que había visto en La Habana, lo esperaría Tánger, que era ya para siempre su ciudad. Y, en ella, sus buenos amigos Madeleine Didier y el marinero Lègrand, el levantino Yusuf Kumar y el meridional Luis Barcia, este lo pondría al tanto de sus últimos planes para acabar con Francisco Franco. Y las comidas en el Sidi, con sus platos favoritos: la *harira* y el *tajine* de cordero.

Se regodeaba en el recuerdo de Tánger. Las callejuelas que podía *recorrer con* los ojos cerrados; Alí, ya convertido en un joven fuerte y esbelto; los paisajes desde la alcazaba o el mirador de Pericardis, el azote singularísimo del viento de levante en su rostro y, en días extraordinarios y memorables, el estrecho de Gibraltar y la mancha de la costa española, que se intuyen entre la calima.

Le llamó la atención una discusión entre dos miembros de la tripulación que pasaron junto a él. Caminaban deprisa y parecían alterados. Unos segundos después, el capitán del barco caminaba en la misma dirección con paso resuelto. Era un hombre veterano, rozaría los sesenta años y, por sus rasgos, hubiera apostado a que era norteamericano, de la costa Este.

Algo estaba sucediendo en el Alejandría, intuyó. El resto de los pasajeros continuaban disfrutando de la vista en la cubierta de popa.

Los altavoces empezaron a escupir un chirrido molesto. Habló el capitán:

«Buenas tardes, les habla el capitán. Una pequeña avería en la sala de máquinas nos obliga a regresar a puerto. No existe ningún motivo para alarmarse. En treinta minutos estarán descendiendo por las escalerillas y mañana a primera hora reemprenderemos la travesía. La compañía me confirma que se hará cargo de todos los gastos de hospedaje y manutención. Lamento el retraso y agradezco su comprensión.»

El mensaje fue leído en inglés y en español. Los pasajeros cambiaban impresiones entre sí y reaccionaron con resignación, algunos con alegría.

El hotel reservado por la compañía naviera era el Presidente. Stanley estaba a punto de tomar uno de los vehículos asignados a los clientes cuando la voz de una mujer lo obligó a voltear la cabeza.

—Oiga, señor.

Era un rostro conocido. Una señora de mediana edad le hacía señas desde la acera, apenas a tres metros del lugar donde estaba. Trató de hacer memoria pero no lo consiguió. Se acercó a ella con una media sonrisa.

—Perdone, su cara me suena pero no consigo recordar.

—Soy Florencia, trabajo en la casa del profesor León Valente. Usted estuvo almorzando hace dos meses.

Lo recordó de inmediato. Había conocido a un profesor de la universidad,

especializado en historia de Cuba, en uno de los hoteles de la ciudad. Simpatizaron y al cabo de unos días fue invitado por este a un almuerzo en el domicilio del profesor Valente. La conversación versó sobre la situación política, Valente habló con dureza de Batista aunque no mencionó la Liga de Cubanos Revolucionarios que encabezaba.

—Oiga, el profesor ha desaparecido. O lo han hecho desaparecer —dijo ella.

Stanley despidió al taxista que lo esperaba después de entregarle unas monedas.

—¿Qué hace en el puerto, señora Florencia?

—He venido a despedir a una amiga.

—¿Tiene tiempo para un café conmigo?

Ella aceptó.

Se dirigieron a un café situado en el mismo puerto.

Stanley había dado instrucciones a un empleado de la naviera para que trasladasen sus maletas al hotel. Ambos pidieron un café y ella rechazó un pedazo de pastel de guineo que le ofreció el camarero.

—Dígame, ¿cuánto tiempo lleva trabajando en la casa del señor Valente?, ¿vive en la misma casa?

—Vivo de alquiler en la casita de madera de enfrente. Me contrató cuando vino de Francia, hace unos años. Le limpio la casa y le preparo la comida.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha desaparecido?

—Mire, una tarde, casi cuando empezaba a oscurecer, llegaron unos hombres en un carro negro. Salieron tres y otro, el que manejaba, se quedó al lado de la puerta fumando un cigarrillo tras otro. Yo los vi por la ventana, desde detrás de la cortina. Tuve un mal presentimiento. Incluso cerré la puerta con pestillo. Pasó algo de tiempo, no más de quince minutos. Había oscurecido del todo. Uno de los hombres se acercó al chófer y este encendió el motor, maniobró marcha atrás hasta dejar el carro al lado de la misma puerta. Yo estaba asustada.

—¿No llamó a la policía? —preguntó Stanley.

—¡Para llamar a la policía estaba yo! Y tampoco tengo teléfono en la casa. Miraba por las ventanas, con disimulo. Aquellos hombres con sombrero, saco y corbata no eran cubanos, yo creo que eran *yonis.*

—¿Qué más vio?

—Solo algunas siluetas entrando en el carro. Luego se alejó. Y eso es todo. Desde esa noche no he vuelto a ver al profesor.

—¿Y qué hizo?

—Seguía asustada. Yo vivo sola y no tenía a nadie con quien hablarlo. Esperé a que amaneciera. Luego, sobre el mediodía, abrí la casa con mi llave y entré. No quise encender las luces y llevé una linterna pequeña.

—Supongo que no había nadie.

—¿Nadie? Era como si un terremoto hubiera atravesado la casa. Sobre todo por el cuarto del señor. Los cajones fuera de su sitio, las ropas en el suelo, el colchón abierto en cruz... y de la maleta nada.

—¿La maleta?

—El profesor no se separaba de ella.

—Siga.

—La guardaba debajo de la cama. Y cuando entró en la casa compró una cerradura para la puerta de la recámara. Era grande, de cuero del bueno y con correajes y números para abrirla.

—¿No sabe lo que contenía?

—Claro que lo sé. Dinero, dólares, muchos billetes.

—¿Cómo lo sabe?

—Desde hacía un tiempo él me enviaba a cambiar dólares por pesos a la calle Infanta. Pequeñas cantidades. Yo lo hacía y él me daba algunos pesos. En una ocasión, fui a la habitación para llevarle una jarra de agua fresca. La puerta estaba medio abierta y llamé. Como nadie respondía, entré. Él estaba en el baño y había dejado la maleta abierta encima de la cama. Fue en ese momento cuando vi todos aquellos billetes.

—Y el profesor, ¿cómo reaccionó?

—Salió del baño, me miró a los ojos como nunca lo había hecho, como con rabia. Yo dejé la jarra de agua en la mesa y me largué. Nunca me habló de ese asunto.

Stanley se propuso relajar la conversación. Ella no parecía tener prisa y él disponía de todo el día.

—¿Qué clase de persona es el profesor?

—Un gruñón, pero siempre me ha tratado bien. Incluso me enseñó unas palabras en francés: *bonjour, bonsoir, ¡voilà!* Recibía muchas visitas... pero eso era antes.

—¿Qué clase de visitas?

—Gente como usted, con estudios, bien vestidos. También jóvenes de la universidad. Se encerraban en la biblioteca y se pasaban horas y horas conversando.

—¿De qué hablaban?

—Creo que de política. Alguna vez les escuché algo, no les agradaba el presidente.

—¿Y a usted, le gusta?

—Yo solo soy una sirvienta.

—Ha dicho que recibía visitas pero que eso era *antes,* ¿a qué se refiere?, ¿antes de qué?

—Antes de que esa dichosa maleta entrara en la casa.

—¿No sabe de dónde salió ese dinero?

—¡Como voy a saberlo! Quizá alguna herencia que recibió de Francia.

Una buena cantidad de premisas sacudieron la cabeza de Stanley: un profesor de universidad conocido por su oposición radical al gobierno; una maleta rebosante de dólares; unos hombres de mediana edad con sombrero, saco y corbata y apariencia de tener malas pulgas; el profesor y la maleta desaparecen después de la visita de aquellos tipos. Todas ellas conducían a una explicación. ¿Tendría relación esa maleta con el secuestro de Bacardí? ¿Y aquellos visitantes? ¿No estaba Florencia describiendo a los secuaces de Meyer Lansky? ¿No era el profesor León Valente el hombre más indicado para erigirse como autor intelectual del secuestro? Era comunista, trotskista, para más señas. Stanley sabía algo de ellos, había conocido a algunos en la guerra de España. No se andaban con remilgos ni se limitaban a atacar a los gobiernos con proclamas en los pasquines.

Se despidió de Florencia. Deslizó debajo de la mesa un billete de cincuenta dólares que ella contempló con asombro. Le recomendó que no comentara con nadie aquella

conversación. La tarde en La Habana era de un sol apagado y un cielo escaso de nubes.

Tenía tres posibilidades. Una la descartó al instante: guardar la información y esperar al día siguiente para reanudar la travesía. La segunda era visitar a su amigo el inspector Juan Sorrillo y contarle aquella conversación. Pero daría la voz de alarma y el asunto llegaría a la cúspide del gobierno. Eso hacía imprevisible lo que pudiera suceder a continuación. La tercera posibilidad le gustó. Le excitaba vérselas de nuevo con Meyer Lansky. Había algo en aquel hombre que lo impulsaba a acercarse a él. Por otra parte, ¿no era él un agente del gobierno? ¿No era su obligación averiguar los planes de los perseguidos por la justicia? Podría enseñarle sus cartas a Lansky y proponerle algo.

Llegó a pensar en un acuerdo que implicara a su jefe, Ray Colmore, y a los jefazos de la planta de arriba. ¿Por qué no? Lo habían dejado caer en algún momento. No era mala carta de presentación para los Lansky: entregaban a las autoridades al autor intelectual del secuestro de Carolina Bacardí, devolvían hasta el último centavo y las ilusiones de Francesco Cavalcanti se iban a la mierda. Como pago por sus buenos servicios, los Federales aflojaban la presión sobre ellos a cambio de que dejasen a un lado los turbios asuntos que manejaban en territorio norteamericano; en especial, esa arraigada costumbre de sobornar a jueces y policías.

Se presentó en el hotel Nacional y tardó poco más de diez minutos en localizar a *Grandote* Bazuco, que jugaba al billar en uno de los salones. Este lo recibió con su habitual sonrisa.

—Stanley, qué gusto verlo.

—¿Cómo está? Quiero ver a sus jefes cuanto antes.

Grandote supo que venía por alguna razón importante.

—*Okey*, dentro de una hora vendré a buscarlo. Quédese aquí, en el bar del hotel. Los tragos los paga la casa.

La hora que le había pedido Grandote no pasó de treinta minutos. Meyer y Jacob vestían esmoquin. Lo saludaron con cordialidad. Estaban en la habitación 129, la misma en que se habían reunido en varias ocasiones. Stanley siempre pensó que olía a intrigas.

Stanley Mortimer habló de corrido. Sus palabras causaron a Meyer Lansky la misma impresión que si le hubieran pinchado con un cuchillo bien afilado en la planta de los pies, aunque contuvo su inquietud y disimuló.

—¿Cómo sabes que ese tipo del que hablas está muerto? ¿Estuviste en su velatorio?

—No he dicho que esté muerto, solo que ha desaparecido con una maleta llena de dólares y que unos tipos se lo llevaron de su casa.

—¿Estás acusando a mis hombres, a Grandote?

—He venido a buscar un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—No lo sé, tendría que pactarlo con mi jefe. Y él, con otros jefazos. Este asunto tardará unos días en resolverse.

Meyer se moría de ganas por saber si el inspector Juan Sorrillo estaba al tanto de aquella información.

—¿Quién más sabe de este asunto?

—No puedo responder.

Acordaron volver a verse en unas horas, antes de que el Alejandría zarpase.

—Tengo que cambiar impresiones con Jacob a solas, ha sido una conversación interesante y agradable, como siempre, Stanley.

Meyer estaba de pie, con las manos en los bolsillos, al lado de uno de los grandes ventanales que daba a la bahía. Había abierto las ventanas y la brisa refrescaba la estancia. Se acercó a Stanley para despedirse.

—¡Oh! Tienes una estrellita de plata en el hombro, deja que te la quite... Aquí está, será de alguien que celebra una fiesta.

Se la enseñó, cogida entre el pulgar y el índice de la mano derecha. A dos metros, Jacob y Grandote contemplaban la escena.

Stanley abandonó el hotel intranquilo. Presentía que algo no había funcionado. Decidió buscar un teléfono y llamar a Ray Colmore para darle cuenta de la información que había obtenido y de su conversación con Meyer Lansky.

Se había obsesionado con abandonar La Habana con una propuesta de los Lansky que poner sobre la mesa de Ray Colmore y aquello se había convertido en una mala decisión. Lo supo al pisar la calle. Había abierto una rendija y por ella se le iba a escapar la vida.

No pudo doblar la esquina de la calle 21 con la calle O. Una ráfaga de ametralladora convulsionó su cuerpo. Ni siquiera tuvo tiempo de mirar a los ojos de los que le habían disparado. Lo hicieron por la espalda desde el Duesenberg del año 1934 sin matrícula.

Grandote Bazuco había sabido lo que debía hacer cuando su jefe descubrió la minúscula estrellita de cuatro puntas sobre la chaqueta de Stanley. Les servía de contraseña. Meyer Lansky las guardaba en un cofre de pequeño tamaño y siempre llevaba alguna de ellas en el bolsillo derecho del pantalón.

Bazuco le dio cuenta de la conclusión de aquel asunto. No hacía falta, él mismo había escuchado la ráfaga.

Meyer se había sentado en el butacón orejero y movía con el dedo índice los pedazos de hielo del vaso de *whisky* que sorbía con lentitud. Jacob estaba junto a él y bebía otro *whisky.*

—Siento muchísimo que esto haya terminado de esta manera, le había tomado afecto —dijo Meyer.

—Metió la nariz demasiado —respondió Jacob.

—Sí, no teníamos otra alternativa. Y ahora, déjame solo, buenas noches —dijo Meyer Lansky.

FIN



© Iñaki Martínez, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-233-5389-7
Depósito legal: B. 7.759-2018
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*